

MÉXICO 2010

Bicentenario Independencia
Centenario Revolución

GOBIERNO
FEDERAL

SEP



ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS

COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Leemos mejor día a día

ANTOLOGÍA

Segundo grado



Vivir Mejor

La antología de lecturas *Leemos mejor día a día. Segundo grado*, fue elaborada en la Coordinación Sectorial de Educación Primaria.

Luis Ignacio Sánchez Gómez
Administrador Federal de Servicios Educativos en el DF

Antonio Ávila Díaz
Director General de Operación de Servicios Educativos

Germán Cervantes Ayala
Coordinación Sectorial de Educación Primaria

Coordinación del proyecto:

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua
Laura Nakamura Aburto

Selección de textos:

Graciela Martel Arroyo
Blanca Miriam Jiménez Salcedo
Leticia Soria Méndez
Belem Ávila Luna

Colaboración:

Sofía Valdez Martínez

La mayoría de los textos reunidos en esta antología proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La lectura que se hace al inicio de cada jornada escolar es una invitación para que los alumnos –y los maestros– busquen el libro y lo lean completo.

PRESENTACIÓN

“Leer de a de veras es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser un **mejor lector.**”

Felipe Garrido

La lectura es el instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. La lectura es la entrada a la cultura escrita, y sobre la cultura escrita se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender cualquier disciplina y abrirnos múltiples oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario. Una población lectora es una población con mayores recursos para organizarse y ser productiva.

La aspiración es que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; personas que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe –tan útil en la política, el comercio y los negocios como en la medicina, las comunicaciones y la poesía. Personas capacitadas para ser mejores estudiantes, pues sabemos que, en general, el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

Por todo lo anterior, la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal ha puesto en marcha el programa “Leemos mejor día a día”. El propósito de este programa es impulsar el desarrollo de las competencias comunicativas de los alumnos, de manera enfática en la lectura y la escritura. Para ello se proponen seis acciones:

1. Lectura de los maestros ante el grupo como la primera actividad del día. En voz alta, que sirva de modelo, que muestre al grupo cómo se lee, cómo se da sentido y significado a un texto.
2. Veinte minutos de lectura individual o coral tres días a la semana.

3. Veinte minutos de escritura libre dos días a la semana.
4. Publicación en cada salón, escuela y zona escolar de los avances mensuales en velocidad de lectura. Comunicación bimestral a padres de familia en los días de firma de boleta.
5. Veinte minutos de lectura en voz alta en casa. Los padres de familia “certifican” con su firma que sus hijos leyeron día a día 20 minutos en casa.
6. Consejos técnicos centrados en la mejora de la competencia lectora.

La primera acción es la lectura de los maestros ante el grupo como actividad con la que se inicia el día. Se propone que el maestro inicie la jornada escolar con una breve lectura. Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños – y a los adultos– a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Para que esta lectura diaria cumpla con su propósito debe ser variada; de temas, tonos, atmósferas y climas diferentes; provocar risa un día, y al siguiente nostalgia, o curiosidad, o reflexión, o asombro, de manera que despierte en los niños el deseo de seguir leyendo y la convicción de que en los libros puede encontrarse la sorprendente variedad del universo y la vida.

Con la publicación de esta antología se pretende que el maestro cuente con un texto para leer a sus alumnos cada día del ciclo escolar. Los textos reunidos se caracterizan por su variedad de temas y géneros, así como por su atención a los valores – la educación no se constriñe a la información que reciban los alumnos; requiere trabajar en la formación de su carácter y sus actitudes.

La mayoría de los textos seleccionados proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La intención es que sea más fácil que los alumnos –y los maestros– respondan a la invitación a la lectura que es cada uno de los textos que día tras día lea el maestro. Los fragmentos que se leen al comenzar el día deben propiciar que los

alumnos –y los maestros– busquen el libro, lo lean completo y luego... pasen a otro... o vuelvan a leer el primero.

La extensión de los textos está calculada para que su lectura, más los comentarios del maestro para iniciar y para concluir la actividad, no lleven más de tres o cuatro minutos, y que la lectura que se haga sea eso: una manera amable, interesante, intrigante, conmovedora de comenzar el día; una lectura en voz alta que abra la jornada escolar.

Algunos de los textos llevan, *en cursivas*, comentarios o informaciones para abrir y cerrar la lectura. La intención es que sirvan de modelo a los maestros, no que sean seguidos al pie de la letra. Lo importante es recordar que conviene decir unas cuantas palabras antes de comenzar a leer: para preparar el ambiente, decir lo que significa alguna palabra rara, informar dónde se encuentra una ciudad o quién es un personaje, o cualquier otra cosa que permita a los alumnos entender bien el texto –no entender lo que se lee es la razón más frecuente para aborrecerlo; la comprensión es la meta más importante de la lectura.

Igualmente, hace falta, al terminar la lectura, plantear alguna cuestión que guíe la curiosidad o la capacidad de reflexión de los alumnos, que les permita vincular lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

La mayor parte de los textos han sido retocados: para aclimatar el léxico y la sintaxis a los usos del español de México y para ajustar su extensión al tiempo previsto para la actividad.

Algunas lecturas son breves, el propósito es que en ellas haya más tiempo para interactuar con los alumnos. Si se están leyendo adivinanzas o trabalenguas, hará falta que los alumnos intenten adivinar las respuestas o repetir los trabalenguas.

La aspiración es que todos los días, maestros y alumnos del Distrito Federal compartan y disfruten este momento de lectura, que favorezca la creación de un ambiente de lectura y de complicidad alrededor de los textos.

Un equipo de docentes de las diferentes direcciones operativas del Distrito Federal se formó para elegir los textos. Su experiencia como maestros, su conocimiento de los alumnos en las diversas etapas de su desarrollo, su sensibilidad como lectores se ha

aprovechado para integrar las lecturas. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del maestro Felipe Garrido, quien con su larga trayectoria y experiencia como formador de lectores ha brindado acompañamiento y asesoría a este equipo en la tarea de selección y en la preparación de los materiales.

Ahora que esta antología llega a manos de los maestros, tenemos la oportunidad de que todos los que quieran participen: pueden solicitar el cambio de una lectura por otra; pedir que alguna sea suprimida; resaltar las virtudes o las ventajas de algunas; solicitar la inclusión de ilustraciones y materiales que no están en el libro que se ha tomado, como mapas, cuadros, fotos... Entre todos, iremos haciendo de esta antología un acompañante irremplazable de cada uno de nuestros días de clases.

La intención de la antología es facilitar las lecturas. Pero los docentes pueden sustituir algunos de estos textos por otros que ellos prefieran.

Lo importante es entender y disfrutar cada lectura. Conviene leer, y hasta ensayar, cada día lo que se leerá al día siguiente. Conviene leer los libros de donde se han tomado los fragmentos. Conviene leer otros libros, por lo que aprendamos en ellos y por el interés, por el gusto de leerlos.

I. Me gusto

Hoy vamos a leer un poema. Un poema que nos ayuda a sentirnos mejor, a estar a gusto con nuestro cuerpo, a quererlo y cuidarlo. Fíjense cómo juegan las palabras, cómo cantan.

Me gusto tanto
por la mañana
que doy un salto
desde mi cama.

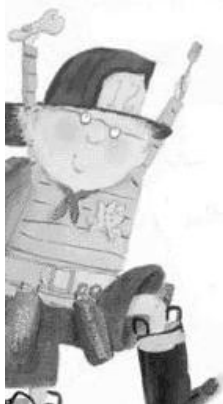
Me gusto y río.
¡Un nuevo día!

Hay que vivirlo
con alegría.

Me gusto riendo,
me gusto sin dientes,
me miro al espejo
de lado y de frente.

Me gusto mucho
me siento valiente,
y voy al colegio
siempre sonriente.

Me gusto en la clase
cuando al preguntarme,
me sé la lección
sin equivocarme.



Incluso me gusto
aunque al contestar
responda una cosa
que pueda estar mal.
¡Cuánto me gusto
frente a mi espejo!
Me veo muy fuerte,
¡no tengo complejos!
Me gusto leyendo,
tranquilo en mi cama,
contento y seguro
hasta mañana.

Me gusto ahora,
me gustaré siempre,
yo sé que me quieren
y eso es suficiente.

Yo me gusto mucho,
cada día un poco más,
pero ahora te pregunto:
Y tú, ¿te gustas más?



Deberíamos aprendernos de memoria estos versos y decirlos todas las mañanas, para darnos ánimo. ¿Por qué este niño, o esta niña, dice que se gusta sin dientes? ¿A quién le falta un diente? ¿Por qué te gustas tú? ¿Y tú? ¿Y tú?

Jamie Lee Curtis, *Me gusto: nunca viene mal un poquito de autoestima*, Laura Cornell, ilus. México, SEP-Serres, 2007.

2. Crisantemo



¿Alguna vez te has puesto a pensar en lo bonito que es tu nombre? Tus padres eligieron bien y lo escogieron pensando en ti. En este cuento vamos a leer qué le sucedió a una niña a la que le pusieron, ¿cómo creen? Crisantemo.

El día que ella nació fue el más feliz en la vida de sus padres.

–¡Es perfecta! –exclamó la mamá.

–Sin lugar a dudas –reconoció el papá.

Y lo era... Era absolutamente perfecta.

–Debemos elegir un buen nombre para ella –sugirió la mamá.

–Su nombre debe ser perfecto –indicó el papá. Y así fue.

Crisantemo. Sus padres le pusieron Crisantemo.

Crisantemo creció, creció y creció.

Y cuando fue lo suficientemente mayor como para apreciar su nombre, le encantó.

Le encantaba cómo sonaba cuando la despertaban.

Le encantaba escucharlo cuando su papá la llamaba a cenar.

Y le encantaba cuando lo repetía ella misma, muy bajito, adelante del espejo del baño.

Crisantemo... Crisantemo... Crisantemo...

A Crisantemo le encantaba ver su nombre escrito en un sobre. Verlo hecho de merengue, en un pastel de cumpleaños. Verlo cuando ella misma lo escribía con un lápiz grueso de color naranja. Crisantemo... Crisantemo... Crisantemo...

Crisantemo pensaba que su nombre era absolutamente perfecto, hasta el día en que comenzó a ir al colegio.

Aquel día, Crisantemo se puso un vestido muy alegre.

Y se fue hacia la escuela corriendo, con la más radiante de sus sonrisas.

–¡Hurra! –gritaba Crisantemo– ¡Viva el colegio!

Pero cuando la señora Charo pasó lista, todos se rieron al oír el nombre de Crisantemo.

–¡Es larguísimo! –dijo Josefina.

–A mí me pusieron el nombre de mi abuela –replicó Victoria–. Tú, en cambio, te llamas como una flor.

Crisantemo agachó la cabeza. Cohibida ya no pensaba que su nombre fuera perfecto. Estaba convencida de que era horrible.

El resto del día no transcurrió mejor.

Victoria levantó la mano para indicarle a la señorita Charo que el nombre de Crisantemo tenía ¡diez letras!, ¡d-i-e-z!

–Si yo tuviera un nombre como el tuyo, me lo cambiaba –insistió Victoria mientras los niños hacían cola para ir a casa.

“¡Ojalá pudiera!”, pensó Crisantemo, descorazonada.

–¡Bienvenida a casa, hija! –le dijo la mamá.

–¡Bienvenida a casa hija! –le dijo el papá.

–La escuela no se ha hecho para mí –respondió Crisantemo–. Dicen que mi nombre es el nombre de una flor. Hacen como que me arrancan, y hasta me huelen...

–No les hagas caso, cariño –la consoló la mamá–.

–¡Son unos envidiosos, unos maleducados y unos presumidos!–añadió el papá.

–¿Quién no va a tener envidia de un nombre tan bonito como el tuyo?

Crisantemo se sintió un poquito mejor después de jugar un rato con sus papás, de comer su postre favorito –bizcocho de chocolate con crema– y de que la mimaran durante toda la tarde con besos y abrazos. Aquella noche soñó que era un Crisantemo de verdad. Tenía hojas y pétalos. Victoria la había arrancado y le había quitado los pétalos y las hojas, una por una, hasta dejarla en un tallo desnudo y larguirucho.

Fue la peor pesadilla de toda su vida.

¡Pobre Crisantemo! Vamos a ver, mañana, si las cosas mejoran para esta niña.

Kevin Henkes, *Crisantemo*, Teresa Mlawer, ilus. México, SEP-Everest, 2003.

3. Crisantemo II

Ya me anda por saber qué le pasó a Crisantemo. Espero que ustedes tengan tanta curiosidad como yo.

Al día siguiente, Crisantemo se puso el vestido de los siete bolsillos y los llenó con los objetos que más quería, incluido el amuleto de la buena suerte.

Tomó el camino más largo para ir a la escuela.

Cada rato se detenía para ver las flores que encontraba a su paso, y éstas parecían llamarla: “Crisantemo, Crisantemo, Crisantemo.”

Aquella mañana los niños conocieron a la que iba a ser su maestra de música, la señorita Estrella.

Su voz era de ensueño, al igual que toda ella.

Los alumnos se quedaron boquiabiertos durante un buen rato. La señorita Estrella les



resultaba absolutamente maravillosa. Y todos hicieron lo imposible por causarle una buena impresión.

La señorita Estrella mandó a los niños a entornar la escala y luego asignó a cada uno el papel que iba a representar en el festival de la escuela.

Victoria fue seleccionada para representar a la Reina Hada. A Josefina se le asignó el papel de Duende Mensajero. Y Crisantemo sería la flor Margarita.

–Mi nombre también es largo –dijo la señorita Estrella.

–¿Largo? Se extraño Josefina.

–Y... –agregó la señorita Estrella– ¡yo también me llamo como una flor!

–¿De veras? –preguntó Victoria.

–De veras –respondió la maestra Estrella–. Mi nombre es Malvarrosa Estrella. Y si el bebé que estoy esperando es una niña, le pondremos Crisantemo. Me parece un nombre absolutamente perfecto.

Crisantemo no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

Se ruborizó. [Se puso colorada]

Se sentía feliz.

Estaba radiante.

Crisantemo... Crisantemo... Crisantemo...

Josefina, Rita y Victoria miraban ahora a Crisantemo con cierta envidia...

–Díganme Amapola –dijo Josefina.

–A mí, Clavelito –sugirió Rita.

–A mí, Azucena –concluyó Victoria.

Crisantemo ya no solamente pensaba que su nombre era perfecto: ¡estaba totalmente convencida!

Al final, el número musical de la clase fue todo un éxito. Crisantemo estuvo magnífica en el papel de Margarita.

El único error lo cometió Victoria: se le olvidaron los versos que tenía que decir la Reina Hada.

A Crisantemo la obra le pareció divertidísima y, durante el Baile de las Flores, no pudo contener la risa.

Poco después, la señorita Estrella dio a luz a una preciosa niña.

Y, por supuesto, le puso el nombre de Crisantemo.

Hay nombres más frecuentes, nombres más raros, nombres que nunca habíamos oído... Pero todos merecen respeto y todos podemos estar orgullosos de nuestro nombre, como Crisantemo.

Kevin Henkes, *Crisantemo*, Teresa Mlawer, ilus. México, SEP-Everest, 2003.

4. Mi abuela tiene ¿alz... qué?

El alzheimer es una enfermedad de nuestro tiempo. Con la edad, la gente comienza a olvidarlo todo.

Me llamo María.

Quiero contarte una historia sobre mi abuela, que últimamente se ha vuelto un poco rara. Cuando yo era pequeña la iba a visitar a su casa.

Olía a muchas cosas ricas, como mermelada de fresas.

Mi abuela siempre me recibía con los brazos abiertos. Luego me enseñaba sus tesoros. Tenía la cabeza llena de recuerdos y, cuando sacaba su álbum de fotos, no había una sola

pregunta que no me contestara. “¿De verdad esa niña eres tú, abuela? ¡Cualquiera pensaría que soy yo!”. Luego salíamos e íbamos a la panadería y a la carnicería.

De regreso a casa siempre atravesábamos el parque. Les lanzábamos migajas a los patos del estanque. Disfrutábamos mucho al verlos. La abuela pensaba que eran muy listos.

En la noche me hablaba sobre cómo era ella cuando tenía mi edad, cuando fue creciendo. Luego llegaba mi momento favorito: nos mirábamos a los ojos y nos dábamos “un gran beso tronado”, como ella decía. ¡Ese beso era tan especial! ¡Me sentía tan tranquila y protegida por ella! Me tomaba en sus brazos y me cantaba mi canción favorita para que me durmiera.



Pero un día, cuando llegué a su casa, sentí que algo había cambiado. Me dijo: “¡Buenos días, Susana!” Pero no me llamo Susana. Le dije: “Abuela, te equivocaste, soy María”. Pensé que estaba bromeando. Pero no era así. Estaba confundida. Le costaba trabajo recordar los nombres. Más tarde me dijo otra cosa extraña: “Ven papá, vamos a pescar”. Al principio pensé que era un juego. Pero luego vi que de verdad tenía problemas. Esa noche puso sus zapatos en el refrigerador, luego se perdió en la casa. A la mañana siguiente intentó comerse una servilleta. Yo no podía creerlo.

Entonces entendí que la abuela no estaba jugando. Estaba enferma y debido a su enfermedad, hacía cosas raras. El doctor dijo que sufría una enfermedad: alzheimer. “¿Alz... qué?”, pregunté. Fuera lo que fuera ella necesitaba ayuda.

Ahora la abuela ya no vive en su casa. Vive en una casa muy grande con muchas abuelas y abuelos como ella. Las enfermeras la cuidan porque ya no se puede alimentar, bañar ni salir a caminar. Me da tristeza que haya cambiado tanto. Pero todavía voy a visitarla con frecuencia y, ¿sabes algo? Ahora soy yo la que le enseño mi álbum de fotografías. Soy yo la que camina con ella por los corredores y le cuenta historias. Es cierto que no es la misma que era antes, pero sigue siendo mi abuela y la quiero mucho.

Creo que ya no me entiende cuando le hablo. Pero hay una cosa de la que estoy segura. Todavía entiende perfectamente nuestro “beso tronado” Y sé que la hace sentirse bien.

5. El hombre feliz

Había una vez un rey viejo y enfermo. Sabía que su muerte estaba próxima, pero como era tan poderoso se resistía a creer que la muerte pudiera llevárselo. Mandó reunir a los mejores médicos de su reino y cuando vio que eran incapaces de curarlo, ordenó venir a otros tantos de tierras muy lejanas. Pero no sirvió de nada: se estaba muriendo de puro viejo y contra eso, le dijeron, no había cura posible.

Entonces el rey supo de un sabio que vivía muy lejos y que tenía respuesta para todo. Al punto, envió a sus mensajeros a preguntar a aquel hombre qué era lo que podía curarlo.

Los mensajeros regresaron y dijeron:

–Su Majestad tiene que encontrar un hombre que no le pida nada a la vida, tomar su camisa y ponérsela. Si lo hace, se curará.

El viejo rey se puso muy contento y envió a sus consejeros a que buscaran por todo el reino a aquel hombre.

Mientras los consejeros se iban adentrando en tierras cada vez más lejanas, el viejo rey se debilitaba más y más. Una noche los consejeros escucharon hablar en voz alta a un hombre de rostro alegre y sano con una jarra de cerveza en la mano, que se encontraba en una esquina de la taberna donde se alojaban. Tenía aspecto de ser muy pobre, pues llevaba una chaqueta remendada y unos pantalones desgastados ya por el uso. De repente, golpeó la mesa con el puño y exclamó en voz alta:

–¡Yo no le pido nada más a la vida!

Cuando los consejeros escucharon estas palabras, se acercaron a él y le suplicaron que fuera con ellos para salvar al rey.

–¡Te hará más rico que lo que jamás hayas podido soñar! –le prometieron.

–Pero si ya soy lo bastante rico –dijo feliz el hombre–. Tengo todo lo que puedo necesitar.

Nadie pudo convencerle y los consejeros empezaron a desesperarse y optaron por ir rellenando con cerveza la copa del hombre varias veces hasta que éste cayó en un

profundo sueño. Entonces, lo metieron en su carruaje y lo condujeron rápidamente hasta el palacio del rey.

El anciano rey, muy debilitado, levantó una mano:

–¡Dadme su camisa! –ordenó–. Me la pondré y así volveré a encontrarme del todo bien.

–¡Oh, Majestad! –exclamaron los consejeros–. Parece que este loco feliz no lleva puesta camisa alguna...

Entonces, el anciano rey dejó escapar un largo y conmovedor gemido y murió. Tan sólo entonces los consejeros entendieron el significado último de las palabras del sabio: no hay en el mundo persona alguna que tenga todo lo que desea, y ni siquiera los reyes pueden vivir para siempre.

Antonio Barber, *Cuentos ocultos de Europa del este*. México, SEP-Ramón Llaca, 2004.

6. Pisotón va al colegio

¿Te preocupa tu primer día en la escuela? En esta lectura veremos que la escuela es un espacio para, entre otras cosas, hacer amigos.

Un nuevo acontecimiento en la familia Hipopótamo estaba por suceder. Pisotón, el mayor de los hijos, iría por primera vez al colegio.

–Mamá –dijo Pisotón, preocupado–. No quiero ir al colegio.

Mamá Hipo le habló:

–La escuela es un sitio lindo donde todos vamos a aprender. Cuando yo era pequeña como tú, también fui al colegio. Allí encontrarás compañeros y profesores que te enseñarán muchas cosas. Además, vas a hacer amigos y a la hora del recreo, podrás jugar con ellos.

Al día siguiente, su mamá le dijo:

–Apúrate Pisotón, vamos a la escuela. Papá Hipo vendrá con nosotros.

Al salir de su casa, Pisotón se sentía contento; pero pronto comenzó a sentir temor de que su mamá no se quedara con él. Iba tan fuertemente agarrado de su mami, que la mano le dolía.

Al llegar a la entrada, su mamá lo abrazó y le dijo que ella y papá vendrían a buscarlo. Písetón empezó a llorar. Su corazoncito le brincaba como pelota de ping-pong.

–No te vayas, mami. No quiero quedarme aquí.

En ese momento, Chapuzón, el cocodrilo, que era uno de los más grandecitos, se acercó y le dijo a Písetón:

–No llores, amigo. En la escuela se la pasa uno rico.

Pero Písetón seguía pensando: “No quiero que mamá se vaya. ¿Y si no vuelve a buscarme?”

Písetón se sintió mucho mejor cuando doña Búho, su profesora, lo recibió con un beso.

Entonces, mamá Hipo le dijo:

–Tengo que irme a casa; ya sabes que tengo mucho que hacer. Pero en un ratito papá y yo volveremos por ti.

De pronto, Písetón vio a Pelusa, la ardilla colorada, a quien ya conocía.

–Siéntate a mi lado –dijo Pelusa–. Estamos aprendiendo una canción.

Písetón se alegró mucho de ver a su amiga. Le dio un beso a su mamá y le dijo:

–No te tardes, mami, por favor, regresa por mí.

Ese día hizo muchas cosas nuevas y divertidas. Conoció al profesor don Sapo, que tenía unos ojos enormes. También a doña Canguro y al profesor Alcatraz. Estuvo tan entretenido que el tiempo pasó de volada.

Al poco rato, doña Búho les dijo:

–Les tengo una sorpresa. Afuera están papi y mami, que vinieron a recogerlos.

Písetón se puso feliz al ver a sus papás. Corrió y los besó. Les contó lo que había hecho, se despidió de sus amigos y profesores, y les dijo que mañana volvería. Quería llegar a casa para contarle a la abuela todo lo que había aprendido.

A casi todos nos da miedo entrar a la escuela, pero muy pronto descubrimos que es un buen lugar, y que podemos gozarla.

Ana Rita Russo de Sánchez, *Písetón va al colegio*. México, Universidad del Norte, 2001.

7. Cómo corregir a una maestra malvada

Aunque no lo crean, las maestras y los maestros somos seres humanos. A veces estamos un poquito gruñones, pero, casi siempre, lo que hace falta para descubrir que no somos tan terribles es un poco de tiempo ¡para conocernos mejor!

13 de septiembre, miércoles

Tengo un problema. Tengo un problema desde el lunes pasado. Y ya es miércoles. Este es mi problema: no me gusta la nueva maestra. Se ríe poco, lanza miradas feroces y además, su bata es de color gris.



14 de septiembre, jueves

A veces siento ganas de llorar, pero no quiero empezar porque me entra aire por la boca. No conviene que te entre aire por la boca: produce hipo o dolor de tripa.

Mi corazón se está volviendo del color de la bata de la maestra.

15 de septiembre, viernes

Pablo me ha contado un secreto: anoche se hizo pipí en la cama. No le había pasado desde que tenía tres años...

Le dije:

–No te preocupes, Pablo. Yo una vez soñé que estaba en el excusado y mojé la cama.

Pero en realidad lo que pensé fue esto otro: “No me extraña que te hayas hecho pipí, ¡con la mirada que te echó ayer la maestra!”

16 de septiembre, sábado

Siento pena por Pablo. Siento pena por mí misma. Creo que escribiré un poema.

18 de septiembre, lunes

Que sorpresa me llevé hoy: la maestra nos dio una clase divertida; todo el grupo estaba sorprendido de lo contenta que estaba. Creo que necesito conocerla mejor, porque no es tan gruñona como yo creía.

¿Cómo salir de este problema, cómo corregir a una maestra que no es la mejor de las maestras posibles? Los que quieran saberlo van a tener que leer este libro. Luego se los presto.

8. Mono

Entre las ramas navega
buscando su comida,
y brinca entre las lianas
durante toda su vida.



La cola le sirve para colgarse de los árboles y tener las manos libres para comer frutas mientras se balancea en las ramas.

Y cuando están dormidos en los árboles, se convierte en una cuerda de seguridad.

Cuando juegan, se agarran de la cola unos con otros. También la usan para dar volteretas.

El mono vive en la selva, donde hay lianas. Es peludo, muy inteligente y juguetón. La cola es como una tercera mano.

Silvia Dubovoy, "Mono" en *Colas*. México, SEP-Everest, 2002.

9. Me gustaría tener...

Me gustaría tener
algo difícil de creer,
algo que nunca, nunca,
o bueno... casi nunca
se puede ver.

Algo como...
un loro con reloj de oro.

Me gustaría tener
algo difícil de creer,
algo que nunca, nunca,
o bueno... casi nunca
se puede ver.

Algo como...

dos jirafas leyendo con gafas.

Me gustaría tener
algo difícil de creer,
algo que nunca, nunca,
o bueno... casi nunca
se puede ver.

Algo como...
cuatro ratones comprando pantalones.

Me gustaría tener
algo difícil de creer,
algo que nunca, nunca,

o bueno... casi nunca
se puede ver.

Algo como...
cinco pumas escribiendo con plumas.

Me gustaría tener
algo difícil de creer,

algo que nunca, nunca,
o bueno... casi nunca
se puede ver.

Algo como...
siete cocodrilos bordando
con hilo.



Alma Flor Ada, *Me gustaría tener...* México, SEP-Alfaguara Infantil, 1999.

10. Sirenas

¿Has caminado alguna vez por la playa de noche? No es difícil imaginar oír voces murmurando en las olas o brazos humanos que chapotean en el agua.

Imagina lo que habrá sido ser marinero cuando no se conocía gran parte de la Tierra. Tu barco navega durante semanas y semanas sin ver tierra. De vez en cuando, ves sombras cerca de la playa o en el agua junto a ti. Puede ser un pez grande, ¿o será una criatura con brazos, mitad mujer y mitad pez?

Mucha gente que surcaba los mares ha contado historias de sirenas. Las sirenas atraían la atención peinando su largo cabello dorado y verde, o cantando canciones extrañas. La gente de mar debía tener cuidado con las sirenas porque podían llevarlos a la muerte, hundiéndolos en el mar.

¿Qué animales marinos pudieron hacer que la gente hablara de sirenas? Algunos navegantes pudieron haber visto sirenas en los manatíes. Estos mamíferos marinos tienen aletas delanteras que parecen brazos humanos, y las hembras tienen dos pechos, como las mujeres, y para amamantar a sus crías flotan con ellas, de espaldas en el mar. Cristóbal Colón, en su diario de navegación, anotó que había visto sirenas, como las que otros marineros habían visto en otros lugares.

Las focas al sol, sobre rocas, también pudieron parecer de lejos como figuras humanas.



Catherine O'Neill, "Sirenas" en *Grandes misterios de nuestro mundo*. México. SEP-Planeta, 2002.

11. El día de muertos

En cada noviembre
que viene la abuela
nos trae, como siempre,
historias, sorpresas.

Papeles picados
con mil calaveras.

Pan rosa endulzado
y atole de fresa.

Más tarde sentados
juntito a la abuela
todos escuchamos
sus calaveras,
que cuentan la vida
de los esqueletos
y dan mucha risa
sus cuentos de muertos.

En un cementerio
tocaba una orquesta
pues todos los muertos
andaban de fiesta.

Las damas con falda
los hombres de negro,
llevaban corbata
con saco y sombrero.

La orquesta tocaba
guarachas, boleros,
rancheras y danzas

con ritmo rumbero.

Dos muertos bailaban
un triste bolero
pero se enredaban
con sus esqueletos.

Los muertos se suben
volando hasta el cielo.

¿Será que las nubes
son hechas con huesos?

Termina la tarde
se lleva los versos.
se siente en el aire
perfume de incienso.

Las velas dibujan
sobre el pavimento
caminos que cruzan
a los cementerios.

Con música y flores
y con alimentos,
en muchos panteones
hay fiesta de muertos.

La abuela vendrá
con todos sus cuentos
y hará un nuevo altar
del día de muertos.



S/A, Día de muertos: relatos de niños purhépechas.

México, SEP-Inti, 2006.

12. Las piñatas mágicas

Este era un alfarero, de esos que hacen jarros y cazuelas de barro. Como ya se acercaba la Navidad decidió hacer ollas piñateras para las posadas.

Fue a su corral, ensilló su burrito y tomó camino rumbo al cerro para buscar la arcilla que necesitaba.

De pronto se soltó un aguacero y tuvo que refugiarse en una cueva. Allí se encontró una tierra tan fina como nunca la había visto.

El alfarero llenó sus costales con ella y regresó a su jacal cuando dejó de llover, sin saber que aquella cueva estaba encantada y que su tierra tenía la virtud de poder pensar.

Al día siguiente, muy de mañana, preparó el barro con la tierra mágica, modeló las ollas y las dejó secar. Al cabo de unos días las amontonó lejos del corral, a campo abierto, las cubrió con leña y les prendió fuego para que se cocieran.

Adormiladas por el calor, las ollas soñaban con su transformación: de ser un montón de fina arcilla, se estaban convirtiendo en ollas chulísimas.

Cuando se enfriaron, el alfarero las amarró muy fuerte y las cargó en la espalda con un mecapal para llevárselas a vender al mercado. Se sentía feliz. Eran las ollas más bonitas que había hecho en toda su vida.

Gordas, coloradas como inditas hermosas, esperaban pacientemente que algún comprador se las llevara.

Tendidas con cuidado en el suelo del mercado, contemplaban las cosas curiosas que pasaban. Para ellas todo era nuevo, apenas llevaban unos cuantos días de haber nacido.



Cuál sería su asombro al descubrir que otras ollas vestían con papeles de vivos colores, como de fiesta.

El papel las había convertido en barcos, tecolotes, borregos, rosas y muñecos con cabezas de cartón. “Que lindas se ven”, pensaron y sintieron vergüenza al verse desnudas, mostrando el rojo barro de sus cuerpos. ¿Quién iba a querer comprarlas así?

De repente, se acercaron unos niños que casi jalaban a su mamá frente al puesto del alfarero:

–Estas ollas están buenas mamá –dijeron los niños–. Éstas, éstas... ¿Cuánto valen?

–Tres pesos cada una –dijo el alfarero.

“¡Tres pesos!”, pensaron las ollitas, “¿pero quién va a pagar tanto dinero por nosotras?”

Ante su asombro, después de un breve regateo la señora compró tres ollas.

Las pobrecitas no cabían de gozo. Oyeron a los niños decir que iban a comprar cartoncillo y papel de China para vestirlas. ¿En qué las irían a convertir?

Pascuala Corona, *Las piñatas mágicas*, Fabricio Van de Broeck, ilus. México, SEP-Tecolote, 2005.

13. Pato va en bici

Un día, el Pato, al ver la bicicleta que un niño había dejado, tuvo una idea: “Seguro que yo sabría andar en una bici”. Se acercó a ella, montó, y empezó a pedalear. Primero iba muy despacio, y se tambaleaba bastante, pero ¡era divertido!

El pato pasó en bici por delante de la Vaca y la saludó.

–¡Hola, Vaca! –dijo al Pato.

–Muuu –contestó la Vaca. Pero en realidad pensó: “¿Un pato en una bici? ¡Jamás se ha visto!”

Luego pasó por delante de la Oveja.

–¡Hola, Oveja!– dijo el Pato.

–Beeeee –contestó la Oveja. Pero en realidad pensó: “Si no va con cuidado, se va a lastimar.”

El Pato cada vez manejaba mejor. Pasó por delante del Perro.

–¡Hola, Perro! –dijo el Pato.

–Guau –contestó el Perro. Pero en realidad pensó: “¡Vaya travesura!”

Luego el Pato pasó por delante del Gato.

–¡Hola, Gato! –dijo el Pato.

–Miau –contestó el Gato. Pero en realidad pensó: “¡Qué manera de perder el tiempo!”

El Pato pedaleaba cada vez más rápido. Pasó por delante del Caballo.

¡Hola, Caballo! –dijo el Pato.

–Hiii –contestó el Caballo. Pero en realidad pensó: “¡Todavía no eres tan rápido como yo!”



El Pato hizo sonar el timbre al acercarse a la Gallina.

–¡Hola, Gallina! –dijo el Pato.

–Coc, coc –contestó la Gallina. Pero en realidad pensó: “¡Fíjate por dónde vas, Pato!”.

Luego el Pato encontró a la Cabra.

–¡Hola, Cabra! –dijo el Pato.

–Baaa– contestó la Cabra. Pero en realidad pensó: “Me encantaría comerme esta bici.”

El pato pasó por delante de los Cerdos.

–¡Hola, Cerdos! –dijo el Pato.

–Oinc oinc –contestaron los Cerdos. Pero en realidad pensaron: “Este Pato es un presumido”.

Luego el Pato pedaleó sin manos ante el Ratón.

–¡Hola, Ratón! –dijo el Pato.

–Yic yic –contestó el Ratón. Pero en realidad pensó: “Me gustaría poder ir en bici como Pato.”

De pronto, llegó un grupo de niños y niñas en bicicleta. Venían tan de prisa que no vieron al Pato. Dejaron sus bicicletas cerca de la casa y entraron.

¡Había bicis para todos! Los animales iban y venían sin parar por el corral. “¡Qué divertido!”, decían. “¡Qué idea tan genial, pato!”.

Luego, dejaron las bicis en su sitio. Y nadie supo que esa tarde una vaca, una oveja, un perro, un gato, un caballo, una gallina, una cabra, dos cerdos, un ratón y un pato estuvieron montando en bici.

David Shannon, *Pato va en bici*, David Sannon ilus. México, SEP- Juventud, 2004.

14. La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana.

Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir y así se la pasaba todo el día, mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia, para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, tienen el lomo pelado porque han perdido los pelos de tanto rozar contra la puerta de la colmena.



Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole: –Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó: –¡Yo ando todo el día volando, y me canso mucho!

–No es cuestión de que te canses mucho –le respondieron– sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos. Y diciendo así la dejaron pasar. Pero la abeja haragana no se corregía.

De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia dijeron: –Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida –¡Uno de estos días lo voy a hacer!

Horacio Quiroga, *La abeja haragana*. Rogelio Naranjo, ilus. México, SEP, 1996.

15. Antonio y la hojita viajera

Hace mucho tiempo, Antonio llegó a un pequeño país. Allí, el campo estaba cubierto de pasto fino. Había plantas de hojas grandes, flores perfumadas que asomaban a la luz, pájaros cantores y mariposas danzarinas.

La lluvia caía con delicadeza sobre las ciudades y los sembrados, formando hilitos de agua que corrían alegres hasta los arroyos.

Y cuando se despedía, dejaba en el cielo un arco iris de muchos colores.

¡Todo lucía bonito, perfecto!... Sólo que los pobladores de ese hermoso lugar parecían enojados; y los niños...tristes... ¡Casi nadie sonreía!

Antonio se preguntaba por qué, entre tanta belleza, la gente no era feliz. Y comenzó a investigar. Muy pronto, descubrió algo horrible. ¡Espantoso! Los niños de aquel país... ¡no tenían libros de cuentos!

Él sabía que todos los niños del mundo merecen escuchar historias emocionantes y divertidas. ¡Antonio necesitaba solucionar esa terrible falta! Claro que él no podía comprar tantos libros... no era rico, todo lo contrario: era escritor.

Entonces, se le ocurrió una idea. (Porque eso sí tienen los escritores: ideas.) Antonio decidió llenar una simple hoja de papel con cuentos, poemas, dibujos... ¡Y publicar muchas hojitas iguales, miles, y algunas mandarlas bien lejos!

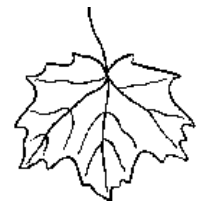
Cada hoja debía ser tan liviana como una pluma que lleva el viento. ¡Así, la Hojita Viajera volaría a todos los rincones de aquel hermoso país!

Y como Antonio necesitaba ayuda para cumplir con este sueño, fue a pedirla al Palacio de Gobierno.

Allí, contó cómo sería su Hojita Viajera, y hasta dibujó unos cuantos garabatos sobre el escritorio de un señor muy serio.

Explicó que la hojita costaría muy poco. Y que todos los niños tienen derecho a leer cuentos, hasta los que viven muy lejos o son muy pobres. Eso dijo Antonio.

Antonio sentía que todos sus sueños se estrellaban contra aquel gran escritorio...



Y de pronto, el señor serio se levantó de la silla... alzó su dedo índice... miró a los ojos del escritor... y dijo:

—¡Buena idea!

Antonio suspiró hondo. Y el señor serio mostró todos sus dientes en una gran sonrisa. ¡Sí! ¡Sabía sonreír!

16. Terror en la oscuridad

Dime tú si no has sentido miedo, por lo menos una vez, a la oscuridad.

Cuando no hay nada de luz, el corazón tamborilea veloz y una torrencial lluvia de imágenes espeluznantes inunda nuestra cabeza; versiones aterradoras de todas esas historias y películas de horror que a la luz del sol, o que por lo menos de una lámpara, no nos daba tanto miedo.

Luis era uno de esos niños que le temía a la oscuridad, y aunque ahora duerme tranquilo con la luz apagada, no siempre fue así.

Hace un tiempo, para dormirse necesitaba tener una lámpara encendida, si no, le entraban unos escalofríos feos, feos y unas ganas de hacer pipí, hasta que ya no aguantaban más y pues... ¡se hacía! Quedaba todo bien mojado, la pijama empapada y el colchón como alberca.



Por mucho tiempo sus papás lo regañaron, hasta que, cansados de que de nada sirvieran las reprimendas y sermones, decidieron dejarlo dormir con la luz encendida.

Y así hubiera podido durar toda la vida. Pudiera haber llegado a graduarse de la universidad y dormir aún con la luz encendida, tener un trabajo de gente mayor, pero dormir toda la noche con el cuarto iluminado.

Pudiera, incluso, haberse casado y, a pesar de todo continuar con su costumbre de tener la lámpara del cuarto siempre prendida por las noches.

Y si las cosas hubieran seguido igual, es probable que sus hijos y los hijos de sus hijos hubieran heredado ese miedo a la oscuridad, así que, de seguro, también habrían querido dormir con la luz encendida.

Y quizá todo esto hubiera acarreado que las ciudades del futuro estuvieran siempre iluminadas, sin que nadie conociera la noche; sin saber lo bonito que se ven las estrellas cuando no hay nada de luz.

Ése podría haber sido el terrible futuro del mundo, pero todo cambió en unas vacaciones. Cuando los papás de Luis salieron por unos días de la ciudad, su tía, que no era muy consentidora, llegó para cuidarlo.

Cuando llegó la hora de dormirse, la tía apagó la luz del cuarto, pero aún no terminaba de cerrar la puerta cuando Luis ya la había prendido de nueva cuenta.

–¡Que me hago! ¡Me hago! –le decía tratando de convencerla.

Y aunque le suplicó y le suplicó y le habló de los monstruos que viven debajo de las camas y de los fantasmas que se aparecen en la noche, y hasta se hizo un poquito de pipí y tuvieron que cambiar las sábanas y pijamas, la tía no lo consintió. Le apagó la luz y dejó el cuarto iluminado sólo con la tenue luz de la luna que se colaba por la ventana.

Elba Cortez Villapudua, *Terror en la oscuridad*. México, SEP-Instituto de Cultura de Baja California, 2007.

17. Mi madre es rara

Mi madre es tan rara a veces... Algunas mañanas, cuando se despierta, aparece con cuernos en la cabeza, uñas afiladas y dientes largos y puntiagudos. En vez de hablar, gruñe.

Pero después de tomar su cafecito de la mañana, los cuernos desaparecen y los dientes y las uñas vuelven a ser de tamaño normal.

Mamá habla con voz muy dulce.

Una mañana, todo iba del revés. El excusado se atascó, la tapa de mis juguetes se desprendió y se nos acabó el café. Mi madre regañaba y refunfuñaba. Los cuernos crecían más y más. Sus ojos enrojecían y sus dientes y uñas eran enormes.

Cuando, a medio día, vi que sus cuernos no habían desaparecido todavía, grité:

–¡Me voy!

Lo dije gritando, pero no muy alto, mientras mi madre tenía en marcha la batidora.

Llené mi mochila y, en cuanto mi madre entró en el cuarto de baño, solté:

–¡Me voy a casa de María!

–¡Bueno! –gruñó mi madre.

Y me fui.

La madre de María siempre es muy amable. Nunca grita.

Habla con voz muy dulce y huele muy bien.

Toqué el timbre y María abrió la puerta.

–¡Hola! –le dije—. ¿Puedo quedarme a jugar contigo?

–Claro que sí. Entra –dijo María, y echó una mirada por encima del hombro—. Pero no debemos hacer ruido.



¡Qué raro! –pensé–, a la madre de María nunca le ha molestado tener a alguien en casa. Jamás le ha importado el ruido que hagamos.

Entonces la madre de María salió de la cocina. Me quedé de piedra. La madre de María tenía cuernos, uñas afiladas y dientes puntiagudos, y además le salían pelos por las orejas.

–¿Qué está pasando? –susurré.

–A veces se pone así. Mi hermanito se despertó seis veces durante la noche. Pero no te preocupes, no pasa nada... si nos quitamos de en medio –contestó María.

Y nos quitamos de en medio.

A la hora de comer, María dijo:

–Por favor, quédate a comer con nosotros.

Así lo hice. No comí mucho. Cuando terminamos, yo dije muy educadamente:

–Muchas gracias por la agradable comida.

La madre de María contestó:

–De nada.

Pero sus cuernos no habían desaparecido, ni sus uñas afiladas, sus dientes puntiagudos y los pelos que le salían por las orejas.

Me puse la mochila y me despedí de María. Atravesé el jardín y entré a casa corriendo.

Mi madre estaba arreglando la caja de mis juguetes. Aún tenía cuernos.

Corrí hacia ella y le di un gran abrazo.

–Te quiero mucho– le dije.

Rachna Gilmore, *Mi madre es rara*, Brenda Jones, ilus. México, SEP-Juventud, 2003.

18. Croniñón

Esta mañana, Croniñón quisiera ir de caza con los demás. También tiene mucha hambre. Pero no debe acompañarlos, es demasiado pequeño para cazar.

Su madre lo retiene en la cueva. Podría comérselo un león, como a su padre.

A veces, el cazador es el cazado.

Mientras esperan el regreso de los cazadores, las madres quiebran huesos para chupar la médula. A Croniñón no le gusta la médula.

En vez de chupar, sopla a través del hueso. Se da cuenta entonces de que ha dejado una marca en la roca. Croniñón repite el proceso con cuidado.

Deja su huella en cada roca que le parece una pieza de caza. Croniñón es un cazador formidable. Ha abatido ya tres jabalíes, cinco bisontes y dos osos. Ahora Croniñón quiere cazar aquella pieza tan grande de allí.

Pero, ¡se mueve! Es de verdad. Va directa hacia Croniñón, como una montaña... Es un mamut. Croniñón no había visto nunca ninguno. Tiene mucho miedo. Pero el mamut se interesa por el árbol de al lado. Lo arranca como si fuera un rábano.

Croniñón se esconde bajo una roca. Escucha cómo el mamut tritura el corazón del árbol. El mamut se ha dado un festín con toda calma. Cuando Croniñón sale por fin de su escondite ya es de noche. Sus huellas en las rocas lo ayudan a encontrar el camino hacia la cueva.

La madre de Croniñón estaba muy preocupada. “¡Allí, gran caza!” dice Croniñón. “¡Mucha comida!” Baila imitando el mamut.

Croniñón dibuja sobre la roca con un carboncillo. Los cazadores han regresado con las manos vacías. Miran atentamente el dibujo de Croniñón. “¡Gran caza!”, insiste Croniñón. “¡Caza enorme!”

Algunos cazadores han oído hablar de aquella bestia descomunal. Todos quieren saber dónde está. Croniñón sigue las marcas de las rocas. Los cazadores siguen a Croniñón. Cuando llegan a la última huella de Croniñón, los cazadores descubren las del mamut.

“¡Espérenme! ¡Espérenme!”, grita Croniñón. Pero los cazadores no esperan. Corren a matar su presa. El mamut está muerto.

Ahora Croniñón consigue alcanzarlo también. Es tan enorme que todos los cazadores tendrán su parte para llevar a la cueva. Las madres estarán contentas.

La caza no proporciona sólo comida. También aporta huesos y piel. Con los huesos del mamut, los cazadores fabrican utensilios. Con la piel, las madres confeccionan ropa. Y con la cola, Croniñón se hace un pincel.

Mamá está orgullosa de su gran cazador.

19. Trabalenguas

[Esta es una lectura corta. Cada trabalenguas puede repetirse con los alumnos.] Los trabalenguas se llaman así porque cuando los leemos o decimos parece que la lengua se nos enreda. Vamos a ver si nos los aprendemos.

Chango chino chiflado,
que chiflas a tu china changa,
ya no chifles a tu china changa,
chango chino chiflado.



Una cabra ética
palética, palán palamética,
tuvo sus cabritos éticos
paléticos, palán palaméticos.

Si la cabra no hubiera sido ética
palética, palán palamética,
sus cabritos no habrían sido éticos
paléticos, palán palaméticos.

De Guadalajara vengo,
jaras traigo,
jaras vendo,
a medio doy cada jara.

¡Qué jaras tan caras vendo!

En medio de una laguna de agua,
estaba una záncara zancajara grande,
con cinco zánkaros zancajitos chiquitos.

Por agarrar la záncara zancajara grande,
agarré los cinco zánkaros zancajitos chiquitos.

“Trabalenguas” en Isabel Galaor (comp.), *Así cuentan y juegan en Los Altos de Jalisco*. México, SEP-CONAFE, 1991.

20. El león que no sabía escribir

El león no sabía escribir. Pero eso no le importaba porque podía rugir y mostrar sus dientes. Y no necesitaba más.

Un día, se encontró con una leona.

La leona leía un libro y era muy guapa. El león se acercó y quiso besarla. Pero se detuvo y pensó: “Una leona que lee es una dama. Y a una dama se le escriben cartas antes de besarla.” Eso lo aprendió de un misionero que se había comido. Pero el león no sabía escribir.

Así que fue en busca del mono y le dijo: “¡Escríbeme una carta para la leona!”

Al día siguiente, el león se encaminó a correos con la carta. Pero, le habría gustado saber qué era lo que había escrito el mono. Así que se dio la vuelta y el mono tuvo que leerla.

El mono leyó: “Queridísima amiga: ¿quiere trepar conmigo a los árboles? Tengo también plátanos. ¡Exquisitos! Saludos, León.”

“¡Pero noooooo!”, rugió el león. “¡Yo nunca escribiría algo así!” Rompió la carta y bajó hasta el río.

Allí el hipopótamo le escribió una nueva carta.

Al día siguiente, el león llevó la carta a correos. Pero le habría gustado saber qué había escrito el hipopótamo. Así que se dio la vuelta y el hipopótamo leyó:

“Queridísima amiga: ¿Quiere usted nadar conmigo y bucear en busca de algas? ¡Exquisitas! Saludos, León.”

“¡Nooooooo!”, rugió el león. “¡Yo nunca escribiría algo así!” Y esa tarde, le tocó el turno al escarabajo. El escarabajo se esforzó tremendamente e incluso echó perfume en el papel.

Al día siguiente, el león llevó la carta a correos y pasó por delante de la jirafa.

“¡Uf!, ¿a qué apesta aquí?”, quiso saber la jirafa.

“¡La carta! –dijo el león–. ¡Tiene perfume de escarabajo!” “Ah –dijo la jirafa–, ¡me gustaría leerla!”

Y leyó la jirafa: “Queridísima amiga: ¿Quiere usted arrastrarse conmigo bajo tierra? ¡Tengo estiércol! ¡Exquisito! Saludos, León.”

“¡Pero noooooo! –rugió el león– ¡Yo nunca escribiría algo así!”

“¿No lo has hecho?”, dijo la jirafa.

“¡No! –rugió el león– ¡Noooooo! ¡No! Yo escribiría lo hermosa que es. Le escribiría lo mucho que me gustaría verla. Sencillamente, estar juntos. Estar tumbados, holgazaneando, bajo un árbol. Sencillamente, ¡mirar juntos el cielo al anochecer! ¡Eso no puede resultar tan difícil!”

Y el león se puso a rugir. Rugió todas las maravillosas cosas que él escribiría, si supiera escribir.

Pero el león no sabía. Y, así, continuó rugiendo un rato.

“¿Por qué entonces no escribió usted mismo?”

El león se dio la vuelta: “¿Quién quiere saberlo?” –dijo.

“Yo” –dijo la leona–.

Y el león, de afilados colmillos, contestó suavemente: “Yo no he escrito porque no sé escribir.” La leona sonrió.



Si queremos decir algo, con nuestros propios sentimientos e ideas, tenemos que escribirlo nosotros mismos.

Martin Baltscheit, *El león que no sabía escribir*. México, SEP-Lóquez, 2007.

21. El caballito de siete colores

Hace tiempo había un rey y su esposa. Eran felices, porque sus tres hijas eran nobles de corazón.

Las princesas vivían con libertad, pues nadie les haría daño. Pero un día, cuando paseaban, fueron secuestradas por unos forasteros que pidieron dinero para devolverlas con vida.

Las tropas del rey no pudieron rescatarlas. Así que el rey puso letreros que decían:

EL CABALLERO QUE RESCATE A LAS
PRINCESAS SE CASARÁ CON UNA DE
ELLAS Y SERÁ PRÍNCIPE.

Aunque muchos jóvenes querían ser príncipes, nadie se atrevía a penetrar en el bosque.

Tres hermanos muy humildes decidieron salvarlas, pero los dos mayores pensaron que el pequeño sería un estorbo, y lo dejaron en casa.

El rey les preguntó: –¿Qué necesitan?

Los muchachos dijeron: –Una bolsa de oro.

El rey se las dio, y ellos partieron al bosque.

Luego llegó el pequeño; le pidió al rey un costal de pan y una
soga, y corrió tras los mayores gritándoles:

–¡Hermanitos, espérenme y les doy pan!

Ellos aceleraban el paso, pero después de unos días vieron que el oro no les servía en el bosque, pues no había tiendas.

Para no morir de hambre, esperaron a su hermano y comieron de su pan. Luego, cuando el joven se durmió, le robaron el pan y continuaron su camino.

Pero él no se dio por vencido y los siguió.

El primero en llegar al pozo donde estaban las princesas fue el mayor. Pero no se atrevió a bajar. Tampoco el mediano.

Cuando el joven llegó lo convencieron, y lo bajaron con su soga. En el pozo había un hombre, pero el muchacho lo tomó por sorpresa y le pegó en la cabeza.

Amarró por la cintura a las princesas, y sus hermanos las fueron subiendo. Pero en lugar de sacar al pequeño, tiraron la soga al pozo.

Cuando vio a sus hijas, el rey se puso tan contento que decidió casar a los hermanos con dos de las princesas.

La más pequeña quiso explicarle lo que había sucedido, pero el rey, con la emoción, ni la escuchaba.

Mientras tanto, en el pozo el joven lloraba. De repente se le apareció un caballito de siete colores que le ordenó:

–Arranca un pelo de cada color y te concederé siete deseos.

El joven tomó un pelo naranja y dijo: –¡Sácame de aquí!

Tomó el pelo azul y dijo: –¡Dame de comer!

Tomó el pelo amarillo y dijo: —¡Llévame al palacio!

Sus hermanos, temiendo que el rey se disgustara con ellos, ordenaron que no lo dejaran entrar. Entonces el muchacho tomó el pelo verde y dijo:



–¡Conviérteme en negrito!

Así pudo entrar, habló con la jovencita, y ella le contó todo a su padre, quien decidió encarcelar a los hermanos mayores. Pero el joven no quería lastimar a sus hermanos. Tomó el pelo morado y dijo:

–¡Caballito de siete colores, regrésame a como era!

Tomó el pelo rojo y dijo:

–¡Que el rey perdone a mis hermanos!

Por último tomó el pelo rosa y dijo:

–¡Que el rey deje que mis hermanos y yo nos casemos con las princesas!

¿Te gusta? El hermano menor era valiente, tenaz y de muy nobles sentimientos. Debemos ser como él.

Teófilo Martel y Galicia, *El caballito de siete colores*. México, 2002.

22. Riquirrirín y Riquirrirán

Las rimas son divertidas; pueden repetirlas una y otra vez poniéndoles música y movimientos. Vamos a leer dos rimas. (Ésta es una lectura muy corta. Eso permite repetir las rimas con los niños dos o tres veces.)

☆ Riquirrirín y Riquirrirán
son dos pececitos
que en el agua están;
son tan parecidos y nadan tan igual,
que no sé decir quién es
Riquirrirín y quién Riquirrirán.

☆ Los ojos tienen sus niñas,
las niñas tienen sus ojos,
y los ojos de las niñas
son las niñas de mis ojos.

¿Qué es la niña de un ojo? ¿Qué quiere decir que algo es la niña o las niñas de nuestros ojos? Yo los quiero a ustedes como a las niñas de mis ojos.

Riquirrirín y Riquirrirán (Selección de Marta Acevedo). México, SEP, 1990.

23. Una pesadilla en mi armario

¿Alguna vez has tenido pesadillas? ¿Qué haces? Cuando leas este cuento veras que realmente no son tan terribles.

Había una pesadilla en mi ropero. Antes de acostarme, siempre cerraba la puerta del armario. Tenía miedo de voltearme a mirar. Metido en la cama, a veces me atrevía a echar un vistazo.

Una noche decidí librarme de mi pesadilla para siempre. En cuanto la habitación quedó a oscuras, la sentí acercarse a mi cama. Encendí la luz con rapidez y la descubrí sentada a los pies de la cama.

–¡Vete, pesadilla, o te disparo! –le dije.

De todas maneras, le disparé. Mi pesadilla se echó a llorar. Yo estaba enojado, pero no mucho.

–Cállate, pesadilla, que vas a despertar a papá y a mamá –le dije.

Pero como no paraba de llorar, la cogí de la mano, la metí en la cama... y cerré la puerta del armario.

Creo que hay otra pesadilla dentro de mi armario, pero mi cama es demasiado pequeña para tres.



Marcer Mayer, *Una pesadilla en mi armario*, México, SEP-Kalandraka, 2003.

24. Adornos vegetales

✿ Pomelo para tu pelo.

✿ Regaliz en tu nariz.

✿ Hinojos para tus ojos.

✿ Manzanilla en tu barbilla.



✿ Tapioca para tu boca.

✿ Cerezas para tus cejas.

✿ Madroño si llevas moño.

✿ Y con nueces, bien pareces.



Antonio Rubio, *Versos vegetales*. México, SEP-Anaya, 2005.

25. ¡Hola hermanito!

Nunca olvidaré el instante en que viste por primera vez a tu hermanito recién nacido.

–¡Oh! –dijiste. Sólo dijiste –¡Oh! –Pero te quedaste mirándolo un buen rato.

El bebé arrugó la nariz, estornudó y bostezó.

Pero no se despertó.

–¡No sabe hacer nada! –dijiste por fin–.

Qué pequeño es. Y qué naricita... No hace más que dormir. Ya podría despertarse un momento.

Entonces le tocaste la nariz con el dedo. El bebé se despertó, abrió la boca bien grande... y se puso a llorar.

Tú te tapaste los oídos con las manos.

Mami cogió al bebé y lo metió entre sus brazos.

–¿Por qué no para de chillar? ¡No soporto tanto ruido! –gritaste–.

¡Papa', dile que se calle!

Y, de un salto, te subiste a mis piernas.

–No me gusta nada este bebé –me dijiste al oído.

–pero seguro que a él le va a encantar tener una hermanita tan grande –te susurré yo.

Y te estreché bien fuerte y te di un beso.

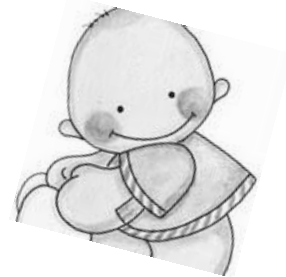
Yo mecía a mi niña y tú mecías a tu osito de peluche. Me encantaba tenerte en mis brazos.

Aunque ya no eras, claro, un bebé.

Pronto el pequeño dejó de llorar y se durmió otra vez.

–Bueno, ya le he visto –me susurraste–. ¿Volvemos a casa?

Y eso fue lo que hicimos.



Robie H. Harris, *¡Hola, hermanito!* México, SEP-Serres: Océano, 2004.

26. Trabalenguas

Los reto a que repitan este trabalenguas sin equivocarse. [Esta es una lectura muy corta. Hay que repetirla varias veces, con los niños.]

El dragón tragón
tragó carbón
y quedó panzón,
panzón quedó el dragón
por tragón,
¡qué dragón tan tragón!



Ahora que ya se lo saben, a ver si consiguen que sus papás también se lo aprendan.

Martha Sastrías de Porcel, "Trabalenguas" en *Cómo motivar a los niños a leer*. México, SEP-Pax, 1993.

27. La tortuga (cuento zapoteco)

Cuando bajaron las aguas del Diluvio, era un lodazal el valle de Oaxaca.

Un puñado de barro cobró vida y camino. Muy despacito caminó la tortuga. Iba con el cuello estirado y los ojos muy abiertos, descubriendo el mundo que el sol hacía renacer.

En un lugar que apestaba, la tortuga vio al zopilote devorando cadáveres.

–Llévame al cielo –le rogó–. Quiero conocer a Dios.

Mucho se hizo pedir el zopilote. Estaban sabrosos los muertos. La cabeza de la tortuga asomaba para suplicar y volvía a meterse bajo el caparazón, porque no soportaba el hedor.

–Tú que tienes alas, llévame –mendigaba.

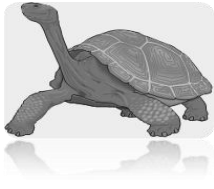
Harto de la pedigüeña, el zopilote abrió sus enormes alas negras y emprendió el vuelo con la tortuga a la espalda.

Iban atravesando nubes, y la tortuga, con la cabeza escondida, se quejaba:

–¡Qué feo hueles!

El zopilote se hacía el sordo.

–¡Qué olor a podrido! –repetía la tortuga.



Así hasta que el pajarraco perdió su última paciencia, se inclinó bruscamente y la arrojó a la tierra.

Dios bajó del cielo y juntó sus pedacitos. En el caparazón se le ven los remiendos.

Tradición popular, “La tortuga” en *De aluxes, estrellas, animales y otros relatos*. México, SEP-Sans Serif, 1991.

28. El perro topil (cuento náhuatl)

Desde hace mucho tiempo (ya llovió), algunos hombres hacían sufrir a los perros. Entre ellos surgió la idea de defenderse: diferentes perros que hay en la tierra se pusieron de acuerdo. Cada uno fue contando sus preocupaciones y decidieron decírselo al dios Tláloc para que enviara un sufrimiento a los hombres que los lastimaban. Eso era lo que se merecían.



Después de haber escrito, buscaron entre ellos a un perro topil, un perro mensajero, y le dijeron que tendría que atravesar ríos, subir y bajar cerros, cruzar bosques y defenderse hasta llegar

a Tláloc. El perro elegido aceptó. Sin embargo, surgió otra preocupación: ¿dónde llevaría el mensaje? Si lo llevaba en el hocico o en las manos, lo perdería cuando intentara defenderse. Pensando en este problema, el perro más anciano habló:

—Este recado puede ir más seguro guardándolo en su cola.

Ya decidida la manera de enviar el recado, luego se lo guardaron en la cola y el perro salió brincando a cumplir su encargo.

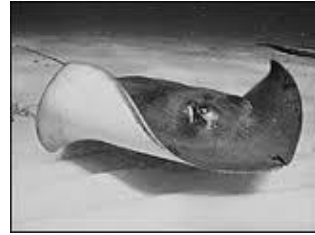
Han pasado muchos años y hasta ahora el perro no ha regresado con la respuesta. Por eso cada vez que los perros se encuentran se huelen la cola, para ver si no es el que trae la respuesta, o para castigarlo si todavía no ha llevado el recado, o bien, para ver si trae la contestación y no la ha entregado.

Elisa Ramírez Castañeda, *El perro topil*. Francisco Toledo, ilus. México, SEP-Pluralia, 2005.

29. Mantarraya

¿Quiénes han visto una mantarraya? Cuando van nadando bajo el agua parece que vuelan. Son en verdad como mantas voladoras. Miren la ilustración.

Parezco una alfombra
que vuela en el mar;
como látigo mi cola
lleva electricidad.



Tiene una larga cola, como un látigo que usa para atacar cuando es molestada. Con ella da descargas eléctricas muy poderosas.

La usa para balancearse cuando planea fuera y bajo el agua como si fuera una alfombra voladora.

Cuando la quieren atacar salta y se azota sobre el agua, haciendo mucho ruido.

Es prima de los tiburones, pero a diferencia de ellos le encanta que la acaricien. Su piel es rasposa como lija.

Silvia Dubovoy, "Mantarraya" en *Colas*. México SEP-Everest, 2002.

30. El zorro y el caballo

Un campesino tenía una vez un caballo fiel, pero que se había vuelto viejo y ya no podía trabajar, por lo que su amo le escatimaba la comida. Al fin le dijo:

–Ya no puedo utilizarte, aunque todavía te tengo cariño; si me demostraras que tienes fuerza suficiente para traer un león hasta nuestra casa, te mantendría hasta el fin de tus días. Pero ahora vete de mi establo.

Y le abrió la puerta, dejándolo en medio del campo.

El pobre caballo estaba muy triste, y buscó en el bosque un cobijo donde resguardarse del viento y la lluvia. Pasó por allí un zorro, que le dijo:

–¿Por qué bajas la cabeza y vagas por el bosque?

–¡Ay de mí –contestó el caballo–. La avaricia y la honradez no pueden vivir juntas. Mi amo se olvida de todos los servicios que le he prestado durante largos años, y como ya no puedo trabajar, no quiere mantenerme y me ha echado de su establo.

–¿Sin ninguna consideración? –preguntó el zorro.

–El único consuelo que me ha dado ha sido decirme que si yo tuviese fuerza bastante para llevarle hasta casa un león, me guardaría y me mantendría; pero bien sabe él que esta hazaña no la puedo hacer.

Dijo el zorro:

–Te quiero ayudar. Échate aquí y estira las patas como si estuvieras muerto.

El caballo hizo lo que el otro le dijo, y el zorro se fue en busca del león a contarle:

–En el bosque hay un caballo muerto. Ven conmigo y verás qué rico bocado.

El león le siguió y, cuando hubieron encontrado al caballo, el zorro le dijo:

–Aquí no podrás comértelo cómodamente. Yo te diré lo que tienes que hacer. Te ataré al caballo y así podrás llevártelo a tu guarida y comértelo a placer.

El plan agradó al león, que se colocó muy quieto cerca del caballo, mientras el zorro le ataba a él. Ataba el zorro las cuatro patas del león con la cola del caballo, tan juntas y tan prietas y con unos nudos tan fuertes, que a la fiera le era imposible moverse. Cuando acabó su trabajo, dio una patada en el lomo del caballo y dijo:

–¡Vamos, amiguito! ¡Adelante!

Entonces el caballo se alzó y echó a correr, arrastrando al león tras de sí. Enfurecido el león, rugía tan fuerte que todos los pájaros del bosque se aterrorizaron y echaron a volar. Pero el caballo le dejó rugir y no se detuvo hasta estar ante la puerta de su amo.

Cuando el amo le vio llegar con el león prisionero, se entusiasmó y le dijo:

–Ahora te quedarás conmigo por todos los días de tu vida.

Y le alimentó, hasta que el caballo murió.

Jacob Grimm, *Cuentos de Grimm*. México, SEP-Juventud, 2002.

31. ¿Dónde está mi tesoro?

Cada uno de nosotros tiene un tesoro que cuidar. ¡Los invito a que escuchen el siguiente cuento y descubran cuál es el tesoro del Pirata Brutus!

Un día, el pirata Brutus despertó de la siesta.

–Tengo ganas de jugar con mi tesoro –exclamó.

Tantas ganas tenía que se puso el sombrero al revés y saltó de la hamaca. Fue derecho a buscar su tesoro, pero no lo encontró.

Así que Brutus subió a su barco pirata y navegó alrededor de la isla.

Luego se acercó a una orilla y se bajó. Justo ahí, medio escondido en la arena, había un cofre chiquitito.

Lo abrió de un soplido. Dentro encontró un montón de caramelos y unas monedas de chocolate.

–¡Este no es mi tesoro! –protestó Brutus.

Y siguió caminando. Dio la vuelta a una palmera. Entonces, de la rama más alta cayó un cofre bastante grande.

Brutus lo abrió con uno de esos gritos de pirata que destapan lo que sea. Metió la mano y sacó cocos de oro y plátanos de plata.

–¡Tampoco es el tesoro que busco! –gruñó malhumorado.

Así que Brutus emprendió viaje nuevamente, cruzó la selva varias veces porque se perdió, aunque era muy orgulloso y no lo quiso reconocer, hasta que, de repente, tropezó con un loro parlanchín que le recitó:

–¿Qué es una cosa que empieza con T y rima conmigo?

El pirata no podía perder el tiempo en adivinanzas, por eso, acertó a la primera y el loro tuvo que entregar el premio.

Un cofre enorme.

Brutus abrió el tesoro de un cabezazo y dentro vio las estrellas, la Luna y un cubito de hielo para el chichón.

–¡Este tesoro ni lo conozco! –se impacientó.

Así que se alejó corriendo, trepó a una montaña de caracoles y algas hasta que alcanzó la cima. Ahí, debajo de una piedra, descubrió un cofre gigante.

Brutus lo abrió de una patada; con la pata de palo, claro.

Dentro estaba nada más y nada menos que el Sol, y de un rayo luminoso colgaba una etiqueta que decía: “Señor pirata Brutus, éste es el tesoro más inmenso que existe, no va a encontrar uno mejor.”

–¡No me interesa! –chilló el pirata– ¡Cuando digo mi tesoro, es mi tesoro! ¡Quierooooo miiii tesoro!!!

Tantas ganas tenía de jugar con su tesoro que se enfureció, y la isla tembló.

Los peces perdieron algunas escamas. Las olas creyeron que era la hora de la tormenta.

Hasta el sombrero que tenía puesto al revés, salió volando.

Al final, un lagrimón le resbaló por la mejilla. Tan triste se puso que casi inundó el mismísimo mar. Pero en eso...

–¡Hola papá! –saludó la piratita Brutilda, desde la playa.

–¡Tesoro mío! –se alegró Brutus– Te estaba buscando...

Y los dos pasaron una tarde de lo más divertida, jugando a los indios.



Ahora ya sabemos cuál es el tesoro del pirata Brutus. Ustedes ¿tienen un tesoro parecido? Y, por cierto, ¿quién sabe qué es lo que empieza con T y rima con loro?

Gabriela Keselman, *¿Dónde está mi tesoro?* México, SEP-Alfaguara, 1999.

32. ¡Ven, hada!

¿Se han fijado cómo algunas palabras son tan divertidas que si las separan forman frases completamente distintas? Miren éstas: [el maestro las va escribiendo en el pizarrón].

Venada	Ve nada	¡Ven, hada!
Entumecer	En tu mecer	
Tuerto	Tu huerto	
Estudia	Es tu día	
Temido	Te mido	
Envolver	En volver	
Desazón	De sazón	¡De éstas son!



Amarte	A Marte	
Llorosa	Lloro, osa	¡Yo, Rosa!
Locura	¡Lo cura!	
Subida	¡Su vida!	
Balbuceo	Va al buceo	
Helado	El lado	El hado.

¿Qué les parecieron? ¿Quiénes pueden encontrar otras?

Alejandro Magallanes, *¡Ven, hada!* México, SEP-SM, 2006.

33. Cosas que pasan

Si tuviera el pelo lacio, sería más linda... Pero no.

Si tuviera un caballo, iría a la escuela a galope... Pero no.

Quisiera cantar como ese pájaro...

Ser fuerte como ese árbol...

¡Y más alta! Y con ojos verdes. ¡Pero NO!

Sin embargo, ayer me pasó algo único. Apareció un genio y me dijo:

–¡Hola! y, ¡Felicidades!

–¡Como eres la persona que más deseos ha pedido este mes, me han mandado a cumplirte uno!

–¿Uno?... ¿Y si me olvido de pensar en algo? ¿Y si después me arrepiento y quiero otra cosa? ¿Y si ahora justo me atonto y no se me ocurre nada bueno? ¿Y si me doy cuenta más tarde de que no pedí lo que más quería? ¡Ay, qué difícil!

¿Te falta mucho todavía, niña? –preguntó el genio.

–¡Ya sé! ¡Quiero TODO!

–¿Todo? –dijo el genio– No lo conozco. A ver... tarea, trapecio, triciclo, tobogán, ¿topo?, no; trompo, tampoco...

–¿Y? –pregunté yo, mientras me comía las uñas.



–Mira, niña –dijo por fin–, ese deseo tuyo no está en el catálogo, y no puedo esperar más a que pienses otro. Te doy lo que tengo a mano: ¡un conejo gris! ¡Adiós!

–¿Un conejo?!

Isol, *Cosas que pasan*. México, SEP-FCE, 2000.

34. La pequeña niña grande

Daniela era pequeña. Bueno, en realidad no era taaan pequeña. Era más grande que el bebé de la vecina, y más grande que el gato.

Pero era más pequeña que los niños del jardín de niños, mucho más pequeña que los niños de la escuela, y muchísimo más pequeña que papá y mamá.

Su tía Ana siempre le decía: “¡Cómo has crecido!” Pero Daniela sabía que era bajita y se enojaba.

Hasta que una noche se despertó convertida en alguien muy grande. Se levantó y corrió al cuarto de sus papás.

Papá y mamá, dormidos, se veían tan chiquitos que Daniela soltó una carcajada.

Se rio tan duro que los despertó.

–¡Levántense! –Les dijo– Van a llegar tarde al trabajo. Pero papá y mamá no querían levantarse.

Daniela los alzó y los llevó al baño. Primero le lavó las manos y la cara a papá, y le cepilló los dientes, y después a mamá. Los tomó de la mano y se dirigió al ropero.

–Te pondrás lo que yo diga –le dijo a papá, que se vistió sin quejarse.

–Y tú –le dijo a mamá–, no escarbes más en el armario. Yo te escojo un vestido.

–Pero quiero ponerme un pantalón –dijo mamá.

–Todos los días es lo mismo –contestó Daniela–. Si te escojo un vestido, quieres un pantalón. Si te escojo un pantalón, quieres un vestido.

Daniela sentó a papá y mamá en la mesa de la cocina y les dio a cada uno un huevo tibio, una rebanada de pan con miel y un vaso de leche. Papá comió solo, pero, como ya era tarde, Daniela terminó de darle el desayuno a mamá.



–¡Yo como sola! –dijo mamá, furiosa. Pero Daniela le quitó la cucharita y le dio el huevo.

Terminado el desayuno, Daniela le dio a papá un cepillo y tomó otro para peinar a mamá.

–¡Me estás jalando el pelo! –gritó mamá–. No tengo la culpa de que tengas el pelo enredado –dijo Daniela–. Córtatelo.

–A papá no le gusta que yo traiga el cabello corto –dijo mamá.

Papá y mamá se fueron al trabajo y Daniela se quedó en la casa. De repente todo quedó en silencio. El silencio no le gustaba. Incluso, cuando Daniela comenzó a hablar el silencio no le respondió.

–¡Mamá, mamá! –gritó Daniela. Gritó tan duro que se despertó. Y allí junto a la cama estaba mamá.

–Mamá, mírame. ¿Soy más grande que papá? –preguntó Daniela.

–No –sonrió mamá–. No eres más grande que papá.

–¿Y más que tú?

–No –aseguró mamá–, tampoco más grande que yo.

–Entonces... tal vez soy una pequeña niña grande... –dijo Daniela. Se tapó de nuevo y se quedó dormida.

Uri Orlev, *La pequeña niña grande*, ilus. Uri Orlev, México, SEP-Norma, 2003.

35. Había una vez una gata

Había una vez una gata de tres colores: amarillo, blanco, y negro. Era rayada como los tigres. Tenía bigotes largos y dormía todo el día. Cuando los niños se iban a la escuela ella ni se enteraba. Al medio día, cuando los niños volvían le decían:


–¡Tigresa! ¿Eres una gata o una almohada?



La acariciaban y le daban leche. Después de comer, los niños levantaban la mesa; se les caía un vaso y hacía crach. Pero la gata no se despertaba. Durante la tarde, por la ventana de la cocina llegaba el ¡tiii! de las bocinas de los coches o el ¡bram! del tubo de escape de los camiones y también el ¡strach! de un choque en la esquina y la tigresa ni abría un ojo.

Cuando llegaba la noche, todos se iban a la cama a dormir. El departamento quedaba oscuro y en silencio.


Una noche, se empezó a escuchar un miao muy suavcito. ¡Y los ojos de la tigresa se abrieron! Con una patita abrió un poco la puerta y se salió.


Ahora el miao era más grande y después se hizo un MIAU así de grande. Y la tigresa respondió con otro miao que tenía forma de suspiro. Allá abajo en la calle estaba un gato. Se llamaba Esteban. 

La Tigresa fue saltando de balcón en balcón hasta llegar a la vereda. Esteban quiso darle un beso pero ella salió corriendo y Esteban corrió tras ella. Pero la Tigresa corría muy rápido y dejó a Esteban con la lengua de fuera. La Tigresa se le acercó y le puso una patita en la cabeza, él quiso abrazarla, pero la gata subió corriendo a un farol y desde allí arriba lo llamó con un miao muy mimoso. A Esteban le daba miedo subir a las farolas, pero se animó y llegó arriba justo cuando la Tigresa saltaba al balcón de la vecina. El gato fue tras la gata y le dijo un MIAAAUUUU tan romántico que despertó a la vecina, quien le dio un escobazo. Pero la Tigresa lo salvó llevándose lo tomado por la cola. Cuando estuvo repuesto, el gato miró a la gata y le dijo:

–¡Gracias! 

–¡Qué gracias! –le contestó la gata– Apúrate. Vamos a mirar la luna desde el techo de aquella casa.

–Me tengo que ir a dormir –dijo al poco rato la gata. 

El gato se dio vuelta para preguntarle si no se cansaba nunca. Pero ella ya estaba trepando de balcón en balcón hasta llegar a su casa. Cuando salió el sol y los niños se fueron a la escuela, la Tigresa ni se enteró. 

Sergio Kern. *Había una vez una gata*. México, SEP–Melhoramentos Melbooks, 1992.

36. Aves

Desde tiempos muy antiguos, los pájaros han simbolizado virtudes, valores y defectos. La paz se representa por una paloma; la felicidad, con un pájaro azul; la sabiduría con el búho; la soledad, con el pelícano; la cobardía con el avestruz; la dignidad con el águila. Hay

pájaros que representan países: el quetzal a Guatemala, el cóndor a Chile, el gallo a Francia y el águila azteca a México.

Según los sabios, el tatarabuelo de los pájaros vivió hace 150 millones de años y tenía un nombre muy raro. Se llamaba Archaeopterix.



Los pájaros están presentes en las leyendas de casi todos los pueblos. Una leyenda cora cuenta que, cuando empezó el diluvio Nakawé ordenó al hombre construir una caja y encerrarse allí con un loro y una guacamaya. A los cinco años, estos pájaros avisaron al hombre el fin del Diluvio y las aguas se dividieron en cinco mares.

En casi todas las tradiciones sobre el diluvio, un pájaro anuncia su inicio y su fin.

En los ritos religiosos de los aztecas, huicholes y otros pueblos, el loro, la guacamaya, el colibrí y el águila se ofrendaban al sol. Las plumas más vistosas adornaban los altares y centros ceremoniales. Algunas tenían el significado de oraciones: las del loro, para la lluvia y las de la guacamaya, para el sol.

Rafael Martín del Campo, "Aves" en *Animales mexicanos, aves y mariposas*. México, SEP-CONAFE, 1987.

37. Serpiente

En náhuatl serpiente se dice *cóatl*. Cóatl también significa gemelo o cuate.

En México hay alrededor de quinientas especies de serpientes. Cincuenta son peligrosas para el hombre.

Las serpientes están consideradas como lagartijas que han perdido sus patas. Emplean la boca para atrapar a sus presas, y las tragan enteras.



Algunas serpientes enrollan su cuerpo alrededor de sus víctimas, y las aprietan hasta asfixiarlas antes de comérselas. Las serpientes ponzoñosas inoculan su veneno clavando sus colmillos en las presas.

La mordedura de la coralillo y la de la serpiente marina atacan al sistema nervioso; causan insensibilidad, parálisis y finalmente la muerte. El veneno de las

víboras de cascabel, nauyacac y cantiles destruye los capilares sanguíneos y los glóbulos rojos, causando una asfixia progresiva y mortal.

Esta herida *quema*; por eso los antiguos mexicanos llamaron a las víboras de cascabel “serpientes de fuego”.

Siempre han sido temidas. Aún hoy los padres de familia lacandones suplican a sus dioses: “No castigues a mi hijo con mordedura de serpiente. No le castigues con la muerte”.

Rafael Martín del Campo, “Serpiente” en *Animales mexicanos, aves y mariposas*. México SEP-CONAFE, 1987.

38. Cuento tonto de la brujiita que no pudo sacar la licencia de manejar

En algunos países, a la licencia de manejar se le dice carnet.

Era una brujiita
tan boba, tan boba,
que no conseguía
manejar la escoba.

Todos le decían:

–Tienes que aprender
o no podrás nunca
sacar el carnet.

Ahora, bien lo sabes,
ya no hay quien circule
por tierra o por aire
sin un requisito
tan indispensable.

Si tú no lo tienes,
no podrás volar
pues ¡menudas multas
ibas a pagar!

¡Ea! No es difícil.

Todo es practicar.

–Bueno... dijo ella
con resignación.

Agarró la escoba,
se salió al balcón,
miró a todos lados
y arrancó el motor...
pero era tan boba,
que, sin ton ni son,
de puro asustada,
dio un acelerón,
y salió lanzada
contra un paredón.

Como no quería
darse un coscorrón,
frenó de repente...
y cayó en picada,
dentro de una fuente:



se dio un remojón
se hirió una rodilla,
sus largas narices
se hicieron papilla
y como la escoba

salió hecha puré,
pues la pobrecilla
además de chata
se quedó de a pie.

Angela Figueroa Aymerch, "Cuento tonto de la brujita que no pudo sacar el carnet" en *Cuentos tontos para niños listos*. México, SEP-Trillas, 1993.

39. Emiliano

Cuando Emiliano tenía seis años hizo un berrinche de antología porque era su cumpleaños y esperaba de regalo carne de puerco en salsa verde y con verdolagas –su platillo preferido–. Pero no hubo manera; el dinero de los Zapata no alcanzaba más que para un cuartillo de frijol y dos de maíz al día. Ni hablar de los tomates para la salsa y mucho menos de la carne.

Al ver que lo único de particular que tenía el plato de aquel cumpleaños era que en vez de cuatro tortillas le habían puesto tres, Emiliano se soltó a berrear.

De nada sirvió que sus padres lo abrazaran, ni que don Gabriel le hubiera fabricado un corralito con varas de huizache; de nada los mimos de doña Cleofás; el niño quería su carne de puerco.

–Pero, hijo, ahora que vendamos al becerro te compro la comida que quieres –decía angustiado don Gabriel.

–No, la quiero hoy. –Contestaba Emiliano.

–Pero hijito, no hay con qué. –Agregaba doña Cleofás tratando de abrazarlo.

–¡No! –gritó, y salió corriendo.

Al regresar estaba todavía tan enojado que prefirió no hacer ruido para que no lo sintieran; así pudo escuchar cómo doña Cleofás lloraba y don Gabriel trataba de consolarla:

–¡Tanta pobreza! –decía la señora entre sollozos.

–Mire, mujer, mejor pobres que indignos –decía en voz baja don Gabriel.

–¿Y de qué me sirve eso si mis chamacos lloran de hambre?



El señor de la casa ya no supo qué contestar. Emiliano desde fuera adivinó que también su padre comenzaba a derramar algunas lágrimas.

Y más se enojó, pero esta vez de manera diferente. Ahora se disgustó consigo mismo por haber puesto tan tristes a sus padres; quería morirse de vergüenza por haber hecho llorar a su padre.

A partir de aquel día Emiliano usó la misma cara todos los días, fueran grises o soleados. Pero ahí no paró el asunto.

Imaginen a un niño de seis años con cara de estar haciendo la tarea más importante del mundo mientras corta verdolagas en los campos, hasta que el morral está lleno.

Así, con su cargamento, vuelve a presentarse a su casa, pero esta vez va haciendo mucho ruido para que se enteren de que llegó y se limpien la cara antes de que él entre.

–Mire, mamá, lo que traigo, ya nomás nos faltan los tomates–dice Emiliano y suelta su carga junto al fogón.

–¡Hijo! ¿De dónde las cogiste? –pregunta doña Cleofás.

–Pues por ahí –responde el niño.

–Pero nos hace falta la carne, hijo –dice aún triste la madre.

–No hombre, los frijolitos con verdolagas han de saber muy sabrosos, eso es lo que quiero de regalo.

Guillermo Samperio, *Emiliano Zapata, un soñador con bigotes.*, Rita Basulto, ilus. México, SEP-Alfaguara Infantil, 2005.

40. Paisaje en el tintero

Miro por la ventana
y escribo en mi cuaderno.

El paisaje está fuera
y a la vez aquí dentro.

La luz mancha la página
debajo de mis dedos.

Los pájaros son letras
escritas en el viento.



Las huellas del camino,
Palabras que me dicen
si estás cerca o vas lejos.
Un arroyo murmura
dentro de mi tintero.
De pronto, cae la lluvia.
Borrón y cuento nuevo.

Juan Carlos Martín Ramos, *Las palabras que se las lleva el viento.* México, SEP-Everest, 2004.

41. Adi vino y se fue

Hoy nos tocan adivinanzas. ¿Listos? A ver quién las adivina.

Empieza con ele.

No es langosta ni león,
lechuza, liebre ni lombriz,
pues tiene más grande la nariz.



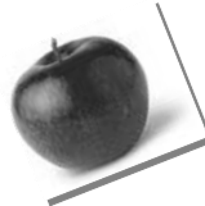
¿Cuál es la fruta
que le avisa a su papá
que ya terminó?

La zanahoria y el mango se casaron
y tuvieron una hija, chapeada y gordita.

El mango quería llamarla manga
y la zanahoria, zanahorita.

Después de mucho discutir
decidieron mita y mita.

¿Cómo le pusieron a su hijita?



Alberto Forcada. *Adi vino y se fue*. México, SEP-Norma, 2006.

42. ¡No se puede!

—Pero ¿por qué?

El padre caminaba alrededor de la habitación, movía la cabeza como si tuviera algún tornillo a punto de aflojarse y miraba a la niña.

—Porque eres una niña.

—¿Y eso qué tiene que ver?

¿Qué tenía que ver? Mayte era una niña, eso era cierto, una niña de nueve años, algo bajita y flaca, pero tenía piernas fuertes.

Eso le decían siempre sus amigos, el payaso de Javier que se pasaba todo el día haciendo chistes malísimos o Salvador que siempre parecía tener una patineta pegada a los pies: tienes piernas fuertes, puedes jugar, estamos seguros.

Pero para los padres de Mayte el asunto era diferente: ella era una niña, las niñas juegan con muñecas, hacen comiditas, se portan bien, dicen buenos días, buenas tardes y todas esas cosas.

¿Cómo iba a ocurrírsele a Mayte que quería ser jugadora de futbol?

Pero así era.

Las muñecas, medio rotas y despeinadas, terminaban siempre tiradas en el piso de su cuarto. Los vestidos color de rosa se le manchaban tan rápido que cuando volvía de la calle ya sabía lo que su madre iba a decir.

–Pero Mayte, ¿estuviste jugando futbol?

–No, mamá, me trepé a los árboles.

Jugar futbol, treparse a los árboles, desafiar a Javier o a Salva a jugar carreras, eran cosas que a Mayte le parecían infinitamente más divertidas que las muñecas.



Ahora su padre seguía caminando por la habitación y ponía cara de preocupación, esa cara que ponen los adultos cuando están pensando en decir algo muy importante.

–Mayte, ya sabes lo que los vecinos nos comentan casi todos los días. Vienen y nos dicen, ah, su hija es taaan linda, qué lástima que se porte así.

–¡Pero, papá! Esas viejas son unas taradas.

Esa era otra de las cosas que hacía enojar muchísimo al papá de Mayte. La niña no sólo quería jugar futbol, treparse a los árboles y correr carreras, sino que también era bastante mal hablada.

–¿Qué dijiste?

–Nada, nada, es que esas señoras son muy, muy molestas.

Así las cosas, Mayte se fue a su cuarto y se tiró en la cama.

Por la ventana entraba una luz suave que se partía en rayas al atravesar los visillos.

Las rayas, tan claras, se dibujaban en la pared, justo encima de todas esas fotos de grandes jugadores, banderines y también algunos galanes de cine ya que, pese a lo que parecían creer todos, Mayte en definitiva era una niña absolutamente igual que todas.

Roy Berocay, *Pateando lunas*. Gabriela Rodríguez ilus. México, SEP, 1996.

43. La luna

¡Es increíble cómo están ligadas la ciencia y la imaginación! Cuando Julio Verne escribió *De la Tierra a la Luna*, hace más de 100 años, adelantó hechos que hasta hace muy poco parecían disparatados: “El hombre llegará a la Luna mediante un cohete espacial”; “El cohete será lanzado desde Florida, en los Estados Unidos”; “Habrá una cápsula para que regresen los tripulantes”. Todo lo que razonó e imaginó el novelista francés se hizo realidad el 20 de julio de 1969 cuando el Apolo XI llegó a nuestro satélite.

Las culturas de la antigüedad interpretaron la presencia del astro más cercano a nuestro planeta y así surgieron mitos, leyendas e historias en cada civilización. En Mesoamérica, grandes astrónomos como los mayas y los aztecas crearon calendarios muy exactos basados en los ciclos de la Luna.

Todos nos hemos quedado alguna vez fascinados viendo una luna llena, y después hemos pasado muchas horas tratando de descubrir lo que hay en su superficie: los europeos ven en ella un hombre que ríe, los indígenas mexicanos un gran conejo, y tú, ¿qué vez en la Luna?



Sirius, “La luna” en *Telescopio de papel. La Tierra, La Luna*. México, SEP, 1992.

44. Tiburones de agua dulce

Esta es la historia de un sinfín de aventuras que, a lo largo de siete años y a bordo de un viejo y destartado velero, llamado afectuosamente “la tina vieja”, compartí con un intrépido capitán.

Un joven capitán que vivía fascinado por los increíbles secretos de los tiburones.

Los pececillos de los arrecifes eran desconfiados y temerosos.

Les gustaba nadar con nosotros aunque a cierta distancia.

Nuestros primeros encuentros con los grandes escualos [tiburones] fueron extraordinarios.

Mi capitán nadaba y se confundía entre ellos como uno más, como si toda la vida hubiera estado entre ellos.

Juntos compartieron mares, corrientes secretas que, como vientos submarinos, dibujaban remolinos de amistad.

Cada noche, después de la cena mi capitán se retiraba a su camarote.

Y empezaba a dibujar, bajo la agradable luz de su lamparilla de aceite, los diferentes tiburones que había conocido durante el día.

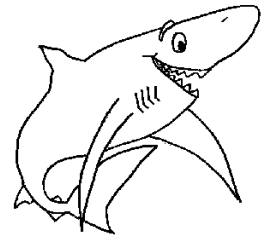
Al atardecer, acompañados de nuestros maravillosos amigos, regresábamos a puerto a bordo de la “tina vieja”, muy muy cansados.

Dos grandes estrellas nos acompañaban cada noche y desaparecían cuando llegábamos a puerto.

Era la señal del desembarco.

Nunca fui tan feliz como en aquellos viajes a las órdenes de mi joven capitán.

De él aprendí todo cuanto hay que saber sobre el fondo del mar, del amor, del amar.



Rossana Zaera Clausel, *Tiburones de agua dulce*. México, SEP-Tándem, 2004.

45. La mulata de Córdoba

Hoy vamos a leer una leyenda, una historia tradicional que ha pasado de una generación a otra y que ha sido contada de muchas maneras. La versión que vamos a leer es de Luis González Obregón.

Cuenta la tradición, que hace más de doscientos años, en la ciudad de Córdoba, Veracruz, vivió una joven que nunca envejecía.

Nadie sabía de quién era hija; la llamaban la Mulata. En el sentir de la mayoría, la mulata era una hechicera que había hecho pacto con el diablo, quien la visitaba todas las noches, pues muchos vecinos aseguraban que al pasar a las doce por su casa, habían visto que por las rendijas de las ventanas y puertas salía una luz siniestra, como si por dentro un poderoso incendio devorara aquella habitación.

Otros decían que la habían visto volar por los tejados, despidiendo miradas satánicas y sonriendo diabólicamente con sus labios rojos y sus dientes blanquísimos.

Los jóvenes, prendados de su hermosura se disputaban la conquista de su corazón. Pero a nadie correspondía, a todos desdeñaba, de ahí la creencia de que el único dueño de sus encantos era el señor de las tinieblas.

Sin embargo, la mulata asistía a misa, hacía caridades, y todo aquel que imploraba su auxilio la tenía a su lado.

¿Qué tiempo duró la fama de la mulata? Nadie lo sabe.

Lo que si se asegura es que un día en México se supo que desde la villa de Córdoba había sido traída a las sombrías cárceles del Santo Oficio por practicar la brujería.

Pasó el tiempo, hasta que un día se supo que en el próximo auto de fe, la hechicera saldría para ser quemada en la hoguera. Pero el asombro creció cuando se supo que la Mulata había escapado burlando la vigilancia de sus carceleros... más bien, saliéndose delante de uno de ellos.

¿Cómo había sucedido eso? He aquí la verdad de los hechos.

Una vez, el carcelero penetró en el inmundado calabozo de la hechicera, y se quedó maravillado al contemplar en una de las paredes, un barco dibujado con carbón por la Mulata, la cual le preguntó en tono irónico: –Buen hombre ¿Qué le falta a este barco?

–¡Desgraciada mujer! –contestó el interrogado– si te arrepintieras de tus faltas, si quisieras salvar tu alma de las penas del infierno, no estarías aquí y ahorrarias al Santo Oficio que te juzgase! ¡A ese barco únicamente le falta que ande! ¡Es perfecto!

–Pues si vuestra merced lo quiere, si en ello se empeña, andará, andará y muy lejos...

–¡Cómo! ¡A ver?

–Así –dijo la Mulata. Y ligera saltó al navío dibujado en el muro, y éste, lento al principio y después a toda vela, desapareció con la hermosa mujer por uno de los rincones del calabozo.

Luis González Obregón, “La mulata de Córdoba” en Manuel Michaus y Jesús Rodríguez (comps.), *El galano arte de leer*. México, SEP-Trillas, 2000.

46. Negrita

Fue la madre quien hizo la pregunta:

–¿Y qué nombre le ponemos?

–¡jibarita! –gritó el mayor de los hijos, pero el otro protestó enseguida:

¡No! ¡Le ponemos Negrita!

La cachorrita, que estaba tratando de roer un hueso a los pies de Bruno, levantó cómicamente la cabeza como si la hubieran llamado y Bruno, sonriente, terminó el asunto:

–Ha contestado ella misma –dijo–. Se llamará Negrita.

Y así fue como le pusieron el nombre para siempre, porque también era negra como la noche sin estrellas.

Entonces fue a enseñarle; de eso se ocupó Bruno, quien comenzó por lanzarle un pedazo de madera y allá iba Negrita con sus patas grandotas, tropezando y volviendo a pararse, hasta regresar orgullosa, poniendo la madera a los pies de Bruno. Pero entonces era una perra poco juiciosa todavía, pues a veces, si pasaba una mariposa mientras ella corría a buscar el madero, olvidaba su misión desviándose tras la mariposa y cayendo de cabeza en la zanja. También por ignorancia y curiosidad, regresaba a veces con el rabo entre las patas a todo aullar, por ponerse a oler



panales de avispas. Hubo una tarde que hizo memoria en la vida de los niños y fue cuando Negrita, mirando hacia atrás, se descubrió el rabo. Entonces se lanzó contra él, girando enloquecida como un trompo.

Los niños se morían de risa y Bruno y María comprendieron que habían conseguido un verdadero juguete para ellos.

Negrita fue creciendo y aprendiendo. Por aquellos días Bruno realizó un prodigio de enseñanza con ella. Pacientemente consiguió que Negrita, valiéndose de sus dientes, fuera capaz de zafar la sogá anudada a la puerta del gallinerito, donde María encerraba al caer la tarde a su gallo y sus seis gallinas.

La perra aprendía fácilmente cuanto quisieran enseñarle. Hasta los muchachos mismos por aquellos días le enseñaron a “morirse”. Bastaba que le dijeran: “Muérete, Negrita” para que se echara boca arriba completamente inerte, fingiéndose muerta. Entonces venía “el entierro”. La tiraban de las patas arrastrándola hasta que le ordenaban de nuevo:

–¡Vive, Negrita!

Inmediatamente abría los ojos y de un salto se ponía de pie, moviendo la cola como si aplaudiera su gracia. Tanta fue la fama de Negrita, que más de un interesado vino a que Bruno le vendiera su perra. Bruno contestaba siempre lo mismo:

–No hay dinero en el mundo para comprarme esta perra.

Y le pasaba la mano alisándole el pelo brillante en la cabeza, mientras Negrita cerraba los ojos de felicidad.

47. Coplas

Hoy vamos a leer unas coplas, es decir, unos poemas populares, que quién sabe quién compuso, quién sabe cuándo. Estas coplas se dicen y se cantan en distintas regiones del país, donde fueron recogidas por un investigador de nuestras canciones.

La primera es de Veracruz:



Corté la flor del arroz
por lo bonito que huele:
sólo le pido a mi Dios
que no tengas quien te cele,
porque cuando oigo tu voz,
hasta el corazón me duele.

Ahora sigue una de Jalisco:

¿Qué cosa le sucedió
al coyote en la cocina?
Se comió a la cocinera
creyendo que era gallina.

Y, para terminar tres del Bajío:

A los ángeles del cielo
les voy a mandar pedir
una pluma de sus alas
para poderte escribir.



Ni te compro limas,
ni te compro peras,
ni te comprometas
a lo que no puedas.



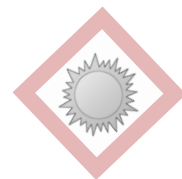
Diga si nos ha de abrir
para no estar esperando:
no somos tinajas de agua
para estarnos serenando. [Serenar algo es dejarlo por la noche a la intemperie, para que reciba el sereno, el frío de la noche.]

Pedro García de León, (comp), *Cajón de coplas*. México, SEP, 1986.

48. ¿Qué es el tiempo?

Si te levantas por la mañana y hace un día radiante y el cielo está despejado, ¡hace un día perfecto para salir a jugar!

En cambio, si ves nubarrones negros, rayos, truenos y fuertes vientos, ya sabes que es mejor quedarse en casa hasta que pase la tormenta que se anuncia.





Hay días en los que hace tanto frío que tienes que ponerte ropa muy gruesa. Hay otros días, en cambio, en los que hace tanto calor que sólo estás a gusto medio desnudo. Todos estos cambios son lo que llamamos el tiempo: si está nublado, si llueve, si hace sol, si hace frío o calor... Y es tan importante para todos que hasta hay canciones que hablan sobre el tiempo. ¿Conoces alguna?

Con la palabra tiempo también designamos otra cosa: el paso de los minutos y las horas, de los años y los siglos... pero eso es otra cosa. Ojalá nos toque en otra lectura. A ver si alguien encuentra un libro sobre esa otra clase de tiempo aquí en la escuela; o si alguien lo tiene en casa.

Núria Roca, "¿Qué es el tiempo?" en *El clima*. México, SEP-Edebé, 2006.

49. El clima de cuatro estaciones

Invierno, primavera, verano, otoño... ¿Les suenan estos nombres?

El invierno es la estación en la que las plantas y los animales parecen dormir.

En la primavera empiezan a florecer los árboles, y el sol calienta un poco más cada día.

Después de la primavera, viene el verano con días muy calurosos y soleados, tras los cuales poco a poco llega el otoño: las plantas empiezan a perder las hojas y la gente se empieza a abrigar. ¡Todo se prepara para soportar el frío y tormentoso invierno!

En el lugar donde vivimos, ¿hay cuatro estaciones? En invierno, ¿hace buen tiempo, o nieva y hace mucho frío? Y en verano... ¿van a meterse a un río, una alberca, o tal vez la playa? Éste clima de cuatro estaciones es el clima típico de las zonas templadas.



Pero también, en muchos lugares del mundo, hay otro clima, que tiene sólo dos estaciones: una estación en la que llueve muchísimo y otra en la que casi no llueve nunca. Se trata del tiempo o la época de lluvias, la estación húmeda, y el tiempo o la temporada de secas, la estación seca, y en ambas siempre hace calor. Esto sucede en las zonas tropicales.

En los polos, en cambio, el clima es polar: siempre hace frío, incluso en verano. En los polos la diferencia entre el verano y el invierno es que el Sol no sale durante el invierno, o sea que siempre es de noche, mientras que en verano no se pone nunca, de modo que siempre es de día. En los polos el día y la noche duran... ¡seis meses cada uno!

Las plantas, los animales y las personas nos acostumbramos a las estaciones del lugar en el que vivimos, pero todos tenemos nuestra estación preferida.

Nuria Roca, "El clima de las cuatro estaciones" en *El clima*. México, SEP-Edebé, 2006.

50. Amigos del alma

No puede haber dos amigos mejores que Lulai y Arturo: van juntos a la escuela, se sientan juntos, juegan juntos en el patio y a los dos les entran ganas de hacer pipí al mismo tiempo. Tan amigos son que un día decidieron casarse. Los casó Adrián Carro, que dijo que sabía casar, porque su padre era juez y ya había casado a un montón de gente. Y en verdad Adrián Carro sabía casar; lo hizo mejor que cualquier cura y cualquier alcalde, con unas frases tan bien dichas que parecía que se había pasado la vida casando gente:



–Arturo, ¿quieres a Lulai por siempre y por jamás en el calor y en el frío, en enero y en agosto y hasta después de la resurrección?

Y los invitados, que eran Pedrito Gómez, Carbajo y Paula, exclamaron impresionados:

–¡Ooohhhh!

Y Arturo contestó:

–Sí, sí, pero, ¿le puedo dar ya el beso a la novia, que tengo mucha prisa?

–No, todavía no, aprovechado –dijo Adrián Carro–, porque la novia todavía no ha contestado.

–Lulai –empezó Adrián–, ¿quieres a Arturo para casarte con él y para quererle por la noche y por la mañana una hora detrás de otra aunque haya días que no lo soportes?

Ante tal pregunta, la novia se quedó dudando un rato y al final contestó:

–Bueno, estaré casada un día sí y un día no, porque si no me aburro.

Y los invitados a la boda, que dieron esta respuesta por buena, no dejaron ni que Adrián Carro echara su bendición a los novios, antes de que dijera aquello de: “Yo los declaro marido y mujer”: tiraron cada uno un puñado de tierra en las cabezas de los novios, y entonces sonó el timbre y echaron a correr hacia la clase, todos menos el novio, que fue muy despacio y muy desilusionado, porque cuando uno se hace la ilusión de besar a su novia es muy difícil volver a clase simplemente con las ganas.

Elvira Lindo, *Amigos del alma*, Emilio Urberuaga, ilus. México, SEP-Alfaguara, 2001.

51. La maceta de albahaca

Érase una vez un zapatero que vivía frente a un palacio y tenía tres hermosas hijas, que salían a la ventana para regar una maceta de albahaca, un día cada una.

Una vez, el rey salió al balcón, vio a la mayor y le dijo:

–Niña, niña, tú que riegas la maceta de albahaca. ¿Cuántas hojitas tiene la mata?

La niña, no sabiendo qué contestarle, cerró la ventana. A la segunda le sucedió lo mismo. Al tercer día salió la menor.

El rey le hizo la misma pregunta, y la niña le contestó:

–Real majestad, ¿cuántos rayos tiene el sol?

El Rey, avergonzado de no poder contestarle, se metió corriendo. Como la niña era pobre, luego mandó a un negro que fuera por la calle gritando que cambiaba uvas por besos.

La niña oyó al negro, salió y lo besó. Al día siguiente, el rey le dijo:

–Niña, niña, tú que riegas la maceta de albahaca, tú que besaste a mi negro, ¿cuántas hojitas tiene la mata?

A la niña le dio tanto coraje que ya no salió.

El rey, al no verla, se enfermó de amor. Su médico no pudo curarlo y mandó llamar a todos los médicos del reino.

La niña se disfrazó de médico, fue a palacio jalando un burro y le dijo al rey:

–Si quiere aliviarse tiene que besarle el rabo a mi burro y salir mañana al balcón a recibir los rayos del sol.



El rey hizo lo que le recetaba aquel médico y se acostó a dormir. A la mañana siguiente, salió al balcón y la niña, que estaba regando la maceta, le dijo:

–Majestad, usted que está en su balcón, usted que besó el rabo del burro, ¿cuántos rayos tiene el sol?

Muy enojado, el rey mandó llamar al zapatero y le dijo:

–Quiero que me traigas a tus hijas. Y ordeno que la menor venga bañada y no bañada; peinada y no peinada; a caballo y no a caballo; y si no cumples, pierdes la vida.

El zapatero muy triste les dijo a sus hijas lo que el rey había dispuesto. La más chica lo tranquilizó diciéndole:

–No te apures papacito, yo lo arreglo.

Cuando llegaron con el rey, la hija menor iba montada en un borrego con un pie en el aire y otro en el suelo; tiznada de medio lado y el otro bien refregado; media cabeza enmarañada y la otra trenzada.

Viendo el rey que se habían acatado sus órdenes, le dijo a la niña:

–En premio a tu astucia puedes llevarte de palacio lo que más te guste.

Después se fue a dormir. La niña, aprovechando el sueño del rey, se lo llevó a su casa.

Al despertar en una casa desconocida, el rey llamó a sus lacayos, pero la que llegó fue la niña, y le dijo:

–Majestad, usted fue lo que más me gustó del palacio; por eso me lo traje.

El rey, viendo que con esa niña siempre llevaba las de perder, se casó con ella.

Teresa Castelló Yturbide, “La maceta de albahaca” en *Cuentos de Pascua*. México, SEP-Fernández Editores, 1989.

52. Nacimiento del sol y la luna

Cuando la Tierra estaba en la oscuridad; cuando era siempre de noche, los poderosos que vivían en el cielo se reunieron para crear el Sol y que hubiera luz en la Tierra.

Ellos se reunieron en una ciudad llamada Teotihuacán que había en el cielo, y de la cual la ciudad de Teotihuacán que está en México era como una sombra o un reflejo.

En esa ciudad celeste de Teotihuacán encendieron una enorme hoguera.

Aquel poderoso que quisiera convertirse en el Sol, debía arrojarse en esa hoguera y quemarse en ella. De ella saldría convertido en el Sol.

Había dos que querían hacerlo. Uno era grande, fuerte, hermoso y rico. Estaba vestido con ropas de lujo y adornado con piedras preciosas. Les ofrecía a sus compañeros oro y joyas, muestras de su orgullo.

El otro era pequeñito, débil, feo y pobre; su piel estaba cubierta de llagas. Estaba vestido con su ropa de trabajo. Como era pobre sólo podía ofrecer la sangre de su corazón, sus buenos y humildes sentimientos.

Cuando llegó la hora de arrojarse a la enorme hoguera, el grande y rico no se atrevió, tuvo miedo y salió corriendo.

Entonces el pequeñito, feo, que era muy valiente, se arrojó en la hoguera. En ella se quemó, y salió de ella convertido en el Sol.

Cuando el otro lo vio, sintió vergüenza y también se arrojó a la hoguera. En ella se quemó, y en el cielo apareció otro Sol.

Los poderosos estuvieron de acuerdo en que no podían existir dos soles en el firmamento, así que decidieron apagar el segundo, el que había sido creado por el guerrero grande y fuerte. Tomaron un conejo por las patas y con mucha fuerza lo lanzaron contra el segundo Sol; su brillo disminuyó de inmediato y quedó convertido en la Luna. Por eso, hasta la fecha, en la Luna podemos ver la figura del conejo que acabó con su luz.



Rubén Bonifaz Nuño, "Nacimiento del sol y la luna" en *Cuentos de los abuelos*. México, SEP, 1999.

53. Un problema llamado coyote

Hemos visto muchas películas de vaqueros; de ésas que ocurrieron en el Oeste de los Estados Unidos. Pues bien, esta historia sucedió allí de verdad y en aquellos tiempos, sólo que en ella no hay diligencias ni indios. Pero hay balazos y muchos animales.

Para comenzar, hay rebaños de ovejas. Es que esta historia es justamente del tiempo en que los criadores de ovejas comenzaron a instalar sus rebaños en el lejano Oeste.

La tierra era rica, los pastos buenos, las ovejas se desarrollaban. Todo iba bien.

Pero los criadores querían más. Creían que no iban a tener problemas. Pero sí los tenían. Un problema llamado coyote.

Es que por ahí había muchos coyotes. Y el coyote, además de que le gustaba aullarle a la luna, es un animal que come carne. Y a cada rato había un coyote cazando una oveja.

Los criadores de ovejas, furiosos, hicieron una reunión:

–¡Es necesario acabar con eso!

–¡Daremos un premio a quien mate coyotes!

Y así lo hicieron. Quien trajera una piel de coyote ganaba un premio. Salió todo mundo disparando. Mataron tantos coyotes que, al fin, no quedó ninguno por ahí.

Los dueños de las ovejas hicieron una fiesta, con música y baile. ¡Aquello era una maravilla! Y en el campo comenzó otra fiesta sin banda y sin danza. Una fiesta de comida. ¡Una gran comilona! Sin coyote alguno que les estorbara, vinieron al gran banquete todos los animales de la comarca. Conejos, marmotas, ratones. Se comieron las hojas, las flores, las raíces, todo lo que había en aquellos parajes.

Y ahí sucedió lo que nadie hubiera imaginado. Cuanto más comían los animales, más crecían; tenían cachorros que también comían, y acabaron convirtiéndose en una plaga peor que los coyotes. Tanto comían que acabaron con todas las hierbas.



Los pastos se arruinaron.

Y así las ovejas no podían alimentarse. Entonces los rebaños comenzaron a disminuir y a morir de hambre.

Los criadores de ovejas se desesperaban. Pero no tenía caso desesperarse. El remedio era esperar. Hasta que el tiempo corriera y aparecieran nuevos coyotes. Pero eso tomaría muchos años.

Todavía no se sabe si ya aprendieron que todos los animales existen porque son necesarios.

Ana María Machado, “Un problema llamado coyote” *Gente, animal y planta: el mundo me encanta*. México, SEP, 1992.

54. Los aluxes (leyenda chontal)



Los aluxes son los dueños del monte. Todo lo que hay en el campo es de ellos.

Si quieres que tu milpa crezca grandota y muy bonita, debes hacer un trato con ellos; pero si no cumples lo que prometiste te va mal.

Cuentan los antiguos que los aluxes querían hablar con Dios. Por eso comenzaron a crear las montañas: para llegar al cielo. Sólo que no están perdonados, por eso nunca llegan. No pueden llegar al cielo. Están condenados a vivir en las montañas.

Los aluxes son chiquitos, como niños, pero tienen los pies volteados. Por eso cuando uno piensa que se está alejando de un alux, porque camina en dirección contraria a lo que indican las huellas de sus pies, en realidad va uno a su encuentro. Allí, el alux te está esperando...

“Los aluxes” en *De aluxes, estrellas, animales y otros relatos. Cuentos indígenas*. México, SEP-Sans Serif, 1991.

55. Los huesos sagrados (leyenda azteca)

Hace mucho tiempo, los dioses intentaron crear a los seres humanos en cuatro ocasiones, pero no tuvieron éxito.

La primera vez, todas las personas fueron devoradas por jaguares; la segunda, un viento fuerte arrastró todo cuanto encontró a su paso y los hombres y mujeres se convirtieron en monos. La tercera, una lluvia de fuego quemó la tierra y los seres humanos se convirtieron en aves. La cuarta, llovió tanto que la tierra se inundó y las personas se convirtieron en peces.

Entonces los dioses se reunieron para hablar.

La tierra está lista para que habiten en ella el hombre y la mujer –dijo Huitzilopochtli, dios del sol.

–Pero, ¿cómo lo haremos? –preguntaron los demás.



–Si queremos crear seres inteligentes y fuertes –dijo Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada– necesitamos formarlos con los huesos sagrados que se encuentran en Mictlan, el lugar de los muertos.

–¿No hay otra manera? –Preguntó Xipe Totec, dios de la primavera–. Nadie ha regresado del Mictlan con vida.

–Es la única manera –contestó Quetzalcóatl–, pero no se preocupen, yo iré por los huesos sagrados.

Realizó un viaje largo y peligroso. Cuando llegó al Mictlan quedó en presencia del dios de los muertos.

–¿Qué buscas aquí? –preguntó Mictlantecuhtli.

–He venido por los huesos sagrados –contestó Quetzalcóatl–, para formar a los hombres y mujeres que poblarán la tierra.

–Te los daré, si haces lo que te pida –dijo Mictlantecuhtli.

Quetzalcóatl asintió con la cabeza.

–Quiero que hagas sonar mi caracol marino.

Quetzalcóatl tomó el caracol pero no pudo hacerlo sonar; entonces se dio cuenta de que le habían tendido una trampa. –¡Está tapado! –exclamó.

Soltando una carcajada, el dios de los muertos le dijo:

–Entonces no te daré los huesos.

Quetzalcóatl colocó el caracol en el suelo, se arrodilló y empezó a cantar una melodía que atrajo a dos gusanos que perforaron el caracol. Quetzalcóatl lo tomó y lo tocó.

–He cumplido –dijo–; dame los huesos sagrados.

Muy molesto, Mictlantecuhtli dijo:

–Tendré que dártelos.

Junto al trono del dios de los muertos se encontraban dos montones de huesos: uno era para crear al hombre y el otro para crear a la mujer. Quetzalcóatl los tomó y se apresuró a salir.

En eso, Mictlantecuhtli gritó a sus criaturas:

–¡Deténganlo!

Pero Quetzalcóatl logró escapar.

Al llegar con los otros dioses, extendió los huesos en el piso, en dos montones, tomó el primero y lo molió. Lo colocó en un recipiente de barro, le agregó agua y con la pasta que obtuvo formó al hombre. Con el otro montón formó a la mujer. Luego, se pinchó con

una espina de maguey, derramó unas gotas de su sangre sobre las figuras y éstas cobraron vida.

Los dioses contemplaron con satisfacción estos nuevos seres que desde entonces poblaron la tierra.

Judy Goldman, *Los huesos sagrados. Una leyenda azteca*. México, SEP-SM, 2005.

56. El barco negro

Cuentan que hace mucho tiempo, cruzaba una lancha de Granada a San Carlos, en las Antillas, y cuando daba vuelta en la Isla Redonda le hicieron señas con una sábana.

Cuando los de la lancha bajaron a tierra sólo aves oyeron. Las dos familias que vivían en la isla, desde los viejos hasta los niños, estaban muriéndose, envenenados.

–¡Llévenos a Granda! –les dijeron. Y el capitán preguntó: –¿Quién paga el viaje?

–No tenemos centavos –dijeron los envenenados–, pero pagamos con leña, pagamos con plátanos.

–¿Quién corta la leña? ¿Quién corta los plátanos? –dijeron los marineros.

–Llevo una carga de cerdos, y si me entretengo se me van a ahogar –dijo el capitán.

–Pero nosotros somos gentes –dijeron los moribundos.

–También nosotros –contestaron los lancheros–. Con esto nos ganamos la vida.

–¡Por diosito! –gritó el más viejo de la isla–. ¿No ven que si nos dejan nos dan la muerte?

–Tenemos compromiso –dijo el capitán. Y se volvió con los Marineros; ni porque las gentes estaban retorciéndose de dolor tuvieron lástima. Ahí los dejaron. Entonces la abuela se levantó de su lecho y a como le dio la voz les echó la maldición:

–¡A como se les cerró el corazón que se les cierre el mar!

La lancha se fue. Cogió altura buscando San Carlos y desde entonces perdió tierra. Eso cuentan. Ya no vieron nunca tierra, ni cerros, ni las estrellas. Tienen años, dicen que tienen siglos de andar perdidos. Ya el barco está negro, ya tiene las velas podridas y las jarcias rotas. Mucha gente los ha visto. Se topan en las aguas altas con el barco negro, y los marinos barbudos y andrajosos les gritan:

–¿Dónde queda San Jorge?, ¿Dónde queda Granada? ...Pero el viento se los lleva y no ven tierra. Están malditos.

Rosa Cerna Guardia, “El barco negro” en *Cuentos de espantos y aparecidos*. México, SEP-CDCLI, 1992.

57. Diego-rana, pintor

“Es curioso que casi todas las personas a quienes más quiero me comparen con una rana, porque el nombre de la ciudad de Guanajuato, donde nací, quiere decir muchas ranas que cantan en el agua.” Así pensaba Diego, el niño-rana. La ciudad de Guanajuato y el monte fueron los dos primeros hogares de Diego. Y las imágenes que ahí vio, sus colores y el reflejo de su luz se quedaron grabados muy hondo en su memoria.

Al principio, Diego-rana se apoderó de cuanto papel encontró en su casa. Invadió cuadernos, garrapateó el reverso de cartas y recibos. Y finalmente pintarrajeó muros y muebles por todas partes. Para que no acabara con la casa, su padre destinó un cuarto especial para él solo. Recubrió el piso y las paredes de hule negro para que le sirvieran como gigantesco pizarrón, y le obsequió una gran cantidad de gises y lápices de colores.

Diego estaba feliz. Pasaba horas echado de barriga sobre el suelo, rodeado de sus dibujos. Su imaginación no tenía fin. Animales, soldados, montañas y minas invadían sus dibujos. Y sobre todo, su tema favorito: trenes y locomotoras.

No hacía otra cosa que dibujar, siempre en compañía de su perico y de Melesio.

Melesio era el sobrino de su nana Antonia, un muchacho indígena que permanecía en absoluta quietud, sentado en un rincón, en cuclillas, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cara oculta bajo el enorme sombrero de paja. Algunas veces también lo visitaban unos seres imaginarios a los que Diego había bautizado con el nombre de *aluritatas*. Los aluritatas se mantenían flotando en el aire mientras Diego, concentrado, dibujaba. ¡Quién necesita correr para encontrar el modo de divertirse!

Este pequeño niño-rana soñaba con llegar a ser pintor. Pero iban a sucederle muchas cosas antes de lograrlo. Su vida habría de llevarlo a muchas partes. En eso se parecía muy poco a las ranas, que viven felices sin salir de sus charcas.

Eunice Cortés y Laura Cortés, *Diego-rana pintor*. México, SEP, 1986.

58. La irreconocible tabla del cuatro

Ahora vamos a leer matemáticas, porque las matemáticas también se leen. Vamos a leer...

Cuatro por uno cuatro,
aquí les va mi retrato.

Cuatro por dos ocho,
con orejas de bizcocho.

Cuatro por tres doce,
por ojitos dos arroces.

Cuatro por cuatro dieciséis,
lenticitos de carey.

Cuatro por cinco, cuatro por
cinco es veinte,
nara, nara, nara, na, na, ná...

Cuatro por cinco, cuatro por
cinco es veinte,
la sonrisa sin un diente.

Cuatro por seis veinticuatro,



con nariz de garabato.

Cuatro por siete veintiocho,
lleva sombrero jarocho.

Cuatro por ocho treinta y dos,
tengo muy fuerte la voz.

Cuatro por nueve treinta y seis,
si me escondo no me ves.

Cuatro por diez, cuatro por
diez, cuarenta.

Cuatro por diez, cuatro por
diez, cuarenta.

Cuatro por diez, cuatro por
diez, cuarenta.

Apuesto a que no me encuentras.

Paula Rodríguez, "La irreconocible tabla del cuatro" en *Baila la tablita yo ya la canté*. México, SEP-María Paula Rodríguez Céspedes, 2003.

59. Vaca Blanca

Vaca Mancha era de todas las vacas la más hermosa.

Al igual que las demás tenía manchas, sólo que las suyas no eran comunes. Tenían forma de nube, estrella y pez.

Vaca Mancha soñaba con viajar, conocer más lugares y hacer nuevos amigos.

Un buen día, aburrida de lo mismo, caminó hacia otros pastizales. Y allí fue donde lo vio.

Estacionado afuera de la granja de don Alonso, había un pequeño coche amarillo con un letrero de "Se vende".

Vaca Mancha imaginó en un segundo todos los lugares que podría conocer viajando en él... pero para qué ilusionarse si no tenía dinero con qué comprarlo... a menos que... ¡vendiera sus manchas!

Y eso hizo. Una se la vendió al cielo, otra fue para su amiga la noche y la última, la que tenía forma de pez...se la quedó el río. Al día siguiente muy temprano, se fue con don Alonso y compró el coche.

Luego hizo su maleta, se despidió de sus amigas...e inició su viaje.

Ya no era más Vaca Mancha, ahora se llamaría Vaca Blanca y estaba muy contenta con su nueva vida.

Ana Paula Rosales, *Vaca Blanca*. México, SEP-SM, 2004.

60. Helen Keller

Helen Keller nació en 1880, en Alabama, en los Estados Unidos. Cuando tenía año y medio, desarrolló una extraña enfermedad que la dejó sorda y ciega. Sus padres la llevaron con muchos doctores. Helen no pudo ir a la escuela. En vez de hablar, hacía señas y gestos para decir lo que quería. Su madre supo de una escuela donde otra niña, sorda y ciega, había sido educada. Pidió que le enviaran una maestra. Annie Sullivan llegó a casa de los Keller.

Annie comenzó a deletrear palabras en la mano de Helen, dibujando con sus dedos cada letra. Le regaló una muñeca y trató de enseñarle la palabra *muñeca*. Helen imitaba los signos que sentía en su mano, pero no entendía su significado. Una vez, Helen golpeó a Annie y le tiró dos dientes, pero la maestra no se rindió.

Les propuso a los padres de la niña llevársela a vivir con ella un tiempo. Cuando Helen se hizo más obediente, ella y Annie regresaron a casa. Helen había aprendido muchas palabras, pero aún no sabía para qué le servían. Un día, Annie puso la mano de Helen bajo un chorro de agua y deletreó la palabra “agua” muchas veces. La niña se dio cuenta de que “agua” era el nombre de lo que sentía en su mano. Tenía muy buena memoria y cada día aprendía nuevas palabras. Dejó de pelear con Annie. Comprendió que debía amar a su maestra. También aprendió braille, un sistema de puntos en relieve que permite leer y escribir por medio del tacto. Annie la llevó con una maestra especial. Helen ponía una mano en el rostro de su maestra y la otra en su boca, para leerle los labios.

Ayudó a otros niños ciegos y sordos. Comenzó a escribir en revistas. Decidió hacerse escritora. Helen y Annie escribieron juntas libros y artículos, dieron conferencias y reunieron fondos para los ciegos y sordos. Viajaron por los Estados Unidos y visitaron otros países. Helen y Annie trabajaron arduamente por los ciegos y sordos, solicitando para ellos escuelas y una vida más decorosa.

Helen decía que los ciegos no deben vivir aislados del resto de las personas. Cuando se hizo una película sobre su vida, ella misma apareció en pantalla. El director le daba instrucciones por medio de golpecitos en el suelo. Cuando Annie murió, Helen siguió dando conferencias y clases hasta su muerte, cuando tenía ochenta y siete años de edad.

Harriet Castor, *Helen Keller*. México, SEP-Somos Niños Ediciones, 2005.

61. El caballo mágico de Han Gan

Cuando era pequeño Han Gan adoraba dibujar. Pero no podía comprar pinceles ni papel, porque su familia era muy pobre.

Para ayudar a sus padres, trabajaba para un hotelero. Llevaba la comida a casa de los clientes.

Un día Han Gan hizo una entrega en casa del pintor Wang Wei. Al salir vio unos hermosos caballos y no pudo resistir la tentación de dibujarlos en la arena.



Wang Wei se acercó, miró el dibujo y le propuso a Han Gan que volviera al día siguiente.

Wang Wei le dio al muchacho papeles, colores, pinceles y un poco de dinero. Le dijo:

–Es para ti, para que puedas pintar...

Han Gan dibujaba desde el alba al anochecer.

Estaba tan dotado que, unos años más tarde, el emperador lo llamó para que entrara en la Academia de Pintores Oficiales.

En la Academia, Han Gan no quería ejercitarse imitando las obras de los clásicos, como le pedía su maestro. Solamente quería pintar caballos y siempre atados.

–¿Por qué tus caballos siempre están atados? –le dijeron.

–Porque son tan reales que podrían escaparse –contestó.

Un día, un gran guerrero fue a ver a Han Gan. Le dijo:

–El enemigo está a las puertas de la ciudad. Mañana he de salir a luchar. He oído decir que tus caballos son tan reales que puedes hacer que vivan. Pinta para mí el más fogoso y valiente de los caballos.

Han Gan se puso a dibujar con toda su alma. Pero el caballo no cobraba vida.

–Lo siento –dijo– este dibujo no vale nada. Mejor quemarlo.

Pero cuando lanzó al fuego el papel, un fabuloso corcel surgió de entre las llamas. El guerrero montó el caballo y desapareció.

El caballo no necesitaba ni agua, ni forraje, ni descanso. Cuando galopaba, sus cascos apenas tocaban el suelo. El guerrero era invencible. En medio del combate, ninguna flecha, ninguna lanza lo alcanzaba jamás.

Pero la tristeza embargaba al caballo. Un día, en medio del campo de batalla, el caballo, cubierto de sangre, se deshizo del guerrero y salió a galope tendido. Nada ni nadie podía detenerlo. El guerrero buscó desesperadamente. Durante treinta y seis días y treinta y seis noches.

Una mañana de otoño llegó a la casa de Han Gan.

–El caballo que me diste ha desaparecido. ¿Sabes dónde está? –dijo el guerrero.

–Si –dijo Han Gan–. ¿Ves este cuadro? Había pintado cinco caballos. Una mañana, al despertar, había seis. Aquí vive ahora tu caballo.

El caballo mágico es una leyenda, pero Han Gan ciertamente existió.

Jiang Hong Chen, *El caballo mágico de Han Gan*, Jiang Hong Chen, ilus. México, SEP-Corimbo, 2005.

62. El árbol generoso

Había una vez un árbol que amaba a un niño. Y todos los días el niño venía y recogía sus hojas para hacerse con ellas una corona y jugar al rey del bosque; subía por su tronco y se mecía en sus ramas y jugaban al escondite. Cuando estaba cansado, dormía bajo su sombra; lo amaba mucho y el árbol era feliz. Pero el tiempo pasó. Y el árbol se quedaba a menudo solo. Un día, vio venir a su niño y le dijo:



–Ven, súbete en mis ramas, juega bajo mi sombra y sé feliz.

–Ya soy muy grande para trepar y jugar –dijo el muchacho–. Quiero comprar cosas y divertirme, necesito dinero. ¿Podrías dármelo?

–No tengo dinero –dijo el árbol. Coge mis frutos y véndelos en la ciudad. Así tendrás dinero y serás feliz.

Y así hizo el muchacho y el árbol se sintió feliz. Pero pasó tiempo y el niño no volvía. El árbol estaba triste.

Un día, regresó el muchacho; el árbol se agitó alegremente y le dijo:

–Ven, súbete, mécete en mis ramas y sé feliz.

–Estoy muy ocupado –dijo el joven–. Quiero una esposa y unos niños. Necesito una casa. ¿Puedes dármela?

–No –dijo el árbol–, pero puedes cortar mis ramas y hacerte una casa. Entonces serás feliz.

Y así hizo el hombre y el árbol se sintió feliz. Cuando, después de mucho tiempo, el hombre volvió, el árbol estaba tan feliz que apenas pudo hablar.

–Ven –susurró–. Ven y juega.

–Estoy muy viejo para jugar –dijo el hombre–. Quiero un bote que me lleve lejos de aquí. ¿Puedes dármelo?

–Corta mi tronco y hazte un bote –dijo el árbol.

El hombre cortó el tronco y se hizo un bote y navegó lejos. Y el árbol se sintió feliz. Cuando volvió a ver al hombre, mucho tiempo después, le dijo:

–Lo siento, pero ya no tengo nada para darte. Ya no me quedan frutos, ni ramas, y casi ni tengo tronco. Quisiera poder darte algo, pero ya no me queda nada. Lo siento.

–Yo no necesito mucho ahora –contestó el viejo–. Sólo un lugar para reposar.

–Bien –dijo el árbol reanimándose–, un viejo tocón es bueno para sentarse a descansar. Ven, siéntate y descansa.

Y el viejo se sentó. Y el árbol fue feliz.

63. Niña bonita

Había una vez una niña bonita. Tenía los ojos como dos aceitunas negras, lisas y muy brillantes. Su cabello era rizado y muy negro, como hecho de finas hebras de la noche. Su piel era oscura y brillante, más suave que la piel de la pantera cuando juega en la lluvia.

Al lado de la casa de la niña bonita vivía un conejo blanco, de ojos color rosa y hocico tembloroso. El conejo pensaba que la niña bonita era lo más lindo que había visto en toda su vida. Y decía:

–Cuando yo me case, quiero tener una conejita negrita y tan linda como ella.

Un día fue con la niña y le preguntó:

–Niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

–Ah, debe ser que de chiquita tomé mucho café negro.

El conejo fue a su casa. Tomó tanto café que perdió el sueño y pasó toda la noche haciendo pipí.

Pero no se puso nada negro.

Regresó con la niña y le preguntó otra vez:

–Niña Bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía, pero inventó:

–Ah, debe ser que de chiquita comí mucha uva negra.

El conejo fue a buscar una cesta de uvas negras y comió, y comió hasta quedar repleto de uvas; tanto, que casi no podía moverse. Le dolía la barriga y pasó toda la noche en el baño. Pero no se puso nada negro.

Entonces regresó con la niña y le preguntó:

–Niña bonita, ¿cuál es tu secreto para ser tan negrita?

La niña no sabía y ya iba a ponerse a inventar algo, cuando su madre, dijo:

–Ningún secreto. Encantos de una abuela negra que ella tenía.

Ahí el conejo se dio cuenta de que la madre debía estar diciendo la verdad, porque la gente se parece siempre a sus padres, a sus abuelos, a sus tíos y hasta a los parientes lejanos. Y si él quería tener una conejita negrita y linda como la niña bonita, tenía que buscar una coneja negra para casarse.



No tuvo que buscar mucho. Muy pronto, encontró una coneja oscura como la noche. Se enamoraron, se casaron y tuvieron un montón de conejitos, porque cuando los conejos se ponen a tener conejitos, no paran más.

Tuvieron conejitos para todos los gustos: blancos, bien blancos; blancos medio grises; blancos manchados de negro, negro manchados de blanco; hasta una conejita bien negrita. Y la niña bonita fue la madrina de la conejita negra.

Anna María Machado, "Niña bonita", ilus. Rosana Faria, en *Español lecturas, tercer grado*. México, SEP, 2000.

64. Turquesita

En el fondo del mar, en un arrecife, vivía una familia de peces muy trabajadores.

Todos eran de color verde con puntos rojos y morados. Por eso los conocían como peces lentejuelas; una integrante de esta familia era Turquesita.

Cada mañana, la mamá molía algas para preparar la comida. Los hijos, mientras tanto, barrían y limpiaban la cuevita donde vivían. Ayudaban a su mamá y después se iban a la escuela.

Un día, Turquesita iba por algas y vio que había un pequeño paso entre la roca y la corriente. Así que fue a preguntarle a su tío el barracuda:

–Tío, ¿crees que yo pueda pasar entre la roca y la corriente para ir por algas?

–No hay problema –le contestó su tío–. Si te acercas a la roca, la corriente no te arrastrará.

Pero unos pececillos que pasaban por ahí, escucharon lo que el barracuda decía y, muy asustados, le advirtieron:

–No cruces; ayer lo intentó Tico el pez ardilla y lo arrastró la corriente.

Asustada, Turquesita decidió volver a casa y plantearle a su mamá las dos opiniones. El tío barracuda decía que el agua no tenía tanta fuerza, pero los peces ardilla le tenían miedo.

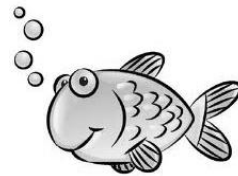
–Mamá, no sé quién tiene razón –dijo Turquesita.

–Tu tío –le contestó su mamá– es grande y fuerte, por eso le parece que el paso es corto y suave la corriente. En cambio los peces ardilla son diminutos. Para ellos el paso es largo y la corriente peligrosa.

Turquesita se comparó con el tío y con los peces ardilla y se dijo: “Voy a hacer la prueba. Nadaré con cuidado, pues no soy tan grande ni tan pequeña.”

Al principio, la corriente no le pareció tan intensa. Pero pasaba el tiempo y sentía que no avanzaba. Entonces empezó a preocuparse. La corriente la jalaba y de pronto a su alrededor todo se volvió oscuro. Entonces Turquesita movió con furia sus aletas. Empleó todas sus fuerzas. Tenía que vencer a la corriente.

Poco a poco fue dejando atrás la oscuridad. Ya del otro lado, muy fatigada, pensó que, efectivamente, la corriente era más fuerte de lo que decía el tío, y menos de lo que afirmaban los peces ardilla. Cuando llegó el momento de regresar, Turquesita se sintió más confiada en sus fuerzas. Ya no temía a la corriente.



Desde entonces, cada vez que Turquesita se enfrenta a una situación desconocida, sabe que podrá escuchar lo que otros le digan, pero que siempre decidirá por ella misma.

Silvia Dubovoy, *Turquesita*. México, SEP-CELTA Amaquemecan, 2002.

65. El niño que tenía miedo de todo y de nada

Había una vez un niño miedoso, pero de verdad miedoso...Se llamaba Roberto. Les temía a los escarabajos y a las arañas. Sobre todo, le tenía mucho miedo a la oscuridad. ¡En la escuela, sus compañeros lo habían apodado “Miedoberto” y todo el tiempo se burlaban de él.

Solo y sin nadie en quién confiar, Roberto se sentía triste. Cuando regresaba de la escuela, estallaba en llanto y le contaba a su madre las maldades que los otros niños le hacían.

Sus padres estaban desesperados, pero Roberto seguía con sus miedos. ¡Una sombra! ¡Eso sí que era peligroso! ¡Ese trozo de oscuridad que te persigue pisándote los talones todo el día! ¡De dónde viene? ¡Qué quiere? ¡Por qué no te deja en paz?

Un día, su abuelita Justina vino a quedarse a vivir en su casa.

Roberto no la conocía muy bien. Antes, ella vivía en otra ciudad, muy lejos.

Una noche sus papás se fueron al teatro y lo dejaron con la abuelita. Todo iba bien hasta la hora de ponerle el pijama: su abuela tuvo la idea de apagar la lámpara.

–¡No la toques! –gritó el niño, presa del pánico.

–Está bien. Voy a dejar prendida la luz –dijo la abuela–. Sé lo difícil que es vivir todo el tiempo sólo con sus miedos.

Roberto no lo podía creer: ¡por primera vez un adulto lo comprendía!
–Yo entiendo que tengas miedo porque a tu edad era muy miedosa, ¡Imagínate! ¡Creía que mi sombra me iba a atacar! Pero después descubrí que no era mi enemiga, sino mi ángel de la guarda. ¡Por eso nunca se separaba de mí!

La abuela se volvió hacia la sombra de Roberto y se puso a girar las manos murmurando palabras incomprensibles.

¡Una fórmula mágica!

–No tengas miedo.

Su sombra estaba sobre la pared y copiaba sus más pequeñas acciones y ademanes.

–¿Ves como no tienes nada que temer? –dijo la abuelita, dándole un beso sobre la frente–. Anda, que tengas dulces sueños.

Roberto vio cómo su abuela se deslizaba fuera de su habitación. Hasta ese momento se dio cuenta de que había apagado la lámpara.

Tranquilizado, Roberto exhaló un suspiro. ¡Adiós a las fobias! ¡A partir de ese momento ya no tuvo miedo de la oscuridad! Sabía que, en lo más profundo de las sombras de la noche, un ángel guardián lo cuidaba.

66. La mujer que brillaba aún más que el sol

Cuando Lucía Zenteno llegó al pueblo, todo el mundo se quedó asombrado. Nadie sabía de dónde venía, traía miles de mariposas y una infinidad de flores en la falda, caminaba con su magnífica cabellera destrenzada ondeando libremente.

A su lado la acompañaba una fiel iguana. Nadie sabía quién era, pero sí sabían que no había nada que brillara tanto como Lucía Zenteno. Todos comenzaron a sentir algo de miedo de este ser maravilloso y desconocido.

Cuando Lucía se fue a bañar, el río se enamoró de ella.

Cuando ella terminaba de bañarse, se sentaba al lado del río y se peinaba con un peine de madera. Y entonces las aguas, los peces y las nutrias estaban en su cabellera, y después otra vez al río.

Los ancianos del pueblo decían que, aunque Lucía era distinta, había que guardarle respeto. Pero algunos le tenían miedo, porque no la comprendían. Así que hablaban mal de ella. La obligaron a irse del pueblo.

Lucía bajó al río una última vez para despedirse. Las aguas salieron a saludarla y no quisieron separarse de ella. Por eso cuando Lucía se marchó del pueblo, el río, los peces y las nutrias se fueron con ella. La gente quedó desesperada.

La gente y los animales padecían de sed. Los ancianos dijeron que debían ir en busca de Lucía a pedirle perdón.

La encontraron y dos de los niños le suplicaron:

–Lucía, hemos venido a pedirte perdón. Ten piedad de nosotros y devuélvenos el río.

Lucía se volvió a mirarlos. Vio sus caras llenas de miedo y de cansancio. Al fin habló:

–Le pediré al río que regrese con ustedes. Pero así como el río le da agua a todo el que está sediento, sin importarle quién sea, ustedes necesitan aprender a tratar a todos con bondad aunque sean distintos.

Todos bajaron la cabeza, avergonzados. Lucía regresó con ellos al pueblo y comenzó a peinarse los cabellos, hasta que salieron las aguas, los peces y las nutrias.

La gente estaba feliz de tener al río de vuelta.

Hubo tanto alboroto que nadie se dio cuenta de que Lucía había desaparecido de nuevo.

Cuando los niños les preguntaron a los ancianos a dónde se había ido, los ancianos dijeron que no los había abandonado.

Aunque no la pudieran ver más, siempre estaría con ellos, ayudándolos a vivir con amor y compasión para todos.

Rosalba Zubizarreta, *La mujer que brillaba aún más que el sol*. México, SEP-Scholastic, 2006.

67. Intercambio cultural

Hacía seis horas que Julito miraba T.V. Ya estaba por dormirse sentado cuando un anuncio lo despertó: “Intercambio cultural: cambie su lugar con el de un ciudadano extranjero por una semana. ¡Y viva otra vida!”

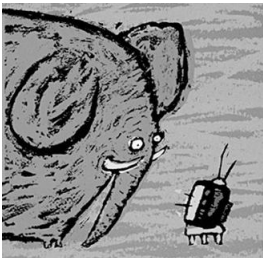
Julito pensó: “¡Qué interesante!”, y luego pensó un rato más. Decidió ir al África; allí parecía haber mucha acción. Escribió una carta muy detallada y pegó una foto suya en la que le parecía estar elegante. A la semana, llegó una caja enorme. Y dentro de ella un elefante africano que quería vivir en la ciudad.

–Hola, soy Bombo, y vengo a ver televisión.

–¡Pase! –le dijo Julito.

Su sillón preferido quedó debajo de Bombo, pero ¿qué le iba a preocupar a Julito? ¡Se estaba marchando a África!

¿Cómo lo recibirían en casa de Bombo? Durante el viaje, Julito se puso a pensar en la manera correcta de presentarse, para no ser confundido con una alimaña de ésas que los elefantes pisan. –Hola, soy Julito y vengo a ver la selva y a todos los animales salvajes, ¡y no soy ningún ratón!



Comienzo de la semana: Carrera de obstáculos en elefante marrón.

Mientras tanto Bombo miraba televisión en el sillón verde.

Al otro día circo gratis. Palco preferencial.

Bombo miraba las caricaturas de la tarde.

Julito descubriría que el atardecer tiene más de diez colores, visto desde lugar adecuado. Entretanto, Bombo veía una de policías...

Julito aprendía por fin a tirarse al agua de cabeza... Hasta que llegó el día de volver a casa... ¡Y allí seguía el elefante! –¡Ya es hora de irse, Bombo! ¡Te esperan en tu casa! –le dijo Julito. –¡Pero empiezan las caricaturas de las seis! –chillaba el elefante, mientras Julito lo ayudaba a cruzar la puerta.

Julito se sentó en lo que quedaba de su querido sillón verde. Y Bombo se retiraba...

Isol, *Intercambio cultural*, Isol, ilus. México, SEP-FCE, 2001.

68. Cocineritos

En la lectura de hoy vamos a ver cómo preparar dulces que no se cocinan. Pongan atención para que los puedan hacer en casa. Y recuerden, hay que ponerse siempre un delantal, para no ensuciarse.

Consejos útiles para los cocineritos

Cuando cocines, asegúrate de que un adulto te ayude y supervise las tareas. Antes de cocinar, lee primero toda la receta. Si tienes que cortar algo, es importante que un adulto te enseñe cómo hacerlo de manera segura. Además, usa una tabla y un buen cuchillo. No olvides tener a mano un trapo de cocina húmedo por si se derrama algo. Si utilizas un sartén, coloca el mango de lado para evitar accidentes. Antes de empezar, coloca frente a ti todos los ingredientes y utensilios que vayas a necesitar. Utiliza los guantes o trapos de cocina para agarrar ollas o platos calientes y colócalos en una superficie resistente al calor. Una vez finalizada la receta, lava y ordena todo.

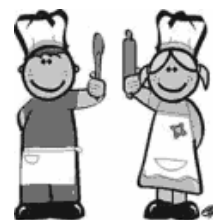
Antes de empezar a cocinar, lava bien tus manos.

Ensalada de fruta con malvaviscos

Para esta rica ensalada se puede usar la fruta que tengas en casa: plátano, manzana, pera, fresas, etcétera.

Ingredientes

2 tazas de fruta, 2 cucharadas de pasitas, 2 cucharadas de nueces, almendras o cacahuates picados, 4 cucharadas de mini-malvaviscos, 1 paquete de queso crema, 3 cucharadas de azúcar, 4 cucharadas de leche.



Preparación

–Haz un puré con el queso crema, el azúcar y la leche.

–Corta la fruta en cubos pequeños.

–Coloca todos los ingredientes en un recipiente y mezcla con cuidado.

Mary Brandt, *Cocineritos*. México, SEP-Tecolote, 2003.

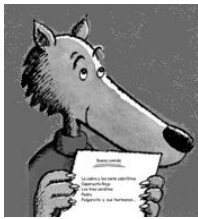
69. El lobo sentimental

Lucas vive feliz, pero un día le dice a sus padres:

–Ya soy mayor. Ha llegado la hora de que me las arregle por mi cuenta.

–Ya sabía yo que este día iba a llegar–, suspira su padre. –Ven a vernos seguido. Toma mi reloj –le dice el abuelo–. Siempre te ha gustado.

–¡Gracias, abuelo! Me lo llevo solamente porque *siempre* hay que obedecer al abuelo.



–Hijo, ya tienes que irte –le dice su padre–. Aquí tienes la lista de lo que puedes comer.

Lucas sale del bosque. Al rato tiene hambre. En una esquina, se encuentra con una cabra y sus siete cabritos.

Lucas los ve en su lista, y dice:

–¡Me los comeré!

–Pero no dejes a *ninguno* vivo –le dice la cabra–, porque sufriría muchísimo sin sus hermanos.

–Comprendo –dice Lucas, conmovido–. No tengo tanta hambre. Lucas prosigue su camino. De repente pasa una niña vestida de rojo de pies a cabeza. Lucas ve que Caperucita Roja está en su lista y le dice:

–¡Te comeré!

–¡Piedad, señor lobo, no me coma! La abuela se pondrá muy triste. ¡Dice que soy la luz de su vida!

Lucas se pone a llorar.

–Mi abuela dice de mí exactamente lo mismo –dice Lucas–. ¡Vete!

Lucas sigue caminando, con la tripa cada vez más vacía. “¡Soy un sentimental!”, piensa.

Al rato se encuentra con tres cochinitos rosados y gorditos, y ve que están en su lista.

–¡Me los comeré! –les dice.

–¡Antes déjanos cantar por última vez! –le dicen los cochinitos–. ¡Adiós, hermanos!

Al escucharlos, Lucas recuerda a sus hermanos y solloza.

–¡Váyanse! Soy demasiado sentimental –refunfuña. Su tripa se queja cada vez más.

“¡No hay ningún lobo sentimental, como yo!”, piensa Lucas, cuando llega a una casa vieja.

Llama a la puerta y... abre un gigante con aire amenazador. –¡Fuera de aquí!” –le grita.

Eso sí no lo soporta Lucas. Muerto de rabia y de hambre entra en la casa por la fuerza... y ¡se come al ogro, por majadero!

“¡Nunca había comido como hoy!”, piensa Lucas chupándose los dedos. De repente, oye unos lamentos. Al fondo de la habitación hay unos niños encerrados en una jaula. Abre la puerta.

–Soy Pulgarcito, y éstos son mis hermanos. ¡Gracias a usted el ogro no nos comerá!

–¡Ah! –exclama Lucas riendo–. Hoy es su día de suerte.

Luego, con su mejor letra, añade a la lista de papá: “Ogro”.

Geoffroy de Pennart, *El lobo sentimental*, Geoffroy de Pennart, ilus. México, SEP-Corimbo, 2005.

70. Los perritos

Yo tenía diez perritos,
yo tenía diez perritos,
y uno se cayó en la nieve,
ya no más me quedan nueve,
nueve, nueve.

De los nueve que tenía,
de los nueve que tenía,
uno se comió un biscocho,
ya no más me quedan ocho,
ocho, ocho.

De los ocho que quedaban,
de los ocho que quedaban,
uno se clavó un tranchete,
ya no más me quedan siete,
siete, siete.

De los siete que quedaban,
de los siete que quedaban
uno se quemó los pies,
ya no más me quedan seis,
seis, seis.

De los seis que me quedaban,
de los seis que me quedaban,
uno se mató de un brinco,
ya no más me quedan cinco.
De los cinco que quedaban,
de los cinco que quedaban,
uno se cayó de un teatro,
ya no más me quedan cuatro,
cuatro, cuatro.
De los cuatro que quedaban,
de los cuatro que quedaban,
uno se volteó al revés,
ya no más me quedan tres,
tres, tres.
De los tres que me quedaban,
de los tres que me quedaban,
uno se murió de tos,

ya no más me quedan dos,
dos, dos.
De los dos que me quedaban,
de los dos que me quedaban,
uno se murió de ayuno,
ya no más me queda uno,
uno, uno.
Y ese uno que quedaba,
y ese uno que quedaba,
se lo llevó mi cuñada,
ahora ya no tengo nada,
nada, nada.
Cuando ya no tenía nada,
cuando ya no tenía nada,
la perra parió otra vez,
y ahora ya tengo otros diez,
diez, diez.



Canción popular en *Juegos y diversiones mexicanos*. México, SEP-SITESA, 1994.

71. Un cuento hace un ciento

Cuento sílabas con los dedos
y sale un verso.
Cuento pasos en el camino
y llego lejos.
Cuento las horas y los días
y pasa el tiempo.
Cuento las gotas de la lluvia,
las hojas secas en el viento,



los hilos de la telaraña,
las flores blancas del almendro,
los radios de mi bicicleta,
las páginas de mi cuaderno.
Lo cuento todo y me lo cuento,
y se lo cuento a todos,
y a ti el primero.



Juan Carlos Martín Ramos, *Las palabras que se las lleva el viento*. México, SEP-Everest, 2004.

72. El iglú

Érase una vez un gran cazador. Todas las mañanas, a caballo, recorría distancias increíbles. Sus flechas siempre daban en el blanco. Este gran cazador era mi padre. Un día me dijo:

–Hijo, ha llegado el tiempo de que vengas conmigo.

Mi madre me abrazó con ternura. Lloré. Bajé la cabeza para que mi padre no me viera.

Él nunca lloraba.

Partimos. Un paisaje desconocido. Algunas flores anunciaban el final del invierno. Por la noche acampamos. Comimos carne seca.

Unos días más tarde, contemplé la nieve por primera vez. Poco a poco se fue haciendo más espesa y tuvimos que andar junto a los caballos. Yo tenía frío. Mi padre se dio cuenta: –No te detengas, hijo. En la montaña no hay que detenerse nunca; si no, los dedos se te hielan.

Y con una leve sonrisa añadió:

–Luego te mueres bastante deprisa.

Al día siguiente encontramos huellas en la nieve.

–Hijo, ya llegamos.

Mi padre me trajo aquí y a él lo había traído su padre. En ese momento se levantó el viento. ¡Una tormenta de nieve! Los caballos estaban nerviosos. La nieve nos cegaba.

–¡Papá! ¿Es un búfalo lo que buscamos?

–Sí, hijo.

De pronto, como si lo hubiera traído la tormenta, cayó sobre nosotros un búfalo solitario.

Mi padre no tuvo tiempo ni de sacar el cuchillo.

Un cuerno del animal lo hirió en el pecho. A mí, una pezuña me lanzó a unos metros de distancia. Me desmayé. Cuando recuperé el conocimiento, estaba cubierto de nieve.

Los dedos se me estaban empezando a helar. Busqué a mi padre. Su sangre dibujaba una hermosa flor roja sobre la nieve.

–Hijo mío, recuerda –murmuró–. Regresa. No te detengas. Sigue las estrellas. Ya no puedes hacer nada por mí.



Silbé a mi caballo. Era mi mejor amigo. Lo había alimentado siempre yo mismo. Hice que se echara junto a mi padre, que había perdido el conocimiento, y empecé a construir un pequeño refugio de nieve.

Ahora sé que eso es un iglú. Conseguí meter a mi padre. Mi caballo se echó delante de la entrada.

Sobre la herida de mi padre puse las plantas medicinales que me había dado mi madre. Estuvimos así varios días. Cuando la tormenta amainaba, salía en busca de caza. Cada día cambiaba el emplasto que cubría la herida de mi padre.

Así fue hasta que llegó la primavera. Mi padre recobró las fuerzas y pudo montar a caballo.

Cuando regresamos a casa y mi madre lo abrazó, vi cómo mi padre lloraba.

Alan Mets, Iglú, Alan Mets, ilus. México, SEP-Talasa, 2005.

73. El lago de los monstruos

Érase una vez, en un pueblecito cerca de Bruselas, que se llamaba Tervuren, había un gran parque, y en medio del parque había un bosque gigantesco; y en ese bosque, había un lago oscuro y tenebroso en el que vivía un monstruo, que se llamaba Monsta.

Monsta se había comido todos los monstruos que vivían en el lago y todos los niños que se acercaban a la orilla del lago y por eso tenía una tripa enorme y redonda; ésta era tan grande que, cuando el monstruo se movía, le arrastraba por el suelo y, para moverse mejor, tenía que agarrarse a las ramas de los árboles que rodeaban el lago, y todas estaban medio caídas y casi a la altura del agua.

Monsta, el monstruo, estaba hambriento, tenía hambre; ya no había nada que comer; se había comido todos los monstruos, y los niños ya no se acercaban a la orilla del lago porque tenían miedo.

Hasta que un día, cerca del lago, había un grupo de niños jugando al fútbol y un niño chiquitito le dio un patadón al balón que fue a parar cerca de una esquina del lago.

Monsta, que cada día tenía más hambre, miró a esa cosa redonda, cerca de la esquina del lago, y pensó: me la podría comer.

Así que se fue hacia la esquina, arrastrando su tripa y agarrándose en las ramas de los árboles y, de un bocado, se tragó el balón.

Entonces, los monstruos y los niños que estaban dentro de la tripa, empezaron a jugar un partido de fútbol entre ellos, y un monstruo le dio un patadón al balón que lo explotó.

Todo el aire del balón salió fuera y la tripa empezó a hincharse e hincharse hasta que también explotó.

Entonces todos los monstruos salieron fuera de la tripa y todos los niños se fueron corriendo a sus casitas a decirles a sus papas ya estamos aquí y a contarles todo lo que había pasado.

La tripa de Monsta ya no estaba grande y redonda y no tocaba el suelo y él estaba delgado.

Podía caminar sin agarrarse a las ramas de los árboles y, además tenía amigos.

Había más monstruos en el lago y podía jugar con ellos.

Entonces Monsta pensó: Ya no voy a comer más monstruos ni más niños.

Y desde ese momento, Monsta solo comía las frutas de los árboles que había cerca del lago.

Y cuando los niños se acercaban a la orilla del lago, Monsta les daba un paseo por el lago en su enorme cola.

<http://www.molwick.com/es/libros/z131-libros-cuentos.pdf>

74. Sofía, la vaca que amaba la música

Sofía vive en el campo. Adora la música. Le gusta mucho cantar y cuando da un concierto, su familia y sus amigos quedan encantados.

Un día, sale una convocatoria importante del concurso de música. Todas las orquestas del país están invitadas a participar.

–Quiero probar suerte –dice Sofía a sus amigos–. A lo mejor encuentro trabajo en una orquesta.

–¿Quieres ir a la ciudad? –pregunta su madre.

–¡Quieres dejarnos! –exclama su padre.

–¿Y nuestros conciertos? –comentan apenados sus amigos.



–Escuchen –dice Jorge, el caballo–, Sofía tiene razón: debe intentarlo; tiene talento y lo conseguirá.

El día de su partida, todos acompañan a Sofía... ¡Por fin, la gran ciudad!

Sofía compra un periódico, se sienta en un café y lee las ofertas de trabajo. Muchas orquestas buscan músicos.

Sofía acude a varios lugares, pero nadie la acepta.

–Si viene por la vacante –le dicen– lo siento... ¡buscamos a alguien de más peso!

–¿Viene por la vacante? –le dicen– Lo siento, querida... ¡temo que no está a la altura!

–¿Viene usted por la vacante? –se repite la historia– Lo siento, queridísima, pero usted no es suficientemente elegante para nuestra orquesta.

–Vaya grupo –dice Sofía, furiosa y vuelve a consultar su periódico. Está desanimada.

Orquesta de las Vacas Locas, Orquesta Real Canina, Los Gatos Ronroneantes... ¿Para qué continuar? “No me queda más que volver a casa.”

Triste, se sienta en la terraza del café de la estación.

–¿Y bien, señorita, no van bien las cosas? –se interesa el mesero.

Sofía le cuenta sus desgracias.

–¡Oh!, no me extraña nada, señorita. Estas orquestas no valen nada, no aman verdaderamente la música. Yo mismo, que soy músico, he pasado por eso: tenía el pelo o muy largo o muy corto; tenía las orejas caídas, el morro demasiado puntiagudo; no tenía la altura, ni el color...

–Entonces –dice Sofía–, ¿por qué no formamos una orquesta nosotros? ¡No contrataremos a nadie más que por su talento! Permita que me presente: soy Sofía.

–¡Chóquela, señorita! Soy Thelonius.

Sofía y Thelonius pusieron un anuncio en el periódico. Y los candidatos hicieron cola.

Ambos los escuchan con mucha atención. Al cabo de un rato contratan... a cuatro excelentes músicos.

Sofía bautiza el grupo Los Amigos de la Música. Y, por supuesto, ganan el concurso.

75. Gérmenes

Con esta lectura vamos a entrar a un mundo microscópico. El mundo de los microbios.

Esa mañana, llegó el autobús infeccioso para llevarse a Vari y a los demás candidatos a la Academia de Gérmenes.

Vari había pasado su examen médico para probar que no estaba sano, y fue llevado al dormitorio, donde conoció a sus compañeros de cuarto.

Cada uno presumía que un pariente cercano había iniciado el brote de alguna enfermedad.

–Pero ¿no hace esto que los niños se sientan terriblemente enfermos? –preguntó Vari.

–De eso se trata –se burló Mig.

Pero Vari no estaba de acuerdo. Durante la siguiente semana, fue el último de la clase en todo. Sin embargo, se le asignó su primera misión.

–Pero se ve tan dulce –dijo Vari al ver a la niña a la que debía enfermar.

Esa noche, Vari se las ingenió para deslizarse con éxito por la nariz de Mirta. Enseguida empezó a refunfuñar. “Este trabajo no me gusta”, pensó. Y decidió ayudar a la niña.

En eso oyó un ruido, cada vez más fuerte y que iba directo a él... Antes de que pudiera esconderse, se vio rodeado por unos militares. Eran miembros del Sistema Inmunológico de Mirta y no parecían muy amigables.

–¡Ahí está! –gritó uno.

Mientras, en la Central de Gérmenes comenzaron a sonar alarmas.

–¡El blanco no muestra señales de infección! –gritó el comandante Flema–. ¡Varicela estropeó su misión!

–¡Déjenos atacar, señor! –decían los compañeros de Vari–. ¡Le daremos un cumpleaños que nunca olvidará, señor!

Mirta y Vari estaban en problemas.

–Cuatro gérmenes grandes y feos vendrán pronto –dijo Vari– y Mirta podría estar en cama semanas enteras. Los militares se detuvieron.

–Está bien –dijeron–. ¿Qué hacemos?

Vari trazó un plan. Después de unos segundos, dio la orden y Mirta estornudó con tanta fuerza como nunca lo había hecho en su vida.

Aturdidos y confundidos, los gérmenes despertaron un minuto después. Ronch miró a su alrededor. Pronto se dieron cuenta de que pasaba algo raro.

–Creo que no estamos en el cuerpo de Mirta –dijo Achú.

Mientras tanto, en el cuerpo de Mirta, los miembros del Sistema Inmunológico gritaron:

–¡Bravo por Vari!

Vari fue cargado en hombros, en un recorrido triunfal por los órganos de Mirta, donde multitudes de células aplaudían al germen que los había salvado.

–Nunca habíamos conocido a un germen heroico –decían– ¿Qué podemos hacer para pagarte lo que hiciste?

–Bueno... pues... –dijo Vari– necesito dónde vivir...

Gracias a su conocimiento de gérmenes, Vari fue nombrado Jefe Honorario del Sistema Inmunológico.

Ross Collins, *Gérmenes*. México, SEP–Planeta, 2006.

76. La bruja diminuta

Félix y su madre cultivaban su huerto. Un día, la madre cayó enferma. Félix decidió ir al pueblo a vender verduras, pues necesitaba dinero para pagar a un médico.

–Volveré pronto –le dijo.

Cuando vio en el huerto sólo un melón, se sintió triste. Pero al cortarlo se acordó de que su madre le había contado que a una bruja que vivía en el monte y curaba cualquier enfermedad, le gustaban los melones recién cortados...

“Le llevaré el melón a la bruja –pensó– y le pediré que prepare una medicina para mamá.”

Félix llegó al monte, a la casa de la bruja. Llamó una y otra vez, pero no tuvo respuesta. Entonces oyó unos chillidos que venían de afuera.



Una diminuta anciana había quedado prendida en un rosal; tenía los brazos y piernas cubiertos de arañazos.

–¡No te quedes ahí mirando! ¡Haz algo! –le dijo al muchacho.

Félix se apresuró a sacarla del rosal.

La anciana sacó una pomada, se untó los arañazos, y éstos desaparecieron.

–Soy la bruja Umba. Cada vez que me sale una arruga, me encojo tantito, y ya ves, ahora soy minúscula. Pero lo sé todo, jovencito. Sé que tu madre está enferma.

–Te he traído un melón fresquísimo –dijo Félix.

–¡Ja! ¿Crees que voy a prepararte una medicina a cambio de eso? ¡Mira!

Félix miró y vio un montón de melones.

–¿Tienes algo mas para mí, jovencito? –le preguntó.

Félix llevó a la bruja a la torre del pueblo y Umba tiró el melón al mercado, al pie de la torre.

El melón cayó delante de un burro, que se asustó y empezó a correr, tirando todo a su paso.

–¡Eso me gusta! –dijo la bruja– ¡Ahora sí que me divierto! ¡ji, ji, ji! Voy a prepararte la medicina.

Félix quería asegurarse de que de Umba cumpliría su promesa, y decidió volver a la casa de la bruja.

En el camino recogió unas plantas. Halló a Umba preparando la medicina.

–¡Bienvenido! –le dijo–. Dame esas flores rojas: es lo que necesito.

A la mañana siguiente, Félix volvió a casa con la medicina de Umba. Al poco rato la fiebre de su madre desapareció.

–¿Cómo conseguiste esta medicina? –le preguntó su madre.

–Me la preparó la bruja Umba, porque conseguí hacerla reír –le contesto Félix.

Su madre lo miró con una tierna sonrisa.

Hirono Takako, *La bruja diminuta*, Hirono Takako, ilus. México, SEP–Celistia, 2005.

77. ¿Qué hace mi cuerpo con lo que como?

Por medio de la digestión el cuerpo extrae de los alimentos las sustancias que necesita para funcionar bien. Nos preparamos para la digestión desde que percibimos el olor de la comida. Al comer, desde el primer bocado, la lengua identifica los sabores y ayuda a descubrir algún alimento descompuesto que puede hacernos daño.

La boca es como un triturador de comida. Los dientes sirven para despedazar lo que comemos, y la saliva para ablandar los alimentos. Nuestros dientes son de diferentes tipos y sirven para cosas distintas. Alrededor de los seis años se nos empiezan a caer los dientes de leche y comienzan a salir los que durarán toda la vida. Éstos son más grandes y fuertes que los primeros.

Cuando tragas la comida que ya trituraste en tu boca, todo pasa al estómago. Ahí, con ayuda del ácido estomacal, el alimento se rompe en pedazos todavía más pequeños.

La destrucción de los alimentos es la parte de la digestión en donde se liberan las proteínas, grasas, vitaminas, minerales, agua y fibras que el cuerpo necesita.

Después de pasar por el estómago, el alimento llega al intestino delgado. Ahí continúa deshaciéndose en trozos aún más pequeños, casi invisibles. Éstos inician un largo recorrido por el que, poco a poco, se incorporan a la sangre, que hace llegar los nutrientes a todas las células del cuerpo. Cuando el intestino trabaja produce ruidos y gases. El intestino delgado mide ocho veces el tamaño de una persona; por ello, para que quepa dentro del cuerpo tiene que enrollarse.

La última tarea de la digestión la realiza el intestino grueso, en donde se aprovecha el agua que bebas y se desechan los restos de alimento que no son útiles para el cuerpo.

Sin agua el cuerpo no puede realizar sus funciones. El cuerpo tiene agua por todas partes.

Los desechos orgánicos del cuerpo deben eliminarse diariamente. El recorrido que hacen los alimentos desde la boca hasta el intestino grueso dura 24 horas. Por eso, vamos al baño todos los días, para no almacenar desechos que pueden dañar nuestra salud.



Las ganas de ir al baño se sienten cuando el cerebro recibe el aviso de que el recto está lleno y hay que vaciarlo.

Álvaro Osorio," ¿Qué hace mi cuerpo con lo que como?" en *Conozco los alimentos*. México, SEP-Santillana, 2004.

78. Cuando sea grande quiero ser...

Futbolista

El mío es un trabajo muy conocido. Sin embargo, no todo pasa por los partidos...Entreno duro, me preocupo por comer y dormir bien y paso muchas horas lejos de casa. Cansado o desanimado siempre estoy listo para salir a jugar y cada nueva victoria me incita a superarme. El fútbol profesional es muy competitivo: sólo los mejores entre los mejores logran jugar en los grandes clubes.

Diseñador de ropa deportiva

Cuando me encomiendan el diseño de una nueva línea para algún deporte en particular, comienzo por investigar cuáles son las necesidades de los que practican ese deporte: que el calzado sea más liviano o con mejor agarre, que los pantalones sean más largos, que las camisetas sean más ajustadas. Con eso en mente, diseño los modelos y elijo los materiales. Por último, combino los colores y les doy un toque original. Me encanta saber que con mis diseños los deportistas se sienten a gusto...

Maquinista de ferrocarril

Primero, un tren carguero; después, un tren de pasajeros; ahora, el rápido...manejo máquinas cada vez más potentes. Para comandar una locomotora como la que yo conduzco es muy importante tener mucha experiencia: conducirla con seguridad, conocer su mecánica, dominar al dedillo los paneles de señalización y tener los reflejos bien entrenados.

La seguridad de los pasajeros o de la mercancía que transporto queda bajo mi absoluta responsabilidad. De noche o de día, los fines de semana, los días festivos...¡no tengo excusas para no trabajar.

Nadine Mouchet/ Sophie Bordet, Cuando sea grande quiero ser...México SEP-Cordillera de los Andes, 2008.

79. Bolita

Aquella mañana, después de poco más de quince meses, ¡pop!, la jirafita salió de la panza de mamá jirafa. Era gordita, y así le encantaba a mamá jirafa; también a don Jaime, el cuidador de las jirafas. Pero el más encantado de todos era Poncho, el hijo del cuidador, que le puso el nombre, nada imaginativo, de Bolita.

Bolita era redonda por todos lados, y cuando se dio cuenta de que decían cosas de ella, empezó a sentirse mal.

Una tarde unos niños, la señalaron muertos de risa:

–¡Qué gorda! –dijo uno.

–¡Parece un globo! –gritó otro.

A Bolita aquello no le gustó. Los niños se rieron y se alejaron. Poncho había presenciado la escena y vio cómo un par de lágrimas bajaba por las redondas mejillas de Bolita.

Esa noche Poncho casi no durmió pensando cómo resolver el problema.

Ponerla a dieta no serviría, pues Bolita comía justo lo que debía comer una jirafita de su edad; darle menos podía debilitarla... Esa tarde a Poncho se le ocurrió un plan B.

Se encerró en una cueva, con Bolita y un montón de cosas, y un rato después salió de la cueva seguido por una Bolita un poco distinta.

Pasó el día viendo cómo le iba a Bolita con su disfraz. Pero desde el principio sospechó que su plan no funcionaría. Bolita no se sentía bien. Extrañaba a su familia, y los elefantes se alejaban de ella. Los asistentes al zoológico se le quedaban viendo como si viniera de otro planeta.

Llegó un momento en que Bolita no aguantó más y empezó a correr alrededor de la jaula. Pero su disfraz estaba a punto de deshacerse.

–¡Papaaaá! ¡A ese elefante se le está cayendo la trompa!, ¡papá, mira!, ¡aghhh! –gritó un pequeñín horrorizado.

Los elefantes se asustaron con los gritos del niño; don Jaime, que andaba por allí, salió al rescate: calmó al niño, calmó a los elefantes y liberó a Bolita de su disfraz de elefante.

Poncho estaba sentado con la cara entre las manos, mirando aquello con tristeza. Su plan B había fracasado.

Don Jaime lo tomó de la mano, con la otra tomó la cuerda que sujetaba a Bolita y caminaron juntos hacia la jaula de las jirafas.

–Bolita es una jirafa, Poncho, no un elefante.

Las demás jirafas la recibieron con exclamaciones de alegría. Cenando junto a los suyos, Bolita se sintió más jirafa que nunca.

A partir de entonces vivió muy feliz en su jaula, ignorando las murmuraciones que ocurrían entre los visitantes...

A Bolita le pasó como les pasa a algunos adolescentes... Se compuso cuando se estiró.

Mónica Beltrán Brozon, *Bolita*. México, SEP-Santillana, 2004.

80. La semana del cochinito

Lunes

El cochinito tenía flojera.

Simplemente, no quería levantarse. Se quedó en la cama hasta el mediodía y tuvo dos bonitos sueños.

A las doce se despertó y se tomó dos platos de cereal. Luego, cogió una manta y salió al jardín. En el jardín tenía una hamaca. Estuvo durmiendo en ella toda la tarde.

Por la noche, el cochinito entró en casa y siguió durmiendo en su cama.

Martes

El cochinito tenía hambre.

No le quedaba nada para comer. Los cereales se le habían acabado, el refrigerador estaba vacío. No tenía ni una papa, ni queso, ni leche, ni pan, ni mantequilla. ¡Se lo había comido todo!

Tampoco tenía dinero para ir a comprar.

Entonces, el cochinito se fue al bosque a buscar hongos. ¡Pero los hongos se habían escondido!

Pero no pasó hambre, pues lo invitaron al banquete de boda de unos ratones. ¡Qué suerte!

Miércoles

El cochinito tenía miedo.

Había pasado lo siguiente: Isidro, el gato, lo invitó a pescar. Fueron hasta el arroyo y se sentaron en el puente de madera.

¡De pronto, llegó una tormenta cargada de rayos, truenos y lluvia!



El cochinito y el gato se fueron a casa corriendo.

Atemorizados, miraron por la ventana hasta que la tormenta se alejó.

Jueves

El cochinito estaba cariñoso.

Hacía un día precioso. El cochinito daba saltos de alegría. Estaba tan contento que quería hacer feliz a alguien.

¡La alegría compartida es doble alegría!

Preparó un enorme ramo de flores y fue a ver al perro Snuf.

–¡Hola, Snuf! ¿Estás en casa? ¡Toma, unas flores para ti!

–gracias, pero me gustan más los huesos.

Viernes

El cochinito se sentía aventurero.

Quería vivir una aventura. ¡Escalar una montaña estaría bien! ¡O lanzarse en paracaídas!

Por desgracia, no había montañas cerca, y el cochinito no tenía un paracaídas.

Entonces, se subió al tejado de su casa... y ¡se tiró sobre el montón de estiércol!

Sábado

El cochinito quería ayudar.

Al principio, no sabía qué hacer en un día tan aburrido. Así que salió a pasear por el campo. Entonces vio un hámster y dos ratones, que llevaban unos sacos de grano.

El cerdito ayudó al hámster y a los ratones a llevar los sacos.

Luego, vio la bodega del hámster. Por desgracia, no cabía por la puerta.

Domingo

El cochinito estaba cansado.

El perro Snuf fue a buscarlo para ir a navegar. ¡Tenía un barco de vela nuevo!

Estuvieron todo el día navegando por el lago. Hacía un sol espléndido.

¡Con tanto sol, el cochinito se quemó la piel!

Por la tarde, estaba tan cansado que Snuf tuvo que llevarlo a casa en su carrito.

¡Ah, qué bien se duerme después de un día tan ajetreado! ¡Buenas noches, cochinito!

80. Los cinco horribles

La luz de la luna volvía más pálido al sapo, que veía sus verrugas en un espejo, y se sentía horrible.

–¡No nos haremos más guapos! –dijo una voz chillona y apareció la rata.

–Deberías respetar el corazón del sapo, roedora insensible–regañó el murciélago a la rata.

–¿No has asustado a nadie hoy, paraguas viejo? –preguntó la rata.

–¡A mí! –se quejó la araña.

–Merecido te lo tienes, ocho patas –respondió el murciélago.

En ese momento se escuchó una risa extraña.

–¡Pero qué hermosa reunión de feos y aburridos!

–La risa del visitante brotaba de la oscuridad; se acercó mirando de uno por uno a todos.

–¡Una hiena! –irrumpió la rata.

–¡La hiena debe callarse, si es que quiere ayudar! –gritó el sapo, y la hiena se puso seria.

–¿Tienen algún problema? –preguntó.

–¡No seas burlona! –explotó la rata– ¿Crees que es divertido saber que para los demás somos repugnantes?

La hiena se quedó asombrada y dijo muy seria:

–Si los otros piensan que eres feo o guapo, no importa.

Lo que importa es lo que sabes hacer –sacó un instrumento y comenzó a tocar.

La rata quedó maravillada, sacó de su abrigo un ukelele y empezó a tocar. La araña comenzó a cantar. El murciélago se mojó los labios y silbó un acompañamiento.

El sapo, que no sabía cantar ni tocar, exclamó:

–¡Yo puedo hacer pasteles!



–No es una casualidad –dijo la hiena– que cuatro músicos y un pastelero se conozcan. Juntos podemos hacer algo.

–¿Deberíamos poner una pastelería con música? –dijo la araña.

–¡Claro! –contestó la hiena.

–Sólo faltan –dijo el sapo– mesas, sillas, luz. Y un horno para hacer pasteles.

–Yo me encargo –dijo la hiena– Para esta noche tendré todo aquí.

El murciélago voló por los alrededores repartiendo invitaciones.

Era más de media noche y ningún invitado aparecía. El sapo veía preocupado el reloj y los pasteles que había cocinado. La rata miraba hacia la nada y la araña se sentía amargada.

La hiena tomó el saxofón y la rata sacó el ukelele y de nuevo todos se pusieron felices.

Unos momentos después, los cinco horribles hacían un feliz alboroto. La zorra escuchó la música y corrió a la fiesta. De la misma manera, todos los animales llegaron: conejos, pollos, perros, cuervos, vacas, cerdos, lirones, gatos y ratones, y fue una noche maravillosa.

Wolf Erlbruch, *Los cinco horribles*, Wolf Erlbruch, ilus. México, SEP-Juventud, 1992.

81. El príncipe sapo

Una princesa acostumbraba ir al bosque, a la orilla de un riachuelo.

Ahí se divertía atrapando una bola de oro. Pero una vez, cuando jugaba, la bola se le cayó y rodó hasta el arroyo.

Entonces la princesa se puso a llorar. De repente, escuchó una voz: –No llores –le dijo un sapo–. ¿Qué me darás si te devuelvo tu bola?

–¡Lo que quieras! –dijo la princesa– Mis perlas, mis joyas, mi corona.

–No deseo piedras preciosas –replicó el sapo–, pero si prometes dejarme ser tu compañero, sentarme a la mesa junto a ti, comer en el mismo plato, beber en el mismo vaso y dormir en la misma cama, te traeré la bola de oro.

–Tendrás todo lo que quieras –dijo ella. Pero por dentro se dijo: “¿Qué quiere este sapo? Que se quede en el agua; nada de vivir conmigo.”

Al recibir la respuesta, el sapo se sumergió en el agua y pronto apareció con la bola en la boca. La princesita la tomó y se fue corriendo.

–¡Espera! –gritó el sapo–. Me voy contigo.

Pero su croar fue inútil, pues la hija del rey no lo esperó. Al día siguiente, cuando la princesita estaba a la mesa con su padre y sus hermanas, oyó que tocaban la puerta.

La joven se levantó para ver quién llamaba. Cuando vio al sapo, cerró la puerta con todas sus fuerzas y regresó a la mesa, muy pálida. El rey, al verla tan asustada, le preguntó si algún gigante venía a buscarla.

–No –respondió la princesita–; es un horrendo sapo.

–¿Y qué quiere? –preguntó el rey.

–Ay, papá, cuando estaba jugando con mi bola de oro, se me cayó al arroyo. Al oír mi llanto, este sapo se acercó y me la devolvió. Pero antes me hizo prometerle que lo haría mi compañero. Y ahora aquí está.

En eso tocaron otra vez la puerta y el sapo dijo: –¡Princesita! ¿Ya olvidaste las promesas que me hiciste?

–¡Cumple lo que prometiste! –ordenó el rey–. Abre la puerta.

La joven le abrió al sapo, y éste, en cuanto entró, se fue saltando junto a la princesa, que empezó a llorar. Sus lágrimas, sin embargo, sólo sirvieron para enfurecer al rey.



–¡Quien te auxilió en un momento difícil no puede ser despreciado! –dijo.

Y así ella fue obligada a llevar el sapo a su cuarto.

Pero apenas entraron, el sapo se transformó en un bello príncipe, y le contó cómo una bruja lo había transformado en sapo y condenado a quedarse así hasta que una princesita lo sacara del arroyo. Además, le dijo que se casarían al día siguiente para irse juntos a su reino.

Eva Furnari, *El príncipe sapo*. México, SEP-Vale Livros, 1997.

83. Del grafito al lápiz

Las ramas de cedros californianos son la mejor madera para hacer lápices. La madera ha de secarse durante años y no debe tener nudos. Lo más importante del lápiz es la mina, la puntilla, la parte que nos permite escribir o pintar sobre el papel.



La mina es de grafito y arcilla. El grafito se saca de la mina, una sustancia que está muy hondo bajo la tierra. Después que se extrae el grafito, se muele y se mezcla con arcilla. De esta masa se forma la mina.

Una máquina comprime y corta la masa negra para hacer la mina. Pero la mina todavía está blanda. La mina es horneada a altas temperaturas. Esto la endurece, pero también la hace áspera. Para suavizarla se sumerge en grasa caliente. Así puede pasar sobre el papel sin rasgarlo.

La mina se hornea y endurece. Luego se corta en tablitas delgadas. Para colocar las minas en los lápices., se fresan pequeñas ranuras en las tablitas. En las ranuras se coloca pegamento.

Luego, en las ranuras de una tablita se colocan las minas y otra tablita ranurada se coloca encima tal como un sándwich. El sándwich de tablitas y minas se corta a lo largo con sierra. A los tramos se les saca punta. Enseguida se cortan las tablitas.

Con los lápices dibujamos, escribimos o le pintamos bigotes a la foto del niño que nos cae mal. Todos sabemos cómo usarlos, lo que casi nadie sabe es cómo se hicieron los lápices que tenemos en nuestra casa.

Ali Mitgustsch, *Del grafito al lápiz*. México, SEP-Fernández Editores, 1997.

84. La lana



Hilario es un pastor. Todas las mañanas, apenas amanece, sale con su rebaño y lo lleva al llano. Allí hay hierba fresca y verde, donde los borregos comen y juegan.

De vez en vez los cuenta para ver si no se le ha perdido alguno, y permanece alerta por si se acerca el coyote. ¡Uy, qué miedo!

Los borregos tienen el cuerpo cubierto de lana o pelo delgadito, tupido y caliente. Dos veces al año Hilario lleva a sus borregos con don Timoteo, quien con unas tijeras especiales corta la lana a cada animal.

Enseguida la pesa en una báscula para saber cuánto debe pagar a Hilario, que se va muy contento con su dinero. ¡Qué chistosos se ven los borregos pelones!

La lana está llena de lodo; don Timoteo tiene que lavarla muy bien con agua y jabón. Cuando ha quedado limpia la extiende para que el sol la seque.

Luego la pone en un canasto y con una vara le pega para quitarle los palitos, las espinas y otras basuras que van saliendo por los agujeros.



Rosita, la hija de don Timoteo, viene a cardar la lana. La frota muchas veces con dos cepillos de alambre, hasta que queda suavcita y ligera y se esponja tanto que ya no cabe en la canasta.

Después, su mamá tuerce la lana y la va convirtiendo en hilo.

Don Timoteo tiñe los hilos de la lana para darles color. Primero la amarra para que no se hagan nudos, luego disuelve unos polvos de colores en una olla grande y allí mete los hilos.

Don Timoteo tiene un telar que antes fue de su papá y de su abuelo. Se ve complicado, pero él ya tiene mucha habilidad, es un gran tejedor.

Cuando el tejido está terminado, Rosita le da diferentes formas: hace jorongos, sarapes o tapetes.

No toda la ropa de lana se hace a mano. Muchas cobijas, suéteres y chalecos se tejen en fábricas, donde hay grandes máquinas y obreros que las manejan.

Hilario el pastor no pasará frío este invierno, tiene un jorongo que le compró a don Timoteo. Está hecho con la lana de sus borregos.

Virginia Armella de Aspe, *La lana*. México, SEP-Patria, 1989.

85. Adivinanzas indígenas

Hoy vamos a leer unas adivinanzas indígenas, de distintas etnias. Alguna tal vez ya la conocen. Vamos a comenzar con dos de los huaves, que viven en el istmo de Tehuantepec.

Nace en el monte
muere en el mar
nunca regresa
a su lugar.



(*El río*)

En la orilla de la mar
de algún pájaro el huarache;



de las olas, en tus manos,
como un trozo de la noche.

(La estrella de mar)

Ahora una de los tzeltales, que viven en Chiapas.

¿Qué es,
qué es,
dos negritos
tapan diez?



(Los zapatos)

Ahora una huichola. Los huicholes viven en las sierras de Jalisco y Nayarit.

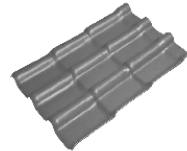
Unas estrellas
subieron al cielo,
otras quedaron
brillando en su vuelo.



(Las luciérnagas)

Y vamos a terminar de nuevo en Chiapas, con una adivinanza tzotzil.

Acostadas en el techo
boca abajo,
boca arriba,
se asolean las espaldas,
se asolean la barriga.



(Las tejas)

Elisa Ramírez, *Adivinanzas Indígenas*. México, SEP-Patria, 1989.

86. De las hicoteas

Las hicoteas, o jicoteas, como se pronuncia siempre la palabra, son unas tortugas. Vamos a leer sobre estos animales.

Una hicotea, cuando ya está grande y está cargada, está llena de hueva. Ésa no la pescamos.

Saltan las hicoteas a poner sus huevitos en las orillas de los montes.



Para depositar sus huevos abren un huequito en la tierra o en la arena.

Nosotros sabemos cómo brota y cuándo es su tiempo.

Los huevos que ponen en los huecos los tapan con arena o tierra.

Y el calor de la arena y los rayos del sol hacen que los huevos se vuelvan hicoteas.

Y ya brotan. Salen muchísimas.

Tan luego como salen del huevo y de la arena, las hicoteas buscan para protegerse de los animales (porque hay animales que se las comen así de chiquitas).

Y cuando estas hicoteas ya sean grandes, también saltarán a tierra para poner más huevos y para que se sigan reproduciendo cada vez más.

Técnicos bilingües, *De las hicoteas*. México, SEP, 1989.

87. La llama azul

Érase una vez un soldado que había servido bien a su rey durante años.

Un día, por causa de sus muchas heridas no pudo servirle más, por lo que el rey se negó a pagarle.

El soldado no tenía de qué vivir y se marchó muy triste sin saber qué hacer. Anduvo todo el día hasta que, al anochecer, descubrió una casa habitada por una bruja. Llamó a la puerta y pidió que le diesen de comer y beber.

La bruja prometió darle cobijo y alimento por aquella noche a cambio de que el día siguiente bajara a un antiguo pozo seco donde se le había caído su llama azul. El soldado aceptó.

A la mañana siguiente la bruja le condujo a un pozo y lo bajó en una cubeta hasta las profundidades de la tierra. El soldado encontró la luz e hizo señas a la bruja para que lo subiera. Cuando estuvo cerca de la boca del pozo, la bruja tendió la mano para que le diera la llama. Pero, al ver que el soldado no quería entregársela hasta que estuviera fuera del pozo, la bruja, enfurecida, lo dejó caer a lo hondo y se marchó.

Resignado a su suerte, el soldado decidió fumar su pipa, que encendió con la llama azul. Con el humo se le apareció un hombrecillo negro que le preguntó qué deseaba. Lo que fuera, desde ese mismo momento se lo concedía.

El soldado le pidió que lo sacara de allí y al instante se encontró en la ciudad. Buscó albergue en una posada y ya en su habitación volvió a encender la pipa con la llama azul.

Reapareció el hombrecillo y le pidió entonces que, como castigo al rey que no le había pagado, su hija la princesa viniera a barrer su habitación. También este deseo fue cumplido al instante. Pero al volver al palacio, la princesa contó a su padre lo sucedido y el soldado fue condenado a muerte.

El soldado, antes de ser ejecutado, pidió como favor fumarse una pipa. La encendió con la llama azul que llevaba consigo y el hombrecillo apareció. Enseguida cumplió con lo que el soldado le pidió: con un grueso garrote comenzó a golpear a todos los que allí estaban. El rey asustadísimo, rogó al soldado que cesara la zorra y le dio en premio la mano de su hija.

Jacob Ludwig Karl, *Cuentos de Grimm*. México, SEP-Juventud, 2007.

88. ¿De qué tienes miedo?

Me llamo Genoveva. Soy una araña pequeña, pero muchos me ven enorme, peluda y horrible. ¡Asusto, aunque no quiero! Y necesito saber por qué. A los niños preguntaré: ¿tú, de qué tienes miedo?

¿De qué tiene miedo Concepción? Concepción tiene miedo de que se escape un dragón y entre en su habitación.

¿A qué teme Librada? Librada se asusta cuando, en la cama acostada, una pesadilla la sorprende despistada.

¿De qué tiene miedo Soledad? Soledad teme a la oscuridad.

¿A qué le teme la Güera?

La Güera se asusta con la guerra, que siempre es injusta.

¿De qué tiene miedo Elenita?

A Elenita la impresiona pensar que la muerte, de repente, la vida nos quita.

¿A qué teme Apolinar?

Mucho miedo tiene Apolinar de enfermo en la cama estar, sin poderse levantar.

¿De qué tiene miedo Irene?

Irene teme los trenes. No viaja nunca en ferrocarril. ¡Ella prefiere andar!

¿A qué teme Rosario?

Rosario comenta que le asustan el rayo, el trueno y la tormenta.

¿De qué tiene miedo Leonor?

A Leonor, nada más, le da horror sentir dolor.

¿A qué teme Esperanza?

A Esperanza, en realidad, sólo la asusta que le duela la panza.

¿De qué tiene miedo Maruja?

A Maruja le dan miedo los fantasmas y las brujas.

¿A qué teme Marcelino?

A Marcelino le dan miedo los leones, los tigres, las hienas, porque de la selva vino.

¿De qué tiene miedo Ignacio?

A Ignacio lo asustan las calles, los camiones, los carros; por eso camina despacio.

Para eliminar el miedo en cuestión, Elvira y Daniela que, por cierto, son gemelas, me dan la solución:

–Respira hondo primero.

–Piensa en una historia bonita, o en una poesía linda y cortita.

–Respira hondo de nuevo.

–Empieza otra vez: un, dos, tres.

Y ahora, dime tú, díganme ustedes, ¿de qué tienen miedo?

Violeta Monreal, *¿De qué tienes miedo?* México, SEP–Everest, 2007.

89. La ciudad paraíso

Érase una vez un rey que gobernaba una tierra próspera y muy vasta.

Además de ser inmensamente rico, tenía una mujer hermosa, dos hijos nobles y un magnífico palacio, cuyos patios y jardines eran los más bellos del mundo.

Pero el rey no estaba satisfecho. Pensaba que podía poseer algo mejor. Consultó a intelectuales y sabios, revisó libros, y preguntaba a todos los forasteros que visitaban la ciudad si habían visto algún reino mejor que el suyo.

–No, Majestad –contestaban siempre–. No hemos visto nada que se le pueda comparar.

Un día, el rey encontró un enorme libro polvoriento oculto en un rincón de la biblioteca, lo abrió y vio que hablaba de un lugar llamado Paraíso. No había nada más bello que Paraíso. Cuanto más leía, más trataba de imaginarse cómo era Paraíso.

El rey decidió que construiría un palacio como ése. Crearía el paraíso terrenal.

Mandó llamar a sus cortesanos y nobles, a sus arquitectos y artesanos, y les ordenó que construyeran una ciudad repleta de resplandecientes palacios y magníficos patios. Debía haber palacios luminosos y ventilados, de agua y mármol, madera, oro y plata, con incrustaciones de los metales y las piedras más preciosas de todas. Las torres y los pináculos debían atravesar las nubes. Las murallas de la ciudad debían relucir de piedras preciosas que pudieran ser vistas desde el horizonte. Los jardines debían estar tan perfumados que los pájaros cantores acudieran volando desde todos los rincones y no desearan marcharse.

Así que los constructores y los artesanos, los arquitectos y los braceros removieron cielo y tierra para conseguir los materiales más preciosos del mundo. Pasaron los años y las obras proseguían. Se crearon jardines con fuentes perfumadas, arroyos llenos de diamantes y árboles, arbustos y flores de una belleza excepcional.

El rey estaba tan inmerso en la construcción del paraíso que cuando su mujer murió casi no se dio cuenta. Sus hijos partieron en busca de fortuna, y sus amigos y consejeros fueron envejeciendo sin que él les prestara atención. Cuando la ciudad por fin estuvo terminada, el rey, que ya era viejo, decretó que había que celebrar una magnífica ceremonia de inauguración.

–¡Mirad! –gritó, y su voz resonó entre las torres vacías–. ¿Acaso no he construido el paraíso mismo?

Nada más salir de sus labios estas palabras, el cielo se oscureció. Un espantoso sonido retumbó bajo sus pies, y los muros empezaron a temblar. La gente se estremeció.

El terror se apoderó de todos cuando el suelo se agrietó y se abrió bajo sus pies. Los jardines, los magníficos palacios, las torres de la ciudad adornada con piedras preciosas, las personas y los animales, todo fue tragado por la tierra.

–¡Mi sueño, mi sueño! –lloraba el codicioso rey, hasta que él también fue tragado.

No quedó absolutamente nada.

90. Tamaños

Las aletas de la cola de una ballena azul, sólo las aletas, son más grandes que la mayoría de las criaturas terrestres. La ballena entera es más grande *NO que la mayoría* de las criaturas terrestres, sino más grande que *cualquiera* de ellas.

La ballena azul llega a medir 30 metros de largo y pesa 150 toneladas. Es el animal más grande que existe.

Pero, claro, una ballena azul *NO* es lo más grande que existe. El Everest, la montaña más grande del mundo, es enorme. Pero no es, ni *remotamente*, lo más grande que existe. Cien montes Everest apilados uno encima del otro ¡no serían más que un pelo en la faz de la Tierra!

Y si acaso pensaban que nuestra Tierra es lo más grande que existe, sepan que el Sol es *mucho más grande*. En su interior cabrían más de *un millón* de Tierras. Es tan enorme que es capaz de quemarnos la piel a 150 millones de kilómetros de distancia. Pero incluso nuestro Sol está *lejos* de ser lo más grande que existe.

Las estrellas son de distintos tamaños. Tanto el Sol como Antares son estrellas, pero el sol es de tamaño mediano, mientras que Antares es... *supergigante*.

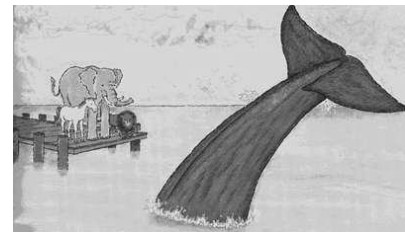
Sin embargo, Antares no ha sido siempre tan enorme. Todas las estrellas viven un tiempo y algunas, como Antares, crecen y crecen hasta hacerse inmensas y se enrojecen cuando se acercan al final de sus vidas.

Antares ha crecido tanto que *en su interior cabrían más de cincuenta millones de Soles como el nuestro*.

¿Cómo es posible que exista algo *más grande* aún?

Nuestra Galaxia es *muchísimo* más grande. Una galaxia es una agrupación de muchos astros. Nuestra galaxia está formada por *billones* de estrellas, incluida Antares. Aparte de estrellas, contiene cometas, asteroides, meteoritos y por lo menos nueve planetas.

La forma de nuestra galaxia depende de todos sus astros. Desde la Tierra no la podemos ver, pero si estuviéramos *fuera* de nuestra galaxia, observándola desde muy lejos, veríamos algo así con un centro galáctico y grandes remolinos como nubes



brillantes, formadas por billones de estrellas. Desde esta distancia, no podríamos distinguir las estrellas por separado. Nuestra galaxia DEBE de ser lo más grande que existe.

Pero nuestra galaxia no es la única que existe. Según los astrónomos, los científicos que estudian las estrellas, hay *miles* de galaxias más en esa oscuridad que llamamos espacio. Y *todas* forman parte de algo más grande todavía... ¡el universo! El universo comprende *todas las galaxias y todo el espacio* que existe entre ellas. Incluye *todo lo que existe*.

Como el universo es tan *increíblemente* grande, nadie sabe qué aspecto tiene todo el universo.

El universo es lo más grande que conocemos. Es mucho más grande que una ballena azul.

Robert Wells, "Tamaños" en *¿Hay algo más grande que una ballena azul?* Robert E. Wells, ilus. México, SEP-Juventud, 2004.

91. La abuela tejedora

Un día llegó a una pequeña ciudad una abuela muy anciana.

Sólo llevaba un bastón y un par de agujas de tejer.

Recorrió la ciudad y no encontró casa. Entonces se sentó en el campo en una piedra y tejió unas hermosas pantuflas para sus pies cansados.

Pero la abuela no quiso apoyar sus pantuflas en la tierra. Así que se tejió un tapete. Luego se preguntó dónde podría extenderlo. A su alrededor sólo había espinas.

Suenan, suenan las agujas. Dos segundos más tarde tenía el piso y de ese problema se olvidó.

Pero ahora, ¿dónde conseguiría una cama y un sillón?

Suenan, suenan las agujas. Tejió una cama, una almohada y un colchón. Tejió una funda, una colcha y una sábana.

Pero ¿cómo podría dormir sin cortinas?

Y de nuevo se puso a laborar.

Suenan, suenan las agujas. Tejió una pared, ventana y mosquitero. Tejió una columna y luego otra y sobre ellas tejió el techo.

Pero, sin té ni tetera, ¿qué haría para desayunar?

Entonces se puso a tejer una cafetera y un pastel, pero tejió tres tazas, pues no quería vivir sola.

Suenan, suenan las agujas.

La abuela supo qué quería. Se tejió un nieto y una nieta.

Afuera tejió pasto y flores.

Adentro, puertas con manijas. Y los dos nietos a la terraza salieron a brincar sobre un pasto de estambre verde.

Con estambre negro tejió un poco de oscuridad, acostó a los niños y los arropó.

Y frente a la cama se sentó a tejer dulces sueños.

Por la mañana tejió un libro para cada uno y a la escuela los llevó.

Pero al verlos, los maestros dijeron:

–No aceptamos niños de estambre.

La abuela contestó:

–Eso no está bien. Son niños lindos. Vean lo que saben. Son tejidos, pero eso no es culpa de ellos.

–¿Niños de estambre? ¡No en nuestra escuela! –dijeron los maestros.

La escuchó el presidente municipal. Y decidió que en una ciudad decente no se aceptaban niños de estambre.

–¿Qué presidente municipal es éste? –preguntó la abuela.

Suenan, suenan las agujas. Tejió un avión, y volaron a la capital.

Discutieron el presidente y sus secretarios. ¿Niños de estambre? Frunció la nariz y declararon:

–El presidente municipal y los maestros tienen razón, aquí no hay lugar para niños de estambre.

Ya para entonces la pequeña ciudad era famosa. De todas partes venían turistas a conocerla.

Pero la abuela destejió todo. Tomó su bastón y abandonó el lugar para siempre.

Pero encontrará otro lugar y tejerá todo nuevamente. Lo primero serán sus nietos, para que vuelvan a reír y correr.



Uri Orlev, *La Abuela Tejedora*, Tania Janco, ilus. México, SEP-FCE, 2001.

92. La mosca mezcla

Repitan rápido estas frases fáciles que la mosca mezcla.

- ⤴ Pablo en el establo, Pedro en el prado pardo.
- ⤴ Detrás del tronco toca la tropa. ¿Qué toca la tropa detrás del tronco?
- ⤴ Alba habla. Blas habla. Hebe habla. Pablo habla. Eva habla.
- ⤴ Imposible apretar el pomo de plomo.
- ⤴ ¡Francisco, Francisco, azafrán al flan!
- ⤴ Si aplauden en la pradera, no aplaudan en la pedrera.
- ⤴ Si aplauden en la pedrera, no aplaudan en la perrera.
- ⤴ Si aplauden en la perrera, no aplaudan en la pradera.
- ⤴ El clan tiene un plan. El can tiene un pan. El clan tiene un pan. El can tiene un plan.
- ⤴ Si un otorrinolaringólogo me desotorrinonaringolea, al otorrinolaringólogo yo lo recontraotorrinolaringoleo.

Oche Califa, *Para escuchar a La tortuga que sueña*. México, SEP-Colihue, 2006.

93. México dulce

Estoy frente a una charola repleta de dulces: cocada, palanqueta, jamoncillo, camote, gaznates, chilacayote, tamarindo, muéganos...

¡Ese quiero! Estiro la mano y tomo mi dulce con infinito cuidado o, para impedir que se lastime. Lo observo de cerca, lo huelo, se me hace agua la boca, lo muerdo y permito que se derrita. El dulce me regala sus delicias y me impregna de su sabor.

La palabra dulce no siempre quiere decir lo mismo. Si se refiere a una persona *dulce*, significa que es cariñosa, suave, dócil, amable...

Si se refiere a algo... La risa de los niños es dulce al oído, el aroma de la lavanda al olfato, la piel de nuestros queridos al tacto.

Mas, cuando se refiere al paladar... Mmmm...

En México, los dulces existían desde la época prehispánica. Lo sabemos porque lo cuentan los primeros españoles que pisaron tierras de América. Ellos dejaron testimonio de que en estas tierras había abundancia de mieles, cacao y frutas. Uno de esos españoles fue el propio Hernán Cortés, quien escribió: "venden miel y cera de abeja, y miel de una planta que se llama maguey"...

En México los dulces provenían, además de las mieles, de una enorme variedad de frutas como piñas, guanábana, zapote, papaya, pitaya...

El intercambio alimenticio fue una de las más importantes consecuencias del enfrentamiento de los españoles con los pueblos de América. Los conquistadores conocieron los alimentos de la tierra a la que llegaban, y los indios se vieron obligados a sembrar y consumir los productos que trajeron los españoles.

El primer registro escrito sobre el cacao es de Bernal Díaz del Castillo, uno de los cronistas de la Conquista, quien al describir un banquete ofrecido por Moctezuma a Cortés, cuenta: "...de cuando en cuando traían copas de oro fino con cierta bebida hecha del mismo cacao..."

Según una leyenda, fue Quetzalcóatl quien robó las semillas de cacao del jardín de los dioses y entregó a los hombres el preciado secreto. El cacao era un alimento, y además una moneda. En Mesoamérica, con ella se pagaban tributos e impuestos.



En poco tiempo el chocolate conquistó a los españoles... y llegó al Viejo Mundo para despertar nuevas pasiones, como bebida, tableta o bombón. Algunos dicen que nos pone de buen humor. Otros han llegado a decir que es el alimento divino. Todos sabemos que nos hace caer en deliciosas tentaciones.

Ahora ya conoces un poco de la historia del dulce en México. El dulce nos produce placer, involucra a los sentidos, trae recuerdos, conserva tradiciones e identidades...

En dulces y colores, los que prefieras son los mejores.

Carmen Elena Cottin, *México dulce*. México, SEP-Trilce, 2006.

94. Alex quiere un dinosaurio

Ben tenía un perro. Alicia, dos caracoles.

Tumbado en su cama, Alex gimoteaba:

–Quiero un dinosaurio –decía.

Hasta que su abuelo se puso el sombrero y dijo:

–Si Alex quiere un dinosaurio, debe tener un dinosaurio... y lo llevó a la Dino–tienda.

Alex no sabía qué quería, pero vio al masospóndilo y el masospóndilo lo vio a él y se tumbó de espaldas, puso los ojos en blanco y le lamió la mano...

–Le pondré Fred –dijo Alex.

Le pusieron el collar y fueron a casa. Cuando llegaron, Alex le dio de comer a Fred... dos bolsas de fósiles remojados en toda la leche que había en el refrigerador, un tonel de licopodio, tres sacos de agujas de pino, las calabazas del jardín y el gato del vecino.

–¡Alex! –dijo su madre– ¡Esto es demasiado!

–No para un dinosaurio –dijo Alex.

Llenó la tina de agua caliente, le añadió Polvo de Pantano y puso a Fred a remojar.

–Alex –exclamó su padre–, ¡tener un pantano en casa es insalubre!

–No para un dinosaurio –replicó Alex.

Y metió a Fred en su cuarto y le cantó al oído. Pero el que se quedó dormido fue Alex, y no se dio cuenta de que Fred mordía todo lo que encontraba en la oscuridad.

Cuando la mamá de Alex entró al cuarto el día siguiente, se sentó en la cama, gimiendo.

–¡Esto es terrible! –sollozó.

–No para un dinosaurio –explicó Alex.

Y se vistió, le puso a Fred su collar y se fue a la escuela. En el camino, Fred se lanzó contra un camión. El chofer se puso furioso.

–¡Qué le pasa! –gritó–. ¡Esto es un camión!

–No para mi dinosaurio –le gritó Alex.

Y se llevó a Fred a la escuela. Los amigos de Alex estaban muy emocionados, pero la señorita Jenkins no.

–En un salón de clases no debe haber distracciones –dijo.

–Pues este salón está enfermado a mi dinosaurio –dijo Alex.

Y se fue corriendo por su abuelo para llevar a Fred al veterinario. Allí le sacaron unas radiografías para ver si no tenía algún hueso roto.

–¿Qué tiene? –preguntó Alex.

–Nada que no cure un paseo campestre –dijo el veterinario.

Y allí, entre los borregos, Fred se reanimó. No se detuvo hasta llegar al otro lado de un gran bosque de pinos.

Alex entendió por qué. Allí había un pantano. Fred corrió hacia allá.

–¡Oye, Fred! –gritó Alex–. ¡Esto es demasiado!

–¡No para un dinosaurio! –gritó el abuelo...

...Alex se despertó en su cama no mordida, bajo las cobijas no mordidas, y pensó en sus sueños sobre un dinosaurio. Entonces llamó a su abuelo. Le dijo:

–Cuando tengamos una mascota, creo que debe ser...

–¿Un conejo? –dijo su abuelo...

–Exactamente. Y no lo llamaremos Fred –dijo Alex con un suspiro.

Hiawyn Oram, *Alex quiere un dinosaurio*. México, SEP-FCE, 2002.

95. El tigre de Pablo

Pablo tenía un tigre. Era grande y rayado como el que había visto en una libreta. El tigre era experto cazador de ratones y arañas.

En realidad era un gatito atigrado, pero como Pablo tenía cuatro años de edad y nunca había visto un tigre, siempre creyó que el suyo lo era. Para él, además, su gato era enorme; una fiera temible que dormía en su cama y lanzaba atronadores rugidos nocturnos.

El tigre se llamaba Andrés.

Pablo lo quería mucho y lloraba cuando no había carne para él, lo que, por desgracia, era demasiado frecuente. En realidad el pobre gato sólo había comido carne tres veces en su vida; algunos días ni siquiera le daban unos trozos de pan o un poco de leche y, como a

decir verdad, no era tan experto para sorprender ratones como creía Pablo, Andrés estaba hambriento y flaco.

Pablo también comía poco. Su madre le dijo una vez que su familia era pobre y él no entendió bien aquello, pero supo que, por alguna razón desconocida, los pobres eran los que no comían mucho y tenían tigres hambrientos en sus camas.

Ese día era un día feliz. Sobre la mesa brillaba, como una gran lámpara encendida en el atardecer, la botella de leche. Era día de tomar leche. Pero Pablo, a pesar de todo, miró a Andrés e hizo un gesto de tristeza: sabía que su madre pensaba obligarlo a beber buena parte de esa leche sin darle a Andrés siquiera unas gotas.

Se imaginó lo que sucedería con la botella: su padre y su madre tomarían una parte después de darle a él la suya y esconderían el resto. Durante el desayuno, Andrés rondaría la mesa no con terribles rugidos de la noche, sino con unos pequeños gemidos suplicantes, como si fuera un animalito inofensivo y no un tigre. Pero no le darían nada.

Pablo tuvo un aidea. Trepó a la silla y agarró con las dos manos la botella de leche. Acercó el plato de Andrés y le empezó a dar la leche, hasta que el gato, que era bastante pequeño, quedó inflado como un globo y se alejó caminando con dificultad para dormir la siesta.

Cuando llegó la madre regañó duramente a Pablo y ese día no bebieron leche en la casa. El luminoso día se empañó.

Pablo no sabía entonces bastantes palabras como para explicar por qué le había dado la leche al tigre, pero si las hubiera sabido habría dicho que fue para contemplar cuando menos una criatura enteramente feliz en el mundo.

Celebración de la palabra: Eduardo Lizalde y José Emilio Pacheco para niños. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009.

96. La rebelión de las vocales

Había una vez una ciudad habitada por 28 tranquilas ciudadanas, que eran las letras. Ellas estaban muy orgullosas porque solitas armaban el idioma, con ellas se formaban las palabras, las habidas y las por haber. Pero un buen día la **e**, la **i**, la **o** y la **u** se fueron de pinta; lo que quiere decir que se fueron, sin más, de vacaciones.

La **a** no se fue porque era muy buena gente, con un gran sentido del deber. Y además, la pobrecita, se empeñaba en hacer el trabajo de sus hermanas, pero era un verdadero lío: todo salía con **a**. Si queríamos decir “mercado”, salía...**marcada**. Y si queríamos decir “diputados” decíamos... **dapatadas**.

Total, ¡un verdadero lío!

Las letras estaban a punto de declarar la guerra y la **b** y la **p** eran las armas porque ellas son muy explosivas.

Ante la confusión, se decidió enviar una comisión para buscar alas vocales. Al frente, naturalmente, iba la **a**.

Y cuando las encontraron, descubrieron que la **e** estaba subida en un...**elefante**; la **i** en un hipopótamo, que aunque es con **h**, como la hache no suena, pues... ¡no importa!

La **o** estaba en un... **oso**. Y, ¿a qué hora no adivinan dónde estaba la **u**?

Pues... en un **unicornio**.

Se estaban dando la gran vida.

He aquí el discurso que les hizo la **a**:

Astamas dasasparadas. Na padamas antandarnas. Ragrasan pranta.

Lo que quiere decir: “Estamos desesperadas. No podemos entendernos. Regresen pronto”. Total, que las convenció para que regresaran y la gente volviera a hablar como es debido.

Marinés Medero, *Volvamos a la palabra*. México, SEP-CONAFE, 1989.

97. Que sí, que no, que todo se acabó

En un pueblo, hace muchos años, vivía una princesa. Todas las noches soñaba que un gran príncipe venía a pedirla en matrimonio:

En este mismo pueblo vivía también un príncipe. Pero era un príncipe muy pobre. Para seguir siendo príncipe tenía que trabajar.

En su castillo, que no era castillo sino una casita muy chiquita, ahí tenía un jardín de rosas. Bueno, tampoco era un jardín, sino un grupo de macetas apretujadas. Eso sí, en las macetas había rosas.

Los domingos, el príncipe se daba un buen baño y hasta se perfumaba. Cortaba la mejor de sus rosas para ponérsela en alguno de los muchos agujeros que tenía su capa. Una capa elegante, pero vieja.

Todo esto lo hacía porque los domingos por la tarde había que salir a la plaza principal. Ahí muchas princesas, con sus damas de compañía, salían a dar la vuelta.

Un domingo, en una de esas tantas vueltas a la plaza principal, se encontraron.

La primera vez sólo se miraron. La segunda vez intercambiaron sonrisas. A la siguiente, una ligera inclinación de cabeza. Y para la última vuelta de la tarde, el príncipe decidió acercársele a la princesa:

–Buenas tardes, ¿cómo está usted?

–Pues yo bien, ¿y usted?

–Pues yo también.

El príncipe hizo una reverencia y le dijo: –Aunque suene a imprudencia, quiero hacerle una confidencia.

–¿Qué clase de confidencia es esa? –preguntó la princesa.

El príncipe le dijo: –Aunque suene a impertinencia, yo la quiero para quererla con mucha querencia.

–Mire usted nada más, qué impaciencia –le dijo la princesa. –

Yo sé lo que son las querencias. Toda querencia tiene un principio y un final. Y después de la querencia viene la ausencia.

El príncipe preguntó: –¿Pero de dónde le viene tal creencia?

–Es una cosa de conciencia.

–Para eso yo tengo un remedio –dijo el príncipe.

–¿Cuál es?

–Pues la diaria presencia.

Y la princesa dijo: –Ante tanta insistencia, creo que tendré benevolencia.

El príncipe se puso muy contento, pero la princesa le dijo: –Momento joven, momento; todavía está por verse si usted es de mi conveniencia.

–Pues claro que lo soy –dijo el príncipe en voz baja.

–Y hay una cosa más –dijo la princesa.

–¿Qué más?



–Que mis padres den su anuencia.

El príncipe quiso preguntar qué era eso de la anuencia, pero mejor se quedó con su duda–dudencia. No fuera a ser que a la princesa le entrara la decepción–decepcionencia. Por eso mejor fue que dijo:

–Si es así, pronto quiero hablar con su excelencia. Y en voz baja añadió:

–A lo mejor me regala tantita anuencia, y pues entonces ya.

–Prudencia, joven, prudencia –dijo la princesa.

–No conozco a ninguna Prudencia. ¿O así se llama la que viene por ahí?

–No, joven. Digo prudencia, que es paciencia. O sea: calma, cálmex, calmantes montes. En otras palabras: calmencia.

Y el príncipe contestó: –Muchas gracias por la advertencia.

La princesa le dijo que al día siguiente le tendría una respuesta. –Por ahora, discúlpeme, pero un estornudo está por salirse sin decencia.

El príncipe regresó esa noche muy contento a su castillo. Regó su jardín y luego se acostó en su cama real.

Miguel Ángel Tenorio, *Que sí, que no, que todo se acabó*. México, SEP-CIDCLI, 1997.

98. Conjuros

Girasoles y sauces,
menta y tomillo,
para que peines
bien tu flequillo.



Flor de malva
y pie de gato,
para abrocharte
el zapato.

Pensamientos y violetas,
para adornar
tus coletas.



Orégano y yerbaluisa,
para agrandar
tu sonrisa.

Antonio Rubio, *Versos vegetales*. México, SEP-Anaya, 2005.

99. La Luna

La Luna se puede tomar a cucharadas o como una cápsula cada dos horas.

Es buena como hipnótico y sedante y también alivia a los que se han intoxicado de filosofía.

Un pedazo de Luna en el bolsillo es mejor amuleto que la pata de conejo: sirve para encontrar a quien se ama, para ser rico sin que lo sepa nadie y para alejar a los médicos y las clínicas.

Se puede dar de postre a los niños cuando no se han dormido, y unas gotas de Luna en los ojos de los ancianos

ayudan a bien morir.

Pon una hoja tierna de la Luna debajo de tu almohada y mirarás lo que quieras ver.

Lleva siempre un frasquito del aire de la Luna para cuando te ahogues, y dale la llave de la Luna a los presos y a los desencantados.

Para los condenados a muerte y para los condenados a vida no hay mejor estimulante que la Luna en dosis precisas y controladas.



Jaime Sabines "La Luna" en Blanca Luz Pulido, *El libro de la Luna*. México, SEP-Ermitaño, 1985.

100. Axólotl, el ajolote

Para entender por qué se come el ajolote hay que volver al mito de la creación del Sol y la Luna, en Teotihuacán, que quiere decir "el lugar de los dioses", uno de los sitios más sagrados para los nahuas, es la gran ciudad-templo. En Teotihuacán fue creado el Quinto Sol, la era en que vivimos actualmente y que, según la cosmovisión nahua, desaparecerá por causa de los temblores.

Se reunieron los dioses y en Teotihuacán dijeron:

—¿Quién creará la luz, quién alumbrará el mundo?

Tecuciztécatl, "Plumas de Quetzal", se adelantó y dijo:

—Yo me haré cargo.

E inmediatamente los dioses se preguntaron:



–¿Quién será el otro?

Todos temían ser sacrificados. Entonces los dioses se acordaron de Nanahuatzin, “El Llagado”, un dios que casi no hablaba. Le solicitaron que él fuera el que alumbrara. Nanahuatzin aceptó de buena gana.

Entonces se dispuso una enorme hoguera en “El Hogar Divino”.

Durante cuatro días Nanahuatzin y Tecuciztécatl hicieron penitencia en unos montes llamados “El lugar del encierro”. Después los adornaron y dijeron:

–¡Venga Tecuciztécatl! ¡Entra al fuego!

Pero le ganó el miedo y se echó atrás. Volvió a intentarlo, cuatro veces, el límite permitido por los dioses... Entonces se volvieron hacia Nanahuatzin y le dijeron:

–¡Venga Nanahuatzin! ¡Entra al fuego!

E inmediatamente se lanzó a la hoguera. Comenzó a crujir en el fuego, y fue cuando Tecuciztécatl también se arrojó.

Los dioses esperaban que saliera Nanahuatzin.

De repente todo se puso colorado, como si en todos lados estuviera amaneciendo.

Entonces ciertos dioses, como Quetzalcóatl, “Serpiente Emplumada”, miraron al oriente y dijeron:

–Por aquí ha de salir el Sol.

Después de Nanahuatzin, en el mismo lugar, apareció Tecuciztécatl. Y los dioses se preguntaron:

–¿Acaso está bien que vayan parejos los dos?

–¡No! –se contestaron.

Y uno de los dioses lanzó un conejo a Tecuciztécatl, con lo que le redujo el resplandor, y la Luna quedó como es ahora.

La historia dice que hubo un dios, Xólotl, el “Precioso”, gemelo de Quetzalcóatl, que se rehusaba a morir.

Xólotl dijo: –Oh, dioses, ¡que no muera yo!

Huyó hacia las milpas y se escondió en los maizales. Ahí se convirtió en el pie de maíz que tiene dos tallos, que los campesinos llaman *xólotl*.

Y cuando lo descubrió el viento echó a correr y se escondió entre los magueyes, convirtiéndose en lo que se conoce como *mexólotl*, maguey doble; de nuevo fue

descubierto, y volvió a huir... para finalmente sumergirse en el agua, donde se convirtió en axólotl, el ajolote. Allí fue capturado y muerto para consagrarse como uno de los manjares predilectos de los príncipes aztecas. ¿Ahora quieren probarlo?

José Antonio Flores Farfán, *Axólotl el ajolote*. México, SEP-ERA, 2004.

101. ¿Por qué nos entran ganas de bostezar?

Me llamo Ramón Alarcón. La semana pasada llegué a casa muy enfadado porque mi profe, para que se me grabara bien, me mandó copiar no sé cuántas veces: “Bostezar en clase es una falta de educación“. ¡Como si eso se pudiera evitar!

Empieza bostezando Elías, luego se contagia Claudia, después Tomás... y al final todos acabamos con la boca abierta.

¿Por qué nos entran ganas de bostezar?

Llamé a Román y le dije.

–Vamos, Román, quiero averiguar por qué bostezamos.

–Y ¿para qué?

–Porque voy a hacer un gran descubrimiento para la ciencia.

–Y ¿para qué?

Abrí mi superlibreta de investigador y anoté:

Papá, cuando bosteza, pone la boca en forma de “o”. Después parece que un paraguas se le va abriendo por dentro, hasta que su boca parece la de un hipopótamo. Entonces aspira aire profundamente, dice “¡Ahummm!” y echa el aire. Creo que lo hace porque necesita cargar su cuerpo de energías para entrar en acción.

Satisfecho con el comienzo de mis investigaciones, le dije a mi “ayudante” Román:

–Vamos al zoológico.

Una vez allí nos acercamos a la jaula de los mandriles: unos monos con la cara azul y el trasero rojo y pelado. El más grande de todos nos miró aburrido y dio un bostezo. Tomé mi superlibreta y anoté:

Muchos animales bostezan, como nosotros. Mi hermano, yo ¡y todos!, cuando tenemos sueño o estamos cansados, bostezamos como los animales. Hasta los peces bostezan.



A la mañana siguiente, en la última clase, me senté enfrente de Elías –que debe tener el récord Guinness de bostezos– para continuar con mis investigaciones. En cuanto terminé anoté en mi superlibreta:

El aburrimiento nos hace bostezar; porque no hay cosa más aburrida que una clase a última hora con la señorita Hortensia. Una persona es capaz de bostezar, sin querer, hasta veinte veces en una hora, como mi amigo Elías. Y además, cuando ves a alguien bostezar, siempre te entran ganas de bostezar.

Después de comer todo lo que mamá me puso, anoté en mi superlibreta:

Está clarísimo, también se bosteza cuando se tienen ganas de comer.

Había llegado el momento de las conclusiones. Bostezamos cuando nuestro cuerpo está cansado, tiene hambre o se aburre, como si se le gastaran las pilas. Por eso necesita una bocanada de aire para recuperarse. Entonces abrimos mucho la boca, aspiramos, llenamos nuestros pulmones de aire –recargamos las pilas–, y nos sentimos mejor.

Si otro nos ve bostezar, su cerebro le dice: “¡Aquí falta aire!”, y por eso él también bosteza. El bostezo es involuntario, no lo hace uno cuando quiere, sino cuando se lo pide el cuerpo, como llorar o reírse. ¡Y además es contagioso!

Carmen Gil, “¿Por qué nos entran ganas de bostezar?” en *¿Por qué bostezamos?* Joanna Boccardo, ilus. México, SEP-Parramón, 2006.

102. ¿Zapatos?

La gente ha utilizado diferentes materiales para no andar descalza. Vamos a leer de qué pueden estar hechos nuestros zapatos.

Mi nombre es Lula y un día... vi la etiqueta de mi zapato y me caí pa' tras.

Al leerla supe que están hechos de ¡piel de animalitos!

Al principio me dio mucha tristeza, pero luego...

Comencé a fijarme en todos los zapatos. Hice una lista:

Mi mamá: zapatos de piel de vaca.

El gordo: no usa.

Mi doctor: zapatos de piel de cochino.

La maestra Zoila: zapatos de piel de avestruz.



Pepe Toño: zapatos de piel de perro.

¿De perro? Ah, no... Leí mal... ¡Piel de becerro! Oh, por favor, ¡de perro no! Qué susto.

Chuy, el norteño: zapatos de piel de víbora.

La Bego: zapatos de piel de sintético. ¿Sintético? Y ése, ¿qué animal será?

¡Estos son los que más me gustan! Los voy a usar siempre, siempre, siempre.

Aunque dice mi papá que cuando me case usaré unos bonitos zapatos blancos de piel.

Entonces, yo ¡no me voy a casar!

¿De qué está hecha tu bolsa?

Esto no es nada nuevo. Nuestros antepasados ya hacían cosas parecidas para poder cubrirse del frío o de la lluvia.

Margarita Sada, *¿Zapatos?* México, SEP-Armadillo, 2007.

103. Mi abuelita tiene ruedas

Tener abuelita es, tener mucha suerte. La mayoría de las abuelitas son muy cariñosas con sus nietos. ¿O no?

Mi abuelita tiene ruedas, pero no es bicicleta, ni patineta, ni patín.

Es mi abuelita, ya lo dije. Se llama Dorotea, aunque sus nietos le digamos Nina, no sé por qué.

Me mira y le brillan los ojos. Y sé que está feliz porque se ríe.

La verdad, también quiero a mi abuelita por traviesa, por distinta a las abuelas que conozco y que son tres:

La primera es la de Rosa; gruñe como ogro y se llama Ramona.

Así dicen en casa de Rosa: "Gruñe como ogro". Mi mamá dice que un ogro es un gigante enojón. ¿Será porque siempre está de mal humor?

¡Qué suerte tengo de que la señora Ramona no sea mi abuela!

La segunda es la abuelita de Luis. Teje todo el tiempo frente a la televisión; y cuando él le habla, ella lo calla:

—¡Shhhh, niño, que ni te oigo ni me dejas ver!

No sé qué le ve a la televisión porque es sorda como una tapia. Así dicen en casa de Luis: “Sorda como una tapia”.

Dice mi mamá que tapia quiere decir pared. ¿Será porque no contesta?

La tercera es la Nina de Tere. Parece muda. No le sacan una palabra ni con tirabuzón. Así dicen en casa de Tere: “Ni con tirabuzón”. Mi mamá dice que tirabuzón quiere decir sacacorchos. ¿Será porque aprieta la boca?



La abuela de Tere se llama Agapita.

Mi abuelita no es como ninguna de las tres. Es alegre, ya lo dije, y cariñosa.

A mi abuelita la adoptó mi mamá aunque parezca mentira porque, normalmente, una hija no adopta a sus papás.

Pues mi mamá especificó cuando la iba a traer con nosotros:

–Voy a adoptar a mi mamá. ¿Qué les parece? Ya no puede vivir sola–.

Cuando mi mamá se desespera me manda llamar:

–A ver, María, si tú sabes qué quiere tu Nina.

Y si no le entiendo, la distraigo o le cambio la conversación, y se le olvida lo que quería.

–¿Qué quieres, Nina? –le pregunto.

–El papelito que se me perdió –contesta muy afligida.

–Voy por él, no me tardo.

Y regreso con un papel. No cualquiera. Le hago uno especial, con un dibujo. Cuando se lo doy, le explico:

–Mira Nina, aquí está un pajarito que vino a verte.

Y es que los pájaros, el helado de fresa y andar en coche es lo que más le gusta. Bueno también las flores.

Mi abuelita tiene ruedas porque no puede caminar. Le da miedo caerse.

–¿A dónde vas?

–A la escuela, Nina –le recuerdo y doy un beso.

Me voy contenta porque sé que me estará esperando. Cuando regrese y haga mi tarea, vamos a divertirnos otra vez.

Las personas cuando ya son muy grandes de edad, pueden tener problemas para recordar muchas cosas o personas, pero eso no significa que no nos quieran.

Silvia Molina. *Mi abuelita tiene ruedas*, Svetlana Tiourina, ilus. México, SEP-CIDCLI, 2001.

104. Bebé a bordo: historia de un embarazo

Papá y mamá han vuelto a las andadas... Hay un bebé creciendo en la barriga de mamá. ¡Los mantendré informados!

Un mes: Es una manchita minúscula, que mide sólo medio centímetro.

Mamá está sonriente y tiene las mejillas coloradas. Papá dice que es porque está floreciendo y quiere ponerle Florencio al niño. ¡Mamá dice que ni flores!

Dos meses: Es tan largo como medio trozo de chicle.

Tres meses: Es igual de grande que el dedo gordo de mamá. Tiene ojos pero no los puede abrir. De todas formas, creo que dentro de una barriga debe estar muy oscuro para ver nada. Mamá sigue con sus mareos por las mañanas. Papá dice que deberíamos llamarlo Mario.

Cuatro meses: Sus deditos diminutos tienen uñitas minúsculas.

Cinco meses: Es del tamaño del hombre del detergente Acción, pero no tan fuerte. ¡Si pongo la mano en la barriga de mamá, siento cómo da patadas! Papá cree que va a ser futbolista y que tendríamos que ponerle Pelé.

Mamá se está comprando brasieres más grandes.

Seis meses: Todavía no ha abierto los ojos, pero es igual de largo que una regla. Mamá no deja de hacer pipí.

Siete meses: Papá cree que va ser un jugador de basquetbol altísimo y que deberíamos ponerle Jordan. Mamá está comprando calzoncitos más grandes también.

Ocho meses: El cerebro le está creciendo a toda velocidad, ha abierto los ojos y ¿saben lo que hizo? ¡Se puso de cabeza!

Nueve meses: Sigue cabeza abajo. Parece una persona y está listo para el lanzamiento.

¡El bebé nació hoy! Tiene los ojos azules como papá, el cabello negro como mamá y una naricita muy mona igual que la mía. Cuando salió estaba colorado y lleno de manchas, pero la enfermera lo lavó y ahora ya está limpio y aseado.

Yo estoy entusiasmada, papá está muy orgulloso y mamá ha dejado las espantosas cebollas con vinagre que comía todo el día.

Ustedes deben tener hermanitos, primitos, amiguitos. ¿Se acuerdan de qué pasó cuando nacieron? Pregunten a mamá y a papá qué pasó cuando ustedes nacieron.

Kes Gray, *Bebé a bordo: historia de un embarazo*, México, SEP-Serres, 2004.

105. Somos diferentes

Las personas que formamos la sociedad mexicana somos distintas unas de otras. Cada persona tiene un rostro particular, un tamaño y un peso especiales, una biografía diferente, habilidades, gustos o ideas diversas.

Las familias, la historia, los conocimientos, los usos, las costumbres, las creencias o las maneras de entender la realidad son distintas para cada grupo y para cada persona.

El paisaje, el trabajo y las condiciones en las que vive cada persona también son diferentes. Unas viven en montañas y otras en la playa; unas viven en el campo y otras en ciudades; unas tienen carreteras cerca de sus casas y otras se comunican con las poblaciones vecinas a través de ríos, caminos o veredas.

Al asomarse por la ventana de su casa, unas personas ven quizá una presa de agua o un criadero de truchas, mientras que otras tal vez vean una avenida llena de automóviles, o una fábrica.

Unos trabajan al aire libre, otros bajo techo y otros más, como los conductores, trabajan en vehículos en movimiento.

Por otra parte, en nuestra sociedad mexicana, hay personas monolingües que hablan castellano como único idioma; otras personas monolingües hablan alguna lengua india, como maya o rarámuri. Hay personas bilingües que hablan, por ejemplo castellano y purépecha, o castellano y francés. También hay personas trilingües que hablan, por ejemplo mixteco, castellano e inglés.

Las lenguas, los idiomas, responden –cada uno de ellos– a una cultura diferente, a una manera distinta de ver, entender y relacionarse con el mundo, es decir, con la naturaleza, con las personas, con el trabajo o con el arte.

En las diferentes culturas se desarrollan personas diferentes.

La sociedad está formada por personas diversas que viven en familias diferentes, que se organizan en comunidades distintas y que se necesitan las unas a las otras para vivir, crecer y desarrollarse.

Nuestra Constitución establece que todos y cada uno de nosotros y de nosotras tenemos el derecho de ser diferentes y el derecho de que nuestras diferencias sean respetadas y protegidas.

Luz María Chapela, *Ciudadanos y ciudadanas. Cuadernos de población*. México, CONAPO, 1999.

106. La abuelita de arriba y la abuelita de abajo

Cuando Tomás era muy niño, tenía una abuela y una bisabuela a quienes quería mucho.

Iba a visitarlas con sus padres los domingos. La abuela estaba en la cocina, en el primer piso.

Pero la bisabuela, que tenía noventa y cuatro años, estaba siempre metida en su cama, en el segundo piso. Por eso, Tomás las llamaba la abuelita de abajo y la abuelita de arriba.

Tomás entraba en la casa, saludaba a su abuelo Tom y a la abuela de abajo, y después corría escaleras arriba, a la habitación de la abuela de arriba.



–¿Quieres dulces? –le preguntaba la abuela de arriba cuando lo veía entrar. Y él abría el costurero que había sobre la cómoda y sacaba una pastilla de menta.

Una mañana, la madre de Tomás entró en la alcoba donde él dormía, lo tomó en sus brazos y le dijo:

–La abuela de arriba se murió anoche.

–¿Qué es morirse? –le preguntó Tomás.

–Morirse quiere decir que la abuelita de arriba se ha ido y no estará más con nosotros
–respondió mamá.

A pesar de que no era domingo, la familia fue a casa del abuelo Tom y de la abuela de abajo.

Tomás corrió escaleras arriba sin saludar a nadie, entró en la habitación de la abuela de arriba.

La cama estaba vacía...

Tomás se puso a llorar.

–¿No va a volver nunca? –le preguntó Tomás a su mamá.

–No, chiquitín contestó en voz baja–. Pero cada vez que pienses en ella, volverá a tu memoria y será como si estuvieras a su lado.

Desde entonces, Tomás llamó a la abuela de abajo simplemente abuelita.

Unos días después, Tomás se despertó y miró las estrellas por la ventana de su cuarto.

De repente, una estrella cruzó el cielo. Tomás se levantó y corrió a la habitación de sus padres.

–Acabo de ver una estrella que se desprendió del cielo –dijo.

–Tal vez era un besito de la abuelita de arriba –respondió su madre.

Pasaron muchos años y Tomás creció. La abuela de abajo envejeció. Y pasaba el día en la cama como la abuela de arriba. Y un día también murió.

Una noche en que Tomás miraba por la ventana de su habitación, vio otra estrella que cayó del cielo.

“Ahora ambas son abuelas de arriba, pensó”.

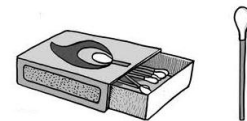
Tomie de Paola, *La abuelita de arriba y la abuelita de abajo*, Tomie de Paola, ilus. México, SEP-Norma, 2003.

107. El secreto en la caja de cerillos

Paquito Pinzón tenía un secreto... en una caja de cerillos. Y la caja estaba... en el fondo de su bolsillo. Paquito metió la mano y tocó la caja. Sonrió con una sonrisa secreta.

A la hora del recreo, Paquito sacó la caja.

–¿Quieres ver un secreto en mi caja de cerillos? –le preguntó a Luci Álamo.



–No gracias –dijo Luci, sacudiendo las trenzas–. No me gustan los niños y no me gustan las sorpresas.

–¿Quieres ver un secreto en mi caja de cerillos? –le murmuró a Félix López, que era un niño bueno y educado.

–No, gracias –dijo Félix.

Durante matemáticas, Paquito sacó la caja.

–¿Quieres ver un secreto en mi caja de cerillos? –le murmuró a Elenita Pozo.

–Sí, gracias –murmuró Elenita, que era una niña buena y educada.

Paquito abrió la caja y se la colocó debajo de la nariz. Elenita lanzó un grito fuerte y prolongado. La señorita Delgado, que estaba corrigiendo trabajos en su escritorio, se puso de pie.

–Tráeme esa caja, Paquito Pinzón –le dijo.

Paquito la cerró y caminó hasta el escritorio de la señorita Delgado.

–¿Quiere ver lo que hay dentro? –le preguntó.

–No –dijo la señorita Delgado–. Déjala en mi escritorio y sigue haciendo tus sumas.

Paquito regresó lentamente a su lugar.

–Se arrepentirá –le susurró a Elenita Pozo.

–Se arrepentirá –le susurró a Luci Álamo.

–Se arrepentirá –dijo, empujando a Félix López.

Un dragoncito rojo y verde había salido de la caja de cerillos y estaba sentado detrás de una pila de libros en el escritorio de la maestra. Paquito copió las palabras del pizarrón. El dragón se movió lentamente hacia la señorita Delgado y creció un poquito.

Félix López se paró a leer enfrente de la clase. El dragón había crecido un poquito más y se estaba acercando al libro de lectura de Félix.

–No puedo leer porque hay un dragón en mi libro –dijo Félix.

–No seas tonto, Félix –dijo la señorita Delgado–. Ya sé que hay un dragón. Tu libro es sobre dragones. Ve y siéntate.

En eso, la señorita Delgado vio al dragón y lanzó un grito fuerte y prolongado:

–Paquito Pinzón, ¿eres tú la causa de este dragón?

–Si señorita Delgado –dijo Paquito, acercándose al escritorio de la maestra.

–Muévete –dijo la señorita Delgado–. Haz algo.

Paquito cogió la caja de cerillos del escritorio. La tocó y el dragón comenzó a achicarse. Cuando se hizo de nuevo diminuto, lo puso en la caja y la cerró. Se metió la caja al bolsillo. Sonrió con una sonrisa secreta.

Val Willis, *El secreto en la caja de fósforos*. México, SEP-Scholastic, 2003.

108. El reloj de mi abuela

En casa de mi abuela hay un reloj de pie, pero no funciona.

Las manecillas de su enorme esfera nunca se mueven.

Una vez, abrí la puerta para ver por qué, y no encontré más que un paraguas y un bastón.

–Deberías arreglar el reloj –dije.

–¿Por qué? –dijo el abuelo–. ¡Dos veces al día da la hora exacta!

–¿Por qué? –dijo la abuela–. Tengo otros relojes que me dicen la hora.

Miré a mi alrededor y no vi más relojes.

–¿Dónde están? –pregunté.

La abuela dijo:

–Puedo contar los segundos con los latidos de mi corazón. ¿No te has dado cuenta de que los segundos pasan más deprisa cuando la vida es emocionante? Los momentos son más cortos que los segundos. Pasan en un abrir y cerrar de ojos.

Un minuto es lo que se tarda en pensar algo y decirlo con palabras. En dos, puedo leer una página de mi libro.

Una hora es lo que tarda el agua en enfriarse... o lo que tarda el abuelo en leer el periódico. O lo que tardamos los dos en pasear al perro.

Puedo saber qué hora de la mañana es por las sombras de los árboles. Cuando se vuelven más largas es que ha llegado el atardecer.

Cada mañana, los pájaros me despiertan con su canto.

Cada atardecer, veo desde mi ventana las luces de las otras casas, que hacen señales a los barcos que están en la mar: si están encendidas, es hora de cenar; si están apagadas, es hora de dormir.

–¿Y cómo sabes qué día de la semana es? –le pregunté.

–Eso es fácil –me contestó la abuela–. El lunes, por el aroma de los bizcochos horneados.

El martes, por los barcos pesqueros que regresan a casa.

El miércoles, por el ruido que arman los basureros recogiendo la basura.

El jueves, porque ese día los cuenteros salen a la plaza.

Y el viernes, por las carreras de los estudiantes al salir de la escuela.

Los sábados hay tiempo para jugar.

Y los domingos, las familias, como la nuestra, se reúnen. Por eso los domingos son mi día favorito.

En un mes, la luna crece y mengua, para después, poco a poco, dar paso a la oscuridad.

Las mareas también te ayudan a medir el tiempo.

Las estaciones son fáciles: hay flores en primavera; brisa cálida y húmeda en el verano; árboles teñidos de fuego en otoño, y en invierno los días de heladas, cuando tu aliento parece humo de dragón.

La vida se puede medir de distintas maneras.

Geraldine McCaughrean, *El reloj de mi abuela*. México, SEP-Everest, 2003.

109. El libro apestoso

¿Has pensado cuántas cosas son de
verdad apestosas?

En los botes y en las bolsas
hay basuras asquerosas.

Olor a col, a pescado
y olor a queso pasado
para un fétido estofado.

Las moscas tienen buen tino:

Les gusta el pay de cochino.

Huele el camello a pipí,
y a popó el jabalí.

Salto como un cervatillo
cuando me encuentro un zorrillo.

Hieden cerdos y ratones
como los hurones.

El arado y el tractor
también producen su olor.

Y nunca falta un granjero
que te use de basurero.

Los charcos son muy hondos
pero suelen ser hediondos.

¿Lo más fétido del mundo?
un calcetín nauseabundo.

A mi papá le huelen los pies.

Y a mi mamá

—como ves—

la vuelve loca
su fetidez.

Por la mugre calavera
mi tía perdió el color;
pero unas sales de olor
la dejaron como nueva.

Se revuelca nuestra perra
en la hediondez de la tierra.

Si por el caño me fuera,
no habría amigo que me oliera.



Los niños son más chillones
si les huelen los calzones;
y no existe vagabundo
que no tenga un tufo inmundos.

Juegan sucio los traviesos
porque hay adultos muy tiesos.

Dijo el profe: “Huele feo...”

¿Quién puso esto en mi sombrero?

¿Quién, con intención cínica,

arrojó ese huevo pútrido
contra el maestro de química?

Hizo mal quien haya echado
la bomba fétida en clase;
por eso hubo que quedarse
en el salón castigados.

Lo bueno es que nadie vio
¡Qué esa maldad la hice yo!

Babette Cole, *El libro apestoso*, Babette Cole, ilustraciones. México, SEP-FCE, 2004.

110. Nunca jamás comeré jitomates

Tolola estaba sentada en la mesa, esperando la cena y dijo: “Yo no como chícharos, ni zanahorias, ni papas, ni champiñones, ni espagueti, ni huevos, ni salchichas. Yo no como coliflor, ni col, ni frijoles, ni plátanos, ni naranjas. Y no me gustan las manzanas, ni el arroz, ni el queso, ni las barritas de pescado. Y desde luego nunca jamás comeré jitomates.” (Mi hermana detesta los tomates.)

Y yo le dije:

“Es una suerte, porque no tenemos ninguna de esas cosas. No vamos a cenar chícharos, ni zanahorias, ni papas, ni champiñones, ni espagueti, ni huevos, ni salchichas.

Tampoco queda coliflor, ni col, ni frijoles, ni plátanos, ni naranjas. Se nos acabaron las manzanas y el arroz y el queso y las barritas de pescado. Y, *por supuesto*, no hay jitomates.”

Entonces Tolola, mirando hacia la mesa dijo:

“¿Y qué hacen aquí estas *zanahorias*, Juan?

Y yo le contesté:

“Tú crees que eso son zanahorias pero no son zanahorias. Son varitas mágicas de Júpiter.”

“Pues a mí me parece que son zanahorias”, dijo ella.

“Pero cómo van a ser zanahorias –le dije–, si en Júpiter no crecen zanahorias.”

“Eso es verdad”, dijo Tolola.

“Bueno, ya que vinieron de Júpiter voy a probar una”, dijo dando un bocado.

A continuación Tolola vio los chícharos”.

“Yo no como chícharos”, dijo.

Y yo le contesté:

“Pero si no son chícharos; son copos verdes de Groenlandia.

Están hechos de hierba y caen del cielo.”

“Pero yo no como cosas verdes”, replicó Tolola.

“Qué bien –le dije–. Me comeré los tuyos. Los copos verdes de Groenlandia son una autentica exquisitez.”

“Bueno, probaré dos o tres. Umm... Qué rico...”, dijo Tolola. Luego vio la papa.

“Yo no voy a comer papas, ni siquiera puré de papa.”

“Ah no, esto no es puré –le dije–. Es lo que la gente cree. Pero no, es un trocito de nube del monte Fuji.”

“Ah bueno, me encanta comer nubes –dijo Tolola–, pero eso otro NO. Yo no voy a comer *jamás* barritas de pescado.”

“Por supuesto que no –le dije–, pero eso no son barritas de pescado. Son bocaditos de mar del supermercado. La comida favorita de las sirenas.”

“¡Ah! sí, yo fui una vez al supermercado, con mamá –dijo Tolola mientras se comía un bocadillo de mar. Y entonces fue cuando dijo:



“Juan, ¿me puedes pasar uno de esos?”

“¿Qué...? ¿Uno de esos?”

Yo no podía creer lo que estaba viendo porque Tolola señalaba los jitomates.

“¿Estás segura? ¿Uno de estos?”, le pregunté.

Y dijo:

“Sí, por supuesto, los pompalunas son lo que más me gusta en el mundo. Porque no son jitomates, ¿eh, Juan?”

Lauren Child, *Nunca jamás comeré tomates*, Lauren Child, ilus. México, SEP-Serres, 2004.

III. Una sopa de piedra

Es de noche... invierno.

Un viejo lobo se acerca al pueblo de los animales y llama a la puerta de la primera casa.

–¿Quién es? –pregunta la gallina.

El lobo responde:

–Soy el lobo. Pero no tengas miedo, gallina, soy viejo y no tengo dientes. Deja que me caliente en tu chimenea y que me prepare una sopa de piedra.

La gallina vacila; no está tranquila, claro, pero es curiosa.

Nunca ha visto un lobo de verdad, solo lo conoce por los cuentos... Además le gustaría probar una sopa de piedra.

Entonces abre la puerta. El lobo entra, suspira y dice:

–Gallina, por favor, dame una olla grande.

–¡Una olla grande! –se alarma la gallina.

Entonces el lobo explica la receta:

–En una olla grande poner una piedra de buen tamaño, añadir agua y esperar.

¿Es todo? –pregunta la gallina. Yo, a mis sopas, les pongo siempre un poco de apio.

–Se lo podemos poner, si quieres –dice el lobo y saca de su morral una piedra grande.

Pero el cochino, que vio que el lobo entraba en casa de la gallina, está inquieto. Llama a la puerta, toc, toc.

–¿Está todo bien?



–¡Entre, señor cochino! El lobo y yo estamos preparando una sopa de piedra.

El cerdo pregunta si se le pueden poner calabazas.

–Se puede –dice el lobo.

Entonces el puerco corre a su casa y vuelve con calabazas. Pero el pato y el caballo, que vieron al lobo entrar en casa de la gallina, inquietos, llaman a la puerta, toc, toc.

–Adelante –dice la gallina–. El lobo, el cerdo y yo estamos preparando una sopa de piedra.

El cochino precisa:

–Con un poco de apio y calabazas.

El pato, que ha viajado mucho, asegura que probó una sopa de piedra, una vez en Egipto, y que llevaba berros.

La cabra y el perro, uno quiere nabos, el otro propone col, después cada uno corre a su casa y trae legumbres, para todos los gustos.

Ahora se sientan todos en círculo alrededor de la chimenea. Bromean y discuten. La gallina comenta:

–¡Qué agradable es estar todos juntos! Tendríamos que hacer estas cenas más a menudo.

Pero el agua ya hierve en la olla y el lobo dice:

–La sopa está lista.

La cena se alarga hasta muy tarde.

Y todos repiten sopa tres veces.

Después, de su saco, el lobo saca un cuchillo puntiagudo... y pincha la piedra.

–Vaya, todavía no está cocida –dice–. Si no les importa, me la llevaré para la cena de mañana.

La gallina pregunta: ¿Ya te vas?

Sí, responde el lobo. Pero les agradezco esta agradable velada.

112. Adivina qué es

Ojitos saltones,
boca estirada,
marciano verdoso
que flota en el agua.

Come que come
mosquitos y larvas,
aletas de buzo
y canta que canta.

Se esconde en los juncos
y vive en la charca,
garbanzo colado
que más tarde salta.

Salta mi amiga,
salta que salta
las patas traseras
el doble de largas.



Salvador de Toledo, *El zoológico*. México, SEP-Everest, 2005.

113. En el castillo que se va

En su castillo de aire vivía el Rey de Nada. No tenía paredes aquel castillo, no tenía tejado. Pero así, transparente, era bello y delicado como ningún otro.

Y porque el Rey nada poseía, ni siquiera un pedacito de tierra, a cualquier soplo de viento, allá se iba el castillo con toda su corte, flotando en el espacio. Nada lo sujetaba a ningún lugar. El mundo entero era su reino.

Ahora, después de una tempestad que lo había sacudido llevándolo encima de las montañas, reposaba el castillo entre las flores de un valle.

Y muchos días habían pasado de esa amable vida.

No lejos del valle, sin embargo, ejercía su poder un temible rey, llamado Rac. Al pronunciar su nombre todos bajaban la voz y la mirada. Así, despierto o durmiendo, soñaba volverse algún día, el Rey de Todo.

Bastó, por lo tanto, que sus espías le trajesen noticias de la existencia de un nuevo castillo, para que sus ojos se encendiesen de codicia.

–¡Que mis embajadores partan inmediatamente hacia allá llevando una declaración de guerra! –ordenó.

Fueron los embajadores con sus lujosas vestiduras de terciopelo. Y en sus vestiduras, un poco arrugadas, regresaron, cuando ya el Rey Rac se preparaba para la batalla.

Al amanecer llegaron al valle.

–Supe que deseas hacerme la guerra –dijo el Rey de Nada–. Humildemente te pregunto por qué ese deseo.

–Porque todo lo que puedo ver me pertenece. Y mío es también todo aquello que la mirada no alcanza a ver –respondió el Rey Rac desde lo alto de su caballo–. Sin embargo, en medio de todo lo que conquisté, existen ahora este palacio y esta corte que no son míos. Por eso es necesario que yo los posea.

–Pero todo esto que estás viendo –dijo el pequeño Rey abriendo los brazos– es Nada. Sólo la Nada es lo que me pertenece.

–Pues entonces, ¿es esa Nada lo que yo quiero!

Discretamente, intentando esconder su boca, rió el Rey de Nada. Y como contagiados por las palabras del Gran Rac, se rieron las damas y los caballeros del castillo. Al principio, bajando el rostro para disimular, después abiertamente, sin control, la delicada corte se rió frente al ejército que aguardaba. Rieron la Reina y el cocinero, los pajes y los niños, rió, por primera vez más que todos, el bufón de la corte.

Y el soplo de aquellas bocas abiertas, el eco de todas aquellas risas, hizo ondear los cortinajes, movió los inexistentes torreones, las ausentes paredes. Como un navío que levanta sus velas, el castillo entero comenzó a flotar, partiendo dulcemente hacia nuevos horizontes.

Debajo de las patas de los caballos, los pastos se enlamaban. El ejército envainó sus espadas, recogió sus lanzas. Impotente, el Rey Rac vio que la victoria se alejaba. A causa de aquel Nada, de aquel castillo impalpable que se iba en el regazo del viento, nunca más sería el Rey de Todo. Su sueño se había perdido para siempre. Furioso, espoleó al caballo y partió al galope. A lo lejos, ligeras como un tintinear de cristales, se oían aún las risas de la corte.

114. La Tierra



Algunas partes de nuestro planeta son tierra firme.

Otras partes de nuestro planeta están cubiertas por agua.

Una parte de la tierra firme es plana.

Esas partes planas se llaman planicies, llanos, llanuras, tundras, sabanas.

Otra parte de la tierra firme es accidentada.

Las partes accidentadas y altas se llaman montañas.

Algunas partes de la tierra firme están rodeadas de agua.

Las partes de la tierra firme que están rodeadas de agua se llaman islas.

Las partes cubiertas por el agua en la tierra firme se llaman lagos, lagunas, esteros.

Las aguas que fluyen en grandes corrientes se llaman ríos.

La Tierra tiene llanuras, montañas, islas, lagos y ríos.

Trent Johnson, *La Tierra*. México, SEP-Planeta, 2002.

115. El cielo nocturno

Cuando es de noche miro por mi ventana.

Observo el cielo.

El cielo está oscuro, pero se alcanzan a ver algunas cosas.

Veo las estrellas en el cielo nocturno.

Las estrellas son como puntitos de luz.

Se ven pequeñas porque están muy lejos.

Veo además la Luna.

En comparación con las estrellas, la Luna es enorme. Cuando está llena, la Luna es redonda. A veces la Luna se ve muy delgada, como una rajita de melón.

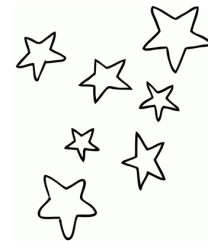
Sigue siendo enorme y redonda.

Pero no siempre podemos verla completa.

En la mañana miro por la ventana.

Ya no puedo ver las estrellas ni la Luna porque la luz del Sol es demasiado intensa, pero ahí están.

Las veré esta noche.



Félix James, *El cielo nocturno*. México, SEP-Planeta, 2002.

116. Como todo lo que nace

Como la manzana encarnada y brillante que, poco a poco, se arruga hasta secarse o pudrirse.

Como la flor perfumada que al atardecer inclina la cabeza y, uno a uno, deja caer sus pétalos.

Como la hoja verde que, en otoño, enrojece, se arremolina con el viento y luego cruje bajo nuestros pasos.

Como el pájaro que trina, salta y revolotea, y que un día encontramos tendido junto al camino.

Como la trucha de escamas plateadas que ayer nadaba en el agua clara y ahora permanece inmóvil en el mostrador de la pescadería.

Como la hormiguita que corría hacendosa a su trabajo y que un de do perverso acaba de aplastar.

Como el viejo y querido gato que sólo hace unos días ronroneaba, amoroso, en nuestro regazo y que acabamos de enterrar en un rincón del jardín porque ya no sentía nuestras caricias.

Como el conejo que se frotaba con gracia los bigotes y que no hemos podido curar de su terrible enfermedad.

Como todo lo que nace, como todo lo que está vivo...

...un día también a nosotros se nos acabará el tiempo y ya no estaremos aquí.

¿Y qué pasará entonces? ¿Qué habrá después?

Eso nadie en el mundo lo puede saber.



Élisabeth Brami, *Como todo lo que nace*, Tom Schamp, ilus. México, SEP-Kokinos, 2004.

117. Una fiesta medieval

Iba el rey a emprender un largo viaje.

Así lo anunciaban de palacio.

En el camino, el rey y su comitiva pasarían varias noches en el castillo de Camdenton.

El señor del feudo sabía lo que esto significaba.

El rey viajaba con la reina, sus nobles, sus escuderos y otros miembros de su Corte.

¡Más de cien bocas que alimentar!

Los preparativos para la visita comenzaron de inmediato.

Los siervos vivían en cabañas en la misma propiedad del señor feudal; cada una, con su trocito de tierra.

A cambio, los siervos estaban obligados a servir a su señor.

Cultivaban sus tierras, servían en su casa, y si había guerra, tenían que luchar al lado de su señor y del rey.

Se hizo limpiar el castillo y se arreglaron las habitaciones.

Se montaron tiendas para los palafreneros y corrales para los caballos.

Pero sobre todo, tenían que conseguir provisiones para la gran fiesta.

El señor y su corte salieron a cazar con halcones para tener alimento fresco.

Atraparon conejos y pájaros de todas clases; pescaron salmones, anguilas y truchas.

En el huerto tenían frutas y verduras, hierbas y flores para salsa y ensaladas, y abejas que hacían miel.

La comida se preparaba en la gran cocina.

Había muchos cocineros, y más ayudantes.

Cerdos, ciervos y jabalíes daban vueltas en el asador.

Grandes ollas de carne seca se hacían hervir en las calderas, sazonadas con especias que sólo los ricos señores podían permitirse. Cuando el Rey llegó con su séquito todo estuvo a punto.

Los invitados llenaron la Gran Sala.

Las trompetas anunciaron al rey, que se sentó a la mesa principal con los invitados de honor.

Se lavaron las manos con agua perfumada, y se las secaron con suaves toallas.

Y después, comieron, comieron y comieron.

Los tambores y las trompetas sonaban, cada vez que había una sorpresa.

Comieron empanadas de carne y de pescado, y espesas sopas que engullían con placer.

Sirvieron un castillo entero, moldeado por el pastelero, relleno de carne, huevos, fruta y nueces y se preguntaron si se lo podrían acabar.

Salsas dulces y picantes escurrían de sus platos mientras los bufones, juglares y trovadores los entretenían.

Comieron el día entero, hasta la noche.

Fue una fiesta digna de un rey, y habría más al día siguiente.

118. Poemas de Luna y colores

En esta lectura aparece una cometa, es decir, un *papalote*.

Sueño de Luna

Duerme el niño en su cuna,
sueños de estrella;
se ha prendido en su sueño
la Luna llena.

Dulce y lejana,
de luz viste en la noche
la Luna blanca.

Juega el niño en el río,
y el agua clara
va bordando sonrisas
en su mirada.

Luna en el agua.

El niño está durmiendo

cuando la abraza.

Sueño de papalote

Vientecillo, sopla un poco,
que hemos venido a jugar.
Sube mi cometa al cielo
y déjala planear.

Quiero que esquíe en las nubes
y haga cosquillas al Sol,
que sueñe ser mariposa
y juegue a ser avión.

Vientecillo, sopla un poco,
que hemos venido a soñar.
Sube mi cometa al cielo
y déjala navegar.



Carmen Martín Anguita, *Poemas de lunas y colores*, Paz Rodero, ilus. México, SEP-Alhambra, 2003.

119. Azúcar y Sal

Había una vez una casita de sal, construida al pie de la montaña.

En la casa vivían una viejita toda toda de sal, y un viejito todo todo de azúcar.

Unos días se querían mucho y otros no paraban de discutir:

Que si patatín, que si patatán...

Que sí si patatán, que si patatín...

Una tarde tuvieron una riña terrible, y acabaron tirándose los trastos a la cabeza.

La viejita levantó su bastón de sal y le gritó al viejito:

—¡Lárgate de aquí, viejo empalagoso! ¡Hazte una casa para ti solo!

El viejito se fue llorando; pero no mucho, para no derretir sus mejillas... de azúcar.

Con sus manos, de azúcar, construyó una casita de barro.

Era una casa muy linda, pero el viejito de azúcar estaba triste porque echaba de menos a la viejita de sal.

Un día decidió ir a verla, y le dijo:

–¿Me das un poco de sal para la sopa?

La viejita, enojada, le contestó:

–Si quieres sal, búscala en el fondo del mar.

El viejito volvió a su casa llorando; pero no mucho, para no derretir sus mejillas... de azúcar. Estaba desconsolado.

Entonces vio una nube grande y gris, y exclamó:

–¡Si pudieses llorar por mí...!

Y comenzó a llover...

A llover...

A llover cántaros.

Con tanta agua, la casita de sal empezó a derretirse.

La viejita salió bajo la lluvia, corriendo, para que no se le derritieran sus pies de sal, a la casita de barro.

Llamó a la puerta, gritando:

–¡Por favor, déjame entrar!

Y el viejito contestó:

–No quisiste darme ni un granito de sal. ¡Pues ahí te quedas!

Pero la viejita no se apartaba de la casa.

Al ver que se estaba derritiendo, el viejito sintió mucha pena y, despacito, le abrió la puerta.

Entonces, el viejito de azúcar y la viejita de sal se dieron un abrazo enorme, y se fundieron en un largo beso, ¡dulce y salado!

Como la viejita que era toda de sal estaba empapada, se quedó pegada al viejito, que era todo de azúcar.

Cuando estuvieron secos, por fin, pudieron despegarse.

Pero al viejito de azúcar se le quedó, para siempre, la boca de sal; y a la viejita de sal, para siempre, la boca de azúcar.

Desde entonces vivieron en la casita de barro, y no volvieron a discutir.

Iván Prieto, *Azúcar y Sal*. México, SEP-Océano, 2007.

120. Juan Felizario Contento

Esta es la historia de Juan Felizario Contento, el rey de los negocios.

Quien recibió como herencia una moneda.

Una moneda de oro tan brillante que Juan Felizario Contento la cambió por un caballo.

Un caballo tan veloz que Juan Felizario Contento,
La cambió por un burro.

Un burro tan lento que Juan Felizario Contento,
lo cambió por una cabrita.

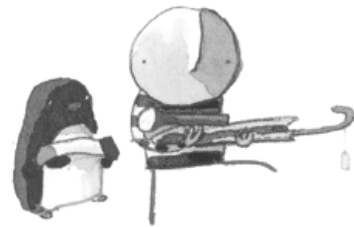
Una cabrita tan traviesa que Juan Felizario Contento,
la cambió por un cochino.

Un cochino perezoso y pesado.

Tan perezoso y pesado que Juan Felizario Contento,
lo cambió por un pájaro.

Un pájaro despierto y viajero.

Tan despierto y viajero que se le escapó de las manos.



Ángela Lago, *Juan Felizario Contento*, Ángela Lago, ilus. México, SEP-FCE, 2004.

121. El barro

La mamá de Roque hace ollas y figuras de barro que cuece en el patio de su casa.

A Roque le gusta ayudar a su mamá a preparar el barro. Primero van a buscarlo a un lugar especial, que es una mina de barro.

La mamá de Roque amasa el barro que recogieron con arena y un poquito de algodón del árbol de pochote; así prepara una mezcla muy resistente.

Con ella hace figuras de animales, jarritos y ollas que pone a secar al sol.

Cuando ya están secas las pinta con colores hechos de tierras especiales; en esa tarea le ayudan Roque, su papá y sus hermanos mayores.

Después, juntan mucha leña y prenden un gran fuego encima de las figuras de barro para cocerlas.

Cuando se quema toda la leña el barro está cocido, pero sigue caliente por mucho tiempo. Hay que dejarlo enfriar y limpiarlo con mucho cuidado para que no se rompa.



Con barro también se hacen ladrillos. Los trabajadores mezclan el barro con la pajilla de arroz, y con un molde, hacen 10 ladrillos de una sola vez.

Los meten en los grandes hornos de la tabiguera; cuando ya están cocidos, se vuelven de un alegre color rojizo.

Entonces los venden y los camiones los llevan a las obras.

Algo más que se hace con barro son las tejas. Pero de las tejas nos ocuparemos otro día.

Nicole Giron, *El barro*, Abraham Mauricio Salazar, ilus. México, SEP-Patria cultural, 1989.

122. El payaso que no hacía reír

Érase una vez un payaso.

Antes de cada función se maquillaba. Pero no resultaba.

Antes de cada función practicaba. Pero no resultaba.

Hasta que el dueño del circo le dijo que si en la función de esa noche no triunfaba, al otro día debería marcharse para siempre.

Antes de la función, el payaso se maquilló, se preparó, practicó, se deprimió... Y salió a la pista más nervioso e inseguro que nunca.

Entonces, al ver el apuro del payaso, una niña del público le regaló una flor.

El payaso se emocionó tanto que el llanto brotó de sus maquillados ojos.

Y al correrle las lágrimas por la cara...

...se le corrió el maquillaje y comenzó a dibujarle en el rostro las expresiones más extrañas.

Las expresiones más simpáticas y divertidas.

Y ahora sí resultó. El público no paró de reír.



Enrique Martínez, *El payaso que no hacía reír*. México, SEP-Tané, 1997.

123. Nuestra casa

Aquí en esta calle se encuentra nuestra casa.

En ella vivimos papá, mamá, una tía, mis abuelitos, mis hermanitos y yo.

Tiene uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ¡muchos ladrillos! Imposible contarlos todos.

En las tardes, después de hacer la tarea y de que papá regresa del campo, jugamos a ver quién adivina cuántos ladrillos tiene alguno de los muros.

Empezamos por el de la cocina.

Papá dice que tiene como mil ladrillos; yo creo que son más, como cien mil por lo menos.

Y empezamos a contarlos. Perdimos los dos, porque eran mil doscientos ocho ladrillos. Pero papá dijo que él había estado más cerca, y yo reconocí que tenía razón.

Pero los ladrillos no cubren toda la casa; en las puertas y ventanas no hay ladrillos. Si no, ¿Por dónde entraríamos papá y yo, mis hermanos y mamá?

¿Por dónde entraría el sol para calentar el piso? ¿Y por dónde saldría a darle de comer a mi marranito y a los mulitos?

Nuestra casa tiene un tejado en el techo, y macetas en las ventanas, y dos jacarandas al frente.

Nuestra casa es bonita y fresca como todas las casas del pueblo.

¡A mí me gusta mucho!

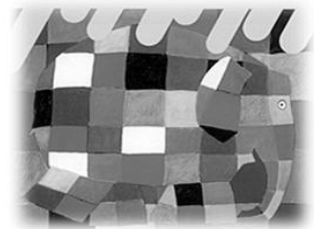
Ramón Bolívar, *Nuestra casa*. México, SEP, 1988.

124. Elmer

Esto era una vez un rebaño de elefantes. Había elefantes jóvenes, gordos, altos y flacos. Elefantes así y así, todos diferentes, pero todos felices y todos del mismo color... menos Elmer.

Elmer era diferente. Elmer era de colores. Elmer no era color elefante.

Y era Elmer el que hacía felices a los elefantes.



Una noche Elmer no podía dormir porque se puso a pensar que estaba harto de ser diferente.

Y por la mañana, cuando casi nadie estaba despierto, Elmer se fue sin que los demás se dieran cuenta.

Caminó a través de la selva y se encontró con otros animales.

Todos le decían:

–Buenos días Elmer.

Y Elmer contestaba a cada uno:

–Buenos días.

Después de una larga caminata, encontró lo que buscaba: un árbol bastante alto. Un árbol lleno de frutos color elefante.

Elmer agarró el tronco con la trompa y sacudió y sacudió el árbol hasta que todos los frutos cayeron.

Cuando el suelo quedó cubierto de frutos, Elmer se tiró encima de ellos y se revolcó una vez y otra, hasta que no le quedó ni rastro de amarillo, naranja, rojo, rosa, morado, azul, verde, negro, blanco. Cuando terminó de revolcarse, Elmer era igual que cualquier otro elefante.

Después de esto, emprendió el camino de vuelta a su rebaño.

Por donde iba pasando, le decían todos:

–Buenos días elefante.

Y Elmer sonreía y contestaba:

–Buenos días –y estaba encantado de que no lo reconocieran.

Cuando Elmer se encontró con los otros elefantes vio que estaban todos de pie y muy quietos. Ninguno se dio cuenta de que Elmer se acercaba y se ponía en el centro del rebaño.

Los animales permanecían completamente quietos.

Elmer no los había visto nunca tan serios. Cuando más miraba a aquellos elefantes tan serios, tan silenciosos, tan quietos y tan aburridos, más ganas le entraban de reír. Por fin no pudo aguantarse, levantó la trompa y gritó con todas sus fuerzas:

–¡¡¡TURURÚÚÚ...!!!

–¡Ah, uh, oh...! –exclamaron, y luego vieron a Elmer que se moría de risa.

–¡Elmer! –dijeron–. ¡Es Elmer!

Y todos empezaron reírse como nunca antes.

Y mientras se estaban riendo empezó a llover.

–¡Ay, Elmer! Tus bromas han sido siempre divertidas, pero ésta fue la más divertida de todas –dijo un viejo elefante, ahogándose de risa.

Y otro propuso:

–Vamos a celebrar una fiesta en honor de Elmer.

Todos nos pintamos de colores y Elmer se pondrá color elefante.

Desde entonces, una vez al año se repite esa fiesta. Si en uno de esos días alguno de ustedes ve un elefante color elefante, puede estar seguro de que es Elmer.

David McKee. *Elmer*, David McKee, ilus. México, SEP-Altea, 2001.

125. ¡A comer!

En casa somos siete. Mamá, papá, la abuela, el abuelo, mi hermano Salvador, mi hermana Alicia y yo, que soy el menor; mamá va a tener un bebé.

Todos los días a las dos, comemos juntos en la cocina; mamá se pone muy contenta.

Papá nos escucha hablar a todos al mismo tiempo. La abuela nos cuenta del enorme tomate que está creciendo en el jardín.

El abuelo recuerda cuando era un muchachito. Salvador se esconde bajo la mesa y Alicia hace miles de preguntas.

El lunes, mamá dice: “Antonio, dile a tu padre que venga a comer. Hoy hay sopa de garbanzos.”

Encuentro a papá en la carpintería y me dice: “No puedo ir. Tengo mucho trabajo.”

Nos sentamos a comer sin papá.

“¡Ay, qué pena!”, suspira mamá.

El martes, mamá llama: “Antonio, dile a tu hermana que venga a comer. Hoy hay empanadas.”

Encuentro Alicia con sus amigas. Están aprendiendo un baile.

“No puedo ir” –dice Alicia–. “Quiero practicar este baile”.

Nos sentamos a comer sin mi hermana.

“¡Ay, qué pena!”, suspira mamá.

El miércoles, mamá llama: “Antonio, dile a tu hermano que venga a comer. Hoy hay sardinas.”

Encuentro a Salvador jugando a las escondidas con sus amigos.

“¡Shh!... dile a mamá que no puedo ir”.

Nos sentamos a comer sin mi hermano.

“¡Ay, qué pena!”, suspira mamá.

El jueves, mamá dice: “Antonio, dile a la abuela que venga a comer. Hoy hay gazpacho.”

Encuentro a la abuela muy ocupada en el huerto y me dice: “Mi querido Antonín, estoy recogiendo los tomates.”

Nos sentamos a comer sin la abuela.

“¡Ay, qué pena!”, suspira mamá.

El viernes, mamá llama: “Antonio, dile a tu abuelo que venga a comer. Hoy hay pollo asado.”

Encuentro al abuelo y sus amigos en la cafetería y me dice:

“Mi querido Antonito, no puedo ir. No he acabado de charlar.”

Nos sentamos a comer sin el abuelo.

“¡Ay, qué pena!”, suspira mamá.

El sábado nos sentamos todos a comer, salvo mamá. La noche anterior fue al hospital. Tuvo una niña. Estoy muy contento de tener una nueva hermanita, pero extraño a mamá.

“¡Ay, qué pena!”, digo suspirando como mamá.

Todos se ríen y yo también.

El domingo siguiente, mamá vuelve a casa con la pequeña Rosa. Preparamos los camarones, los cangrejos, los calamares, los mejillones y el arroz con azafrán para hacer una paella.

A las dos nos sentamos todos alrededor de la gran mesa.

Papá hace reír a mamá.

El abuelo nos cuenta de mamá cuando era bebé.

La abuela dice que va a plantar una calabaza para Rosita.

Salvador se esconde debajo de la mesa y Alicia hace miles de preguntas sobre los bebés. ¡Qué maravilla! –suspira mamá– ¡Qué maravilloso es comer todos juntos!



126. Onga Bonga

Nadie conseguía que Luisa dejara de llorar.

Su mamá lo intentó. La tomó en brazos y le cantó una canción de cuna. Pero no sirvió de nada.

Luisa siguió llorando hasta que sus lágrimas corrieron como ríos hacia el mar.

Su papá lo intentó. La meció suavemente en sus brazos y le murmuró palabras dulces al oído. Pero no sirvió de nada.

Luisa siguió llorando hasta que sus gritos hicieron caer los cuadros de la pared.

La abuela lo intentó. Preparó un biberón y le dijo: “Toma, cariño.” Pero no sirvió de nada.

Luisa siguió llorando hasta que sus sollozos despertaron a todos los perros y gatos del barrio.

El abuelo lo intentó. Tocó una alegre canción en su armónica y bailó al son de la música. Pero no sirvió de nada.

Luisa siguió llorando hasta que los pájaros y las ardillas huyeron del parque.

Las vecinas vinieron y ofrecieron sus consejos.

–Ponla boca abajo.

–Acuéstala de costado.

–Ponle Mozart.

–Ponle rock.

Pero no sirvió de nada. Luisa siguió llorando.

Entonces llegó Daniel de la escuela.

–Onga bonga –le dijo a Luisa.

Luisa levantó la cabeza, las lágrimas corrían por sus mejillas.

–Onga bonga –repitió su hermano.

Luisa dejó de llorar y lo miró a los ojos.

–Onga bonga– dijo Daniel otra vez.

Luisa sonrió.



127. Del pellejo de una pulga y otros versos para jugar

Hoy vamos a leer adivinanzas. Hace mucho que no jugamos con ellas. Esta vez no son nada fáciles, así que pónganse abusados. Miren qué título tan chistoso.

Un hombre cara pelada
 todos preguntan por él
 y él no pregunta por nada.

(El camino)

Hablo y no pienso
 lloro y no siento
 río sin razón
 y miento sin intención.

(El loro)

Un convento muy cerrado
 sin campanas ni torres
 y con muchas monjitas dentro

haciendo dulces las flores.

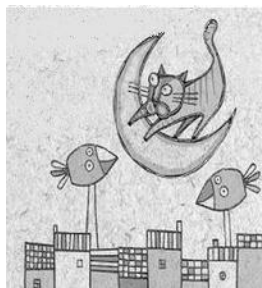
(La colmena y las abejas)

El fuego me tiene miedo
 las plantas me quieren bien
 limpio todo lo que toco
 me tomas al tener sed.

(El agua)

¿Qué es lo que ustedes
 no han visto ni verán,
 pero si lo oyen lo conocerán?

(El viento)



Manuel Peña Muñoz, *Del pellejo de una pulga y otros versos para jugar*. México, SEP-Alfaguara Infantil, 2003.

I 28. Alex dentro y fuera del Marco

En Monterrey, la capital de Nuevo León, hay un museo de arte moderno que se llama [hay que escribirlo y leerlo] M(useo de) AR(te) CO(ntemporáneo): MARCO o Marco. Allí es donde transcurre la lectura de hoy.

Alex soñaba con ser artista.

Pero siempre que lo había intentado, la cosa acababa mal.

Por eso, cuando la maestra anunció que tendrían un paseo artístico... Alex saltó de gusto, pensando que, por fin, tendría un día divertido.

Pero cuando escuchó que irían al Marco y la maestra pidió que imaginaran un Museo de Arte Contemporáneo, Alex no supo qué pensar.

¿Museo? ¿Arte? ¿Con-tem-po-rá-neo?

A la mañana siguiente, en el desayuno, su mamá decidió que la visita al museo ameritaba un peinado de fiesta. Y en el autobús el día se fue oscureciendo. Les dijeron:

–No hablar.

–No tocar.

–Y sobre todo NO jugar.

Alex sintió que el museo era demasiado grande y frío. Asustaba. Y le dieron ganas de hacer pipí. De regreso del baño, Alex se extravió. En realidad, no entendía NADA.

Por qué si a ella la regañaban por salirse de los bordes cuando coloreaba, en Marco estaban colgados unos cuadros que chorreaban pintura.

O por qué había en el mismo salón cuadros de personas que Sí sabían dibujar, con otros que sólo eran unos manchones.

Y mucho menos por qué, si había obras con tantas formas y colores, los adultos sólo se detenían a mirar los cuadritos que nada más tenían letras.

Alex se sintió confundida.

De pronto escuchó las voces de sus compañeros. Y corrió a alcanzarlos.

Pero al entrar en la otra sala... Vio una terrible bestia de dientes filosos. Sus compañeros no le tenían miedo. Y la guía les pidió que hicieran un cuento con la bestia.

El resto de la mañana cantaron y jugaron hasta que llegó la hora de irse.



Así que esto es el arte contemporáneo, dijo Alex.

“Regresen”, les dijo el guardia cuando salieron.

Un día de vacaciones, Alex regresó con su mamá y varios amigos.

Siempre había algo nuevo que ver en el Marco.

Y cada visita era una invitación para seguir jugando, explorando y compartiendo todo lo que veía, y también lo invisible: ideas, emociones y sentimientos.

Cuando estén en Monterey, no dejen de visitar el Marco, allí, en un extremo de la Macroplaza.

Manolo Cárdenas, *Alex dentro y fuera del Marco*, Ixchel Estrada, ilus. México, SEP-Serres, 2006.

129. Supermamá

¡Supermamá está en todas partes! Meciéndose, volando, nadando, paseando.

¡Todas las mamás cuidan a sus bebés!

Los monos en los árboles. Las golondrinas en sus nidos. Las orcas en el océano.

Supermamá viene en todas las formas y tamaños, puede tener muchas patas o estar llena de pelo, tener una cola o ¡incluso escamas! Los peces nodriza anidan y cuidan a sus bebés dentro de la boca.

Llamamos mamá a la persona en cuyo seno nacimos.
También a la persona que nos ha querido y cuidado.

¡Supermamá tiene bebés!

Algunas mamás ponen huevos y otras llevan a sus bebés dentro de su cuerpo hasta que nacen. Las mamás víboras se enrollan en sus huevos. Las mamás gatos pueden tener muchos bebés al mismo tiempo.

¡Supermamá es valiente! Si amenazan a sus bebés, ¡arañará!, ¡luchará!, ¡ladrará!, ¡morderá!

La tiranosaura rex era también una buena mamá. Probablemente cargaba a sus bebés en la boca.



¡Supermamá lo sabe todo! Sabe exactamente lo que le gusta comer a su bebé.
¿Gusanos, escarabajos o galletas?

Y tu mamá, ¿qué tipo de supermamá es?

Mick Manning, *Supermamá*, Mick Manning, ilus. México, SEP-Planeta, 2002.

130. Tragasueños

En Dormilandia, lo principal para todo el mundo es dormir. Y no es lo más importante dormir muchas horas, sino lo bien que se duerma. Porque existe una diferencia entre dormir y dormir bien. En opinión de los dormilandeses, quien duerme bien es de carácter amable y tiene la cabeza clara. Por eso nombran rey a quien más profundamente logre dormir.

Hubo allí una vez un rey y una reina que tenían una hijita, Dormilina. Es un nombre bonito ¿no? Y la princesita era también una niña muy bonita.

Dormilina vivía con sus padres en el palacio de los Sueños y dormía entre sábanas blanquísimas en un gigantesco lecho.

Sin embargo, la princesita nunca quería acostarse, y cada vez encontraba nuevas excusas para permanecer levantada un ratito más. La verdad es que tenía miedo de la noche.

El pobre rey no sabía qué hacer. Salió a pasear a los jardines del palacio, y allí vio relucir algo entre las matas. Parecía un pedacito de luz, y saltaba de un lado a otro. Era un pequeño ser con ojitos de estrella y una enorme boca que se abría como el pico de un pajarito hambriento.

...¿Qué buscas? –preguntó el hombrecito.

–Busco a alguien capaz de liberar a mi hija Dormilina de sus feos sueños –contestó el rey.

El hombrecillo, con la velocidad del viento, escribió lo siguiente en una gran hoja de papel:

Tragasueños, tragasueños,
ven con tu cuchillo de asta
y tu tenedor de cristal
y abre tus labios pequeños...
Cómete los malos sueños
que de noche me dan miedo.
Deja los sueños felices



para mí, yo te lo ruego.
Si así lo haces, Tragasueños,
volverá a mí el buen humor,
y por eso, Tragasueños,
tú serás mi invitado...
¡El invitado de honor!

El rey salió corriendo al cuarto de su hijita. La reina estaba a la cabecera de la cama de Dormilina. Las dos lo miraron con asombro.

–¡Ya la tengo! –gritó el rey, enseñándoles el papel escrito.

Desde entonces, cada vez que la princesa tenía miedo de algún sueño, leía en voz alta la invitación. Nunca llegó a ver al misterioso personaje, pero a veces, mientras se dormía, oía una vocecilla fina y crepitante que decía:

–¡Duerme tranquila, hijita! Yo vigilo. ¡Y muchas gracias por la invitación!

Michael Ende, *Tragasueños*. México, SEP-Juventud, 2003.

131. ¿Por qué damos un brinco si nos asustamos?

¿Por qué brincamos cuando nos asustan? En esta lectura veremos una respuesta descabellada y otra apegada a la ciencia. No las confundan.

La respuesta loca del doctor Quenó

Todos tenemos bajo los pies unos resortes invisibles. Cuando alguien da un grito cerca de nosotros, estos resortes se sueltan de golpe y por eso nos sobresaltamos.

¡Buuu!

¡Ahhhh!

¡Doing!

¡Vamos, doctor Quenó!

¡Nadie tiene resortes en los pies!

La respuesta exacta del doctor Quesí

Nos sobresaltamos cuando alguien nos toca el hombro o da una palmada detrás de nosotros de improviso. También podemos sobresaltarnos en el cine cuando aparece un monstruo en la pantalla.

Cada vez que nos asustamos por una sorpresa, el cerebro envía un mensaje de alerta al cuerpo, en el caso de que hubiera un peligro. En menos de un segundo, los músculos se ponen más tensos y nos enderezamos sin quererlo: nos sobresaltamos, incluso aunque la mayoría de las veces no haya un auténtico peligro.

Paul Martín, *Los Porqués De La Salud*. México, SEP-SM, 2007.

132. La borreguita negra

Había un pastor que vivía en las montañas. Tenía un perro, Polo, que vigilaba a los borregos mientras el pastor tejía, sentado en una roca cubierta de musgo.

El pastor tejía calcetas, bufandas, suéteres y cobijas de lana, y los vendía en el pueblo.

Cuando notaba que una oveja se alejaba, sacaba un silbato y daba un chiflido. Era la señal para que Polo corriera tras la oveja y la llevara con las otras.

Polo se sentía muy importante.

El pastor las iba contando cuando entraban al corral. Todos eran blancos, menos una, la borreguita negra.

Cuando Polo ladraba “Vuelta a la derecha”, todos hacían lo que se les ordenaba. Todos menos una. La negrita daba vuelta a la izquierda cuando debía dar vuelta a la derecha.

–Esta oveja negra no me obedece –se quejaba Polo con el pastor–, y piensa demasiado. Las borreguitas no necesitan pensar. ¡Yo pienso por ellas!

La ovejita negra soñaba con ser como las otras.

–¿Podrías tejirme una chaquetita blanca? –le dijo al pastor.

–Claro que no –contestó el pastor–, tú eres una borreguita muy especial.

Una tarde, estalló una tormenta terrible, con granizo, rayos, nieve y viento.

–¡Corre, Polo! –exclamó el pastor– Por los borregos no te preocupes; ellos tienen sus abrigos de lana.

El pastor corrió con Polo a su cabaña, y prendió fuego para secar su ropa.

Mientras tanto, los borregos se estaban poniendo nerviosos.

–¿Dónde está Polo? –balaban.

–¿Qué hacemos?

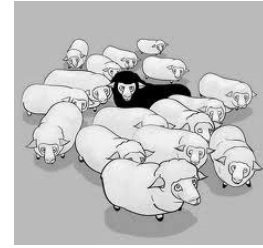
–Tenemos que buscar un refugio –dijo la borreguita negra–. ¡Sígueme! Yo sé dónde hay una cueva. Cuando amanezca yo buscaré al pastor.

A la mañana siguiente ya no estaba nevando, pero todo estaba cubierto de nieve. El pastor y Polo se asomaron y vieron una mancha negra en la cima de la colonia.

–¡Polo! –gritó el pastor–. ¡Nuestra borreguita negra! –y fueron corriendo hacia ella.

Bajo la saliente de la roca encontraron a todo el rebaño. ¡Cómo se alegraron!

–¡Mi borreguita negra! Si no fuera por ti no habría hallado mi rebaño. Siempre dije que tú eras muy especial –le dijo.



Elizabeth Shaw, *La ovejita negra*. México, SEP-FCE, 2003.

133. Los casibandidos que casi roban el Sol

Eran tres bandidos de gruesos bigotes que todo hacían mal. Y una mujer morena. Uno era alto y jorobado, se llamaba Plutonio. Otro era gordo y calvo, se llamaba Plutarco. Y el otro era un enano de ojos verdes que estornudaba cada tres minutos; se llamaba Plumero.

Usaban en la cara pañuelos negros siempre que robaban y como casi siempre estaban robando casi nunca se veían los bigotes. Los domingos lucían sombrero negro. Eran tristes y mal humorados.

Todo les salía mal. Si robaban una gallina, la gallina armaba tal escándalo que todo el mundo se despertaba y espantaba a los bandidos. Sólo quedaba un reguero de plumas y los bandidos se acostaban sin comer. Si robaban un banco, la policía los atrapaba y los bañaba con estropajo. Si robaban a una viejecita, el asunto resultaba peor, porque la viejecita los agarraba a bolsazos hasta dejarlos medio muertos. Y en casa, sus esposas les tiraban las orejas hasta dejárselas como un clavel.

No eran bandidos del todo, ni siquiera tenían diploma. Eran casibandidos.

Antes eran siete, siete terribles y espantosos bandidos. Pero como a principio les iba tan mal como ahora, uno tras otro se retiraron. El primero se dedicó a repartir cartas porque sabía montar en bicicleta; otro se subió a un barco y nunca más se supo de él; otro se hizo zapatero y consiguió novia; el último en abandonar la distinguida sociedad de bandidos se dedicó a cantar en la calle y llenó de monedas el sombrero.

Por último, las mujeres que los esperaban en casa se fueron con unos vendedores de flores que pasaban por ahí.

Una vez los tres bandidos, que ahora barrían la casa, tendían camas y lavaban ropa, robaron un helado de fresa y salieron corriendo. Como era mediodía, el sol les derritió el helado antes de saborearlo.

–Hermanos, tengo una idea luminosa –dijo el bandido mayor, rascándose la joroba contra la pared–. Robemos el Sol, que nos derritió el botín.

–Así nadie nos humillará nunca más –dijo el segundo bandido.

–Seremos poderosos, famosos, hermosos –dijo el bandido enano, después de estornudar.

Rompieron unas ventanas y vino la policía y se los llevó por revoltosos.

Nadie les creyó el cuento del Sol.

Un poco más y terminaban en un manicomio.

Al salir de la cárcel, todavía pensaban en el Sol.

–Ya sé –pensó Plutonio–. Lo atraparemos dormido.

–Ya sé –dijo Plumero–. En su casa

Y el jorobado, el gordo y el enano se fueron de noche a buscar la casa del Sol.

Todavía la están buscando.

134. El maíz de la hormiguita

Hubo una vez una hormiguita que se había ganado un grano de maíz con su trabajo.

El ratón se lo robó.

La hormiguita fue a acusar al ratón con el gato:

–Gato, anda, cómete al ratón porque se robó mi maíz.

–¿Pero a mí qué me hace el ratón? ¿Por qué habría de comérmelo?

Entonces la hormiguita fue con el perro.

–Perro, anda a morder al gato porque no quiere comerse al ratón porque el ratón se robó mi maíz.

–¿Pero a mí qué me hace el gato? ¿Por qué habría de morderlo?

La hormiguita fue con el palo.

–Palo, anda a golpear al perro porque no quiere morder al gato porque el gato no quiere comerse al ratón porque se robó mi maíz.

–¿Pero a mí qué me hace el perro? ¿Por qué habría de pegarle?

La hormiguita fue con la lumbre.

–Lumbre, anda a quemar el palo porque no quiere golpear al perro porque el perro no quiere morder al gato porque el gato no quiere comerse al ratón porque el ratón se robo mi maíz.

–¿Pero a mí qué me hace el palo? ¿Por qué habría de quemarlo?

Por fin, la hormiguita fue con el matancero.

–¡Ahora ve lo que hago! –dijo el matancero; y comenzó a afilar su cuchillo.

Cuando la vaca vieja oyó que iban a matarla fue a beber el agua.

Cuando el agua vio que iba a tomársela fue a extinguir la lumbre. Cuando la lumbre vio que iban a apagarla fue a encender el palo. Cuando el palo vio que venían a quemarlo fue a pegarle al perro.

Cuando el perro vio que venían a golpearlo fue a atacar al gato. Cuando el gato vio que venían a morderlo se fue tras el ratón. Cuando el ratón vio que venían a comérselo entregó el maíz que había robado.

Al día siguiente, la hormiguita estaba sancochando su maíz.



Elisa Ramírez Castañeda, *El maíz de la hormiguita*. México, SEP-Pluralia, 2005.

135. Pinocho el astuto

Había una vez Pinocho. Pero no el del libro de Pinocho, otro. También era de madera, pero no era lo mismo. No le había hecho Gepeto, se hizo él solo.

También él decía mentiras, como el famoso muñeco, y cada vez que las decía se le alargaba la nariz a ojos vista, pero era otro Pinocho: tanto es así que cuando la nariz le crecía, en vez de asustarse, llorar, pedir ayuda al Hada, etcétera, cogía un cuchillo, o sierra, y se cortaba un buen trozo de nariz. Era de madera ¿no? así que no podía sentir dolor.

Y como decía muchas mentiras y aún más, en poco tiempo se encontró con la casa llena de pedazos de madera.

–Qué bien –dijo–, con toda esta madera vieja me hago muebles, me los hago y ahorro el gasto del carpintero.

Hábil desde luego lo era. Trabajando se hizo la cama, la mesa, el armario, las sillas, los estantes para los libros, un banco. Cuando estaba haciendo un soporte para colocar encima la televisión se quedó sin madera.

–Ya sé –dijo–, tengo que decir una mentira.

Corrió afuera y buscó a su hombre, venía trotando por la acera, un hombrecillo del campo, de esos que siempre llegan con retraso a coger el tren.

–Buenos días. ¿Sabe que tiene usted mucha suerte?

–¿Yo? ¿Por qué?

–¿Todavía no se ha enterado?! Ha ganado, cien millones a la lotería, lo ha dicho la radio hace cinco minutos.

–¡No es posible!

–¡Cómo que no es posible...! Perdona ¿usted cómo se llama?

–Roberto Bislunghi.

–¿Lo ve? La radio ha dado su nombre, Roberto Bislunghi. ¿Y en qué trabaja?

–Vendo embutidos, cuadernos y bombillas en San Giorgio de Arriba.

–Entonces no cabe duda: es usted el ganador. Cien millones. Le felicito efusivamente...

–Gracias, gracias...

El señor Bislunghi no sabía si creérselo o no creérselo, pero estaba emocionadísimo y tuvo que entrar a un bar a beber un vaso de agua. Sólo después de haber bebido se

acordó de que nunca había comprado billetes de lotería, así que tenía que tratarse de una equivocación. Pero ya Pinocho había vuelto a casa contento. La mentira le había alargado la nariz en la medida justa para hacer la última pata del soporte. Serró, clavó, cepilló ¡y terminado! Un soporte así, de comprarlo y pagarlo, habría costado sus buenas veinte mil liras. Un buen ahorro.

Cuando terminó de arreglar la casa, decidió dedicarse al comercio.

Gianni Rodari, *Cuentos para jugar*. México, SEP- Alfaguara, 1989.

136. Matrioska

En la vieja Rusia vivía un fabricante de muñecas. Las hacía de madera. Las pintaba de colores y les ponía grandes ojos y caras sonrientes.

Todos los domingos el fabricante iba al bosque para buscar madera. La quería vieja y fuerte; de las raíces de árboles centenarios.

Un día de invierno el maestro encontró un trozo de madera estupendo. “¡Oh –pensó–, de aquí tallaré mi mejor muñeca!”

De aquella madera el maestro talló una muñeca realmente hermosa. Le había puesto Matrioska.

Todas las mañanas el maestro preguntaba:

–Querida Matrioska, ¿cómo te va?

Y la muñeca sonreía en silencio. Pero una mañana la muñeca contestó:

–No muy bien –dijo–. ¡Me gustaría tener un bebé!

La muñeca podía hablar.

–Quiero tener un bebé –la muñeca repitió su deseo y suspiró–. ¡Estoy tan sola!

El maestro fue al almacén. Allí encontró un trozo de la misma madera de la que había tallado a Matrioska.

Lo llevó a su taller y comenzó a trabajar. Por la tarde la pequeña muñeca estaba acabada. Era igual que Matrioska. Y le preguntó:

–¿Qué?, ¿te gustó tu bebé? Tú te llamas Matrioska; a tu hija le pondré Trioska.

–Pero mi hija tiene que estar en mi barriga –dijo la muñeca.

–Bien –dijo el maestro–. Pero te dolerá.

–No importa –contestó la muñeca–.

El maestro cortó a Matrioska en dos pedazos. Luego, metió a Trioska y volvió a enroscar a Matrioska.

–Yo soy muy feliz. Pero mi niña se ha movido durante toda la noche. Quizá necesite algo. Le falta un bebé. Un bebé pequeñito.

El maestro volvió al almacén. Allí encontró un trozo de madera aún más pequeño. Por la tarde la nueva muñeca estaba hecha.

–¡Te llamarás Oska! –dijo el maestro–. ¿Estás ya contenta? –le dijo a Trioska.

–Sí, pero la niña tiene que estar en mi barriga.

–¿Están todas contentas? –preguntó el maestro.

–¡No! ¡No! –sonó la voz de Oska a través de la barriga de Trioska–. Yo también quiero un bebé.

El maestro hizo un bebé muy, muy pequeño. Como un dedal. Pero tomó un pincel y le pintó un enorme bigote.

–Eres el hijo de Oska. Te llamarás Ka. Eres un hombre. No podrás tener ningún bebé en tu barriga. ¿Me has entendido?

Luego vació la barriga de Oska y metió a su hijo Ka dentro.

Introdujo a Oska en Trioska. Y a Trioska en Matrioska. Después, enroscó a Matrioska y rió contento.



137. Colmos

Vamos a disfrutar, a divertirnos y reírnos con la siguiente lectura, porque al escucharla vendrán a nuestra mente muchos otros colmos. ¿Sabes?, ¿Sería el colmo que no nos divirtiéramos!

¿Cuál es el colmo de un astrónomo?

Que se enamore de una estrella... de cine.

¿Cuál es el colmo de un amnésico?

Que cuando muera erijan un monumento en su memoria.

¿Cuál es el colmo de un médico?

Tener una esposa que se llame Dolores.

¿Cuál es el colmo de un abanico?

Tener aires de superioridad.

¿Cuál es el colmo de un escritor?

Comer sopa de letras.

¿Cuál es el colmo de un carpintero?

Pasarse el día tocando madera.

¿Cuál es el colmo de un electricista?

Cortarle la corriente a un río.

¿Cuál es el colmo más chiquito?

El colmillo

¿Cuál es el colmo de un jardinero?

Que su hija se llame Rosa y el novio la deje plantada.

Existen colmos diferentes a los que acabamos de leer. ¿Quién se sabe otros, o quién los puede inventar?

Eufemia Hernández, *Palabrerías: Retahílas, trabalenguas, colmos y otros juegos de palabras*. México, SEP-Santillana, 2007.

138. Conjuros para los aprendices de magos

CONJURO PARA QUE UNA RAMA SE CONVIERTA EN VARITA MÁGICA

Se cierra los ojos, se agita tres veces la rama y se repite con fuerza:

Supercalifragilística espiralidosa,

supercalifragilística espiralidágica:

¡Que esta rama se convierta en vara mágica!

CONJURO PARA QUE LA SOPA SE CONVIERTA EN POSTRE

Se cierra los ojos, se toca el plato con la vara mágica y se repite con fuerza:

¡Bilirrubín, bilirrubina!

¡Que este plato de sopa

se convierta en helado de mandarina!

CONJURO PARA QUE NO HAYA CLASES

Se cierra los ojos, se dobla un poquito la vara mágica y se repite con fuerza:

¡Abracadabra, pata de cabra!

¡Que hoy la puerta de la escuela

solo se cierre, pero que no se abra!

Francisco Delgado Santos, (selección), *El mundo que amo: antología de poesía iberoamericana para niños*. México, SEP-EuroMéxico, 2006.

139. ¿Dónde está el abuelo?

Todos hemos tenido un abuelo, algunos aún tenemos la dicha de que vivan con nosotros y otros no, pero lo más importante es demostrar el amor que sentimos por ellos.

Hace días que el abuelo no está; hace días que no lo veo en su mecedora.

Le pregunté a mi madre. Mi madre dice que el abuelo esta en el cielo y que desde allí me cuida pero, la verdad, me es difícil imaginármelo sentado en una estrella mientras fuma su pipa. Le pregunté a mi padre. Mi padre dice que no me

preocupe, que ahora el abuelo es un ángel pero, la verdad, me cuesta imaginármelo con



unas alas blancas mientras fuma su pipa. Le pregunté a mi abuela. Mi abuela, que llora cuando cree que no la veo, dice que el abuelo está de viaje.

He decidido que la historia que más me gusta es la de la abuela y entonces le he escrito una carta. Una carta que es un dibujo mío para que sepa que lo añoramos.

El abuelo ni vuelve de viaje, ni yo lo veo en una estrella, ni con las alas blancas.

Así es que he decidido otra cosa: hacer “la caja del abuelo”. En la parte de arriba le pegué una foto de nosotros dos y dentro le estoy guardando, hasta que vuelva, su pipa, mi dibujo, piedras y hojas que voy recogiendo del parque.

El abuelo está tardando mucho y yo quiero que esté aquí.

Grité muy fuerte, al aire: “¡Abuelo Pepe! ¿Dónde estás?”

El aire no responde y la caja ya la tengo llena.

No sé donde esté el abuelo, pero sé que no volverá.

El abuelo Pepe ha muerto. Ahora es papá quien me lleva al parque, la abuela quien me cuenta aventuras y mamá quien me mece. Como lo hacía él.

No sé dónde está el abuelo, no lo veo, pero lo noto dentro de mí.

Cuando yo me muera, lo buscaré y entonces podré abrir la caja y le daré todo lo que he ido guardando para él y le contaré todas las aventuras del parque y todo lo que lo quiero.

Los recuerdos son maravillosos y más cuanto se refieren a los seres queridos.

Mar Cortina, *¿Dónde está el abuelo?* Amparo Peguero, ilus. México, SEP-Tándem, 2004.

140. El regalo

Cuando tienen algún amigo enfermo, ¿Lo visitan? ¿Ha pasado por su mente regalarle algo para que se sienta mejor, pero no saben que darle?

Mi amigo Carlos está enfermo. Voy a darle un regalo para que se sienta mejor. ¿Pero qué...?

¡Ya sé! ¡Una jirafa! Aunque... montado en una jirafa, si a la ventana se asoma, a lo mejor se desploma. ¡Una jirafa, no! ¿Entonces qué? ¡Ya sé! ¡Una hormiga!

Pero... ¿y si la hormiga lo pica? ¡Qué horror! Un piquete de hormiga seguro lo pondrá peor.

Le daré un oso hormiguero.

Mmmm... Pero el oso hormiguero se irá tras la hormiga.

No, con un oso no tendrá reposo.

¡Ya sé! ¡Una boa de Papanoa!

Pero... ¿Y si la boa lo quiere abrazar...?

Cuas, cuas, cuas, una boa ¡jamás!

¡Ya sé! ¡Una familia de changos!

Pero... si le hacen cosquillas se va a reír y la temperatura le va a subir.

¿Changos...? ¡Mangos!

¡Ya sé! ¡Un búfalo!

Pero... ¿qué tal si el búfalo a la cama se quiere subir? No lo dejará dormir.

¿Un búfalo...? no lo quiero ni oír.

¿Qué, qué, qué? ¡Ya sé!

Una visita le regalaré

–¡Hola Carlos!

–¡Hola Héctor!, ya estoy mejor.

No es necesario dar un regalo costoso. Lo más importante es brindar amistad, cariño y respeto a nuestros seres queridos. ¿Están de acuerdo conmigo? Por cierto, Papanoa es un bellissimo lugar en las costas de Guerrero.



141. La culebra

La naturaleza es maravillosa; en cada localidad existe una gran diversidad de animales, y algunos son peligrosos. ¿Ustedes saben cómo actuar si se encuentran una culebra?

Hay animales de mucho, mucho cuidado. La gente que anda por el campo bien sabe que debe guardarse de las mordeduras de las culebras. Aprende a reconocer sus crujidos, chasquidos y silbidos, el rastro veloz de su paso entre el zacate.

Son muchas las serpientes peligrosas. Algunas visten trajes de colores y otras se tapan de oscuro. Unas se guarecen en el pasto verde, otras en el gris de arena y piedras. Todas son rápidas y muerden certeramente. Los que andan por el campo aprenden a dominar a las culebras. Lo hacen con manos hábiles e instrumentos sencillos. Una horqueta, una vara. Las culebras, por mucho que se enojen, no pueden picar a los que saben burlarse de ellas.

La culebra me picó,
se me subió por las patas,
no me pudieron curar
porque era una mazacuata.
¡Qué demonio de animal!
La culebra me picó,
muy cerquita del tobillo,
no me pudieron curar
porque era de coralillo.
¡Qué demonio de animal!
Si la culebra se acerca,
por Dios que la dejo quieta,
la controlo con la horqueta
y no la dejo avanzar.



Aprendiste algo sobre la culebra, te gustaría ampliar la información, tú puedes convertirte en un investigador ¡Indaga en un libro o con tu familia! ¡Visita la biblioteca!

Caterina Camstra, "La culebra" en *Ariles y más ariles: los animales en el son jarocho*. México, SEP-El Naranjo, 2007.

I 42. Las tres preguntas

¿Les ha sucedido que a veces no sabemos cómo actuar, que no queremos afectar a nadie, y por eso pensamos demasiado cómo realizar las cosas? ¡Te invito a leer la siguiente lectura!

Nikolai quería ser una buena persona, pero a veces no sabía cuál es la mejor manera de hacerlo. Tenía tres preguntas: 1) ¿Cuál es el mejor momento para hacer las cosas? 2) ¿Quién es el ser más importante? 3) ¿Qué debemos hacer?

Sus amigos trataron de ayudarlo.

Sonia, la garza, habló:

–Para hacer las cosas, hay que planearlas.

Gogol, el mono, dijo:

–Sabrás cuándo debes hacer las cosas si prestas atención.

Pushkin, el perro, dijo:

–Tú solo no puedes hacerlo todo. Necesitas que otros te ayuden.

El niño se quedó pensando. Sabía que sus amigos intentaban ayudarlo, pero las respuestas no le parecieron suficientes.

“¡Ya sé! –pensó–, le preguntaré a Liev, la tortuga. Ha vivido muchos años y sin duda conocerá las respuestas que busco.”

Subió a la montaña donde vivía la tortuga. La encontró labrando su huerto.

Tengo tres preguntas y he venido a pedir tu ayuda –dijo Nikolai–. ¿Cuál es el mejor momento para hacer las cosas? ¿Quién es el ser más importante? ¿Qué debemos hacer?

Liev escuchó atentamente, pero se limitó a sonreír.

Luego continuó cavando.

–Debes estar cansado –dijo Nikolai–. Deja que te ayude.

Nikolai comenzó a cavar. Cuando había terminado, comenzó a soplar un fuerte viento y empezaron a caer gruesas gotas de lluvia. En eso, Nikolai escuchó un grito: era la panda, que pedía ayuda.

Con mucho cuidado, el niño la llevó hasta la casa de Liev, y le entablilló una pata que tenía rota.

–¿Dónde está mi hija? –preguntó la panda.

El niño bajó corriendo por el sendero. La tempestad era terrible, pero Nikolai encontró a la pandita, que estaba mojada y asustada. Nikolai la llevó con su mamá.

Liev sonrió cuando vio lo que el niño había hecho.

A la mañana siguiente, Nikolai sintió una gran paz interior. Había salvado a la panda y a su bebé, pero todavía no tenía las respuestas a sus tres preguntas.

Así que le preguntó a Liev una vez más. La vieja tortuga lo miró fijamente.

—¡Ya las encontraste! —le dijo—. Si ayer no te hubieras compadecido de mí y no me hubieras ayudado, no habrías oído los gritos de la panda. Luego, cuando la hallaste herida, el momento más importante fue el que dedicaste a curarla y a salvar a su hija. Ellas eran los seres más importantes. Lo más importante era ocuparse de ellas.

La tortuga respiró profundamente y continuó:

—Recuerda que sólo hay un momento importante y ese momento es ahora. El ser más importante es siempre el que está a tu lado. Y lo más importante es hacer el bien.

Vamos a anotar esas tres respuestas, para aprendérmolas y recordarlas cada vez que haga falta.

Jon J. Muth, et al., *Las tres preguntas*. México, SEP-Scholastic, 2007.

143. ¿Por qué nos mareamos en el coche?

Cuando mis amigos me invitaban a pasear, a veces mi madre no me deja porque me mareaba y a ella le daba pena con las personas que vomitara y ensuciara el auto. Yo me pregunto ¿Por qué me mareaba? En esta lectura encontraremos una respuesta falsa y una verdadera.

La respuesta loca del doctor Quenó:

Cuando se viaja en coche, es recomendable hacer una paradita de vez en cuando.

Para obligar al conductor a que se detenga, los fabricantes de los coches ponen bajo el asiento trasero una máquina que se llama “mareador”.

¡Es eficaz! ¡Estoy mareado! ¡Papá, párate! ¡Creo que Juan va a vomitar!

Este aparato marea a los pasajeros al cabo de una hora o dos. De este modo, el conductor se ve obligado a parar.

¡Vamos, doctor Quenó!

¡El mareador no existe!

La respuesta exacta del doctor Quesí:

Cuando una persona camina, su cerebro recibe mucha información: la posición del cuerpo, el paisaje que pasa ante sus ojos... El cerebro utiliza esta información para mantener el equilibrio de su cuerpo.

Cuando se va en coche, toda esta información no va a la par. Los ojos ven el paisaje que desfila por la ventanilla, aunque no se esté corriendo, el pasajero se mueve de arriba abajo pero no siente que el aire se mueva a su alrededor. El cerebro no comprende bien lo que está ocurriendo. Esto hace que algunas personas se mareen.

Para evitar esto, hay que mirar el paisaje que se encuentra por delante del coche, porque ahí es donde parece moverse menos rápido. También se debe abrir una ventanilla. Además, hay que parar de vez en cuando para caminar un poco, y es mejor no leer.
¡Gracias Doctor Quesí! Ahora lo entiendo.

Con las indicaciones dadas por el doctor Quesí, creo que podremos superar este problema.

Paul Martín, “¿Por qué nos mareamos en el coche?” en *Los porqués de la salud*. México, SEP-SM, 2007.

I 44. Retahílas

Las retahílas de esta lectura son para cantar, jugar y bailar todos juntos. Una retahíla es una sucesión de palabras y de frases más o menos absurdas... pero siempre divertidas.

Don Pepito, el barullero,
se metió en un sombrero.

El sombrero era de paja,
se metió en una caja.

La caja era de cartón,
se metió en un balón.

El balón era muy fino,
se metió en un pepino.

El peino maduró
y don Pepito se escapó.

Arriba y abajo,
por los callejones,
pasa una ratita,
con veinte ratones.

Unos sin colita,
y otros muy colones.

Unos sin orejas,
y otros orejones.

Unos sin patitas,
y otros muy patones.

Unos sin ojitos,
y otros muy ojones,

Unos sin narices,
y otros narigones.

Unos sin hocico
y otros hocicones.

Pasó una ratita,
con veinte ratones.

Vamos a ver si podemos encontrar otras retahílas. De seguro algunos de ustedes se saben algunas. Y si no, hay que preguntar a los hermanos, amigos o familiares. Hay que anotarlas para que no se nos olviden. Vayan trayéndolas.

Eufemí Hernández, *Palabrerías: Retahílas, trabalenguas, colmos y otros juegos de palabras*. México, SEP-Santillana, 2007.

145. Animales imaginarios

Seguro que alguna vez has imaginado animales extraños, más o menos como el cobucuache o la zorrigallina descritos en esta lectura, que forman parte de un bestiario, o sea una colección de bestias. Estos fueron inventados por niñas y niños nahuas y rarámuris, del norte de Puebla y de la Alta Tarahumara. Veamos qué tan raros son.

El cobucuache es un animal que arroja gases apuestos, tiene cuerpo de conejo, orejas de burro y cabeza de tlacuache.

¿Qué come este animal? Come hormigas, come elote, alfalfa, y maíz. Es un animal malo pues sus gases pueden dejar ciega a la gente.



La zorrigallina es un animal muy astuto. Se alimenta de carne de gallina. Con su cabeza de gallina engaña a otras gallinas, que se acercan a saludar y entonces se las come con su cuerpo de zorro. La gente dice que vive en el monte y baja de noche a los pueblos a buscar su alimento.

Ustedes pueden inventar otros, divertirse con sus amigos dibujándolos y describiéndolos.

Niñas y niños rarámuris y nahuas, "Animales imaginarios" en *Deveritas y mentiritas: bestiario nahuarrámuri*. México, SEP, 2002.

146. Trabalenguas

Me han dicho
que has dicho un dicho,
un dicho que he dicho yo.
Ese dicho que te han dicho
que yo he dicho
no lo he dicho,
y si lo hubiera dicho,
estaría muy bien dicho
por haberlo dicho yo.
Cómelo, Cosme, comelón,
con limón, con melón
o con melocotón.

Casi miro a Casimiro,
que casi mira a Cuasimodo,
y casualmente, de casual modo,
cuasimodo casi mira a Casimira.
Poquito a poquito,
copete empaqueta
poquitas copitas
en este paquete.
–Compadre, cómpreme un coco.
–Compadre, coco no compro,
Que el que poco coco come
poco coco compra.

Eufemí Hernández, “Trabalenguas” en *Palabrerías: Retahílas, trabalenguas, colmos y otros juegos de palabras*. México, SEP-Santillana, 2007.

147. El tallador de sueños

Las tradiciones de los pueblos nos permiten conocer sus cantos, danzas, costumbres, oficios. ¡Pongan atención para que descubran qué aprendió a hacer Marco!

Mateo vivía en un pueblo de Oaxaca, junto a Monte Albán. Su familia cultivaba maíz y alfalfa.

Cada amanecer, al cantar el gallo, Marco se unía a su papá para tallar juguetes que vendían en el pueblo, durante las fiestas y a los turistas que viajaban para admirar las grandiosas ruinas zapotecas.

Al igual que muchos de los talladores del pueblo, Mateo y su papá tallaban cerditos, gatos, perros y cabras. Eran tan pequeños que cabían en la palma de la mano. Su mamá y su hermana pintaban las figuras con colores llamativos.

A Mateo le encantaban las fiestas del pueblo porque se preparan muchos platillos deliciosos.

Bailaba al compás de la banda del pueblo y le divertía mucho ver a su mamá y a su papá que se tapaban los oídos cuando explotaban los cohetes.

Siempre que Mateo se sentaba bajo su árbol favorito, una procesión de animales desfilaban en su imaginación: las cabras eran rosa con lunares verde, las liebres estaban vestidas con una capa anaranjada con flamas blancas y rojas, y los gatos eran morados con manchas amarillas como el elote.

—Algún día— se prometió Mateo—, tallaré estos animales.

Una mañana Mateo le contó a su papá sus sueños:

—Papá, veo animales tan grandes y brillantes ¡qué voy a tallarlos con un machete! Quiero hacerlos a mi manera, en lugar de hacer los mismos juguetes una y otra vez.

El papá de Mateo le dijo:

—¿Por qué hacerlos de otra manera si por cientos de años los hemos tallado como siempre? Trabajamos todo el día en el campo y apenas tenemos tiempo para hacer juguetes.



Pero Mateo no podía impedir que los animales treparan a sus sueños. Una de esas noches, un deslumbrante jaguar dorado y rosa apareció y dijo:

—¡Tállame grande y salvaje y encontrarás la fuerza que necesitas para tallar tus sueños!

Así que se escabulló y cortó una rama gigantesca. Con unos cuantos machetazos talló el poderoso jaguar, pero se veía torpe.

Después talló un armadillo, pero se veía sin vida.

Mateo continuó tallando día tras día hasta que un día, mientras tallaba un quetzal, la madera se desprendió como si fueran plumas. Mateo pintó el pecho del ave de color turquesa y anaranjado con puntitos amarillos. Pintó sus alas con franjas verde brillante y negro. Apenas podía creer lo que veían sus ojos. ¡Al fin había tallado un animal de sus sueños y le había dado vida!

Diana Cohn, *El tallador de Sueños*. México, SEP-Destino, 2004.

I 48. Promesa a las estrellas

Vamos a leer la siguiente poesía. Ojalá y les guste.

Ojitos de las estrellas,
abiertos en un oscuro terciopelo;
desde lo alto, ¿me ven puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno cielo,
díganme: desde arriba, ¿me hallan bueno?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tiemblan allá arriba, ¿es de frío?

Ojitos de las estrellas,
postrado en la tierra, les juro
que me habrán de mirar siempre,
siempre puro.



En una poesía, las estrellas tienen ojos. Todo puede ser cuando se escribe un poema.

Gabriela Mistral, "Promesa a las estrellas" en *Español Tercer grado*. México, SEP, 1960.

149. Se vivió

Descubran las aventuras de Natacha, son divertidas.

¿Creen que un animalito puede estar muerto y viva su pata? ¿Dice la verdad Natacha o está equivocada?

–¡¡¡Un monstruo, Pati!!!

–¿¡Dónde!?

–Aquí en el suelo, mira.

–¡Deagh! No, mejor no lo miro, porque si no lo sueño.

–Creo que está muerto.

–¿A ver? ¿De veras? No mejor, no miro. ¿Está muerto?

–Creo que sí, casi ni se mueve.

–¡Si se mueve está vivo, Nati!

–No, porque si apenas mueve una pata quiere decir que está muerto casi todo menos esa pata...

–Entonces está vivo.

–¡No! ¡Te digo que está muerto! ¡Lo único que está vivo es la pata!

– Nati, no puede estar viva la pata de un monstruo muerto.

– Sí, porque si estuviera vivo el monstruo...

– Además es un insecto.

–Bueno, si estuviera vivo se movería el monstruo y no nada más la pata, si se mueve la pata quiere decir que lo que está vivo es la pata.

–La pata no está viva, quiero decir, sí está viva, pero porque el monstruo...

–Dijiste que era un insecto Pati. ¿No?

–¿Y por qué no se mueve si está vivo?

–Sí se mueve, mueve la pata.

–No, la que se mueve es la pata, pero él está muerto.

–¿Y por qué se movería la pata si estuviera muerto?

–Pus porque a lo mejor la pata se mueve porque dice “Ey, yo todavía sirvo, no estoy muerta, póngame en otro monstruo.”

–En otro insecto.



– Sí..., en otro insecto, porque este monstruo se me murió.

–¡No es así, Nati! El monstruo o está vivo o está muerto; éste yo creo que está más muerto que no sé qué.

–Pero ahorita yo vi como que se le movía la pata, entonces está un poquito vivo.

–¡Está vivo del todo, Natacha!

– La pata está viva del todo y él está muerto del todo o un poquito vivo... en la pata. Yo digo que estaba muerto y pasó algo y empezó a vivir.

–¿¡Y qué pudo haber pasado, Natacha!?

–¡Yo qué sé! ¡Para eso son monstruos!

–Es un insecto, no un monstruo.

–Pati, da igual. ¿No lo viste de cerca? La diferencia entre un monstruo y un insecto es que los monstruos son más grandes, nada más.

–No, porque los monstruos no existen y los insectos si, ja.

–¡Chin, Natacha! ¿¡Y el monstruo!?

–¡Voló!

–¡Entonces estaba vivo!

–No, Pati, yo tenía razón, estaba muerto y se empezó a vivir y se vivió del todo.

–No, Natacha, pregúntale a tu mamá y vas a ver.

–¡Hola, mami? Escúchame, si un monstruo parece que está muerto y apenas mueve la pata, ¿no es cierto que está vivo y no que está muerto pero la pata está viva?

Si ustedes fueran la mamá de Natacha ¿qué le contestarían? ¿Quién tiene la razón Pati o Natacha?

Luis M. Pescetti, “Se vivió” en *Natacha*, Luis M. Pescetti, ilus. México, SEP-Alfaguara, 2000.

150. La primera escritura

Hammu, el cazador, estaba bostezando ante su cueva. Estaba satisfecho. Ayer, de caza, había abatido muchos jabalíes, y luego los llevó hasta su cueva. Todos los de su tribu lo admiraban, le daban palmaditas en los hombros. “¡Bi-bi! ¡Bra-bra! ¡Vo-vo!”, le decían. Lo que viene a significar, poco más o menos: “¡Muy bien, bravo!”. Porque ninguno había abatido hasta entonces, en una sola cacería, tantos jabalíes.

Comenzó a contarlos con los dedos. Había encontrado uno junto al árbol gigante...luego dos junto al río. Otros dos los había descubierto entre los matorrales, y otro en la pradera...ya no podía contarlos con los dedos de una mano, no sabía cuántos eran. (Sólo contaba hasta cinco).

Por eso pidió al fin a su mujer que le ayudara a contar sus jabalíes, apilados en el suelo de la cueva.

Pero ella tampoco acertaba a contarlos, y llamó a una vecina, contando cada una hasta llegar a tres. Eran dos veces tres jabalíes muertos.

¿Cuántos había entonces?

Sólo estaban de acuerdo en una cosa: en que eran jabalíes y había mucha comida para todos.

En los siguientes días no tuvo Hammu que salir de caza.

¿Qué puede hacer un hombre habilidoso descansando en su cueva junto al fuego, sin tener que hacer nada?

Hammu pensaba y, de repente, le llegó una idea ¡Dejaría un recuerdo de su hazaña!

Buscó entonces una piedra, dura y afilada, para poder dibujar con ella sobre la piedra blanda de su cueva. Primero se dibujó a sí mismo, empuñando su larga jabalina. De nuevo dibujó la jabalina, lanzada por el aire, y luego dibujó los jabalíes, muertos y con el arma clavada sobre el lomo. Logró pintar los seis, (aunque sólo sabía contar hasta cinco).

Allí quedó la pintura, en la pared de la cueva, durante mucho tiempo; y cuando aún vivían en ella sus tatarata tatarata tataranietos, la mostraban a sus amigos y decían: “¡Qué gran cazador era el tatarata tatarata tatarabuelo! Una vez, mató seis jabalíes, en un día de caza”. Fíjate bien en que decían “seis” (ya podían contar hasta ese número).

Y ésta fue la primera escritura que hubo. La escritura en imágenes.

Dimiter Inkiow, *El libro del libro. De la escritura a la fabricación*. México, SEP-S. XXI, 2004.

151. Ahuízotl

La mitología mexicana considera a esta bestia como una de las criaturas acuáticas más atroces. Se le describe como un perro pequeño, de pelaje corto, orejas puntiagudas y cola en forma de mano. Su cuerpo era negro y escurridizo, y sus manos, similares a las de un mapache, de acuerdo con unas versiones, y según otras, a las de un mono.

Se decía que habitaba en lo más hondo de las aguas de los ríos o lagos y solía tener gran habilidad para sumergir a las personas que, sin sospechar ningún peligro se bañaban o nadaban cerca de él, valiéndose de su cola-mano, hasta ahogarlas.

Después, el ahuízotl se comía algunas partes de la víctima y al día siguiente podía encontrarse flotando en las aguas un macabro cadáver despojado de ojos, dientes y uñas.

A quienes perecían por el ataque de este monstruo se les colocaba en un lecho de bejucos, para rendirles honras fúnebres acompañadas de música de flautas, y después se le inhumaba en la llamada “Casa de la Niebla”.

Se afirmaba que cuando alguien lograba escapar del ahuízotl, éste lloraba su derrota, emitiendo lamentos similares a los de un niño.

Cabe señalar que el octavo gobernante del reino mexicana llevaba precisamente el nombre de ahuízotl, en cuyo glifo destaca un “perro de aguas”.



Según otras versiones, por ejemplo la de fray Bernardino de Sahagún, el ahuízotl, o ahuizote, lloraba como un niño escondido entre las cañas a la orilla del agua, y cuando alguien se acercaba a buscar a la criatura, lo atrapaba con su mano-cola y lo ahogaba. En todo caso, qué bueno que ese bicho tan peligroso es imaginario.

José Salvador Chávez Ferrusca, “Ahuízotl” en *Animales fabulosos*. México, SEP, 2007.

152. La cebra Camila

Allá donde se acaba el mundo, en el país donde da la vuelta el viento, vivía una pequeña cebra llamada Camila.

Como en aquel lugar el viento era tan travieso, Camila tenía que andar con mucho cuidado para no perder su vestimenta.

Su madre le decía que no saliera sin pantalones ni tirantes, pero Camila cada día era más grande y los tirantes y los pantalones ya empezaban a molestarle.

Un día Camila salió de casa sin atender a los consejos de su madre y... por arte de malos vientos, perdió *cinco* rayas y se convirtió en algo parecido a una mula blanca con camiseta de rayas.

Al verse así, Camila se echó a llorar y soltó *cinco* lágrimas.

En eso, escuchó:

–¿Por qué lloras?

–Porque el viento bandido se ha llevado las rayas de mi vestido –respondió.

–Acércate –le dijo el arco iris–. Te echaré un remiendo azul.

Camila salpicó *cuatro* lágrimas por las rayas que le faltaban, y se quedó mirando una araña en su tela.

–¿Por qué lloras? –le preguntó la araña.

–Porque el viento bandido se ha llevado las rayas de mi vestido –respondió.

–Acércate. Tejeré para ti un encaje de tul y tu traje será más elegante.

Camila lloriqueó *tres* lágrimas más.

Después escuchó a una cigarra que estaba tocando.

–¿Por qué lloras? –le preguntó la cigarra.

–Porque el viento bandido se ha llevado las rayas de mi vestido –respondió.

–Acércate. Te daré una cuerda de mi violín y tendrás un aire musical.

Casi llegando a casa, se le saltaron *dos* lágrimas.

En eso vio una pata que cojeaba porque le apretaba un botín.

–¿Por qué lloras? –le preguntó la pata.

–Porque el viento se ha llevado las rayas de mi vestido –respondió.

–Acércate. Ataré a tu espalda el cordón de mi botín e iremos las dos mucho mejor.

La pata se fue feliz, sin el zapato que le molestaba.

Mamá cebra estaba sentada a la puerta. Camila se acercó a ella con *una* lágrima resbalando de su mejilla.

–¿Dónde te habías metido, Camila?

Es que el viento...



–Escúchame, Camila: ya estás muy grande, así que va siendo hora de olvidar los tirantes y los pantalones.

Pero al descubrir la lágrima que le escurría de un ojito, mamá Cebra intentó consolarla:

–No llores. He trenzado con mis crines una cinta muy larga para que adornes tu melena.

Camila se puso de puntillas y le dio a su madre un abrazo grande.

Y se estiró mucho para lucirse aún más y para que su madre la viese bien: un lindo remiendo azul, un encaje de tul, una cuerda de violín, un cordón de botín, una cinta en la melena... y ni una gota de pena.

Marisa Núñez, *La cebra Camila*, Óscar Villán, ilus. México, SEP-Kalandraka, 2002.

153. El saxofonista de Hamelón

Qué aburrido sería el mundo sin la risa, la diversión, los juegos. ¡Imagínate un lugar en donde te prohíban ser feliz! Eso sucede en la lectura de hoy.

Las personas mayores de Hamelón eran las más mandonas del universo. Nunca dejaban en paz a los niños... Tenían reglas para todo.

Ni juguetes, ni cantar, ni saltar, ni fútbol, ni muñecas... Los pobres niños sólo podían comer frutas y verduras.

Todo era aburrido. ¡Era insoportable!

Y de todos los mandones de Hamelón el más estricto era el alcalde. Se pasaba todo el tiempo inventando reglas. No le gustaban los niños y detestaba a los animales.

Los niños y niñas de Hamelón habrían hecho cualquier cosa por tener un perrito, un hámster, incluso un insecto; pero las mascotas estaban prohibidas.

Un lunes el alcalde prohibió la música.

El martes prohibió el chicle, el chocolate y las charlas.

El miércoles, los relojes.

El jueves, los teatros.

El viernes, las ranas y los fuegos artificiales.

El sábado prohibió rascarse, sonreír y los espantapájaros.

El domingo... Bueno, algunos niños decidieron reunirse en secreto.

–Esto ha llegado demasiado lejos –dijo uno.

–¡Necesitamos ayuda! –dijo una niña.



–¡Sí! –dijo otro–. ¡Necesitamos a alguien que no tenga miedo de las personas mayores!

De modo que los niños escribieron un mensaje secreto que decía: “Los niños de Hamelón buscan un héroe que salve la ciudad de un alcalde loco que dicta demasiadas leyes.”

A la mañana siguiente vieron una extraña figura, vestida de la forma más increíble.

El forastero bajó hacia ellos a toda velocidad; su bici se detuvo en medio de una nube de polvo.

Sólo entonces los niños se dieron cuenta de que el forastero tenía en las manos... un saxofón y ¡algo prohibido!: una hamburguesa con papas fritas.

–¿Quién quiere una papita? –les preguntó.

Un niño se adelantó y, rápido como el rayo, tomó una. Era la primera que comía en su vida. ¡Y estaba deliciosa! Entonces todos comieron patatas fritas.

En aquel momento llegó el alcalde.

–¿Están locos? –les dijo a los niños– ¿Y la Regla 48 B?

El alcalde se quedó mudo cuando el saxofonista se le encaró, se llevó a los labios su instrumento y empezó a tocar...

Entonces un ratón apareció por la calle. Al ratón lo siguieron un conejo, un hámster, dos gatos y tres perritos.

Y el saxofonista seguía tocando.

Los niños de Hamelón fueron al encuentro de los animalitos y empezaron a acariciarlos.

El alcalde se puso a temblar:

–Las reglas –gimió.

Pero el saxofonista seguía tocando.

Aquella tarde hubo una gran fiesta. Los niños hicieron fuego en la Plaza y el alcalde tuvo que cocinarles: pan, pasteles, papas fritas...

Desde aquel día no hay esas reglas en Hamelón. La gente es feliz. Y el más feliz de todos es... el mismísimo alcalde.

¿Qué harían ustedes en un mundo con esa clase de reglas? ¿Consideran que fue correcto pedir ayuda?

Laurence Anholt, *El saxofonista de Hamelón*. México, SEP-Altea, 2004.

154. La fiesta de los insectos

Hoy vamos a leer un poema huasteco. Espero que les guste tanto como a mí.

En un rinconcito fresco
con sombrillas color verde,
espero que bien se acuerden
de aquel fandango de insectos,
en donde grupos selectos
se divertían cuál más.

Los había con buen disfraz,
parecidos a las flores,
con sus mismitos colores
por delante y por detrás.

Un mayate bien brillante
fue fungiendo de anfitrión;
el grillo y el zacatón

se ofrecieron de ayudantes.

La catarina elegante
figuraba entre edecanes,
mientras buscaba galanes;
una acinturada avispa
al parecer fue más lista
para esos sencillos planes.

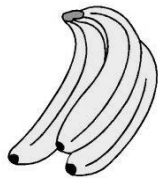
Cerca de una enredadera,
Una araña no invitada
muy calladita esperaba,
con capuchita de fraile,
a ver si llevaba al baile
al insecto que pasara.

¿Qué es eso de que la araña quería llevarse al baile a un insecto?

Bustos Eduardo, *La fiesta de los insectos*. México, SEP-Artes de México, 2007.

155. Adivinanzas

En una cajita amarilla
tengo un gusano sin hueso
aquel que me lo adivine
le doy un taco de queso.
(El plátano)



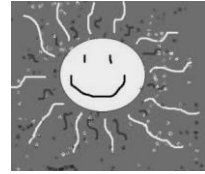
Blanca es desde pequeña
la adornan con verdes lazcos
lloro con ella de ver
que la hacen mil pedazos.
(La cebolla)



Yo que te digo
tú no me entiendes
tienes la panza
llena de liendres.
(El higo)

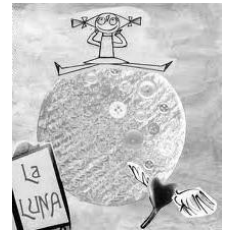
¡Ay!, cosa tan maravillosa

que entra al agua
y no se moja.
(El Sol)



Una vieja
larga, larga
entre más corre
se hace más larga.
(El agua)

Retumbo en los cielos
con fuerza y vigor
y doy esperanza
al buen labrador.
(El trueno)



Redonda como una taza
va conmigo a la plaza.
(La Luna)

“Adivinanzas” en *Así cuentan y juegan en Los Altos de Jalisco*, Isabel Galaor (comp.) México, SEP-CONAFE, 2005.

156. El aliento de Sultán

Cuando no se lavan los dientes y los traen sucios, ¿Les ha pasado por la cabeza, al hablar con alguien, que les huele mal la boca? ¿Y qué tal el hocico de un perro?

Estás durmiendo plácidamente. En tu sueño, estás a punto de comer unas riquísimas palomitas de maíz. El plato repleto de estas delicias calientes y crujientes está justo frente a ti. Un calor húmedo y agradable te roza la cara. Te inclinas sobre el plato para tomar un puñado y...



¡Puajjjj! ¡Qué olor a podrido!

Tus ojos se abren de par en par y te despidas de tu hermoso sueño. Una boca enorme, abierta y jadeante te echa aire caliente, húmedo y maloliente en la nariz.

“¡Ay, sultán! ¡Sal de aquí!” Tu saludo poco amigable lo hace menear la cola aún más rápido y su aliento rancio se acerca todavía más a tu cara para darte un lambetazo.

“¡Oh, no socorro! ¡Aliento perruno al ataque!”

Si le dijeras a Sultán que tiene mal aliento, le importaría un rábano. Los perros no parecen notarlo. De hecho, cuando dos de ellos se encuentran, suelen olerse el aliento mutuamente. Esa inspección le informa a cada uno qué fue lo que el otro anduvo mordisqueando.

“Sniff, sniff... ¿Dónde dejaste ese hueso?” “¿Y qué hay de ti, Sultán?” “¡Parece que encontraste algo sabroso en el bote de la basura!”

Cada vez que comes, una pizca de comida queda atrapada entre tus dientes. Esos intrusos hacen que tu boca desprenda un aroma que, a veces, puede delatarte y permitir que tu amigo sepa si comiste una pastilla de menta o una pizca de ajo.

Lo mismo sucede con los perros. El problema es que los perros comen cualquier porquería y nunca se lavan los dientes.

De todas maneras los pedacitos atascados entre los dientes tienen una vida muy corta ya que, cuando el perro come, traga todo de una sola vez. Está claro que la regla “Mastica muy bien cada bocado antes de tragarlo” no es algo que a mamá perro le interese enseñarles a sus cachorros.

También puede provocar mal aliento un problema estomacal. Ya sabes que los perros no suelen ser muy selectivos con su menú y que la comida que está sobre una pila de estiércol les resulta tan atractiva como cualquier otra.

Y si bien el aparato digestivo de un perro es mucho más eficiente que el de una persona para neutralizar cosas asquerosas, todo tiene un límite. Las incursiones nocturnas de Sultán pueden darle un pequeño dolor de estómago, que sólo notarás cuando te dé un efusivo y babosísimo beso.

Para que no te ocurra lo mismo que al Sultán, recuerda que debes lavar los dientes después de cada comida.

Silvia Branzel, “El aliento del Sultán” en *Asquerosología del baño a la cocina*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2007.

157. El misterio del tiempo robado

Hubo una vez, no me acuerdo bien cuándo fue, que en mi pueblo perdimos el tiempo. No quiero decir que nos hayamos dedicado a no hacer nada. Ni tampoco que hubieran venido a distraernos desde la mañana hasta la noche. No. Tampoco fue eso. En realidad nos quitaron el tiempo: alguien robó el único reloj de mi pueblo.

Una mañana, todos despertamos tarde, porque el reloj de la plaza que daba las horas había desaparecido.

Desde ese momento, todo cambió.

En mi pueblo ya no sabíamos se era la hora de comer o de merendar.

Don Pancho, abría tan tarde su tienda que se formaba una larga cola de gente esperando para hacer su compra. Finalmente estaban todos tan enojados, que hasta querían llevarse la mercancía sin pagar.

Sucedió que Jorge, su hijo, llegó tan tarde a recoger los huevos al gallinero, que ya se habían convertido en pollitos.

Las maestras llegaban tarde a sus clases y los alumnos disfrutaban de recreos más largos.

El periódico, que generalmente ofrecía las noticias más recientes, ahora salía de noche, perdiendo su palpitante actualidad.

El pobre Chirimilo, que vendía plátanos asados y camotes por la tarde, pasaba con su silbato anunciándose a la media noche, cuando ya ni en sueños los niños y los ancianos deseaban comprar.

Para tratar de solucionar el problema, los mayores empezaron a medir el tiempo de otra manera.

Decían “Ahí va el tren, deben ser las doce”, o cuando se ponía el sol decían: “Deben ser alrededor de las siete.”

También empezaron a relacionar el tiempo con las cosas que sentían; cuando tenían hambre, sueño o cansancio, lo relacionaban con una hora determinada.

Como los niños ahora jugaban más, se dedicaban a inventar cosas. Entre otras muchas, crearon diversos tipos de relojes que sirvieron para resolver un poco el problema.

Pero no eran prácticos ya que el reloj de sol no funcionaba de noche y el de arena sólo durante una hora.

Para contar los días, llenaban un frasco con siete caramelos y comían uno (y sólo uno) cada día. Cuando el recipiente se vaciaba, quería decir que había transcurrido una semana.

Ahora piensa, ¿tú cómo medirías el tiempo?

Sarah Corona, *El misterio del tiempo robado*. México, SEP-C.E.L.T.A., 2002.

158. Los Cretinos

Vamos a conocer a los Cretino –así se apellida esta pareja–. Les aseguro que no los olvidarán.

¡Qué cantidad de hombres que no saben cuidar su barba hay hoy en día!

Cuando un hombre se deja crecer el pelo por toda la cara es imposible adivinar su aspecto.

El señor Cretino era uno de estos hombres de barba mal cuidada. Toda su cara, a excepción de la frente, los ojos y la nariz, estaba cubierta por espeso cabello.

El señor Cretino creía que esta pelambreira le daba un aspecto de gran sabiduría y majestuosidad.

Pero, nunca se lavaba la cara, ni siquiera los domingos. Las cosas se pegaban a los pelos; especialmente la comida: la salsa, el helado de vainilla, las escamas de pescado, los huevos revueltos, las espinacas y el chocolate.

Si mirabas más de cerca (tápense bien las narices, señoras y caballeros), podrías ver un trozo de queso verde con gusanos, o una vieja y mohosa palomita de maíz, o incluso la cola grasienta de una sardina de lata.

El señor Cretino nunca pasaba hambre. Sacando la lengua y curvándola para explorar la jungla de pelos alrededor de su boca, siempre podía encontrar un bocado.

La señora Cretino no era mejor que su marido. No tenía una cara barbuda, pero si una nariz deforme, la boca torcida, una doble barbilla, un ojo de cristal que siempre miraba hacia otro lado y los dientes salientes.

En la mano derecha siempre llevaba un bastón. Para golpear perros, gatos y niños. Una mañana la señora Cretino se sacó el ojo de cristal y lo echó en el tarro de cerveza del señor Cretino.

Cuando el señor Cretino volcaba la última gota de cerveza en su garganta, se encontró con la mirada del horroroso ojo de cristal de la señora Cretino observándolo desde el fondo del tarro. Esto le hizo dar un brinco.

Para vengarse, el señor Cretino decidió poner una rana en la cama de la señora Cretino.

Cazó una grande y se la llevó a casa escondida en una caja.

Esa noche, cuando la señora Cretino estaba en el cuarto deslizó la rana entre las sábanas de la cama. Luego se metió y esperó a que empezara la juerga.

De repente, ella sintió algo frío y viscoso arrastrándose por sus pies. ¡Gritó!

–¿Qué te pasa? –preguntó el señor Cretino.

–¡Socorro! –vociferó la señora Cretino dando brincos– ¡Hay algo en mi cama! La señora Cretino se desmayó.

El señor Cretino se levantó de la cama y fue a buscar una jarra de agua. La echó sobre la cabeza de la señora Cretino para reanimarla.

Cuando la señora Cretino volvió en sí, la rana acababa de saltar encima de su cara. Esto no es una cosa agradable para que le pase a uno de noche; volvió a gritar.

¿Qué les parece cómo conviven los Cretino?

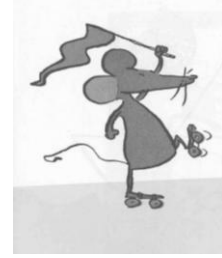
Dahl Roald, *Los Cretinos*. México, SEP-Alfaguara, 1999.

159. ¿Qué te gusta más?

- ☆ Un marinero enmarcado o un maromero embarcado.
- ☆ Dos ratones con patines o dos patones bailarines.
- ☆ Tres chamacos dormilones o tres chamacos comelones.
- ☆ Cuatro dragones morados o cuatro tragones mareados.
- ☆ Cinco melones sonrientes o cinco pelones sin dientes.
- ☆ Seis pulguitas en tu cama o seis nalguitas sin pijama.
- ☆ Siete lunas y un lago o siete cunas y un mago.



- ☆ Ocho tacos de tortillas u ocho cacos de rodillas.
- ☆ Nueve árboles alados o nueve ángeles helados.
- ☆ Diez niñas y un sombrero o diez piñas y un rumbero.
- ☆ Que volvamos a iniciar o que volemós a inventar.



María Luisa Valdivia, *¿Qué te gusta más?*, José Trinidad, ilus. México, SEP-CONAFE, 1992.

160. El tesoro

Había un hombre cuyo nombre era Isaac. Vivía en una pobreza tan grande que muchas veces se iba a dormir con hambre.

Una noche, tuvo un sueño. En el sueño, una voz le indicó que fuera hasta la capital del reino y buscara un tesoro bajo el puente, a un lado del palacio real.

–Es sólo un sueño –pensó al despertar, y no le puso atención.

El sueño se repitió. Pero Isaac siguió sin hacerle caso.

Al volver el sueño por tercera vez, se dijo:

–A lo mejor es cierto –y emprendió su viaje.

Atravesó bosques y montañas. La mayor parte del camino, la hizo a pie.

Ya en la ciudad, no se atrevía a buscar el tesoro.

Sin embargo, todos los días merodeaba por los alrededores del puente hasta el anochecer.

Un día, el capitán de los guardias le preguntó:

–¿Qué buscas aquí?

Issac le contó el sueño. El capitán se echó a reír.

–Pobre infeliz –le dijo–. ¡Qué pena haber estropeado tus zapatos por un sueño! Mira, si yo diera crédito al sueño que tuve una vez, iría ahora mismo a la ciudad de donde tú vienes y buscaría un tesoro bajo el horno de la casa de un hombre llamado Isaac. Y se rió de nuevo.

Isaac hizo una reverencia al capitán y emprendió el largo camino de regreso a casa.

Cruzó montañas. Atravesó bosques. La mayor parte del camino la hizo a pie.

Por fin, llegó a su pueblo.

Una vez en su casa, excavó bajo el horno y allí dio con el tesoro.

Isaac envió al capitán de los guardias un rubí magnífico, y por el resto de sus días vivió en armonía y nunca más volvió a ser pobre.

Construyó un templo y en uno de sus muros puso una inscripción: “A veces hace falta viajar lejos para descubrir lo que tenemos cerca”.

Uri Shulevitz, *El Tesoro*, Uri Shulevitz, ilus. México, SEP-Scholastic, 2002.

161. Coplas mexicanas

¿Se acuerdan de que hace unos días leímos una copla sobre una guitarra? Pues ahora vamos a leer otra. Esta vez sobre un venadito. Su autor es famosísimo. Se llamaba Francisco Gabilondo Soler, pero lo conocemos como Cri-Cri.

El venadito

Cuando el venadito baja
a beber del manantial,
siempre ve otro venadito
que dentro del agua está.

En ese remanso claro,
en el terso espejo aquel,
ve que el venadito abajo
es en todo igual a él.

-Salta del agua,
ven a jugar,
vamos al llano

a corretear.

Quiero saber si me ganas
cuando te dé la señal.

Ponte muy listo
para correr:
uno, dos y tres.

Pero la imagen del agua
ni le habla
ni lo intenta seguir...
y el venadito siempre solito
se va de allí.



Esther Jacob, “Coplas mexicanas” en *Había otra vez...Literatura mexicana para niños*. México, Terra Nova, 1982.

162. Manneken Pis

Hace mucho, mucho tiempo, existió un hermoso pueblito detrás de una alta muralla de piedra.

En este pueblo vivía un niño con su mamá y con su papá, que lo adoraban.

Mamá lo besaba a cada rato y papá jugaba con él todo el día.

Cada mañana, el niño iba con su papá y su mamá al mercado de flores. ¡Vaya, qué hermosas flores! ¡Era una vida muy hermosa! ¡Eran tan felices!

Pero entonces algo ocurrió.

Llegaron enemigos a destruir el pueblo. Quizás sentían celos de que el pueblo fuera tan hermoso.

Y comenzó la tremenda lucha. Pelearon y pelearon. Día y noche, noche y día.

¡Qué pueblito tan triste! Ya nadie jugaba en las calles. Ya no había flores en el mercado. Ya nadie se reía.

El niño se puso triste. No tenía un papá que jugara con él ni una mamá que lo besara.

¿A dónde se habían ido?

Los llamó una y otra vez pero nadie lo escuchó. El niño buscó y buscó. Pero lo único que encontraba por todas partes era la guerra, hasta en la misma muralla del pueblo.

Lo único que escuchaba era bang, bum, bum, cling-clang.

Pobre niño, estaba asustado. Necesitaba a su madre y a su padre.

Pero sobre todo necesitaba... *hacer pipí*. Ya no podía aguantarse las ganas... y se orinó allí mismo. Se orinó sobre los bum y los bang y los cling-clang. Se orinó a la izquierda y luego a la derecha.

Por favor perdónenlo. Era sólo un niño.

De repente todo quedó en calma.

En ese momento alguien soltó una carcajada: ja, ja, ja, y luego jo, jo, jo, y luego je, je, je.

En unos cuantos minutos, a lo largo de la muralla sólo se escuchaban risa y más risas.



Aquello siguió y siguió hasta que se puso el sol y salió la primera estrella. Todos estaban tan cansados de reír que soltaron las armas y se tumbaron a dormir.

Al despertar a la mañana siguiente, ya no había más guerra. ¿Por qué? Debido a ese niño tan maravilloso.

¡¡¡ Hurrraaaaaa!!!

Y, por supuesto, el niño encontró a su madre y a su padre.

¡Era como estar en el cielo! Volvieron a ser muy felices.

Todos en el pueblo amaban al niño. Y decidieron erigir una estatua de bronce que lo representara para que sus hijos, e incluso sus nietos, lo recordaran siempre.

Vladimir Radunsky, *Manneken Pis*, Vladimir Radunsky, ilus. México, SEP-Planeta Mexicana, 2003.

163. Rafa... el niño invisible

Rafa ya era bastante grande. Podía vestirse y peinarse solo. Sabía cuál zapato iba en cada pie ¡Necesitaba abrir toda su mano para decir sus años!

Sí, ya era bastante grande.

Pero no sabía cómo iba a cambiar todo cuando la panza de su mamá se puso grandota.

Él seguía yendo a la escuela como siempre, con su papá.

–¡Véngase mi hijo, arriba! –decía y lo cargaba.

A mediodía lo recogía su mamá. ¡Ay, le costaba tanto trabajo caminar! Le decía:

–¡Rafa, espérame! –y entonces él se paraba a ver bichitos.

Así se pasaban los días.

De repente lo despertaron en la noche.

Bien abrigado se lo llevaron a casa de sus abuelos.

Ellos lo recibieron con cara de dormidos. La abuela se veía chistosa. ¡Tenía los pelos parados!

Ahí se quedó Rafa con los abuelos tibiecitos y almohadosos.

Al otro día no fue a la escuela. Se quedó flojeando.

En la comida hubo sopa de letras. La abuela buscaba su nombre con la cuchara.

En eso llegó el papá. ¡Estaba feliz!

—¡Rafa! ¡Rafa!— le dijo— ¡Ya nació! ¡Ya tienes una hermanita!

Rafa no sintió nada especial, pero eso debía ser muy bueno.

Todos lo abrazaban y se reían con él.

Cuando regresó a su casa, Rafa vio a una bebita colorada que tenía unas manos chiquitas, con uñas como de papel, que sólo sabía dormir, llorar, comer del pecho de la mamá de Rafa y ensuciar montones de pañales.



Uno de esos días, Rafa sintió que se estaba volviendo invisible. Parecía que nadie lo veía.

“No me ven desde que vino la hermanita —pensó Rafa—. Es mágica y me volvió invisible. ¡Esto puede ser muy divertido!”

Pasaron las horas, los días, y Rafa seguía siendo invisible, pero ya no era tan divertido.

“Yo pensaba que ser invisible tenía más chiste, pero ya me cansé. ¡Si tan siquiera me anduvieran buscando! ¿Cómo volverse visible otra vez?”

Rafa le fue a preguntar a la bebita mágica.

A lo mejor ella sabía.

Se trepó a la cuna y le preguntó mil y mil veces, cuarenta y mil veces.

Pero la hermanita no lo veía. Seguía durmiendo.

A Rafa se le ocurrió entonces ir con su papá. Se le acercó y le preguntó:

—Oye, papá ¿cómo puedo dejar de ser invisible? Hace cuatro días que nadie me ve. Ya estoy aburrido.

¡El papá sí lo oyó! Su papá volteó y le dijo:

—¡Rafa de mi corazón!

Y Rafa sintió que volvía aparecer todo completo.

164. Ronda del baile

La compañera Nubia
 entrando está en el baile,
 quiere bailar con todos
 y bailar más que nadie,
 da vueltas y más vueltas
 como un trompo en el aire,
 quiere estar siempre dentro
 y que jamás la saquen.

¿Habrás algo que no quiera
 o que no quiera a alguien
 la compañera Nubia
 cuando entra en el baile?

La compañera Diana
 entrando está en el baile,
 no quiere que la miren,
 no quiere que la agarren,
 no quiere bailar sola,
 no quiere andar con nadie,
 no quiere estarse dentro,

no quiere que la saquen.

¿Qué será lo que quiere
 – Quiere algo, quiere a alguien –
 la compañera Diana
 cuando entra en el baile?

La compañera Diana
 entrando está en el baile
 – la compañera Nubia
 ya estaba desde antes.

¿Qué será lo que quieren
 cuando entran en el baile
 y qué lo que no quieren
 cuando de él no salen?
 ¡Pues no quieren que nunca
 la música se acabe
 y quieren quieren quieren
 que siempre siga el baile!

David Chericán, *Rueda la ronda. Tomo dos*. México, SEP-Dipón, 2003.

165. Jacinta y las bolsas de plástico

Hace dos días Jacinta llegó con sus papás a vivir a la Ciudad de México, y por primera vez, acompaña a su mamá al mercado.

La mamá de Jacinta va llenando su canasta de naranjas, tunas, plátanos, jitomates, cebollas, cilantro, zanahorias, vaina para los canarios...

Cada alimento va envuelto en una bolsa de plástico. Jacinta las cuenta, son once.

En casa, mamá saca de las bolsas de plástico todo lo que compró, y lo acomoda en su lugar.

Mamá y Jacinta doblan con cuidado todas las bolsas de plástico que les dieron en el mercado y las guardan en un cajón para volver a usarlas.

—¿Por qué no las tiras? —preguntó Jacinta, cuando encontró una dentro de su taza favorita.

La mamá de Jacinta le contó a su hija que cuando era niña, en su casa, las cáscaras eran para los cochinitos; los huesos se los comían los perros y la ropa pasaba de hermano a hermano, a veces adornada con parches de colores. Su papá, hizo un columpio con una llanta vieja que encontró un día.

A ella le enseñaron que las cosas no se desperdician, por eso no quiere tirar las bolsas de plástico, aunque nadie las utilice.

Papá les platicó que un día vio un tiradero de basura con miles de bolsas de plástico amontonadas y sucias. También les contó que el plástico no se deshace cuando lo entierras que así se queda durante muchos años. Estorba y puede hacer daño.

Finalmente, Jacinta, su mamá y su papá llevaron a la fábrica doce kilos de bolsas de plástico para que las reciclaran. Y desde entonces, cuando van a comprar algo lo acomodan en su canasta.

—Démelo así, sin bolsa —le dicen al vendedor— no necesitamos tantas bolsas de plástico.

166. Cucarachas

Corres hacia la cocina. Es hora de desayunar. “Veamos... cereales azucarados supercrujientes. ¡Deliciosos!” Abres la alacena y...

–Ajiji, una cucaracha. ¡Qué asco!

Te dispones a aplastarla pero, veloz como el rayo, desaparece en un santiamén.

A la mayoría de las personas les desagradan enormemente estos insectos. Pero ¿por qué? Porque son sucias, por supuesto.

En realidad, las cucarachas son bastante limpias y, si pudieran hablar, tal vez dirían que las sucias somos las personas.

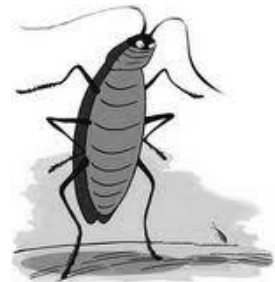
Siempre mantienen sus antenas relucientes (se las lamen constantemente y así las lustran con saliva), porque éstas cumplen una misión muy importante: son sus sensores del tacto y del gusto.

En lugar de estar centralizado en la cabeza como el tuyo, el sistema nervioso de la cucaracha se reparte por todo el cuerpo.

Por eso, si llega a perder la cabeza puede seguir viviendo hasta ¡diez días!

A diferencia de otros animales, la pipí de las cucarachas poco tiene que ver con el desagrado que éstas producen.

De hecho, estas criaturas no orinan demasiado: se la guardan para tiempos difíciles. Su pipí, queda almacenada en un lugar llamado *cuerpo graso*, en la parte trasera de su cuerpo. Estos insectos pueden vivir varias semanas sin comer, justamente porque aprovechan algunas de las sustancias que están en la orina y que les sirven de alimento en épocas de hambruna.



Aunque te cueste creerlo, las cucarachas habitaron la Tierra antes que los dinosaurios. Están entre los animales más exitosos, porque pueden adaptarse a casi todo. En otras palabras, es casi imposible deshacerse de ellas. El veneno que las mata también puede dañar nuestra salud y por eso debe utilizarse con mucho cuidado.

Sylvia Branzei, “Cucarachas” en *Asquerosología del baño a la cocina*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2007.

167. El carbonerito y sus animales

Había una vez un campesino cuyo trabajo era hacer carbón para que cocinaran las señoras del lugar, pues donde vivía no contaban con gas de estufa.

Diario iba al monte, acompañado de su inseparable perrita, y de su burrito, que era quien acarreaba el carbón.

Para hacer carbón, el carbonero cortaba muchos palos verdes y los alineaba por montones, con el fin de que la leña se secase y fuera posible prenderle fuego.

Cada ocho días llevaba al pueblo bastantes saquillos de carbón, que le dejaban buena ganancia, pues los distribuía en todas las viviendas, ya que la mayoría de las señoras cocinaban con carbón o con leña seca.

Así fueron pasando los días, hasta que llegó el tiempo de aguas. Conforme llovía, el terreno se iba poniendo lodoso y el burrito no podía caminar, especialmente cuando llevaba auestas su carga de carbón.

Llegó el momento en que el burrito no podía dar ni un paso de tan feo que estaba el camino. Y el carbonero no encontró otra forma para hacerle salir de ahí que sonarle al pobre burro con una vara, hasta que salía del atascadero.

Ya era cosa de diario: se atascaba el burrito, y su dueño, apurado, le daba de palos en todo el cuerpo.

Cierta vez en que al animalito le estaba costando demasiado trabajo salir, su amo oyó una voz que venía de quién sabe dónde:

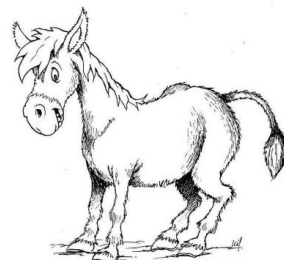
–Ya no le pegues tanto a ese animal, que un día te va a dar una sorpresa.

Pero el hombre le siguió dando palos al burro, hasta que salió del atascadero. Sin embargo, una de tantas veces, el animal ya no pudo salir del lodo, pues su carga era muy pesada.

El dueño del asno estaba dándole de palos, cuando el burro le dijo con una voz muy gruesa:

–Amo, por favor, ya no me pegues.

–¡Ay, Dios mío! –gimió agitado el carbonerito– nunca había escuchado hablar a un burro.



Y la perrita le contestó con voz delgada:

–Ni yo tampoco.

Al escuchar esto, el hombre fue a parar hasta su casa con una fuerte calentura.

–¿Qué te ocurre? –le preguntó su esposa.

Y él le explicó lo sucedido.

Ella le reclamó todas las cosas malas que le había hecho a su burro. Le dijo que a los animales tenemos que cuidarlos, no maltratarlos y darles bien de comer, para que sean fuertes y sanos.

El carbonero comprendió, y nunca más volvió a maltratar a su burro.

Mireya Cueto, et al., “El carbonerito y sus animales” en *Cuéntanos lo que se cuenta*. México, SEP-CONAFE, 2006.

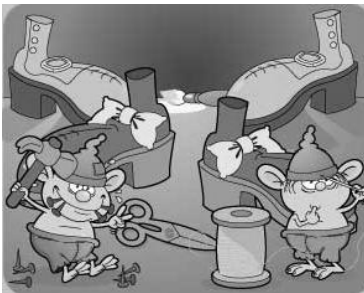
168. El zapatero y los duendes

Había una vez un zapatero tan pobre que ya no le quedaba más que el cuero necesario para hacer un par de zapatos. Llegada la noche, cortó los zapatos para hacerlos al día siguiente y se fue a dormir.

Por la mañana se encontró encima de la mesa, perfectamente acabado, el par de zapatos. Estaban tan bien cosidos que el trabajo era una verdadera obra maestra.

No tardó en entrar en la tienda un comprador, y al ver los zapatos le gustaron tanto que pagó por ellos más de lo que el zapatero pedía, por lo que éste pudo comprar cuero para hacer dos pares de zapatos más.

Por la noche los cortó y por la mañana, cuando iba a comenzar a trabajar, se encontró con que ya estaban terminados.



Al poco entraron compradores y se los llevaron, y con el dinero que dieron por ellos, el zapatero pudo comprar cuero para otros cuatro pares de zapatos.

A partir de entonces, todos los días el zapatero preparaba por las noches el cuero y en las mañanas se encontraba con los zapatos listos para ser vendidos, por lo

que no tardó en convertirse en un hombre bastante rico.

Una noche, poco antes de Navidad, el zapatero y su mujer, después de cortar los zapatos, decidieron quedarse a ver quién los ayudaba tan generosamente.

Así que se escondieron en un rincón, detrás de unas ropas que allí había. A medianoche vieron llegar a dos hombrecillos desnudos, que, subiéndose en la mesa del zapatero, comenzaron a trabajar tan deprisa y tan bien que el zapatero no podía creer lo que veía. Los duendecillos no pararon hasta que tuvieron todos los zapatos terminados sobre la mesa, y entonces desaparecieron.

Al día siguiente dijo la mujer del zapatero:

–Los duendecillos nos han hecho ricos; deberíamos demostrarles nuestra gratitud. Trabajan desnudos y deben de tener frío. Voy a hacerles camisas, pantalones y medias. Hazle tú un par de zapatos a cada uno.

Trabajaron todo el día y cuando llegó la noche ya estaba todo terminado; lo dejaron sobre la mesa y se escondieron para ver qué hacían los duendecillos al ver los regalos.

A medianoche aparecieron los hombrecillos. Al ver las ropitas saltaron y brincaron de alegría, se vistieron y calzaron y finalmente se marcharon muy contentos.

Jacob Ludwig Karl, “El zapatero y los duendes” en *Cuentos de Grimm*. México, SEP-Juventud, 2007.

169. Ramón preocupón

Ramón era un niño al que todo le preocupaba: los sombreros, los zapatos, las nubes, la lluvia o que unos pájaros enormes vinieran por él y se lo llevaran; su mamá y su papá le decían que no se preocupara, pero era inútil pues seguía preocupado. Un día Ramón tuvo que dormir en casa de su abuelita y ocurrió lo de siempre, no podía dormir. Su abuelita le preguntó: ¿Por qué no puedes dormir? Y él le explicó lo que pasaba, que todo le preocupaba. Ella le trajo unos muñequitos de madera y tela llamados “quitapesares”. Le explicó que si les contaba lo que le preocupaba y los ponía bajo la almohada podría dormir mejor. Ellos lo cuidarían y se preocuparían por él.

Ramón lo hizo así y durmió muy tranquilo. Así pasaron varios días hasta que un día Ramón comenzó a preocuparse porque los muñecos tenían muchas preocupaciones y no le parecía justo. La mañana siguiente juntó retazos de tela y fabricó muchos “quitapesares” para que compartieran las preocupaciones. Ramón y todos sus muñecos durmieron tranquilos e incluso les puso nombre a cada uno.

Browne Anthony, *Ramón Preocupón*. México, SEP-FCE, 2007.

170. Trabalenguas

Chango chino chiflado,
que chiflas a tu china changa,
ya no chifles a tu china changa,
chango chino chiflado.



Una cabra ética
palética, palán palamética,
tuvo sus cabritos éticos
paléticos, palán palaméticos.

Si la cabra no hubiera sido ética
palética, palán palamética,
sus cabritos no habrían sido éticos
paléticos, palán palaméticos.

En medio de una laguna de agua,
estaba una záncara zancajara grande,
con cinco záncaros zancajitos chiquitos.
por agarrar la záncara zancajara grande,
agarré los cinco záncaros zancajitos chiquitos.

“Trabalenguas” en *Así cuentan y juegan en Los Altos de Jalisco*, Isabel Galaor (comp.) México, SEP-CONAFE, 2005.

171. Camille y los girasoles

Donde vivía Camille, los girasoles crecían tan altos que parecían soles. Todos los días después del colegio Camille atravesaba el campo de girasoles para encontrarse con su padre, que era cartero.

Un día llegó un hombre extraño al pueblo. Tenía un sombrero de paja, barba amarilla y unos ojos pardos y vivarachos.

–Soy Vincent, el pintor –dijo, sonriendo a Camille.

Vincent fue a vivir a la casa amarilla, al final de la calle de Camille. No tenía dinero ni amigos.

Camille cogió un ramo de girasoles para el pintor y los puso en un jarro.

Vincent le preguntó al padre de Camille si le agradaría que le hiciera un retrato, vestido con su mejor uniforme.

Camille vio la cara de su padre aparecer en la tela como por arte de magia. El retrato era extraño pero muy bello.

Vincent dijo que le gustaría retratar a toda la familia.

Camille estaba muy emocionada.

Camille llevó su retrato al colegio. Quería que todos lo vieran. Pero a los otros niños no les gustó. Todos se rieron.

Camille pasaba las horas viendo cómo pintaba Vincent.

Vincent pintaba los campos de girasoles e incluso el Sol.

“Es el Hombre de los Girasoles” se dijo Camille.

Pero a pesar de lo mucho que Vincent trabajaba, nunca lograba vender ningún cuadro.

–Si yo tuviera dinero –dijo Camille– me gustaría comprarlos todos.

–Escucha, Camille –dijo su padre–, la gente suele reírse de las cosas que son diferentes, pero un día aprenderán a amar los cuadros de Vincent.

Esa noche Camille tuvo un sueño. Vio a Vincent de pie bajo la luz de la luna. Vincent había puesto unas velas en su sombrero para poder ver. ¡El Hombre de los Girasoles estaba pintando las estrellas!



A la mañana siguiente, temprano, unos golpes fuertes en la puerta despertaron a Camille.

Unos hombres habían venido a ver a su padre.

–Oye, cartero –dijeron–, queremos que entregues esta carta a tu amigo. Debe empaquetar sus pinturas y dejar la ciudad.

Camille se escabulló por la puerta trasera. Corrió calle abajo hasta la casa amarilla.

El interior parecía muy silencioso.

Camille vio los girasoles que había cogido para Vincent: estaban secos. Camille se sintió más apenada que nunca.

Vincent estaba en el piso superior, haciendo las maletas. –No te pongas triste –dijo–. Ha llegado el momento de que pinte en otro sitio. Tal vez allí les gusten mis cuadros. Pero primero quiero enseñarte una cosa...

Vincent cogió un cuadro grande. ¡Eran los girasoles de Camille, más grandes y brillantes que nunca!

Camille miró el cuadro. Y también sonrió:

–Adiós, Hombre de los Girasoles.

Laurence Anholt, *Camille y los girasoles: un cuento sobre Vincent Van Gogh*, Laurence Anholt, ilus. México, SEP-Serres, 2003.

172. Gulliver en Liliput

Durante un viaje hacia los países de Oriente, una terrible tempestad hizo naufragar la embarcación en la que viajaba un médico inglés llamado Gulliver.

Agarrándose a una tabla, Gulliver logró salvarse, y al cabo de muchas horas, cuando ya había perdido la esperanza, vio tierra a lo lejos y llegó nadando a la orilla.

No pudo andar mucho, pues pronto se desplomó agotado y quedó profundamente dormido.

Al despertarse al día siguiente, se dio cuenta de que no podía moverse, miles de finas cuerdas, poco más gruesas que hilos, sujetas a pequeñas estacas clavadas en tierra, mantenían sus piernas y brazos atados al suelo.

Esto lo vio mirando de reojo, pues casi no podía mover la cabeza: ¡sus cabellos también habían sido atados al suelo mediante diminutas estacas!

De pronto, Gulliver sintió unos leves golpecitos en su pecho, y cuál no sería su sorpresa al ver que un minúsculo hombrecito, de unos 15 centímetros de estatura, se había subido encima de él y le miraba a la cara con estupor.

El enanito dijo unas palabras en un idioma desconocido, y Gulliver, mirando de reojo, vio que estaba rodeado por cientos de aquellos hombres diminutos.

Dando un fuerte tirón, Gulliver logró romper las cuerdas que ataban su brazo derecho. Los hombrecillos, asustados, le lanzaron una andanada de minúsculas flechas, que traspasaron la ropa de Gulliver, picándole como alfileres, sin causarle gran daño.

Pero al ver que las intenciones de aquel ser gigantesco no eran malas, ya que no aprovechó su brazo libre para atacarlos, los hombrecillos llevaron a Gulliver ante su rey, lo acogieron como huésped y le enseñaron su idioma.

Así se enteró Gulliver de que había llegado a un país desconocido llamado Liliput.

Los liliputienses estaban enemistados con otro país de enanos, que al poco tiempo de estar Gulliver en Liliput atacaron con su flota.

Gulliver decidió ayudar a sus amigos los liliputienses, y mediante unas largas cuerdas arrastró sus naves caminando por el mar, que en aquella zona era muy poco profundo y rara vez le llegaba más arriba de la cintura.

De este modo las naves de Liliput sorprendieron a sus enemigos, que además quedaron espantados a la vista del gigante y huyeron.

Jonathan Swift, "Gulliver en Lilliput" en *Los Viajes de Gulliver: Grandes relatos para la lectura infantil*. México, SEP-Geo, 2007.

173. La polilla del baúl

En el piso más alto de una vieja casa, había un antiguo y olvidado baúl, lleno de ropa que ya nadie usaba.

En el baúl vivía una polilla llamada Zulema. Le encantaba la ropa vieja y todos los días comía un poquito de abrigos y otro poquito de sacos. Pero su plato favorito era una bufanda escocesa. Zulema jamás había salido del baúl.

Una noche en que se disponía a comer el bolsillo de un apetitoso vestido rojo, un ruido la asustó. ¡Alguien había abierto el baúl, y había dejado caer un abrigo!

Zulema salió volando del baúl. Asustada, se escondió en un rincón oscuro: era la chimenea.

Allí vivía una arañita que estaba tejiendo su tela.

Zulema se sorprendió mucho, y al verla tejiendo pensó que ella había tejido todo lo que había en el baúl.

—¿Cómo salgo de aquí? —le preguntó—.

La arañita le indicó que arriba había una salida.

Zulema subió volando y, manchada de hollín, llegó al techo de la casa. Miró a su alrededor y vio unas telas hermosísimas. Una verde y suave como el terciopelo: era el parque. Otra, cristalina y plateada: era la laguna. Pero la que más le gustó era una inmensa tela oscura salpicada de puntos luminosos: era el cielo estrellado. Se le hizo agua la boca.

Vio un animal parado en una tela verde y pensó que era una polilla gigante.

—Gran polilla —le dijo—, ¿puedes indicarme cómo llegar hasta la tela con puntos brillantes de allá arriba?

El búho pensó que la polilla estaba loca y le recomendó que regresara a su casa.

Un sapo, que era muy travieso, escuchó a Zulema hablar con el búho.

—Por acá puedes llegar —le dijo, mostrándole la laguna que reflejaba el cielo y las estrellas—. ¿Por qué no pruebas?

Zulema miró la laguna y vio la gran tela con puntos luminosos.

Entusiasmada, dio un gran salto, y ¡cataplum! Zulema cayó en medio del agua. El sapo saltaba de risa. Pero Zulema estaba muy hambrienta. Voló con todas sus fuerzas hacia el cielo e intentó dar mascaditas a la tela tan apetitosa. Pero sólo mascaba aire.

Estaba muy cansada y se detuvo a descansar en una nube.

La Luna le explicó que la gran tela era el cielo.

Zulema pidió que le ayudara a volver a su casa. La Luna la depositó con suavidad en la cerradura del viejo baúl.

¡Qué alivio! Había regresado.

Entró al baúl y lo primero que hizo fue comerse un buen trozo de su bufanda favorita.

Mario Carvajal, *La polilla del baúl*. México, Alfaguara, 2000.

174. A un lugar

¿Les ha pasado que hablan con una persona a quien no le entienden nada de lo que platica? Vamos a leer lo que dice Natacha y después veremos si le entendimos.

–Mamá, me voy a un lugar a hacer una cosa.

–¿A dónde te vas?

–A un lugar... que queda por allá.

–¿Es lejos?

–No... O sea, más o menos, no tan lejos; es cerca del ése.

–¿Qué ése?

–Ése que una vez te contaba...

–No me acuerdo, Natacha.

–Ay, si yo una vez te dije y tú me dijiste, Bueno, ándale, ve.

–Pero ¿A dónde vas a ir?

–¡Ya te dije, mamá! ¡O no me oíste?

–Te oí, pero no entendí nada.

–Voy cerca de la casa de la niña esa.

–¿Qué niña?

–Ésa que un día me hizo un regalo.

–¿Un regalo?, ¿cuál?

–¡Uf, no me acuerdo!... es ésa que tiene el pelo todo así.

–¡Chino!

–No, todo como así... ¡Que vive cerca de ese lugar que vivimos una vez!

–¿Qué lugar, Natacha?

–Ése que queda cerca de la tiendita que está a la vuelta de por allá, ése que tiene todo como una cosa así con colores y quién sabe qué chunches.

–¿La tiendita de la esquina?

–No, una que tiene un aparato que da vueltas...

–¿La maquinita que da dulces?

–¡No! ¡Para nada! ¡Una que da vueltas, Ma!

–No sé, Natacha, en una tienda algo que da vueltas... ve tú a saber.



- Bueno, pero tú déjame, hombre.
 –Está bien, pero ¿qué vas a comprar en la tienda?
 –No, en la tienda no, yo voy como si fuera más al lado, más para allá...
 –No sé dónde es, Natacha.
 –...que una vez tú me dijiste, Bueno, ándale, ve.
 –¡Sí, ya sé que te dije eso!
 –Y bueno, entonces déjame de nuevo y ya, para qué dar tantas vueltas, ¿no?

¿Qué les parece? Y no me digan que no hablamos así muchas veces.

Luis M. Pescetti, *Natacha*, Luis M. Pescetti, ilus. México, Alfaguara, 2000.

175. De la flor a la miel

Cuando las flores empiezan a abrirse llegan volando las abejas. Meten su largas trompas muy adentro de las flores y chupan el dulce jugo.

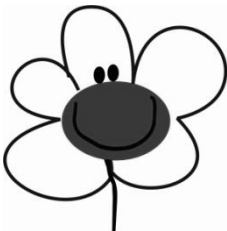
Las abejas extraen el néctar. En esta caja hay seis cajones.

Cada cajón está habitado por una colmena. Cuando las abejas se llenan de miel regresan al cajón. Cada cajón tiene un color diferente.

Las abejas pueden distinguir los colores. Cada abeja conoce su cajón. Además, frente a la entrada hay siempre un guardia que aleja a toda abeja extraña.

Si una abeja encuentra mucho néctar lo anuncia con movimientos que parecen un baile. Las abejas danzan al hallar néctar.

Dentro de los cajones cuelgan marcos de madera. En ellos, con cera que excretan de su cuerpo, las abejas construyen celdas, en forma de pequeñas cámaras hexagonales. Y llenan esas celdas con la miel que producen con el néctar.



Las celdillas son llenadas con miel. El apicultor es el dueño de cajones de abejas. Cuando quiere acercarse a las colmenas tiene que llevar una vestimenta especial; abrigo largo, sombrero con velo, guantes y una pipa que eche humo.

El apicultor abre el cajón rojo. Saca un marco con celdas llenas de

miel. Las abejas, excitadas, zumban alrededor suyo. No quieren ceder su miel. Pero no pueden picar al apicultor que está protegido con su traje.

Las picaduras de abeja son dolorosas. El apicultor coloca el marco en una máquina centrífuga que, al girar velozmente, extrae la miel de las celdas y cuelga otra vez en la colmena el marco con las celdas ya vacías. De la cera también pueden hacerse velas. Las abejas nos dan miel y cera.

¡Mmmm! Qué ricos son los dulces de miel, la leche endulzada con miel espesita, el pan de miel... Pero, para que nosotros disfrutemos de este rico alimento, las abejas tienen que volar miles de kilómetros de flor en flor.

La miel es deliciosa y nutritiva.

Ali Mitgutsch, *De la flor a la miel*. México, SEP-Fernández, 1992.

176. Ratón de campo y ratón de ciudad

Había un ratón de campo que vivía en el tronco de un árbol.

Le gustaban el aire limpio, las estrellas, las mazorcas de maíz y el viento entre las ramas.

Cada noche leía un libro de viajes, y soñaba con lugares lejanos.

Era feliz, pero a veces pensaba: sólo conozco el campo y siempre hago lo mismo. ¿Qué habrá más allá?

Así que un día se puso ropa limpia, cogió el libro y se fue a descubrir el mundo.

También había un ratón de ciudad que vivía en una alcantarilla.

Le gustaban la gente, las luces de neón y el aroma a pan caliente.

Cada noche leía un libro de viajes, y soñaba con lugares hermosos.

Era feliz, pero a veces pensaba: sólo conozco la ciudad y siempre hago lo mismo. ¿Qué habrá más allá?

Así que un día hizo la maleta, cogió su libro y se fue a descubrir el mundo.

El ratón de campo llegó a la montaña, subió a la cima y vio una ciudad enorme, con casas que tocaban el cielo... ¡Como en su libro!

¡Ahí quiero estar!, pensó. Y bajó corriendo.

El ratón de ciudad llegó a la casa más alta, se subió al tejado y vio un campo enorme, con prados y ríos... ¡Como en su libro!

¡Ahí quiero estar yo!, pensó. Y bajó corriendo.



Ratón de campo llegó a la ciudad, vio las luces de los anuncios, oyó música y olió la comida calentita. ¡Nunca había visto nada igual!

Ratón de ciudad llegó al campo, y vio todas las estrellas que lucían en el cielo. Vio revolotear a los murciélagos y oyó a los grillos. ¡Nunca había visto nada igual!

Ratón de campo buscó comida en la basura. Se pasó el día atontado por los coches y la gente. Le gustaba la ciudad, pero...

¡Sentía un cosquilleo en la barriga cuando recordaba su vida en el campo!

Ratón de ciudad se comió unos granos de maíz, un poco de hierba y un trozo de manzana. Trepó a un árbol, llegó al río, vio vacas, cerdos, peces.

Le gustaba el campo, pero...

¡Sentía un cosquilleo en la barriga cuando recordaba su vida en la ciudad!

Al cabo de una semana, ratón de ciudad ya se había aburrido de trepar a los árboles, de comer maíz y papas crudas, de mirar las estrellas y de no tener nada que hacer.

Ese mismo día ratón de campo y ratón de ciudad recogieron sus cosas y volvieron cada uno a su casa, pensando...

¡Qué bonito es viajar... y qué bonito es regresar!

Eva Mejuto, *Ratón de campo y ratón de ciudad*, Kiko Dasilva, ilus. México, SEP-Kalandraka, 2005.

177. El agua

El agua es lo que forma los ríos, los mares y las nubes. Es lo que debemos cuando tenemos sed. El agua se encuentra por todas partes.

También hay agua en el cuerpo de las personas, en los animales y en las plantas. Hay animales y plantas, como los cactus y los camellos, que almacenan agua dentro de ellos. El agua cambia si se calienta o si se enfría lo suficiente. Eso hace que el agua se mueva, que

siga un camino: ciclo del agua. El agua de la lluvia y la que proviene del deshielo de la nieve y del hielo de las montañas forman los torrentes y los ríos.

El agua de los Ríos arrastra troncos y piedras y sobre todo arena en su camino hacia el mar. Cerca del mar, a veces, se forman marismas. El agua del mar y los océanos es salada. En el mar viven muchos animales y plantas. Las personas sacan provecho del mar. De él obtienen los peces y, en algunos sitios, la sal. Cuando llueve, una parte del agua que cae se filtra en la tierra: es el agua subterránea.

Para sacar el agua que hay en la tierra las personas hacen pozos. El agua puede salir de la tierra por las fuentes.

También puede formar lagos y ríos, o salir con mucha fuerza géiseres. Las raíces de los árboles hacen que el agua de la lluvia no se lleve la tierra cuando llueve mucho. Algunas plantas que sirven de alimento a las personas necesitan mucha agua para crecer bien y por eso las regamos.

En los lugares donde llueve poco o donde no hay muchos ríos, hay que almacenar el agua para poder tener suficiente durante todo el año. En los pueblos y ciudades se necesita mucha agua. Por eso, con frecuencia hay que llevar desde otros sitios.

El agua se ensucia cuando se emplea. El agua sucia irá a parar a los ríos y al mar, pero antes hace falta limpiarla en depuradoras.

Con frecuencia, el agua de los ríos y del mar se ensucia porque las personas tiran allí la basura o el agua sucia de las casas y fábricas, etc. Cuando llueve demasiado el agua se sale de los ríos y llena las calles y los campos. Cuando pasa mucho tiempo sin que llueva, la tierra se resquebraja. Para que no falte agua hay que ahorrarla.

Debemos cerrar la llave mientras nos enjabonamos. El agua forma parte de nuestro cuerpo.

Las personas y el resto de los seres vivos necesitamos agua para vivir. Algunas aguas que tienen burbujas, o que salen ya calientes de la tierra se usan para bañarse en lugares como balnearios.

Cuando el agua baja por el río tiene mucha fuerza. La fuerza del agua se puede aprovechar para hacer distintos trabajos. El agua se usa en actividades muy diferentes. También muchos deportes se practican en el agua.

178. El hada del lago

En cierta ocasión, a un leñador que iba por el bosque se le cayó el hacha justo cuando pasaba a la orilla de un profundo lago. El hacha se hundió, y el leñador se quedó llorando, pues era muy pobre y acababa de perder su instrumento de trabajo.

De pronto, del lago surgió un hada, que, de pie sobre las aguas, le preguntó:

–¿Qué te ocurre, por qué lloras?

–Se me cayó el hacha al agua –contestó el leñador– y sin ella no puedo hacer mi trabajo.

El hada se hundió en el lago y a los pocos instantes reapareció llevando tres hachas.

Una era de oro, la segunda de plata y la tercera era la humilde hacha de hierro y madera del leñador.

–¿Es tu hacha alguna de estas tres? –preguntó el hada.

–Sí –respondió el leñador, señalando su hacha–, ésta es.

–¿No preferirías la de oro o la de plata?

–Claro que sí, pero tú me preguntaste cuál era la mía, y te contesté.

–En premio a tu honradez, te regalo el hacha de oro –dijo el hada, entregándosela.

El leñador se marchó muy contento, cantando y saltando de alegría. Por el camino se cruzó con un conocido, que al verlo tan alegre le preguntó:

–¿Qué te pasa que estas tan contento?

El leñador le contó su aventura, y el otro, envidioso, fue corriendo a su casa a buscar un hacha. Luego fue al lago, la tiró al agua, y se puso a gemir. Apareció el hada al cabo de unos minutos y, como en el caso anterior, le preguntó qué le pasaba.

–Se me cayó el hacha al agua –mintió al hombre. El hada se hundió en el agua y reapareció llevando en una mano un hacha de plata y en la otra la que aquel farsante acababa de tirar.

–¿Es alguna de estas dos? –preguntó el hada.

–No, no es ninguna de esas; la mía era de oro.



–Por embustero te quedarás sin ninguna –dijo el hada, y se hundió en el lago llevándose las dos hachas.

Hans Christian Andersen, *Grandes Relatos para La Lectura Infantil*. México, SEP-Geo, 2007.

179. El color de los animales

Muchos de los objetos coloridos más hermosos de la naturaleza son animales o se derivan de ellos. El color en los animales es tan importante como la supervivencia misma. Algunas especies, como los pavos reales, llaman la atención de su pareja desplegando los vivos colores de su cola, otras muestran sus colores para alejar a sus enemigos de su territorio. El color blanco de los osos polares, de las alas de algunas mariposas y de las plumas de algunos animales se debe a que en el pelo, las alas y las plumas existen espacios con aire o grasa que dispersan la luz.

Los colores iridiscentes (como los del arcoíris), muy comunes en los animales, se deben a la luz. Ejemplos de éstos son las alas de algunas mariposas, los tonos de arco iris brillantes que se observan en las plumas del colibrí, de los faisanes y pavos reales y en la superficie de las perlas y las conchas de moluscos. Este fenómeno es el mismo que se produce cuando observas contra el sol la funda de plástico de un disco compacto o un charco de agua con aceite en su superficie.

Algunos de los colores animales son producidos por las plantas con que se alimentan: el rojo de la piel y las alas de los flamencos, las plumas rojas de los pájaros, el amarillo de las patas de las aves, el rojo de las crestas de los gallos, el color crema pálido de la leche, el amarillo de la mantequilla y la grasa de la carne. Por ejemplo, la flor de cempasúchil se utiliza como alimento para las aves de corral y su color naranja brillante se hace presente en las yemas de los huevos.

Glinda Irazoque, *La ciencia y sus laberintos*. México, SEP-Santillana, 2004.

180. La legión de la tarántula

La legión de la tarántula es una banda de niños aventureros que siempre andan resolviendo misterios. Apunten en un cuaderno el mensaje en clave que yo voy a anotar en el pizarrón.

Al atardecer, Oso Verde y Andrés se sentaron bajo un árbol en un parque de Guadalajara a leer una carta que Maripecas les escribió desde Mérida a donde se había ido de vacaciones. Oso Verde era instructor en la Legión de la Tarántula; lo llamaban así porque era un niño corpulento que siempre se vestía de verde, incluyendo tenis y calcetines. Hasta su cama, su mochila y los libros eran de ese color.

A Maripecas le decían así porque era pecosa y se llamaba María. Junto con Oso Verde había resuelto muchos misterios y los dos llevaban un diario de sus aventuras.

Andrés que observaba a su alrededor, interrumpió la lectura de Oso Verde.

–Allí está un tipo sospechoso –dijo.

–¿Dónde?–preguntó Oso Verde mirando a la gente que paseaba por el parque.

Andrés señaló a un tipo de pantalón de cuadritos que se acercaba, mirando a todas partes, a una fuente cercana.

Los niños fingieron leer pero vigilaron los movimientos del sujeto, que nerviosamente se detuvo junto a la fuente y tras cerciorarse de que nadie lo miraba sacó de una hendidura un sobre blanco, y se alejó a gran velocidad.

–¡Se nos escapa! –exclamó Andrés al verlo perderse entre el gentío.

Pero Oso Verde, que era experto en encontrar gente en una muchedumbre, pronto localizó al sospechoso.

–Está detrás del hombre de los globos– dijo Oso Verde acelerando el paso–. Distinguí el sobre y los pantalones.

El sospechoso atravesó el parque y cruzó la calle. En una tienda se detuvo, pidió un refresco y abrió el sobre. Sacó una hojita de papel y la leyó con atención durante un rato.

–¡Rectángulos! –exclamó Andrés–. Se me



hace que ese tipo no sabe leer, ve lo que se tarda con esa hojita...

El hombre arrugó el papel y lo tiró a la calle.

–Deberían enseñarlo a poner la basura en su lugar– dijo Andrés enojado.

Los niños esperaron a que el hombre desapareciera y fueron en busca del papel. Al desdoblarlo encontraron lo siguiente:

[*Esto hay que escribirlo en el pizarrón*]

UGERTNE ES
REGOCER AL AICNACREM
RAGUL LE NE ERPMEIS ED

–¡Con razón no podía leerlo rápido, está en clave! –exclamó Andrés.

Los niños regresaron a su banca y, tras un rato de examinar el mensaje, Oso Verde exclamó: –Ya sé qué dice aquí.

¿Seremos tan listos como Oso Verde? Vamos a ver quién puede encontrar la clave, quién puede acomodar las letras y las palabras para leer el mensaje.

Pedro Bayona, *La Legión de la Tarántula*, Pedro Bayona, ilus. México, SEP-Solar, 1995.

181. La guacamaya

Cuando vuela la guacamaya pinta el aire de colores y lo llena de escándalo. La guacamaya es un arcoíris gritón que a nosotros también nos invita a volar. Los pájaros son la voz y la vida de la selva. La guacamaya lleva en su grito el canto de todos los pájaros y carga en sus alas los colores de todas las flores. Si los malvados traidores destruyen el bosque, la guacamaya huye y todo queda descolorido, callado y triste.

Hay que gritar con la garganta bien abierta, para que la voz de la esperanza suba más alto, suene más fuerte, detenga a los malvados. Entonces la tierra y el cielo se llenarán de nuevo de colores. Hay que proteger el monte para que la guacamaya, como la primavera, vuelva.

Una guacamaya pura,
 en un palomar parada,
 de muy bonita figura,
 de seis colores pintada,
 era pinta, blanca, oscura,
 verde, blanca y colorada.



Guacamaya sal al campo
 y dile a los tiradores
 que no te lastimen tanto,
 tú eres la reina del amor.

Vuela, vuela, vuela.

Vuelve, yo te lo pido,
 a pintar de colores
 mi cielo descolorido.

Caterina Camstra, "La guacamaya" en *Ariles y más ariles: los animales en el son jarocho*, México, SEP-El Naranjo, 2007.

182. El precio de la vanidad

En el hemisferio norte, una de las constelaciones más fáciles de identificar es la de Casiopea. Parece una enorme W escrita con estrellas. Sin embargo, según los antiguos griegos se parecía a la figura de una mujer y la relacionaban con la historia de Casiopea, Andrómeda y Perseo.



Casiopea era una mujer muy vanidosa que cepillaba continuamente su larga cabellera y se contemplaba en un espejo. Era la reina de Etiopía y estaba casada con el rey Cefeo.

Un día llegó a alardear tanto de su belleza que afirmó que era superior a la de las nereidas, las cincuenta encantadoras ninfas marinas. Una de las nereidas era esposa de Poseidón, el poderoso rey del mar, y fue a quejarse con él, de la fanfarronada de Casiopea.

Poseidón envió a una serpiente marina a arrasar la costa de Etiopía. El monstruo aterrorizó a los habitantes de la zona, quienes rogaron a su rey que hiciera algo, así que Cefeo fue a pedir consejo al oráculo.

El consejo del oráculo lo horrorizó. La única manera de alejar al monstruo consistía en encadenar a su encantadora hija Andrómeda a unas rocas y ofrecérsela a la serpiente. ¡Cómo se arrepintió Casiopea de sus alardes cuando vio a su hija llorando en las rocas mientras el monstruo se acercaba a ella agitando las aguas!

Justo en ese momento llegó Perseo volando con sus sandalias aladas. Perseo era un gran héroe que regresaba de matar a Medusa –pero ésa es otra historia–. Sólo con mirarla se enamoró de la hermosa joven encadenada a las rocas. Bajó en picado, mató al monstruo marino con su espada y pidió a la agradecida Andrómeda que fuera su esposa.

A todos los personajes de esta historia se recuerdan en las estrellas. Andrómeda se encuentra entre Casiopea y Perseo. Las estrellas del rey Cefeo están cerca de su mujer e incluso se puede ver al monstruo: en la constelación Ceto. Según la tradición, Casiopea todavía se peina continuamente y pasa parte del año boca abajo como castigo por su vanidad.

S/A, “El precio de la vanidad” en *Cuentos del sol, la luna y las estrellas: mitos, leyendas y tradiciones de todas las culturas*. México, SEP-Art Blume, 2007.

183. Versos para enamorar

Carita de requesón,
boquita de mantequilla,
ahí te mando mi corazón
envuelto en una tortilla.

Qué culpa tiene el nopal
de haber nacido en el campo,
qué culpa tengo yo
de haberte querido tanto.

En el corral de mi casa
tengo un metro de alambre;
me he de casar contigo
aunque me tengas con hambre.

Cuando me vine del rancho
me vine por los cruceros
por donde se ven pasar
hombrecillos embusteros.

Bueno, esta última copla como que no es para enamorar a nadie, pero también está muy divertida. ¿No les parece?

S/A, *Manantial de Recuerdos*. México, SEP-CONAFE, 1997.

184. Pavo real

Una cola es una hilera de gente que se forma para comprar algo o para entrar a algún lugar. También es el rabo de muchos animales. Hay colas de muchas formas diferentes. Este libro nos presenta una serie de adivinanzas sobre las colas de varios animales. ¿Listos?

Tiene la cola más elegante
de todo el reino animal;
en ella, muchos ojos
puedes encontrar.



Tiene una de las colas más llamativas del reino animal. Los machos viven para ella; se la arreglan todo el tiempo para impresionar a las hembras.

Levantarla y desplegarla en abanico requiere energía y buenos músculos. Pero ¡cuidado!: atrae a los enemigos y no es tan fácil guardarla otra vez.

La cola más brillante, más tupida y más exuberante es la del macho más sano y es la admiración entre las hembras y la envidia entre sus compañeros que, enojados, intentan desplumar a su contrincante.

Silvia Dubovoy, "Pavo real" en *Colas*. México, SEP-Everest, 2002.

185. Cromañón

Mamuts, rinocerontes, renos lanudos, pequeños caballos salvajes...

Todos esos animales vivían en la misma época que los cromañones, hace 15,000 años.

Es verano. Cerca del río, el grupo ha montado grandes tiendas de campaña, hechas con enormes huesos de mamut y recubiertas de pieles.

Durante el día, las mujeres y los niños buscan frutas, hierbas silvestres, raíces...

También deben amontonar la leña para hacer fuego y recopilar helechos para construirse cómodos colchones. ¡Sólo los más pequeños tienen tiempo para jugar!

Los hombres son los encargados de conseguir el pescado y la carne. Algunos pescan con arpones, y otros, con redes. Los cazadores fabrican o reparan sus propias armas...

¿Cómo atrapar a esos enormes animales?

Dirigiéndolos hacia una trampa escondida en el suelo...

Cazar renos resulta menos peligroso. Pero ¡chsss! No se puede hacer ruido y hay que apuntar bien con la lanza.

¡Bravo! Los cazadores han atrapado a un animal. La piel servirá para hacer vestidos o botas, con los cuernos fabricarán utensilios o armas y, con los huesos, ¡fantásticas joyas!

El reno es sabrisísimo...colocan unas piedras ardiendo en el agua: la carne se cuece junto a las hierbas y la grasa.

¡Ñam, ñam! Para tener reservas es ideal poner a secar trocitos de carne cruda.

Por la noche los cromañones se reúnen alrededor del fuego, que les proporciona luz y calor...además, ahuyenta a los animales salvajes.

Con las agujas hechas de hueso, las mujeres cosen las ropas de abrigo.

En el acantilado, los hombres han descubierto una gruta en la que habita un oso.
¡Grrr!...

Es joven, no es demasiado fuerte... Los cromañones logran asustarlo.

Algunas hierbas o piedras trituradas producen bellos colores. Con ellos, los hombres pintan sobre las paredes de la caverna.

La caverna es muy profunda; pero, con sus antorchas cubiertas de grasa, pueden explorarla a fondo...

El grupo sabe que el verano se acaba. Al ritmo de las flautas de hueso, el brujo canta y baila. Es su manera de pedir a la Naturaleza que no les dé un invierno demasiado frío.

A pesar de todos los esfuerzos del brujo, ¡ha nevado! Así que, deben bajar hacia el valle, para instalarse al abrigo de las rocas.

¡Mira! Esta mañana, un hombre y su hijo han encontrado un cachorro de lobo abandonado...

El lobo ha crecido con el grupo. Y ayuda a su dueño en la casa.

Años más tarde, las personas aprenderán a plantar semillas y a criar ovejas y cabras.

Se convertirán en campesinos, se instalarán en los pueblos...¡Y con ello llegaremos al final de la Prehistoria!

186. A Madrú

Vamos a leer una poesía popular, un poquito absurda, tal vez, pero muy divertida. Déjense llevar por el ritmo, por la música de las palabras.

A Madrú, señores,
vengo de La Habana,
de cortar manzanas
para doña Juana.
La mano derecha
y después la izquierda,
y después de lado,
y luego de costado;
una media vuelta

con su reverencia.
Tin, tin, llaman a la puerta.
Tin, tin yo no voy a abrir.
Tin, tin que será la muerte.
Tin, tin que vendrá por mí.

Lírica Popular, "A Madrú" en ¡A jugar! México,
SEP-Artes de México, 2007.

187. El niño y el gorrión

Un niño caminaba en el parque acompañado por su madre, que lo llevaba de la mano. Él miraba para todos los rincones, encantado por la altura de los árboles.

Perdido en su imaginación, el niño notó que había un nido de pájaro en la rama de un árbol.

Del otro lado del árbol estaba un pequeño polluelo que piaba sin parar. Tenía la boca abierta como si pidiera comida.

—¿Me puedo quedar con él, mamá?

—Está bien. Pero debes saber que el pajarillo puede no sobrevivir con nuestros cuidados.

El niño ni siquiera terminó de escuchar a su madre, se apresuró a tomar al polluelo en las manos como si fuera un nido y lo acomodó cerca de su pecho.

Cuando llegó a casa, fue a la cocina, tomó un pan y lo desmigajó para dar de comer al pajarillo. El animalito incluso cerró los ojos de satisfacción. Después, le ofreció agua.

Y así lo hizo por varios días.

Un día, el niño se entristeció porque su gorrión ya no quería recibir comida en la boca.

–Hijo mío, toda cría que crece se hace independiente. Y así es con todos los seres de la Tierra. Incluso con el ser humano.

–Si tú te quedas para siempre conmigo, nunca conseguirás crecer de verdad.

El niño prefería creer que el pajarillo y él mismo nunca se irían de casa.

Un día, al llegar de la escuela, el niño corrió para saludar a su amigo gorrión. Al llegar a su cuarto se llevó un gran susto pues se dio cuenta de que no estaba ahí. El niño buscó debajo de los muebles, fuera de la casa, siempre gritando el nombre del pajarillo. Al no encontrarlo, comenzó a llorar desesperadamente. Su madre intentó consolarlo pero nada consiguió.

–Él no podía irse de casa sin despedirse de mí. Yo lo cuidé con tanto cariño.

Luego vio que el pajarillo estaba parado en el candil. El ave lo miraba con ojos tristes, como si entendiera lo que ocurría en el alma del niño.

El niño lo regañó y el pajarillo lo escuchaba asustado. Cuando el niño quiso agarrarlo, el gorrión huyó, yendo a posarse en el umbral de la ventana.

Viendo aquella actitud, el niño comprendió, entonces, que a su amigo no le gustaba vivir preso. “Él nació para ser libre, volar, ir a las alturas y ahí vivir con alegría”, –pensó el niño.

El niño se sintió feliz por pensar así. Hizo un gesto de despedida a su amigo alado y corrió a la cocina para abrazar a su madre.

Daniel Munduruku, *El niño y el gorrión*. México, SEP-Callis Niños, 2008.

188. La directora del pantano negro

Apenas llevamos tres días de escuela y ya me están enviando a la oficina de la directora. ¡Qué tragedia!

He oído decir que la directora, la Srita. Verdosa, es un verdadero monstruo. Hay chicos que van a su oficina y nunca regresan. Se dice que la antesala está repleta de cráneos y huesos.

A Doris Ferreira la enviaron allí por mascar chicle. Dicen que su cráneo aún tiene un globo pegado a la boca.

Llego y me siento. Miro al piso. La alfombra es roja. Es para que no se note la sangre.

Dicen que ella utiliza a los chicos altos como percheros.

Los más bajos se los da al cocodrilo que tiene de mascota. A los gordos los usa de pisapapeles. Los más delgados terminan como marcadores de libros. ¡Yo soy demasiado joven para convertirme en marcador de libros!

Y hay que ver su garrote de tres metros. Dicen que tiene púas envenenadas.

Si tienes suerte, vas a parar a “las jaulas” que están debajo de su escritorio.

Y los más *suertudos* llegan encadenados a sus casas.

A casi todos los chicos los usa para sus experimentos.

Daniel Robles estuvo en su oficina ayer. Dicen que acabó con la cabeza de un perro.

Dicen que Alfredo Ginés tiene patas de gallina.

Y que Eric Posada tiene manos de ratón.

¡Yo soy demasiado bien parecido para tener orejas de conejo! Lo único que hice fue agarrar la peluca de la Srita. Jones.

Hoy no se oye ningún ruido. Dicen que suelen oírse muchos gritos. Tal vez está de buen humor.

Aunque sobreviva, esto me afectará para toda la vida.

En unos años seré candidato a la presidencia y estaré encabezando las encuestas. ¡Y entonces se sabrá! Ya puedo ver los titulares...”El candidato presidencial fue enviado a la oficina de la directora”.

Ay no. Veo una sombra detrás del vidrio de la puerta. Ya se acerca la hora final.

La puerta se abre lentamente.

Aparece una mujer bella. Seguro que es una experta en disfraces.

Entro. Ella cierra la puerta.

Miro alrededor. Ahí está el perchero. No se parece a nadie que conozca.

Busco al cocodrilo. Solamente veo una tortuga. Se parece un poco a Ramón Porras.

–Muy bien –dice la Srita. Verdosa–. ¿Tenemos problemas en la clase?

–Bueno –digo yo–, estaba barriendo el salón y la escoba se enganchó accidentalmente a la peluca de la Srita. Jones.

–Ah, entonces tendremos que pedirle disculpas, ¿no te parece?

–Sí, le pediremos disculpas.

–Y la próxima vez tendremos que tener más cuidado.

–¡Lo tendremos!

–Puedes irte.

–¿Ya? ¿Eso es todo?

–Cierra la puerta, por favor.

Qué suerte la mía. Apuesto que las flores que estaban sobre su escritorio eran venenosas. Bastaría con olerlas para ponerse morado y morirse. Menos mal que aguanté la respiración. Logré entrar a la cueva y salir de ella sin que me pusiera orejas de conejo. ¡Algún día tendré que venir a barrer su oficina para ver si ella también usa peluca!

Mike Thaler, *La directora del pantano negro*. México, SEP-Scholastic, 2008.

189. Una madre emotiva

No se nota a simple vista.

Se ve y funciona como la mayoría de las madres, pero la mía es diferente... es una madre EMOTIVA.

Ella hace las cosas que hacen las mamás: te da de comer, te abraza. Al atravesar las calles, no suelta tu mano. En las noches, te cuenta un cuento y te tapa.

Pero algo pasa de repente. Es una cosa muy rara.

Cuando menos te lo esperas, abre grandes los ojos y se le van llenado de agua.

Le tiembla un poco la boca hasta que...

¡GUAAAAA! ¡Empieza a llorar! Lloro y lloro y después de un rato se le pasa.

Ella no llora, como yo, cuando se pega o se raspa las rodillas.

Ella llora cuando escucha música o cuando le dan regalos. Papi le dice que llora porque es muy emotiva.

Cuando yo nací, mami se emocionó tanto que para atenderla, el doctor y la enfermera usaron los trajes de buzo que llevaba papi por si acaso.

Todavía los guardan, porque saben que algún día yo podría tener un hermanito.

La primera vez que fui a la escuela, mami tomó del frutero la manzana más linda y la puso en una bolsa.

Me peinó con mucha vaselina y me revisó detrás de las orejas para que fuera bien limpio.

Caminamos hasta la entrada con toda naturalidad, pero cuando me iba a despedir...¡ay!, cuando me iba a despedir...¡empezó a llorar tan fuerte que parecía que estábamos en plena tormenta! Papi, que sabe resolver esos problemas, comenzó a repartir paraguas de colores.

Así, los demás niños pudieron llegar secos a la entrada y las mamás se pusieron contentas porque estrenaron paraguas.

La maestra dijo entonces: “¡Veo que usted es una persona emotiva!”

A principios del verano empezó la olimpiada de la escuela. Había competencias de carreras, salto de altura, fútbol y tiro al blanco.

¡Corrí rapidísimo! Brinqué altísimo... pateé durísimo... Al final me dieron una medalla.

Estaba tan contento que corrí a ponérsela a papi, que sabe componer las cosas.

¡Entonces sí pasó algo tremendo!

Abrió muy grandes los ojos y se le llenaron de agua. Le empezó a temblar la boca y de repente... ¡GUAAAA!

¡Papi se puso a llorar!

¡Y mami no estaba preparada para enfrentar esa situación!

Entonces pensamos que la nuestra, toda, es una familia muy emotiva.

Y sólo hay una cosa que se puede hacer con una familia toda muy emotiva...

¡Completarla corriendo a comprar el perro más llorón que tengan en la tienda!

Eva Lobatón de Chávez, *Una madre emotiva*. México, SEP-Trillas, 2008.

190. Tibilí, el niño que no quería ir a la escuela

Tibilí, es un hombrecito de seis años que se ríe de la mañana a la noche.

Y seguiría riéndose en la cama si no se cayera de sueño de tanto correr y jugar todo el día.

Un día, sin embargo, Tibilí deja de reírse:

Su mamá acaba de decirle que pronto tendrá que ir a la escuela.

Tibilí no quiere ir a la escuela.

No quiere estar encerrado en una clase, frente a una pizarra triste, triste como el aburrimiento.

Tibilí no necesita saber leer ni saber escribir.

Prefiere leer como su abuelo, no sobre el papel, sino en el cielo, donde, de día, canta el sol, y de noche, baila la luna.

Prefiere leer sobre la tierra roja del camino, donde miles de animales de todos los colores van y vienen arriba y abajo sin que nadie los obligue a ir a la escuela.

Tibilí no quiere cambiar su ropa roja tan bonita y tan alegre por un uniforme de un color tan soso que, si se sentara en la playa, lo podrían confundir con la arena y lo podrían pisar.

Por eso Tibilí está triste.

Pero ¿qué puede hacer para no tener que ir a la escuela?

Las lunas suceden a las lunas, y la escuela va a empezar pronto.

Le pregunta a Kumi, el murciélago, que medita colgado en su rama. Kumi le responde: –Cuando llegue el día de ir a la escuela, te acuestas y te retuerces, y dices que te duele la barriga.

Tibilí piensa que no podría fingir que tiene dolor de barriga todos los días. Además, a Tibilí no le gusta decir mentiras a su mamá.

Interroga a la araña Croke, que siempre lo sabe todo. Croke le dice: –Sólo veo una solución: ve a buscar el cofre de la sabiduría.

Está enterrado cerca del río, entre el papayo y el tamarindo. Sácalo con precaución, ábrelo y encontrarás lo que buscas.

Tibilí va corriendo hasta el río, escarba el suelo entre el papayo y el tamarindo. Nota un objeto muy duro y lo saca. Es un cofre. Intenta abrirlo, pero no lo consigue.

Ku-kut, la ave, le grita: –¿Qué haces, Tibilí? –Intento abrir el cofre de la sabiduría.

–Es muy fácil. Sólo tienes que leer la placa que está debajo del cofre. Allí lo explica todo.

Tibilí le da la vuelta al cofre, baja la cabeza tristemente, y no dice nada. –¿Y ahora qué pasa?– dice la ave. –No sé leer.

–¿No sabes leer? ¡JA! ¡JA! ¡JA! ¡NO SABE LEER!, grita para que lo oiga todo el mundo. ¡NO SABE LEER!, repiten las aves. ¡NO SABE LEER!, responde el eco.

Tibilí vuelve a dejar el cofre en su escondite lo cubre con tierra y se va.

Cuando cree que las aves ya no lo pueden ver, echa a correr hasta llegar a su casa y le pregunta a su mamá: –¿Falta mucho para que empiece la escuela?

Marie Leonard, *Tibilí, el niño que no quería ir a la escuela*, Andrée Prigent, ilus. México, SEP-Juventud, 2008.

191. Pregones

- | | |
|---|--|
| <p>1. Leía en mi biblioteca,
cuando en la calle gritaron:
¡Tamalitos de manteca!</p> <p>2. Me gustan los vendedores
que en el mercado pregonan:
¡Semillas para las flores!</p> <p>3. Les encanta a los poetas
escuchar el cantadito:
¡Tierra para las macetas!</p> <p>4. ¡Ay que caluroso día!
Se me antoja que me ofrezcan:
¡Roja y fresca, la sandía!</p> | <p>5. Estaba escribiendo un juez,
cuando escuchó que vendían:
¡Palanquetas de nuez!</p> <p>6. Anima los corazones
escuchar el cantadito:
¡Hay naranjas y limones!</p> <p>7. También es igual de lindo
cuando te venden las aguas:
¡De jamaica y tamarindo!</p> <p>8. Yo sólo vendo, señores
Mis versos y mis amores.</p> |
|---|--|



Fernando del Paso, "Pregones" en *¡Hay naranjas y hay limones! Pregones, refranes y adivinanzas en verso*. México, SEP-CIDCLI, 2008.

192. Toribio

Este es el cuento de un gato
que tenía las patas de trapo
y los ojos al revés.

¿Quieres que te lo
cuenta otra vez?

Un calcetín trajo el viento,
en la rama de un árbol quedó,
la mamá de Tomás lo bajó,
un gato cosió y...

Toribio lo llamó.

Juegan juntos todo el día.

En el parque,
Toribio un pájaro
quiere cazar,

Tomás le dice: ¡déjalo volar!

Toribio a una rama fue a parar
el niño pone una escalera

Pero el gato no quiere bajar.

Pone un tobogán, pero el gato no
quiere rodar.

Le manda un avión de papel
¡pero el gato no quiere volar!

Tomás se acuesta en el prado,
en el cielo una nube ratón ve pasar,

Toribio la ve y la quiere atrapar
¡el gato ya quiere bajar!

“Hora del baño”, dice mamá,
Toribio se esconde detrás
de Tomás, el agua
siempre lo hace
estornudar.

Lo sienta en la bañera
y el pobre Toribio se empieza a arrugar
¡de un salto a una silla fue a dar!
cansados, antes de dormir,
el gato y el niño miran la luna salir.

Toribio abraza a su amigo y
pregunta:
¿habrá peces allí?

Tomás le dice: “¡creo que sí!”

Este es el cuento de un gato
que tenía las patas de trapo
y los ojos al revés.

¿Quieres que te lo cuenta otra vez?

193. A Lucas todo le sale mal

Es el hijo de mi vecino. Tiene diez años y quiere ser astronauta. Lo viene diciendo desde los seis. Tal vez porque ve todas las películas del espacio que puede. Lo malo es que a Lucas todo le sale mal, todo. Si se sirve agua, se le cae. Si se compra un chicle, tira el chicle en lugar de la envoltura. Cuando juega futbol, en lugar de patear el balón le pega a una piedra.

Pobre Lucas, siempre trae curitas por todos lados, o vendas, o manchas de mertiolate.

Sus papás le dicen: “Mejor no seas astronauta, mi’jo, porque con tu suerte en lugar de llegar a la luna vas a llegar al sol y te vas a achicharrar. Cuando seas grande podrías ser pianista, estamos seguros de que con un piano nada te puede salir mal”.



Lucas salió en busca de un amuleto. No se lo dijo a nadie porque pensó que si lo contaba le iba a salir mal. Su plan era el siguiente: caminar por la banqueta y contar hasta veinte. Detenerse en ese momento y recoger lo primero que viera, lo primero excepto una caquita. Seguro que con su suerte eso sería lo primero que encontraría. De manera que eso no, pero lo que halló fue una corcholata. No estaba tan sucia, hasta eso. A lo mejor podría servirle.

La lavó muy bien ¡y no se le fue por la tubería! Buena señal. Después la secó con una toalla, ¡no le hizo ningún agujero! Ahora venía la prueba de fuego: comprar un modelo de nave espacial para armar. Si no se le rompía ninguna pieza querría decir que el amuleto funcionaba. Lo armó y nada se rompió. Pero no sólo eso, ya había pasado toda la semana y no se había tropezado ni una sola vez. Traía la corcholata en la bolsa de la camisa.

Por la noche, Lucas soñó que estaba durmiendo en su cuarto, pero que se levantaba para ir al baño. Su cara en el espejo redondo le decía: “Lucas, no necesitas un amuleto de la suerte. Sólo tienes que poner atención. Y no te preocupes si a veces tienes un accidente, no es mala suerte. A todos nos pasa. Sigue durmiendo y cuando despiertes acuérdate de tu cara en el espejo redondo”.

Cuando Lucas despertó, lo primero que hizo fue verse en el espejo del baño. Sólo que el de su baño no era redondo, sino cuadrado.

Desde entonces jamás volvió a sentir que tenía mala suerte.

194. A Margarita

Margarita, te voy a contar un cuento.

Éste era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes,
un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;

la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti.
Cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.



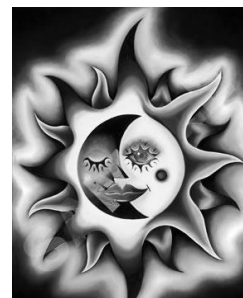
Rubén Darío

Rubén Darío, "Margarita" en *Grandes Relatos para la Lectura Infantil*. México SEP-Océano, 2007.

195. Los perros de fuego del rey

En el cielo hay tantos países como en la tierra. En la Tierra de la oscuridad hay un rey que es el dueño de enormes y feroces perros. Este rey está siempre preocupado por cómo conseguir más luz para su país.

Un día llamó al más grande y feroz de sus perros de fuego y le dijo que le trajera al Sol. El perro se dirigió allí corriendo e intentó coger al Sol con sus dientes. Pero el sol estaba tan caliente que se quemó el hocico. Intentó morderlo una y otra vez, pero no podía sujetarlo. Tuvo que volver con su amo con el rabo entre las piernas.



El rey mandó llamar al segundo de sus perros más grandes: Le envió a robar la Luna, pensando en que no estaría tan caliente como el Sol, y que por lo tanto el perro sería capaz de traérsela. Pero el segundo perro fue tan desafortunado como el primero. La luna estaba tan fría que, cuando intentó morderla, al animal se le congeló la lengua y los dientes y le dolieron tanto que vio las estrellas: Lo intentó insistentemente, pero no consiguió descolgar la Luna y tuvo que escupirla. Avergonzado, volvió junto al Rey. Sin embargo, el rey de la oscuridad nunca pierde la esperanza y, de vez en cuando, envía a uno de sus perros de fuego para que intente robar el Sol o la Luna. Se pueden ver sus mordiscos cuando hay un eclipse.

Mary Hoffman, "Los perros del fuego del rey" en *Cuentos del sol, la luna y las estrellas. Mitos, leyendas y tradiciones de todas las culturas*. México, SEP-Marin, 2007.

196. E de escuela

¡Hola! Soy Fátima Hassane, tengo trece años y vivo en un país que se llama Chad. El Chad está en África. Muchos niños y niñas africanos estudiamos, como tú y como yo. ¿Quieres saber cosas sobre nuestras escuelas?

Vamos a la escuela

Las clases empiezan a las 7:30 de la mañana. Para llegar puntuales, algunos niños tienen que madrugar, porque deben caminar hasta cinco kilómetros desde sus casas. Cada cual lleva una rama seca. Con toda la leña reunida se podrá cocinar el almuerzo. En nuestro país hace mucho calor: es fácil que la temperatura llegue a los 45 grados. Por esto tenemos que beber mucha agua; pero como en la escuela no hay, llevamos bidones (botellas) que hemos llenado en los pozos del pueblo.



Nuestras escuelas

Nuestras escuelas están construidas con cañas o adobe, que es una mezcla de barro con paja. No tienen luz eléctrica. Suerte que nuestra tierra es muy soleada y podemos aprovechar la luz que entra por las ventanas.

Nuestros países son muy pobres y por eso no hay escuelas suficientes para todos. Pero muchos padres y madres saben lo importante que es aprender a leer y escribir. Y tratan

de remediar el problema: la escuela ha sido construida por los padres de estos niños. Pero no todos tienen suerte de ir a la escuela. En mi pueblo, por ejemplo, seis de cada diez niños no van. Tienen que ayudar a sus padres en las tareas del campo, haciendo cosas muy necesarias, como espantar a los pájaros para que no se coman el grano.

Las clases

En los primeros años aprendemos a leer y escribir. En las mejores escuelas, primero se aprende en la lengua del poblado, más tarde nos enseñan en francés. En la secundaria, se estudian matemáticas, geografía, historia y ciencias. También se aprende la música y las danzas tradicionales. Nuestros bailes son muy alegres y rítmicos.

Aprendemos a leer

A veces, las lecciones son difíciles de verdad. Por eso tenemos que estar muy concentrados cuando estudiamos. Todos nos esforzamos mucho en la escuela, porque pensamos que quien estudia, podrá tener una vida mejor que la de sus padres, que es muy dura.

El recreo

Salir al recreo, es uno de los momentos más esperados del día: charlamos, jugamos y bailamos. Qué bien la pasamos.

Tomás Abella, *E de escuela*. México, SEP-Intermon Oxfam, 2003.

197. El papel

Allá en la Sierra de Puebla, en un lugar llamado San Pablito, vive Camila, una niña otomí.

El papá de Camila es artesano; desde niño hace papel de amate porque su abuelo le enseñó.

La familia de Camila emplea la misma técnica que usaron sus antepasados y los aztecas, hace cientos de años, para elaborar el papel de sus libros que nosotros llamamos códices.

Cuando Camila sale de la escuela, ayuda a su papá: busca cerca de su casa una planta de amate.

La corta, le raspa la corteza, deshilacha la fibra y cuelga de una soga las tiritas que hizo.

Más tarde, su papá hierva con cal y ceniza las fibras deshebradas; luego las enjuaga y las extiende sobre una tabla.

Camila observa con cuánto cuidado su papá va formando una especie de cuadrícula, semejante a la de los cuadernos de la escuela.

Lo que más le gusta a Camila es ver cómo su papá machaca con una piedra las fibras empapadas, para que se aplasten. Le encanta mirar que al aplanarse van uniéndose hasta quedar convertidas en una hoja de papel.

El papá de Camila deja al sol las hojas que va haciendo. Una vez secas, están listas para que el tío José las venda el domingo a los artesanos del estado de Guerrero, quienes pintan sobre ellas de colores.



Silvia Molina, *El papel*. México, SEP-Patria, 2003.

198. Clic, clau, muuu. Las vacas mecanógrafas

El granjero Brown no sabe qué hacer.

A sus vacas les gusta escribir a máquina. Todo el día las escucha:

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Al principio no podía creer lo que oía.

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Luego no pudo creer lo que veían sus ojos.

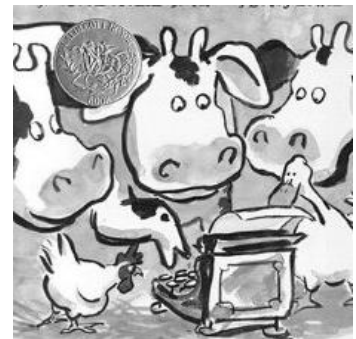
Querido granjero Brown:

Nos estamos congelando. Nos gustaría tener algunos cobertores eléctricos.

Atentamente,

Las Vacas.

Ya era el colmo que las vacas hubieran encontrado la vieja máquina de escribir en el granero y ¡ahora querían cobertores eléctricos! “De ningún modo”, dijo el Granjero Brown.



“Nada de cobertores eléctricos.”

Entonces las vacas se pusieron en huelga.

Pegaron una nota en el granero.

Cerrado.

Los sentimos.

Hoy no habrá leche.

“¡Hoy no habrá leche!”, gritó el Granjero Brown. Al fondo, escuchó a las vacas muy ocupadas mecanografiando:

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Al día siguiente, encontró otra nota:

Querido Granjero Brown:

Las gallinas también tienen frío. Necesitamos los cobertores eléctricos.

Atentamente,

Las Vacas

Las vacas cada día estaban más impacientes con el granjero y dejaron otra nueva nota en la puerta del granero.

Cerrado

No hay leche.

No hay huevos.

“¡No hay huevos!”, gritó el Granjero Brown. Al fondo, escuchaba cómo tecleaban.

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

Clic, clac, **muuu.**

“¡Vacas mecanógrafas, gallinas en huelga! ¿A quién se le ocurre semejante cosa? ¡¿Cómo puedo manejar una granja sin leche y sin huevos?!” El Granjero Brown estaba furioso.

El Granjero Brown sacó su propia máquina de escribir.

Queridas Vacas y Gallinas:

No habrá cobertores eléctricos. Ustedes son vacas y gallinas. Exijo leche y huevos.

Atentamente,

El Granjero Brown.

Como el pato se mantenía en terreno neutral, fue el encargado de llevar el ultimátum a las vacas.

Temprano por la mañana, el pato tocó a la puerta. Llevaba una nota para el Granjero Brown:

Querido Granjero Brown:

Te cambiamos nuestra máquina de escribir por los cobertores eléctricos. Puedes dejarlos en la puerta del granero y enviaremos la máquina con el pato.

Atentamente,

Las Vacas.

Al Granjero Brown le pareció un buen trato. Dejó los cobertores cerca de la puerta del granero y esperó a que el pato le trajera la máquina de escribir.

Doreen Cronin, *Clic, clac, muuu. Las vacas mecanógrafas*, Betsy Lewin, ilus. México, SEP-Planeta, 2002.

199. Secreto de familia

Tengo un secreto: mi madre es una puerco espín, en realidad.

Fue así:

Un día me levanté más temprano que de costumbre.

Y ahí estaba, preparando el desayuno antes de despertarnos.

–¡Buenos días! –me dijo.

Yo me senté y esperé mis cereales.

Mi papá y mi hermano dormían. ¿Qué dirían si supieran esto?

Pasé la mañana con mi amiga Elisa jugando en el parque, pero mi cabeza estaba llena de preguntas.

Elisa junta piedritas de colores y nunca tiene estos problemas, así que no le conté nada para no asustarla.

Cuando regresé por la tarde mamá ya era la de siempre con su chongo y su vestido de flores.

Pero a mí ya no me engañaba. Yo la había descubierto. Ella es una puerco espín por las mañanas.

Ahora entiendo por qué tiene tantos frascos de champú y cremas, y tarda horas en arreglarse para salir.

¡Le cuesta mucho trabajo lucir como las otras mamás!

Como la mamá de Elisa, por ejemplo, tan elegante con sus rulos.

Lo peor es que la otra mañana me miré en el espejo, y algo en mí también se ve bastante raro.

(¿A qué edad se empiezan a comprar esas cremas?)

Con Elisa jugamos a vestirnos de señoras, pero desde ese día temo que se dé cuenta de lo distintas que somos, y que cuando crezca, quizá yo también sea una puerco espín.



Últimamente estoy muy nerviosa. Así que le pido a mami que me deje pasar una noche en casa de Elisa.

¡Al fin un poco de normalidad! ¡La cena con sus padres estuvo deliciosa! Después, Elisa me muestra su colección de piedras. Charlamos...

Y nos vamos a dormir. Sí, me duermo. Pero sigo alerta porque tengo que levantarme bien temprano para ir a arreglarme.

Por suerte traje mi peine y mis broches.

¡Lista!

¿Y ese ruido? ¿Ya hay alguien en la cocina?

–¡Hola! ¿Quién quiere bizcochos?

–¡Ah! ¡Un oso! ¡Dos! ¡Tres!

–¡Hola mamita! ¿Puedes venir a buscarme pronto, por favor?

–Ay, hijita, que rara eres –dice mamá.

–No tanto, mami, no tanto –digo yo.

Y las mamás de ustedes, ¿también son unas puercoespines?

200. Duérmete ya

Llegó la noche, la Luna
de plata brillando está;
ningún rumor te inoportuna:
tu madre mece tu cuna;
duérmete ya.

¿Ves cómo cada vidriera
iluminándose va?
Ni un alma cruza la acera;
todo es misterioso afuera;
duérmete ya.

El jardín de tan sombrío
y quieto, pavor me da.
Las ramas tiemblan de frío:
Cierra los ojos, bien mío;
duérmete ya.
Si duermes pronto, mi dueño,
tu ángel guardián te traerá
un ensueño tan risueño
que será el más lindo ensueño
que un niño soñado ha...
Duérmete pronto, mi dueño;
duérmete ya.

S/A, Poesía para niños. México, SEP-Gómez Gómez Hnos, 2005.

CONTENIDO

Presentación

1. *Me gusto.*
2. *Crisantemo.*
3. *Crisantemo, II.*
4. *Mi abuela tiene ¿alz... qué?*
5. *El hombre feliz.*
6. *Pisotón va al colegio.*
7. *Cómo corregir a una maestra malvada.*
8. *Mono.*
9. *Me gustaría tener...*
10. *Sirenas.*
11. *El día de muertos.*
12. *Las piñatas mágicas.*
13. *Pato va en bici.*
14. *La abeja haragana.*
15. *Antonio y la hojita viajera.*
16. *Terror en la oscuridad.*
17. *Mi madre es rara.*
18. *Croniñón.*
19. *Trabalenguas.*
20. *El león que no sabía escribir.*
21. *El caballito de siete colores.*
22. *Riquirrirín y Riquirrirán.*
23. *Una pesadilla en mi armario.*
24. *Adornos vegetales.*
25. *¡Hola hermanito!*
26. *Trabalenguas.*
27. *La tortuga (Cuento zapoteco).*
28. *El perro topil (Cuento náhuatl).*
29. *Mantarraya.*
30. *El zorro y el caballo.*
31. *¿Dónde está mi tesoro?*
32. *¡Ven, hada!*
33. *Cosas que pasan.*
34. *La pequeña niña grande.*
35. *Había una vez una gata.*
36. *Aves.*
37. *Serpiente.*
38. *Cuento tonto de la brujita que no pudo sacar la licencia de manejar.*
39. *Emiliano.*
40. *Paisaje en el tintero.*
41. *Adi vino y se fue.*
42. *¡No se puede!*
43. *La Luna.*
44. *Tiburones de agua dulce.*
45. *La mulata de Córdoba.*
46. *Negrita.*
47. *Coplas.*
48. *¿Qué es el tiempo?*
49. *El clima de cuatro estaciones.*
50. *Amigos del alma.*
51. *La maceta de albahaca.*
52. *Nacimiento del Sol y la Luna.*
53. *Un problema llamado coyote.*
54. *Los aluxes (Leyenda chontal).*
55. *Los huesos sagrados (Leyenda azteca).*
56. *El barco negro.*
57. *Diego-rana, pintor.*
58. *La irreconocible tabla del cuatro.*
59. *Vaca Blanca.*
60. *Helen Keller.*

61. *El caballo mágico de Han Gan.*
62. *El árbol generoso.*
63. *Niña bonita.*
64. *Turquesita.*
65. *El niño que tenía miedo de todo y de nada.*
66. *La mujer que brillaba aún más que el sol.*
67. *Intercambio cultural.*
68. *Cocineritos.*
69. *El lobo sentimental.*
70. *Los perritos.*
71. *Un cuento hace un ciento.*
72. *El iglú.*
73. *El lago de los monstruos.*
74. *Sofía, la vaca que amaba la música.*
75. *Gérmenes.*
76. *La bruja diminuta.*
77. *¿Qué hace mi cuerpo con lo que como?*
78. *Cuando sea grande quiero ser.*
79. *Bolita.*
80. *La semana del cochinito.*
81. *Los cinco horribles.*
82. *El príncipe sapo.*
83. *Del grafito al lápiz.*
84. *La lana.*
85. *Adivinanzas indígenas.*
86. *De las hicotecas.*
87. *La llama azul.*
88. *¿De qué tienes miedo?*
89. *La ciudad paraíso.*
90. *Tamaños.*
91. *La abuela tejedora.*
92. *La mosca mezcla.*
93. *México dulce.*
94. *Alex quiere un dinosaurio.*
95. *El tigre de Pablo.*
96. *La rebelión de las vocales.*
97. *Que sí, que no, que todo se acabó.*
98. *Conjuros.*
99. *La Luna.*
100. *Axólotl, el ajolote.*
101. *¿Por qué nos entran ganas de bostezar?*
102. *¿Zapatos?*
103. *Mi abuelita tiene ruedas.*
104. *Bebé a bordo: historia de un embarazo.*
105. *Somos diferentes.*
106. *La abuelita de arriba y la abuelita de abajo.*
107. *El secreto en la caja de cerillos.*
108. *El reloj de mi abuela.*
109. *El libro apestoso.*
110. *Nunca jamás comeré jitomates.*
111. *Una sopa de piedra.*
112. *Adivina qué es.*
113. *El castillo que se va.*
114. *La Tierra.*
115. *El cielo nocturno.*
116. *Como todo lo que nace.*
117. *Una fiesta medieval.*
118. *Poemas de Luna y colores.*
119. *Azúcar y Sal.*
120. *Juan Felizario Contento.*
121. *El barro.*
122. *El payaso que no hacía reír.*
123. *Nuestra casa.*
124. *Elmer.*
125. *¡A comer!*
126. *Onga Bonga.*
127. *Del pellejo de una pulga y otros versos para jugar.*

128. Alex dentro y fuera del marco.
129. Supermamá.
130. Tragasueños.
131. ¿Por qué damos un brinco si nos asustamos?
132. La borreguita negra.
133. Los casibandidos que casi roban el Sol.
134. El maíz de la hormiguita.
135. Pinocho el astuto.
136. Matrioska.
137. Colmos.
138. Conjuros para los aprendices de magos.
139. ¿Dónde está el abuelo?
140. El regalo.
141. La culebra.
142. Las tres preguntas.
143. ¿Por qué nos mareamos en el coche?
144. Retahílas.
145. Animales imaginarios.
146. Trabalenguas.
147. El tallador de sueños.
148. Promesa a las estrellas.
149. Se vivió.
150. La primera escritura.
151. Ahuizotl.
152. La cebra Camila.
153. El saxofonista de Hamelón.
154. La fiesta de los insectos.
155. Adivinanzas.
156. El aliento de Sultán.
157. El misterio del tiempo robado.
158. Los Cretino.
159. ¿Qué te gusta más?
160. El tesoro.
161. Coplas mexicanas.
162. Manneken Pis.
163. Rafa... el niño invisible.
164. Ronda del baile.
165. Jacinta y las bolsas de plástico.
166. Cucarachas.
167. El carbonerito y sus animales.
168. El zapatero y los duendes.
169. Ramón preocupón.
170. Trabalenguas.
171. Camille y los girasoles.
172. Gulliver en Lilibut.
173. La polilla del baúl.
174. A un lugar.
175. De la flor a la miel.
176. Ratón de campo y ratón de ciudad.
177. El Agua.
178. El hada del lago.
179. El color de los animales.
180. La legión de la tarántula.
181. La guacamaya.
182. El precio de la vanidad.
183. Versos para enamorar.
184. Pavo real.
185. Cromañón.
186. A Madrú.
187. El niño y el gorrión.
188. La directora del pantano negro.
189. Una madre emotiva.
190. Tibilí, el niño que no quería ir a la escuela.
191. Pregones.
192. Toribio.
193. A Lucas todo le sale mal.
194. A Margarita.
195. Los perros de fuego del rey.

196. E de escuela.

197. El papel.

198. Clic, clau, muuu Las vacas mecanógrafas.

199. Secreto de familia.

200. Duérmete ya.